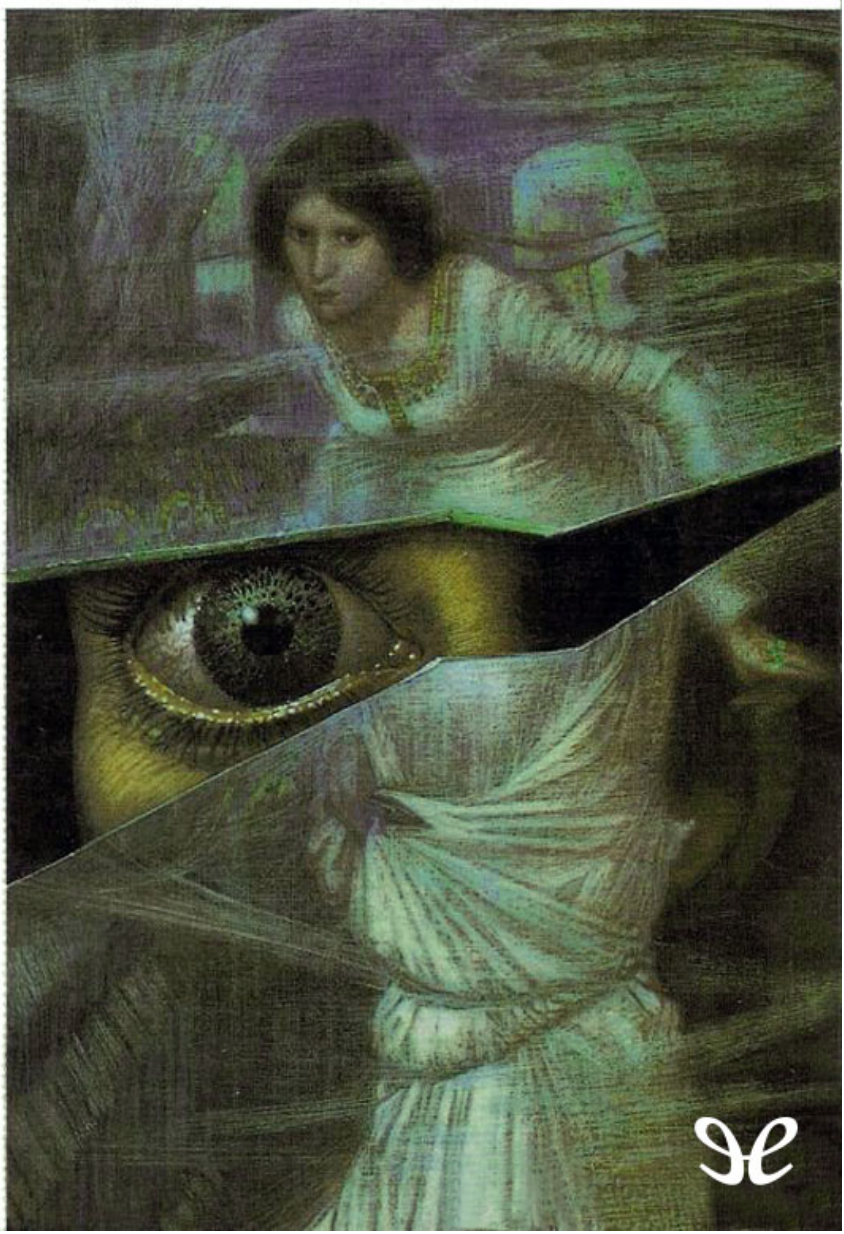
AGATHA CHRISTIE

EL ESPEJO SE RAJO DE PARTE A PARTE



Selecciones de Biblioteca Oro

Marina Gregg y su marido, el productor cinematográfico Jason Rudd, han comprado la casa de los Bantry. Los nuevos inquilinos deciden dar una fiesta a beneficio del hospital local a la que asisten todas las fuerzas vivas de la población. En el transcurso de la fiesta muere Mrs. Badcock, al parecer a causa de un ataque. Pero miss Marple desconfía, ya que la salud de la difunta era excelente, y decide tirar de los hilos para deshacer la madeja del misterio.

Agatha Christie

El espejo se rajó de parte a parte

Miss Marple 9

ePub r1.1
Titivillus 24.09.17

Título original: *The Mirror Crack'd from Side to Side*
Agatha Christie, 1962
Traducción: María Dolores Raich de Ullán

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.0

Suspiró entonces mío Cid, de pesadumbre cargado, y comenzó a hablar así, justamente mesurado: «¡Loado seas, Señor, Padre que estás en lo alto! Todo esto me han urdido mis enemigos malvados».

ANÓNIMO

Voló la telaraña y flotó lejos;
El espejo se rajó de parte a parte;
—La maldición ha caído sobre mí
—exclamó la dama de Shalott.

ALFRED TENNYSON.

GUÍA DEL LECTOR

En un orden alfabético convencional relacionamos a continuación los principales personajes que intervienen en esta obra:

AGNES: Doncella de la familia Symmington.
BARTON (Emily): Solterona, entrada en años, propietaria de la casa en que viven los hermanos Burton.
BURTON (Jerry): Aviador, convaleciente de un accidente aéreo, joven simpático y decidido, hermano de:
BURTON (Joanna): Bellísima muchacha, soltera y muy moderna.
CALTHROP (Dane): Pastor protestante.
CALTHROP (Maud): Esposa del anterior, mujer extraordinariamente dinámica y chismosa.
FLORENCE: Antigua criada de la señora Barton.
GINCH: Secretaria de Symmington.
GRAVES: Inspector de policía.
GRIFFITH (Aimée): Hermosa mujer, hermana de:
GRIFFITH (Owen): Médico y apuesto joven.
HOLLAND (Elsie): Estupenda mujer, institutriz de los pequeños hijos de Symmington.
HUNTER (Megan): Deliciosa muchacha, hijastra de Symmington.
KENT (Marcus): Médico de Jerry Burton.
MARPLE (Jane): Anciana señora, con aficiones detectivescas, amiga de los Calthrop.
NASH: Inspector de policía.
PARKINS: Sargento de policía.
PARTRIDGE: Criada de los Burton.

PYE: Hombrecillo afeminado, retirado de los negocios, coleccionista de antigüedades.
RENDELL (Fred): Novio de Agnes.
ROSA: Cocinera de los Symmington y mujer muy charlatana.
SYMMINGTON (Richard): Abogado.

Capitulo I

1

Miss Jane Marple hallábase sentada junto a la ventana. Ésta daba a su jardín, en otro tiempo fuente de orgullo para ella. En la actualidad, las cosas habían cambiado. La vista de aquel jardín producíale una sensación de malestar. De un tiempo a aquella parte, tenía prohibido el trabajo de jardinería. Nada de agacharse, cavar ni plantar. Todo lo más, podía podar un poco, con suma moderación. El viejo Laycock iba tres veces por semana y a no dudar, hacía lo que podía. Dábase, empero, la circunstancia de que eso (que no era mucho) resultaba suficiente para su mentalidad, más no así para la de su patrona. Miss Marple sabía exactamente lo que deseaba en ese sentido y, a tal efecto, daba las debidas instrucciones a su empleado. Entonces, el viejo Laycock ponía de manifiesto su particular idiosincrasia, consistente en acoger con entusiasmo las órdenes recibidas y en no cumplirlas después.

—De acuerdo, señorita. Pondremos las margaritas allí y las campánulas a lo largo del muro, y, como usted dice, eso es lo primero que habrá de hacerse la próxima semana.

Las… excusas de Laycock semejaban siempre razonables y ofrecían grandes puntos de contacto con las del capitán George de Tres hombres en una barca para no hacerse a la mar. En el caso del citado capitán, el viento era siempre desfavorable, ora soplando lejos de la costa, ora en la propia costa, ora precedente del incierto oeste, ora del aún más traicionero este. El pretexto de Laycock era el tiempo, demasiado seco, demasiado húmedo, anegado en agua o bajo la amenaza de una helada. O bien la necesidad de atender

primero a otra cosa más importante, según él (por lo regular relacionada con las berzas o las coles de Bruselas, hortalizas que le gustaba cultivar en ingentes cantidades). Sus principios de jardinería eran en extremo rudimentarios y ningún patrono, por conocedor que fuese de la materia, podía desarraigárselos.

Consistían en beberse infinidad de tazas de té, dulce y fuerte, como estímulo para realizar el esfuerzo, barrer insistentemente las hojas en otoño y sembrar considerable cantidad de sus plantas favoritas en verano, particularmente ásteres y salvias, para «conseguir un bonito efecto», según propia expresión. Era profundamente partidario de fumigar los rosales para preservarlos del pulgón pero mostrábase tardío en poner manos a la obra. Y cuando le rogaban que cavase unos surcos bien profundos para los guisantes de olor, salía con que había que ver los suyos, asegurando que no era de extrañar que hubiesen florecido antes de tiempo después del excelente tratamiento a que los había sometido el año anterior.

A decir verdad, el hombre mostrábase adicto a sus patronos y accedía a sus caprichos en el dominio de la horticultura (con tal que no requiriesen excesivo trabajo), pero, a su modo de ver, las hortalizas constituían la verdadera esencia de la vida como, por ejemplo, una col escarolada o un poco de rizado de brécol. Las flores, en cambio, eran cosas de capricho que las damas se complacían en cultivar, a falta de otra cosa mejor que hacer. De hecho, el viejo solía demostrar su afecto regalando esquejes de las mencionadas variedades de ásteres y salvias, como asimismo lobelias y crisantemos de estío.

—He trabajado una temporada en algunas casas nuevas del Ensanche. La gente quiere jardines vistosos. Como les sobran plantas, he traído unas pocas para ponerlas en lugar de esos anticuados rosales.

Recordando estos detalles, miss Marple desvió la vista del jardín y tomó su labor de punto.

Había que afrontar el hecho: Saint Mary Mead no era lo que había sido. Naturalmente, en cierto modo, ya nada era lo que había sido en otro tiempo. Cabía achacarlo a la guerra (o mejor dicho, a las dos guerras) a la nueva generación, a la emancipación de la

mujer, a la bomba atómica o simplemente, al gobierno; más, en realidad, lo único que sucedía era que la gente madura envejecía. Miss Marple, mujer en extremo sensata, estaba convencida de ello. El hecho de que notase más aquella diferencia en Saint Mary Mead obedecía a la circunstancia de haber vivido allí tantos años.

El viejo núcleo de Saint Mary Mead seguía en pie. Allí estaba aún «El Verraco Azul», la iglesia, la vicaría, el pequeño niño de la reina Ana y las casas georgianas, entre las cuales figuraba la suya. La casa de miss Hartnell continuaba allí, al igual que miss Hartnell, luchando con denuedo contra el progreso. Miss Wetherby había muerto y, al presente, su casa estaba habitada por el director del Banco y su familia, tras haber sido remozada con la aplicación de una buena capa de pintura azul intenso en todas las puertas y ventanas. La mayor parte de las demás viejas mansiones albergaban gente nueva, pero su aspecto apenas había variado gracias a que sus compradores habíanlas adquirido porque les gustaba lo que el corredor de fincas denominaba «encanto del viejo mundo». Los nuevos propietarios limitáronse, pues, a agregar otro cuarto de baño y a gastar un dineral en cañerías, cocinas eléctricas y lavaplatos.

Pero, aun cuando las casas conservaban más o menos su antiguo aspecto, no podía decirse otro tanto de la calle Mayor. Allí, cuando las tiendas cambiaban de dueño, era con vistas a una inmediata y descomedida modernización. La pescadería estaba desconocida con sus nuevos y flamantes escaparates tras los cuales relucía el pescado refrigerado. En cambio, la carnicería habíase mostrado conservadora. Al fin y al cabo, la carne buena es siempre la carne buena con tal de tener dinero para pagarla. En caso contrario, hay que contentarse con las tajadas más baratas y con los pedazos duros y correosos. Barners, el abacero, seguía allí, impertérrito, por lo cual miss Hartnell, miss Marple y otras daban diariamente gracias al cielo. Aparte de lo servicial que era el dueño, en su tienda había confortables sillas para sentarse junto al mostrador, en las cuales entablábanse agradables discusiones sobre tal o cual pedazo de tocino y sobre la variedad de queso a elegir. No obstante, al final de la calle, en la antigua cestería del señor Toms, alzábase un deslumbrante supermercado para desesperación de las damas ancianas de Saint Mary Mead.

—¿A qué viene todos estos paquetes de cosas inauditas? —exclamaba miss Hartnell—. ¿Dónde se ha visto que haya que comprar esas enormes bolas de cereales para desayunar en vez de preparar a los chiquillos un desayuno decente a base de huevos con jamón? Por si fuera poco, la obligan a una a coger una cesta y dar vueltas por todo el local en busca de lo que desea, con lo cual a veces necesita un cuarto de hora para encontrar lo que quiere, y, por lo regular, empaquetado en tamaños a todas luces inconvenientes, o demasiado grandes o demasiado pequeños. Para colmo, al salir hay que hacer cola para pagar. Una calamidad. Aunque, claro está, no dudo que les parecerá de perlas a toda esa gente del Ensanche…

Al llegar a este punto, se interrumpía.

Porque, como era ya proverbial, la frase terminaba ahí. Ante la mera mención del Ensanche, punto en boca de todo el mundo, como diríamos en términos modernos.

El Ensanche tenía una entidad propia y se escribía con mayúscula.

2

Miss Marple profirió una viva exclamación de contrariedad. Habíase escapado otro punto de su labor. Y no era eso lo peor. Al parecer, se le había escapado hacía un buen rato sin caer en la cuenta de ello hasta el momento en que tenía que menguar para el cuello y contar los puntos. Tomó entonces una aguja libre y ladeando la labor hacia la luz, la escudriñó ansiosamente. Ni siquiera sus gafas nuevas parecían servirle de ninguna ayuda, sin duda porque —reflexionó la mujer— llegaba un momento en que los oculistas, a pesar de sus lujosas salas de espera, de sus modernísimos instrumentos, y de los potentes focos que utilizaban para examinar los ojos y de los elevadísimos honorarios que cobraban, apenas podían hacer nada por una. Miss Marple pensó con nostalgia en la buena vista que tenía unos pocos años atrás (bien, acaso no tan pocos). Desde la atalaya de su jardín, tan admirablemente situado para ver todo cuanto sucedía en Saint Mary Mead, ¡cuán poco había escapado a sus observadores ojos! Con ayuda de sus anteojos para observar a los pájaros (¡qué útil resultaba el interés por los pájaros!) había podido ver… Aquí el hilo de sus ideas se quebró y sus pensamientos retrocedieron al pasado. Evocó a Anne Protheroe con su vestido de verano dirigiéndose al jardín de la vicaría. Y al coronel Protheroe, un pobre hombre muy fastidioso y desagradable, por supuesto, pero en absoluto no merecedor de morir asesinado de aquel modo. Miss Marple meneó la cabeza y el curso de sus pensamientos se detuvo en Griselda, la linda y joven esposa del vicario. ¡Qué fiel amiga era la buena de Griselda! ¡Pensar que seguía enviándole una felicitación de Navidad todos los años! Aquel atractivo bebé suyo habíase convertido ahora en un joven mocetón con un magnífico empleo relacionado con la ingeniería. Siempre había gozado mucho desmontando sus trenes eléctricos. Más allá de la vicaría, habíase alzado en otro tiempo el portillo con los escalones seguido del senderuelo que conducía a los prados donde pastaba el ganado del granjero Giles, en los cuales se extendía ahora… ahora…

El Ensanche.

¿Y por qué no?, preguntóse miss Marple, severamente. Tales cosas eran inevitables. Faltaban casas en el pueblo y, por otra parte, aquéllas estaban muy bien construidas en un espacio «urbanizado». Lo único que no le cabía en la cabeza era por qué todo recibía la denominación de Close, como por ejemplo, Aubrey Close, Lonwood Close, Grandison Close y así sucesivamente. En realidad, no había por qué llamarlo así. Miss Marple sabía perfectamente lo que era un Close. Su tío había sido canónigo de la catedral de Chichester y, siendo niña, había ido a pasar una temporada con él al Close.

Sucedía lo que con Cherry Baker, que siempre llamaba «salita» al atestado y anticuado salón de miss Marple.

—Es el salón, Cherry —solía corregirla ésta, suavemente.

Y como Cherry era joven y de buena laya, esforzábase en reconocerlo, aunque saltaba a la vista que la palabra «salón» se le antojaba una palabra algo pomposa y en cambio «salita» fluía de sus labios con suma naturalidad. No obstante, de un tiempo a aquella parte, había adoptado «sala de estar» a guisa de término medio entre una y otra categoría. Miss Marple simpatizaba mucho con Cherry. Ésta se apellidaba señora Baker y procedía del Ensanche. Formaba parte del destacamento de jóvenes amas de casa que efectuaban sus compras en el supermercado y empujaban cochecillos por las recoletas calles de Saint Mary Mead. Iban todas arregladas y bien vestidas, con el cabello rizado y a la moda, y reían, charlaban y se llamaban unas a otras. Parecían alegres bandas de pájaros. Debido a las insidiosas añagazas del sistema de comprar casa y pisos mediante el pago del alquiler, andaban siempre escasas de efectivo, aun cuando sus maridos ganaban buenos sueldos, motivo por el cual algunas se dedicaban a guisar o hacer faenas por las casas. Cherry era una rápida y eficiente cocinera, y una chica inteligente y capaz de tomar correctamente los recados telefónicos y de descubrir sin tardanza los errores en las cuentas de los tenderos. En cambio, no era muy aficionada a dar la vuelta a los colchones, y, en cuanto a fregar platos se refería, tenía el sistema de poner todos los cacharros juntos en el fregadero y desencadenar una nevada de detergente sobre ellos, con gran disgusto de miss Marple que, mientras duraba la operación, solía pasar ante la puerta de la despensa con la cabeza vuelta para no

verlo. De resultas de ello, miss Marple había retirado discretamente de la circulación diaria su viejo juego de té de porcelana de Worcester y dispuesto sus piezas en la vitrina del rincón, de donde sólo emergía en ocasiones especiales. En su lugar había comprado un servicio moderno decorado con un sencillo motivo gris pálido sobre fondo blanco y exento de dorados susceptibles de desaparecer en el fregadero.

¡Qué diferente había sido todo el pasado…! La fiel Florencia, por ejemplo, aquella disciplinada doncella; y Amy Clara y Alicia, aquellas «encantadoras criaditas» procedentes del Orfanato de Santa Fe para ser «adiestradas» y buscar luego empleos mejor remunerados en otra casa. Algunas de ellas eran de pocos alcances, con frecuencia escrupulosas, y, a veces, como en al caso de Amy, visiblemente afectadas de cierto atraso mental. Habían charlado y chismorreado con las demás criadas del pueblo, y salido de paseo con el dependiente de la pescadería, con el ayudante del jardinero del Ayuntamiento, o con uno de los numerosos dependientes del señor Barners, el abacero. Miss Marple las evocó cariñosamente, recordando todas las chaquetillas de lana que había tejido para sus subsiguientes retoños. Ninguna se había distinguido en atender el teléfono, y menos aún en la aritmética. En cambio, todas sabían lavar los platos a la perfección y hacer una cama como es debido. Más que educación, tenían habilidad. Por el contrario, al presente dábase la curiosa circunstancia de que las que se dedicaban a las tareas domésticas eran muchachas instruidas, tales como estudiantes extranjeras, jóvenes au pair, estudiantes universitarias de vacaciones, recién casadas como Cherry Baker, residentes en los falsos Closes de las nuevas urbanizaciones.

Había aún, naturalmente, personas como miss Knight. Este último pensamiento asaltóla de improviso al observar que los pasos de miss Knight en el piso de arriba hacían tintinear los candelabros de cristal de la repisa de la chimenea. Sin duda, miss Knight se disponía a salir a dar un paseo después de echar una pequeña siesta. A los pocos instantes, acudiría a preguntar a miss Marple si quería que le trajera algo del centro del pueblo. El recuerdo de miss Knight produjo en ella la habitual reacción. Desde luego era muy generoso por parte de su querido Raymond (su sobrino) confiarla al cuidado

de miss Knight, amable como la que más. Reconocía que aquel ataque de bronquitis habíala dejado muy débil y, que, de resultas de ello, el doctor Haydock había insistido con firmeza en que no debía continuar durmiendo sola en casa, sin más ayuda que la de una asistenta durante el día, pero… al llegar a este punto, miss Marple interrumpió el curso de sus pensamientos. Era inútil completar aquella frase. Invariablemente, ésta concluía así: «¡Si al menos hubiera sido otra persona en vez de miss Knight!». Desgraciadamente, al presente las damas maduras no podían escoger. Las sirvientas adictas habían pasado de moda. Cuando enfermaba una de veras, podía contratar a una competente enfermera, no sin muchas dificultades y grandes desembolsos, o bien ir al hospital. Pero tras esa fase crítica de la enfermedad, no había más remedio que recurrir a las señoritas Knight.

El caso, reflexionó miss Marple, era que no cabía achacar a aquellas señoritas Knight más defecto que el ser terriblemente irritantes. Verdaderos dechados de amabilidad, mostraban sincero afecto por las personas a su cargo, dispuestas en todo momento a complacerlas, a animarlas con su jovialidad y, en general, a tratarlas como niños ligeramente perturbados.

—Pero yo, aunque vieja —dijo miss Marple—, no soy un niño perturbado.

En aquel preciso momento, respirando con fuerza, según su costumbre, miss Knight irrumpió vivamente en la habitación. Era una mujer de unos cincuenta y seis años, alta, gruesa y algo fláccida, con el amarillento pelo gris primorosamente peinado, los ojos provistos de gafas, la nariz larga y delgada y, bajo ésta, una boca afable y un débil mentón.

—¡Aquí estamos! —exclamó la recién llegada con una especie de alegre turbulencia ordenada a alentar y a confortar el triste crepúsculo de los ancianos—. ¡Supongo que hemos echado una siestecita!

—He estado haciendo media —repuso miss Marple, recalcando el verbo en primera persona—, y se me ha escapado un punto —agregó, confesando su distracción con disgusto y rubor.

—¡Vaya por Dios! —suspiró miss Knight—. En fin, pronto lo remediaremos, ¿verdad?

—En todo caso, usted —espetó miss Marple—. Yo, por desgracia soy incapaz de hacerlo.

La leve aspereza de su voz pasó completamente inadvertida. Como siempre, miss Knight ardía en deseos de ayudarla.

—Ya está —murmuró miss Knight tras unos instantes—. Aquí tiene usted, querida. Todo arreglado.

Aunque miss Marple no tenía el menor inconveniente en que la mujer de la verdulería o la chica de la papelería la llamasen «querida» (e incluso «prenda»), molestábala profundamente que miss Knight hiciera otro tanto. Aquélla era otra de las cosas que las viejas debían soportar. En fin, paciencia. Era de rigor dar las gracias a miss Knight, cortésmente.

—Y ahora voy a salir a estirar un poco las piernas —declaró miss Knight jocosamente—. No tardaré.

—Por favor, no sueñe en volver pronto —replicó miss Marple, con auténtica sinceridad.

—No me gusta dejarla mucho rato sola, querida. Temo que la soledad le produzca abatimiento.

—Le aseguro que me siento muy optimista —insistió miss Marple—. Probablemente —añadió, cerrando los ojos—, descabezaré un sueñecito.

—Buena idea —dijo miss Knight—. ¿Desea usted algo del pueblo?

Miss Marple abrió los ojos y reflexionó unos instantes.

—Podría usted ir a casa Longdon a preguntar si ya están listas las cortinas. Tampoco estaría de más que comprase otra madeja de lana azul a la señora Wisle. Y una caja de pastillas de grosella negra en la farmacia. Después, cambie este libro en la biblioteca, pero no se deje dar nada que no figure en mi lista. Este último es horrible. No he podido leerlo —gruñó, tendiendo un ejemplar de El despertar de la primavera.

—¡Qué vida! ¿Es posible? ¿No le ha gustado? Pensé que le encantaría. Es una historia preciosa.

—Y si no le parece demasiado lejos, quizás no le importaría llegarse a casa de Hallets a ver si tienen uno de esos batidores de huevos que no necesitan vueltas de manivela. (Sabía perfectamente que no tenían nada semejante, pero Hallets era la tienda más

distante del pueblo).

—Si no es pedir mucho… —murmuró.

Pero miss Knight replicó con evidente sinceridad:

—De ningún modo. Lo haré con mucho gusto A miss Knight le encantaba ir de compras. Semejante actividad le infundía vida. Se encontraba conocidos con quienes charlar, se chismorreaba un poco con los dependientes en varias tiendas. Además, podía pasar una todo el tiempo necesario entregada a esa agradable ocupación sin experimentar ningún sentimiento de culpabilidad por entretenerse demasiado.

Así pues miss Knight se puso en marcha, alborozada, tras una postrera ojeada a la frágil anciana que descansaba apaciblemente junto a la ventana.

Tras aguardar unos minutos por si acaso miss Knight volvía a por su bolsa, un portamonedas o un pañuelo (era muy desmemoriada y solía retroceder a buscar algo), y también para recobrarse un poco de la leve fatiga mental causada por tener que imaginar tantas cosas innecesarias para encargárselas a miss Knight, miss Marple se puso rápidamente en pie y atravesó resueltamente la estancia en dirección al vestíbulo. Una vez allí tomó un sombrero de verano de la percha y un bastón del paragüero, y tras cambiarse las zapatillas por unos cómodos y recios zapatos, salió de la casa por la puerta lateral.

—Todo eso le llevará por lo menos una hora y media —calculó miss Marple, para sí—. O acaso más, puesto que a estas horas suele salir de compras toda la gente del Ensanche.

Al propio tiempo, se imaginó a miss Knight haciendo infructuosas preguntas sobre la cortina en casa Longdon. Sus conjeturas respondían plenamente a la realidad, pues en aquel momento miss Knight exclamaba:

—Tenía la absoluta convicción de que no estarían listas todavía, pero, naturalmente, me brindé a pasar a preguntarlo cuando habló de ello la señora. ¡Esos pobres viejos tienen tan pocas ilusiones! Hay que procurar complacerles. Además, miss Marple es una viejecita encantadora, aun ahora, y naturalmente, ya empieza a declinar. Pierde las facultades, por momentos… ¡Oh! ¡Qué género más bonito tiene usted! ¿Lo tiene en otros colores?

Transcurrieron veinte agradables minutos. Por fin, cuando miss Knight salió del establecimiento, la encargada comentó con un resoplido:

—¿Conque ya empieza a declinar, eh? No creeré semejante cosa hasta que la vea con mis propios ojos. La vieja miss Marple ha sido siempre más viva que una ardilla, y aseguraría que sigue siéndolo todavía.

Después, la dependienta atendió a una joven vestida con unos ajustados pantalones y una chaqueta de lona que deseaba género de plástico con un motivo a base de cangrejos para las cortinas del cuarto de baño.

—Knight me recuerda a Emily —decíase miss Marple, con la satisfacción que siempre le producía comparar a una persona con otra conocida en el pasado—. El mismo cerebro de mosquito. Vamos a ver, ¿qué le pasó a Emily?

Pocas cosas, concluyó. En cierta ocasión, Emily había estado a punto de prometerse a un pastor protestante, pero tras varios años de amistad, la cosa se malogró. Por último, miss Marple, apartando de sus pensamientos a su enfermera, prestó atención al marco que la rodeaba. Había atravesado el jardín a buen paso, observando tan sólo, con el rabillo del ojo, que Laycock había desmochado los anticuados rosales como si fueran arbustos de té híbridos. Con todo, no permitió que el detalle la trastornara ni distrajera del maravilloso placer de haberse escapado para dar un paseo absolutamente sola. Sentíase presa de una deliciosa sensación de aventura. Dobló a la derecha, franqueó el portillo de la vicaría, recorrió el sendero que discurría por el jardín de ésta y salió al camino comunal. En el lugar donde antaño se hallaba el portillo con escalones, alzábase ahora una puerta basculante de hierro con acceso a una senda de asfalto alquitranado. Ésta conducía a un lindo puentecillo sobre el riachuelo y, al otro lado de éste, en el lugar donde en otro tiempo se extendían los prados con las vacas, hallábase el Ensanche.

Capitulo II

Con la misma sensación experimentada por Colón al hacerse a la mar para descubrir el Nuevo Mundo, miss Marple atravesó el puente, continuó avanzando por el sendero y, a los cuatro minutos, llegó a Aubrey Close.

Naturalmente, miss Marple había visto el Ensanche desde la Ronda del Mercado; es decir, desde un lugar muy distante de sus calles e hileras de bonitas y bien construidas casas con sus antenas de televisión y sus puertas y ventanas pintadas de azul, rosa, amarillo y verde. Pero hasta entonces aquel lugar se le antojaba un simple mapa, pues nunca había estado en él. En cambio, ahora, encontrábase allí, observando el intrépido mundo nuevo que se ofrecía a su vista, un mundo ajeno, en todos los aspectos, a cuanto había conocido. Era como un lindo modelo construido con un juego de arquitectura infantil, y aparecía casi irreal a los ojos de miss Marple.

También la gente semejaba imaginaria. Muchachas con pantalones, mozalbetes y chavales de expresión algo siniestra, y jovencitas de quince años con bustos exuberantes pululaban por doquier. Y miss Marple no pudo menos de pensar que todo aquello presentaba un aspecto horriblemente depravado. Nadie se fijaba mucho en ella a su paso por las calles. En un momento dado dejó atrás Aubrey Close para internarse en Darlington Close. Caminaba despacio, escuchando ávidamente retazos de las conversaciones sostenidas entre las madres con cochecillos, las muchachas y los jóvenes, y los siniestros golfillos (porque suponía que eran golfillos) que departían sombríamente en el lugar.

Algunas madres salían al umbral a llamar a sus hijos, que, como de costumbre, se dedicaban a hacer todas las diabluras que tenían prohibidas. Los niños nunca cambian, pensó miss Marple con alivio.

Y, a poco, esbozó una sonrisa, registrando mentalmente su habitual serie de identificaciones.

«Aquella mujer es igual que Carry Edward, y aquella morena igual que la hija de los Hooper… Apuesto a que desbaratará su matrimonio lo mismo que Mary Hooper. Ese muchacho moreno es igual que Edward Leeke, charlatán y fanfarrón, pero inofensivo, un buen chico, en realidad. El rubio es la viva estampa de Josh, el hijo de la señora Bedwell. Los dos son buenos chicos. En cambio, temo que ese que se parece a Gregory Binns no prosperará. Me figuro que tiene la misma clase de madre…». Dobló una esquina para meterse en la calle Walsingham Close, con creciente animación.

Aquel mundo era idéntico que el viejo. Las casas eran distintas, las calles se llamaban Closes, la indumentaria y las voces eran diferentes, pero los seres humanos no habían cambiado. Y, aunque revestidos de ligeras variantes de fraseología, los temas de conversación eran los habituales.

A fuerza de doblar esquinas para efectuar su exploración miss Marple había perdido un poco el sentido de la orientación y llegado de nuevo al límite de la urbanización. A la sazón, estaba en Carrisbroock Close, una calle «en plena construcción». En una ventana del primer piso de una casa casi terminada había una joven pareja, cuyas voces descendían flotando, a la calle, discutiendo las ventajas del inmueble.

—Debes reconocer que está muy bien situada, Harry.

—La otra también lo estaba.

—Ésta tiene dos habitaciones más.

—También hay una diferencia en el precio del alquiler.

—Bien, a mí me gusta ésta.

—¡Era de esperar!

—Vamos, no seas aguafiestas. Ya sabes lo que ha dicho mamá.

—Tu madre nunca para de hablar.

—¡No digas nada contra mamá! ¿Qué hubiera sido de mí sin ella? Además, podría haber reaccionado peor, eso que te conste; Podría haberte llevado a los tribunales.

—¡Vamos, Lily, deja eso ya!

—Desde aquí hay una vista espléndida de las montañas —comentó la muchacha, inclinándose más hacia fuera y torciendo el

cuerpo a la izquierda—. Casi se divisa la alberca…

E inclinándose aún más, sin advertir que todo el peso de su cuerpo gravitaba sobre unas tablas sueltas dispuestas en el antepecho de la ventana, que, bajo la presión, deslizáronse al exterior, arrastrándola a ella también.

—¡Harry! —chilló la joven, tratando de recobrar el equilibrio.

El joven permaneció inmóvil a dos o tres palmos de ella, luego, dio un paso atrás…

Desesperadamente, clavando las uñas en la pared, la muchacha se enderezó.

—¡Oh! —exclamó, jadeando, aterrada—. ¡Por poco me caigo! ¿Por qué no me has sujetado?

—¡Ha sido todo tan rápido! En fin, lo importante es que estás sin novedad.

—¿Eso es todo cuanto se te ocurre decir? Te aseguro que he estado a punto de caerme. Y fíjate en mi blusa; se me ha puesto perdida.

Miss Marple prosiguió su camino, más, a los pocos pasos, retrocedió, obedeciendo a un extraño impulso.

Lily estaba en la calle aguardando a que el joven cerrase con llave la puerta de la casa.

Entonces, miss Marple, acercándose a ella, murmuróle rápidamente estas palabras:

—En su lugar, querida, no me casaría con ese muchacho. Necesita usted una persona en quien pueda confiar en caso de peligro. Perdone que le diga esto, pero considero que debía usted ser advertida.

Y, sin más, echó a andar de nuevo.

—¿No estaré soñando…? —farfulló Lily, mirándola asombrada.

Su novio se acercó a ella.

—¿Qué te decía esa mujer, Lily?

Lily abrió la boca… Luego, volvió a cerrarla, sin decidirse a hablar.

—La buenaventura, si es que te interesa saberlo —le respondió al fin, observando al muchacho con expresión pensativa.

Entretanto, miss Marple, en su afán de alejarse en seguida del lugar, tropezó con unas piedras al doblar una esquina y cayó de

bruces al suelo.

Una mujer salió corriendo de una de las casas.

—¡Cielos! ¡Qué caída más mala! ¿Se ha lastimado usted?

Con casi excesiva buena voluntad, la auxiliadora rodeó con sus brazos a miss Marple y ayudóla a levantarse.

—Supongo que no se ha roto ningún hueso. Venga usted conmigo. Me figuro que debe sentirse algo trastornada.

Tenía una voz afable y sonora. Era una mujer rolliza y achaparrada, de unos cuarenta años, con el cabello castaño tirando a gris, los ojos azules y una boca grande y generosa que a la aturdida miss Marple se le antojó demasiado llena de deslumbrantes dientes blancos.

—Es preferible que entre usted a descansar un rato. Le prepararé una taza de té.

Miss Marple le dio las gracias, al tiempo que se dejaba conducir por ella a través de la puerta pintada de azul, en dirección a una pequeña estancia atestada de sillas y sofás con vistosas fundas de cretona.

—¡Ajajá! —exclamó su rescatadora, instalándola en un sillón provisto de varios cojines—. Estése aquí quietecita mientras pongo a calentar la tetera.

Y salió presurosamente de la habitación, que tras su marcha cobró un ambiente de inusitada paz y tranquilidad. Miss Marple exhaló un profundo suspiro. En realidad, no se había hecho daño, pero la caída habíala trastornado. A su edad, las caídas no eran convenientes. Sin embargo, con un poco de suerte, pensó, sintiéndose algo culpable, miss Knight no se enteraría del percance. Con suma precaución, meneó los brazos y las piernas. No, no tenía nada roto. ¡Si al menos pudiera volver a casa sin dificultad! Tal vez después de una taza de té…

La taza de té llegó a la par que le asaltaba aquel pensamiento, transportada en una bandeja con cuatro apetitosas galletas en un platito.

—Aquí tiene usted —murmuró la mujer depositando su carga en una mesita ante la anciana—. ¿Quiere que se lo sirva? Le aconsejo que se ponga mucho azúcar.

—No, gracias. Lo tomo siempre sin azúcar.

—Pues ahora debería usted hacer una excepción. El azúcar es ideal para los sustos. Durante la guerra, estuve en el extranjero en el servicio de ambulancias y tuve ocasión de comprobarlo —aseguró, echando cuatro terrones en la taza y agitando vigorosamente el líquido con la cucharilla—. Y ahora, tómese esto y se sentirá usted como nueva.

Miss Marple aceptó la sentencia.

—Es una mujer muy amable —pensó—. Me recuerda a alguien… pero ¿a quién?

Luego, sonriendo, añadió, en voz alta:

—Ha sido usted muy buena conmigo.

—¡Bah, no tiene importancia! ¡Me encanta el papel de ángel auxiliador! Me gusta ayudar al prójimo.

Al tiempo que así se expresaba, la mujer miró por la ventana. Acababa de percibirse el rumor del cerrojo del portillo exterior.

—Es mi marido, Arthur… tenemos una visita.

Y tras encaminarse al vestíbulo, reapareció con Arthur, un hombre enjuto, y pálido, de aspecto algo aturdido.

—Esta señora se ha caído delante de nuestra puerta y, naturalmente, la he hecho entrar.

—Su esposa es muy amable, señor…

—Badcock —declaró el hombre, que, al parecer, era un poco tardo en hablar.

—Señor Badcock. Temo haberle molestado demasiado.

—¡Oh, nada de molestias! A Heather le encanta hacer favores a la gente.

Luego, mirándola curiosamente, Arthur preguntó:

—¿Se dirigía usted a algún sitio determinado?

—No, me limitaba a dar un paseo. Vivo en Saint Mary Mead, en la casa situada detrás de la vicaría. Me apellido Marple.

—¡Caramba, qué sorpresa! —exclamó Heather—. ¿De modo que es usted miss Marple? La conozco de oídas. ¿Usted es la de los crímenes, verdad?

—¡Heather! ¿Qué estás diciendo…?

—Ya sabes a qué me refiero. Ella no comete los crímenes, los desentraña. ¿No es eso?

Miss Marple murmuró modestamente que había contribuido tan

sólo al esclarecimiento de uno o dos asesinatos.

—He oído decir que ha habido varios crímenes en este pueblo. La otra noche hablaban de ello en el Club Bingo. Hubo uno en Gossington Hall. Por nada del mundo compraría una casa que haya sido escenario de un crimen. Siempre me parecería ver fantasmas.

—El crimen no se cometió en Gossington Hall. El cadáver fue llevado allí.

—Y lo encontraron en la biblioteca, sobre la alfombrilla de la chimenea, ¿verdad?

Miss Marple asintió en silencio.

—¿Quién sabe? A lo mejor, piensan hacer una película sobre el caso. De otro modo, no me explico que Marina Gregg haya comprado Gossington Hall.

—¿Marina Gregg?

—Sí, ella y su marido. No recuerdo su nombre… Creo que es un productor o un director… Se llama Jason no sé cuántos. Pero Marina Gregg es encantadora, ¿no le parece? Claro está, que en los últimos años, apenas ha actuado en ninguna película. Estuvo enferma mucho tiempo. Sin embargo, sigo opinando que no hay ninguna como ella. ¿La vio usted en Carmanella? ¿Y en El precio del amor o en María de Escocia? Ya no es tan joven como antes, pero siempre será una actriz maravillosa. Siempre he sido una gran admiradora suya. En mi adolescencia solía soñar con ella. La emoción más grande de mi vida la tuve el día que Marina Gregg intervino en una gran función a beneficio de la Ambulancia de San Juan, en las Bermudas. Estaba loca de excitación. Lo malo fue que el día de la representación me desperté con fiebre y el médico me prohibió ir. Pero yo no me di por vencida. En realidad, no me encontraba tan mal como pretendía el doctor. Conque me levanté de la cama, me maquillé a conciencia y asistí a la representación. Fui presentada a Marina y ésta habló conmigo durante tres minutos y me firmó un autógrafo. Fue maravilloso. Jamás he olvidado aquel día.

Miss Marple miróla asombrada.

—Supongo que la imprudencia no tuvo consecuencias graves, ¿verdad? —preguntó ansiosamente.

—En absoluto —respondió Heather Badcock, riéndose—. Nunca

me sentí mejor. Lo único que quiero decir con esto es que si uno desea algo tiene que exponerse. Ése es mi lema y siempre lo pongo en práctica.

Y lanzó otra estridente y alegre carcajada.

—Heather nunca se detiene ante nada —explicó Arthur Badcock, con admiración—. Siempre se sale con la suya.

—Alison Wilde —murmuró miss Marple, con un cabezazo de satisfacción.

—¿Cómo? —barbotó el señor Badcock.

—Nada. Aludía a una antigua conocida.

Heather la miró con expresión interrogante.

—Me la ha recordado usted, esto es todo.

—¿De veras? Supongo que era una persona simpática.

—En efecto, muy simpática —declaró miss Marple, pausadamente—. Cariñosa, saludable, llena de vida.

—Pero me figuro que también tendría sus defectos, ¿no es eso? —rióse Heather—. Yo los tengo.

—Verá, Alison tenía puntos de vista tan personales que no siempre tomaba en cuenta las opiniones de los demás.

—Como aquella vez que metiste en casa a aquella familia evacuada de una casa confiscada y desaparecieron con nuestras cucharillas de plata —gruñó su marido.

—¡Pero Arthur! ¡No podía despedirlos! ¡No hubiera sido caritativo!

—Las cucharillas eran recuerdo de familia —insistió el señor Badcock, tristemente—. Georgianas. Pertenecían a la abuela de mi padre.

—¡Por favor, Arthur! ¡Olvida aquellas viejas cucharillas! ¡No seas machacón!

—Temo que no soy de los que olvidan fácilmente.

Miss Marple lo miró, pensativa.

—¿Qué ha sido de su amiga? —inquirió Heather con amable interés, dirigiéndose de nuevo a su visitante.

Miss Marple hizo una pausa antes de contestar. Por último, murmuró:

—¿Se refiere usted a Alison Wilde? Pues… se murió.

Capitulo III

1

—Me alegro de haber vuelto —declaró la señora Bantry—. Aunque confieso que lo he pasado divinamente.

Miss Marple asintió con convencimiento, aceptando una taza de té de manos de su amiga.

Al morir su marido, el coronel Bantry, unos años atrás, la señora Bantry había vendido Gossington Hall y la considerable extensión de terreno colindante, reservándose para ella la antigua East Lodge, esto es, la casita del guarda, un encantador edificio con pórticos, pequeño y repleto de inconvenientes, donde incluso el jardinero habíase negado a vivir. La señora Bantry le agregó los accesorios esenciales de la vida moderna, tales como una cocina completa y del último modelo, una instalación de agua corriente, electricidad y un cuarto de baño. Todo esto habíale costado mucho dinero, mas no tanto como si hubiese intentado vivir en Gossington Hall. Además, para poder gozar de cierta independencia y aislamiento, conservó unos tres cuartos de acre de jardín, bellamente cercado de árboles, dando la siguiente explicación:

—Así hagan lo que hagan con Gossington, no lo veré ni me preocuparé.

En el curso de los últimos años, la señora Bantry había pasado muchas temporadas visitando a sus hijos y nietos, y regresando de vez en cuando a Saint Mary para disfrutar de la intimidad de su propio hogar. Entretanto, Gossington Hall habla cambiado de dueño una o dos veces. Al principio, fue convertido en casa de huéspedes, pero, tras fracasar en esta modalidad, fue adquirido por cuatro

personas que lo dividieron en cuatro viviendas más o menos independientes y acabaron peleándose. Por último, el Ministerio de Sanidad compróla con algún oscuro fin que con el tiempo no llegó a cuajar, lo cual motivó una nueva venta. Y a ésta se referían las dos amigas en su conversación.

—He oído varios rumores —declaró miss Marple.

—Ya me lo figuro —masculló la señora Bantry—. Incluso se dijo que Charlie Chaplin iba a venir a vivir aquí con todos sus hijos. Eso hubiera sido divertidísimo, pero, desgraciadamente, no hay en ello ni una sola palabra de verdad; en realidad, la compradora es Marina Gregg.

—¡Qué bonita era! —comentó miss Marple con un suspiro—. Siempre recordaré aquellas primeras películas suyas. Ave de paso, con el apuesto Joel Roberts. Y María, Reina de Escocia. Y A través del centeno, muy sentimental, pero preciosa, a mi modo de ver. ¡Dios mío! ¡Cuánto tiempo hace de eso!

—Sí —asintió la señora Bantry—. Ahora Marina deberá tener… ¿qué opina usted? ¿Cuarenta y cinco, cincuenta?

Miss Marple le echaba unos cincuenta.

—¿Ha trabajado en alguna película recientemente? De hecho, apenas voy al cine en estos últimos tiempos.

—Creo que sólo ha intervenido en papeles pequeños —respondió la señora Bantry—. Lleva mucho tiempo sin actuar como primera estrella. Después de uno de sus divorcios sufrió una fuerte depresión nerviosa.

—No sé como esas mujeres pueden tener tantos maridos —espetó miss Marple—. Debe ser agotador.

—Desde luego, no está hecho para mí —declaró la señora Bantry —. Después de enamorarse de un hombre, casarse con él, amoldarse a sus gustos y formar un hogar confortable, me parece una locura echarlo todo a rodar y empezar otra vez.

—Yo, naturalmente, como soltera, no puedo atreverme a opinar —aventuró miss Marple, con un pequeño carraspeo remilgado—. Pero lo considero lamentable.

—Tengo la impresión de que, en realidad, no pueden evitarlo —disculpó la señora Bantry, vagamente—. ¡Tienen que vivir tan de cara al público! La conocí —añadió—, me refiero a Marina Gregg,

naturalmente, durante mi estancia en California.

—¿Qué tal era? —inquirió miss Marple con bien marcado interés.

—Encantadora —afirmó la señora Bantry—. Muy natural y equilibrada.

Luego, tras una pausa, la mujer agregó con expresión pensativa:

—Es una especie de máscara.

—¿El qué?

—Eso de aparecer equilibrada y natural. Hay que aprender a serlo y después ponerlo en práctica a todas horas. Imagine usted por un momento el infierno qué debe ser no poder mandar nunca a paseo a nadie y exclamar: «¡Por amor de Dios, déjeme en paz!». Casi me atrevería a decir que esa gente tiene que organizar francachelas y orgías en defensa propia.

—Ha tenido cinco maridos, ¿no es eso? —interrogó miss Marple.

—Por lo menos. El primero no cuenta para nada. Siguió un príncipe o conde extranjero, y luego otro artista de cine, Robert Truscott, si no recuerdo mal. Este tercer matrimonio parecía cimentado en un gran amor, pero sólo duró cuatro años. Después se casó con Isidore Wright, el dramaturgo. Ese fue un matrimonio bastante serio y sosegado, y Marina tuvo un hijo, cosa que, al parecer, siempre había deseado, hasta el punto de intentar la adopción de varios niños sin hogar. Por eso lo superaba todo. Era algo consistente, la Maternidad con mayúscula. Lo malo es que luego, según tengo entendido, la criatura resultó tonta o rara, y, después de esto, Marina pasó una gran depresión nerviosa y empezó a darse a las drogas y a rechazar primeros papeles.

—Parece que sabe usted muchas cosas de ella —comentó miss Marple.

—Es natural —repuso la señora Bantry—. Cuando compró Gossington me interesé por ella. Se casó con su actual marido hace unos dos años y, según dicen, ahora vuelve a estar muy centrada. Él es productor o director. No estoy segura. Siempre me confundo. Estaba enamorado de ella cuando ambos eran muy jóvenes, pero entonces él era un don nadie. En cambio, ahora creo que es muy famoso. Se llama Jason… Jason no sé cuántos… Jason Hudd, mejor dicho, Rudd. Sí, eso es. Han adquirido Gossington porque cae cerca

de… —la señora Bantry titubeó— ¿de Elstree? —aventuró.

—No creo —replicó miss Marple meneando la cabeza—. Elstree está en el norte de Londres.

—Se trata de los nuevos estudios. Ya recuerdo: Hellingforth. Siempre me ha parecido un nombre finlandés, ¿verdad? Está a unas seis millas de la Ronda del Mercado. Creo que Marina va a hacer una magnífica película sobre Isabel de Austria.

—¡Pero qué enterada está usted de la vida privada de las estrellas! —exclamó miss Marple—. ¿Dónde se documentó, en California?

—Pues no —respondió la señora Bantry—. En realidad me informo a través de las chocantes revistas que leo en la peluquería. A la mayoría de las estrellas no las conozco, ni siquiera de nombre; pero, como he dicho antes, me interesaba saber detalles de Marina Gregg y su marido por su adquisición de Gossington. Hay que ver qué cosas dicen esas revistas. Me figuro que la mitad o las tres cuartas partes de lo que cuentan es mentira. No creo que Marina Gregg sea ninfomaníaca. Probablemente ni siquiera toma drogas y lo más seguro es que se marchara una temporada a descansar y no sufriera ninguna depresión. De lo que no cabe duda es de que va a venir a vivir aquí.

—La semana próxima, según tengo entendido —precisó miss Marple.

—¿Tan pronto? Me consta que ha cedido Gossington para una gran fiesta que debe celebrarse el día veintitrés a beneficio del Cuerpo de Ambulancias de San Juan. Supongo que han hecho muchas reformas en la casa.

—Prácticamente la han dejado desconocida —declaró miss Marple—. De hecho, hubiera sido mucho más sencillo, y a buen seguro, más barato, derribarla y construir otra nueva.

—Me figuro que han puesto cuartos de baño.

—Según mis informes, seis. Y un patio de palmeras, una piscina y ventanas artísticas figurando cuadros. Además, han transformado el despacho y la biblioteca de su difunto esposo en una sola habitación para destinarla a sala de música.

—Arturo se revolverá en su tumba. Ya sabe usted que detestaba la música. El pobre era insensible a los sonidos musicales. ¡Había

que ver su cara cuando algún buen amigo nuestro nos llevaba a la ópera! Probablemente su espíritu volverá a importunarles.

Y, tras una pausa, la mujer agregó bruscamente:

—¿Ha insinuado alguien la posibilidad de que en Gossington haya fantasmas?

—No los hay —aseguró miss Marple, meneando la cabeza con convicción.

—Eso no impide que la gente diga lo contrario —observó la señora Bantry.

—Nadie ha insinuado nunca semejante cosa… En realidad, la gente no es tonta, y menos en los pueblos.

La señora Bantry echóle una rápida ojeada.

—Siempre ha sido usted de esta opinión, Jane, y, sin duda, tiene razón.

De pronto añadió con una sonrisa:

—Marina Gregg me preguntó, muy amable y delicadamente, si no me resultaría penoso ver mi antigua casa ocupada por extraños. Le aseguré que no me molestaría en absoluto. Tengo la impresión de que no se lo creyó del todo. Pero, al fin y al cabo, como usted sabe, Jane, Gossington no era nuestro hogar. No fuimos educados allí en nuestra infancia. Y, en realidad, eso es lo que cuenta. Era simplemente una finca con un poco de caza y pesca que compramos cuando Arturo se retiró, por considerarla una casa bonita y fácil de administrar. ¿Cómo es posible que pensáramos semejante cosa? ¡Con todas aquellas escaleras y pasillos! ¡Sólo necesitábamos cuatro criados! ¡Sólo cuatro! ¡Qué tiempos aquellos! ¡Ja, ja, ja!

Súbitamente agregó:

—¿Cómo fue lo de su caída? Esa miss Knight no debiera haberla dejado ir sola.

—No fue culpa de la pobre miss Knight. Le di una lista de recados y entonces yo…

—¿Se escapó deliberadamente? Ya comprendo. En fin, Jane, le aconsejo que no vuelva a hacerlo. Es peligroso a su edad.

—¿Cómo se ha enterado usted?

La señora Bantry esbozó una sonrisa.

—Es imposible guardar secretos en Saint Mary Mead. Usted misma me lo ha dicho muchas veces. Lo supe a través de la señora

Meavy.

—¿La señora Meavy? —repitió miss Marple, turbada.

—Viene diariamente. Vive en el Ensanche.

—¡Ah, en el Ensanche!

Sobrevino la pausa habitual.

—¿Qué hacía usted en el Ensanche? —inquirió la señora Bantry curiosamente.

—Sólo intentaba verlo, observar cómo era la gente.

—¿Y qué impresión sacó de ésta?

—Me pareció igual que todo el mundo. No sé exactamente si el descubrimiento me desilusionó o si, por el contrario me tranquilizó.

—Más bien me inclino por lo primero.

—No. Creo que de hecho, me tranquilizó. Ello permite… bien, permite reconocer ciertos tipos, de forma que, cuando ocurre algo, se comprende perfectamente el porqué.

—¿Se refiere usted a… asesinato?

Miss Marple mostróse sorprendida.

—No sé por qué motivo da usted por sentado que estoy pensando en crímenes todo el día.

—Tonterías, Jane. ¿Por qué no se descara de una vez y confiesa que es una criminalista?

—Porque no es verdad —replicó miss Marple, con vehemencia —. Lo único que sucede es que conozco un poco la naturaleza humana, cosa perfectamente natural después de haber vivido toda la vida en un pueblecito.

—Probablemente tiene usted un poco de razón en esto — murmuró la señora Bantry, pensativa—, aunque apuesto a que la mayoría de la gente no estaría de acuerdo con usted. Su sobrino Raymond solía decir que este lugar era un remanso de paz.

—¡Pobrecillo Raymond! —exclamó miss Marple, indulgentemente—. ¡Ha sido siempre tan cariñoso! Sepa usted que paga los servicios de miss Knight.

El recuerdo de miss Knight cambió el curso de sus pensamientos. Así, pues, levantándose, suspiró.

—En fin, será mejor que regrese.

—Supongo que no ha venido usted andando.

—De ningún modo. He venido en Inch.

Esta enigmática declaración fue acogida con absoluta naturalidad. En tiempos muy lejanos, el señor Inch había sido el propietario de dos berlinas que aguardaban a los trenes en la estación local y solían también ser alquiladas por las damas del pueblo para ir «de visita» a tés, o a acompañar a sus hijas de vez en cuando a disfrutar de diversiones tan frívolas como el baile. Con el tiempo, Inch, un hombre jovial y coloradote de setenta años y pico, cedió el puesto a su hijo, conocido por el nombre de «el joven Inch» (pese a que, a la sazón, contaba ya cuarenta y cinco primaveras), si bien el viejo Inch continuó llevando a las damas ancianas que consideraban a su hijo demasiado joven e irresponsable. A fin de amoldarse a los tiempos modernos, el joven Inch sustituyó los coches de caballos por automóviles, pero como no era muy ducho en mecánica, con el tiempo traspasó el negocio a un tal señor Bardwell. No obstante, el apellido Inch subsistió. Más adelante, el señor Bardwell vendió el negocio al señor Roberts, pero en la guía telefónica el nombre oficial de la casa seguía siendo «Servicio de Taxis Inch», y las damas más ancianas de la comunidad continuaban empleando la expresión «ir en Inch», aplicada a sus viajes en coches de alquiler, como si fueran una especie de Jonás y los Inch otras tantas ballenas.

2

—Ha venido el doctor Haydock —declaró miss Knight en tono reprobatorio—. Le he dicho que había usted ido a tomar el té con la señora Bantry. Ha prometido que volverá mañana.

Y ayudando a miss Marple a despojarse de sus prendas de abrigo, espetó con aire acusador:

—Supongo que estamos cansadas.

—Tal vez usted sí —repuso miss Marple—. Yo, no.

—Venga usted a ponerse cómoda al lado del fuego —instó miss Knight, sin prestar atención a la indirecta, como de costumbre. («No hay que hacer mucho caso de lo que dicen los viejos —solía decir—. Yo me limito a seguirles la corriente»)—. Y ahora, vamos a ver, ¿le apetece una taza de «Ovaltina» o prefiere «Horlicks» para variar?

Tras darle las gracias, miss Marple expresó el deseo de tomar una copita de jerez seco. Miss Knight pareció desaprobar la elección.

—No sé qué diría el doctor si lo supiera —masculló al regresar con la copa.

—En este caso tendremos que preguntárselo mañana por la mañana —decidió miss Marple.

Al día siguiente, miss Knight recibió al doctor Haydock en el vestíbulo con agitado cuchicheo.

El anciano doctor entró en la habitación frotándose las manos, pues hacía mucho frío aquella mañana.

—Ha venido a vernos el doctor —anunció miss Knight jovialmente—. ¿Me da usted sus guantes, doctor?

—No hace falta, ahí no estorbarán —repuso Haydock, arrojándolos descuidadamente sobre una mesa—. ¡Qué mañana más desapacible!

—¿Tomaría usted una copita de jerez? —sugirió miss Marple.

—Tengo entendido que se está usted dando a la bebida. Sea como fuere, no debiera beber nunca sola.

La botella y las copas hallábanse ya en una mesita junto a miss Marple. Miss Knight se retiró de la estancia.

El doctor Haydock era un viejo amigo. Prácticamente jubilado de su profesión, atendía aún a algunos de sus antiguos pacientes.

—Me han dicho que se había caído usted —dijo tras apurar su copa—. Le advierto que eso es muy malo a su edad. También me han informado de que no quería usted avisar a Sandford.

Sandford era el colega de Haydock.

—A pesar de todo, esa enfermera suya, miss Knight, le llamó… e hizo muy bien.

—Sólo estaba un poco magullada y ligeramente trastornada. Así dijo el doctor Sandford. Podía haber aguardado perfectamente a que usted regresara.

—Atienda usted, querida. Yo no puedo seguir ejerciendo eternamente. Además, permítame que le diga que Sandford está mejor dotado que yo. Es un médico de primera categoría.

—Los médicos jóvenes son todos iguales —masculló miss Marple —. Le toman a uno la presión y, tenga lo que tenga, le recetan la última variedad de píldoras lanzadas al mercado, rosas, amarillas, castañas. Hoy día la medicina es una especie de supermercado. Todo va empaquetado.

—Merecería usted que le recetasen sanguijuelas y un purgante, y que le frotasen el pecho con aceite alcanforado.

—Eso es lo que hago cuando tengo tos —declaró miss Marple con vehemencia—. ¡No es poco aliviador!

—Lo que ocurre es que no nos gusta envejecer —murmuró Haydock—. Personalmente, lo detesto.

—Usted es un jovencito comparado conmigo —soltó miss Marple—. Además, en realidad, no me importa el hecho de envejecer. Lo que me molesta son las pequeñas indignidades que lleva consigo la vejez.

—Creo que sé a qué se refiere.

—¡No poder estar nunca solos! ¡No poder salir siquiera unos instantes por cuenta propia! Tengo incluso dificultad con mis labores de punto. ¡Con lo que me ha distraído siempre hacer calceta! Y conste que la hago de maravilla. Lo malo es que ahora se me escapan puntos constantemente y, muchas veces, ni siquiera me doy cuenta de ello.

Haydock la observó, pensativo.

Por último dijo con ojos centelleantes:

—Siempre cabe hacer lo contrario.

—¿Qué quiere decir con esto?

—Si no puede usted tejer, ¿por qué no se dedica a destejer para variar? Tome ejemplo de Penélope.

—Yo no estoy en su situación.

—Pero destejer y desenredar es una tarea muy adecuada para usted, ¿no?

Y poniéndose en pie, el doctor Haydock agregó:

—Tengo que marcharme. De recetarle algo, le recetaría un interesante caso de asesinato.

—¡Eso es una ofensa!

—¿No tengo razón? Siempre cabe guiarse por la experiencia que se tiene de las personas. Todo eso me recuerda al bueno del viejo Holmes. Me figuro que hoy día ha pasado ya a ser una pieza de museo. Pero nunca será olvidado.

Tras la marcha del doctor, miss Knight entró en la sala bulliciosamente.

—¡Caramba! —exclamó—. ¡Tenemos un aspecto mucho más animado! ¿Le ha recomendado algún tónico el doctor?

—Me ha recomendado «interesarme por algún crimen».

—¿Leer una buena novela de detectives?

—No —repuso miss Marple—. Algo tomado de la realidad.

—¡Cielos! —exclamó miss Knight—. El problema es que no es probable que haya un asesinato en este apacible lugar.

—Un asesinato puede ocurrir en cualquier parte —objetó miss Marple—. Y ocurre.

—¿En el Ensanche, por ejemplo…? —miss Knight sugirió—. Muchos de esos jovenzuelos con aire de gamberros llevan cuchillos.

Mas cuando sobrevino el asesinato en cuestión no fue en el Ensanche.

Capitulo IV

La señora Bantry retrocedió uno o dos pasos, contemplándose en el espejo, se ajustó un poco el sombrero (no estaba acostumbrada a llevarlo), se puso unos guantes de piel de excelente calidad y salió de la antigua casita del guarda, cerrando cuidadosamente la puerta tras de sí. Sentíase gratamente complacida por la perspectiva que le aguardaba aquella tarde. Habían transcurrido unas tres semanas desde su conversación con miss Marple. Marina Gregg y su marido habían llegado a Gossington Hall y, al presente, hallábanse ya más o menos instalados allí.

Aquella tarde debía celebrarse en su nueva residencia una reunión de las primeras personas encargadas de organizar la fiesta a beneficio de la Ambulancia de San Juan. La señora Bantry no figuraba entre los miembros de la comisión, pero había recibido una nota de Marina Gregg invitándola a tomar el té antes de la citada reunión. La nota aludía a su encuentro en California e iba firmada con las siguientes palabras: «Cordialmente, Marina Gregg». No estaba escrito a máquina, sino a mano. Excuso decir que la señora Bantry sentíase a un tiempo satisfecha y halagada. Al fin y al cabo, una primera estrella del cine es una primera estrella del cine, y las damas ancianas, pese a su posible relieve en la localidad de su residencia, son conscientes de su absoluta insignificancia en el mundo de las celebridades. No es de extrañar, pues, que la señora Bantry experimentase la misma sensación que un niño que va a ser objeto de un agasajo especial.

Mientras ascendía por la calzada para coches, la visitante escudriñó los alrededores con avidez, registrando mentalmente sus impresiones. El lugar había sido embellecido desde los días de su venta y sucesivos cambios de dueño.

—No han escatimado gastos —se dijo la señora Bantry con un

cabeceo de satisfacción.

La calzada no deparaba vista alguna al jardín, detalle que mereció también la aprobación de su antigua propietaria. Aquel jardín, con su arriate especial de plantas perennes, había hecho sus delicias en los lejanos tiempos en que habitaba en Gossington Hall. Con pesar y nostalgia, dedicó un recuerdo a sus lirios, diciéndose con vehemente orgullo que, sin duda, habían constituido el mejor macizo de lirios del condado.

Al llegar ante la nueva puerta inferior, resplandeciente bajo la recién dada capa de pintura, la mujer oprimió el timbre. Un mayordomo con inconfundible aspecto de italiano acudió a abrir la puerta con aliviadora prontitud. Él mismo la condujo a la estancia que antiguamente había sido la biblioteca del coronel Bantry, la cual, tal como le habían dicho, formaba al presente una sola pieza con el despacho contiguo. El conjunto de ambas estancias resultaba imponente. Las paredes aparecían revestidas de paneles y el suelo cubierto de mosaico de madera. En un extremo alzábase un magnífico piano y hacia la mitad de la pared veíase un soberbio tocadiscos. En el otro extremo de la habitación había una especie de pequeña isla formada por un juego de alfombras persas, una mesa de té y varias sillas. Junto a la mesa hallábase sentada Marina Gregg, y, apoyado en la repisa de la chimenea, erguíase un individuo que a la señora Bantry se le antojó el hombre más feo que había visto en su vida.

Unos momentos antes, justamente cuando la mano de la señora Bantry se tendía para oprimir el timbre, Marina Gregg había dicho a su marido con voz suave y entusiástica:

—Este lugar me encanta, Jinks. Es justamente lo que siempre había deseado. Tranquilo. Con la tranquilidad propia de la campiña inglesa. Ya me veo viviendo siempre aquí, toda la vida si es preciso. Adoptaremos las costumbres inglesas. Tomaremos el té todas las tardes, con té chino servido en mi precioso juego de té georgiano. Y contemplaremos desde la ventana esos hermosos prados de césped y ese arriate de flores al estilo inglés. Tengo la impresión de haber encontrado, al fin, un hogar, y de que aquí podré vivir tranquila y feliz. Creo, en definitiva, que esta casa va a ser mi hogar. Ésa es la palabra. Mi hogar.

Y Jason Rudd (Jinks para su esposa) habíala sonreído con una sonrisa condescendiente e indulgente, si bien con un asomo de reserva, ya que, al fin y al cabo, habíala oído aquel comentario muchas veces con anterioridad. Tal vez en aquella ocasión resultaría verdad. Tal vez aquél era el lugar en que Marina Gregg sentiríase a sus anchas. No obstante, al hombre le constaba que su mujer se entusiasmaba con facilidad. ¡Estaba siempre tan segura de que, al fin, había encontrado lo que deseaba!

—Me parece muy bien, cariño —murmuró con voz profunda—. Me parece estupendo. Me alegro de que te guste.

—¿Gustarme? ¡Adoro este lugar! ¿No lo adoras tú también?

—Desde luego —asintió Jason Rudd—. Me gusta muchísimo.

No estaba del todo mal, pensó para sí. Era una casa sólidamente construida en un feo estilo victoriano, aunque forzoso era reconocer que daba sensación de solidez y seguridad. Ya despojada de sus tremendas incomodidades iniciales, sin duda resultaría bastante confortable para vivir. No estaba mal para pasar alguna que otra temporada. Con un poco de suerte, se dijo Jason Rudd, Marina no empezaría a aburrirlo hasta dentro de dos años o dos años y medio. Dependía.

—Me parece maravilloso encontrarme bien otra vez —prosiguió Marina con un quedo suspiro—. Sana y fuerte, capaz de enfrentarme con todo.

—Desde luego, cariño, desde luego —repitió su marido.

En aquel preciso momento abrióse la puerta y el mayordomo italiano introdujo en la estancia a la señora Bantry.

El recibimiento de Marina Gregg fue realmente encantador. Salió al encuentro de su visitante con las manos tendidas y expresó su satisfacción de volver a verla. Luego, comentó la coincidencia de haberse conocido en San Francisco aquella vez y de encontrarse de nuevo a los dos años a raíz de la compra que ella y Jinks habían efectuado de la antigua finca de la señora Bantry. Agregó que confiaba de veras en que no la contrariarían en exceso los cambios introducidos en la casa, y en que no los considerara unos intrusos por su presencia en ella.

—Su venida a vivir aquí ha constituido uno de los acontecimientos más excitantes que ha habido en este lugar —

declaró la señora Bantry, campechanamente, mirando hacia la chimenea.

Casi simultáneamente, Marina Gregg profirió:

—No conoce usted a mi marido, ¿verdad? Jason, te presento a la señora Bantry.

Ésta observó a Jason Rudd con cierto interés. Su primera impresión de que el actual marido de la estrella era uno de los hombres más feos que había conocido, modificóse en alguna medida. Rudd tenía ojos interesantes, los más hundidos que había visto en su vida. Profundos y plácidos como un lago, se dijo la mujer, sintiéndose una especie de romántica novelista. El resto de aquel semblante era en extremo áspero y escabroso, casi ridículamente proporcionado. Tenía la nariz grande y prominente, fácilmente transformable en la de un clown con un poco de pintura encarnada. Tenía, asimismo, una boca grande y triste, como un clown. La visitante no hubiera podido precisar si en aquel momento el hombre estaba furioso o si siempre tenía aquel aspecto encolerizado. No obstante, al hablar, Jason Rudd lo hizo con voz inesperadamente agradable, pausada y profunda.

—Un marido —declaró— queda siempre en segundo término Pero permítame que le diga, con mi esposa, que nos sentimos muy honrados de recibirla en esta casa. Espero que no considere usted que debiera ser al revés.

—Deben ustedes desechar la idea de que me vi obligada a renunciar a mi viejo hogar. En realidad, esta casa nunca fue mi hogar. Me alegro mucho de haberla vendido. Tenía muchos inconvenientes y resultaba muy difícil de sostener. Me gustaba el jardín, pero la casa era una carga cada vez más difícil de soportar. Lo he pasado divinamente desde que la vendí, viajando por el extranjero y visitando a mis hijas casadas, a mis nietos y a mis amigos desperdigados por todas partes del mundo.

—¿Hijas? —repitió Marina Gregg—. ¿Tiene usted hijas o hijos?

—Dos hijos y dos hijas —respondió la señora Bantry—. Y muy desparramados. Uno en Kenia, otro en África del Sur, otro en Tejas y el cuarto, a Dios gracias, en Londres.

—Cuatro —murmuró Marina Gregg—. ¿Y nietos?

—Hasta la fecha, nueve —contestó la señora Bantry—. Es muy

divertido ser abuela. Carece una de las preocupaciones que entraña la responsabilidad materna y puede mimar a los nietos sin tasa ni medida…

Jason Rudd la interrumpió:

—Temo que le da el sol en los ojos —dijo, dirigiéndose a una ventana para ajustar la persiana—. Le ruego que nos cuente cosas de este simpático pueblo —agregó al volver sobre sus pasos.

Luego, tendiéndole una taza de té, preguntó:

—¿Qué prefiere usted, una torta caliente, un bocadillo o este pastelito? Tenemos una cocinera italiana que sabe mucha repostería. Como puede usted ver, hemos adoptado la costumbre inglesa de tomar el té por la tarde.

—Conste que es exquisito —ensalzó Bantry, bebiendo un sorbo de la fragante bebida.

Marina Gregg sonreía con aire complacido. El súbito movimiento nervioso de sus dedos sorprendidos por la mirada de Jason Rudd unos momentos antes había desaparecido. La señora Bantry contempló a su anfitriona con gran admiración. El apogeo de Marina Gregg había sido anterior a la preponderancia de las masas. No hubiera podido ser presentada con «El sexo encarnado», ni como «El busto», ni como «El torso», porque era alta, delgada y esbelta. Los huesos de su cara y cabeza participaban de la belleza atribuida a Greta Garbo. En sus películas distinguíase más por su personalidad que por una mera cuestión de sexo. La forma de volver súbitamente la cabeza, el modo de abrir sus bellos y profundos ojos, el suave temblor de sus labios, eran detalles que inspiraban un sentimiento de enajenante belleza que no procedía de la regularidad de las facciones, sino de alguna súbita magia de la carne que pillaba desprevenido al espectador. A la sazón, poseía aún aquella facultad, si bien no tan fácilmente perceptible. Al igual que muchas actrices de cine y de teatro, parecía tener el hábito de controlar su personalidad. Podía encerrarse en sí misma, aparecer tranquila, serena, distante, hasta el punto de desilusionar a un fanático admirador. Más de pronto revivía su encanto con un simple movimiento de cabeza, un ademán de las manos o una inesperada sonrisa.

Una de sus mejores películas había sido María, Reina de Escocia,

y fue su actuación en ella lo que la señora Bantry recordó al presente, mientras la contemplaba. Con el rabillo del ojo, la visitante observó al marido. Él también miraba a Marina. Distraído en la contemplación, su rostro expresaba claramente sus sentimientos.

—¡Cielos! —pensó la señora Bantry—. ¡Ese hombre la adora!

No comprendía a qué venía su sorpresa. Tal vez ésta obedecía a que los amores y las aventuras de las estrellas cinematográficas eran tan prodigados por la Prensa, que nunca esperaba uno ver un sentimiento auténtico con sus propios ojos.

De pronto, la señora Bantry experimentó el impulso de proferir:

—Espero que, disfruten ustedes aquí y puedan quedarse una temporada en el pueblo. ¿Piensa conservar la casa mucho tiempo?

Marina abrió los ojos, sorprendida, y volviéndose a su visitante, declaró:

—Quiero vivir siempre aquí. Claro está que tendré que ausentarme con frecuencia. Existe la posibilidad de que tenga que hacer una película en el norte de África el año próximo, aunque no hay nada seguro todavía. Pero ésta será mi casa. Volveré acá. Siempre el recurso de regresar al hogar.

Y, suspirando, añadió:

—Eso es lo maravilloso. Eso es lo que me encanta. Haber encontrado al fin, un hogar y así realizar mi sueño dorado.

—Comprendo —murmuró la señora Bantry.

Pero al propio tiempo, pensó:

«De todos modos, no creo ni por un momento que sea así. No creo que Marina Gregg sea capaz de echar raíces en ningún sitio». Una vez más lanzó una mirada subrepticia a Jason Rudd. Al presente, éste no estaba enfurruñado, sino sonriente. Pero su inesperada sonrisa, aunque dulce y serena, tenía un sello de tristeza.

—Él también sabe a qué atenerse —se dijo la señora Bantry.

En aquel momento, abrióse la puerta dando paso a una mujer.

—Los Barlett le llaman por teléfono, Jason —declaró la recién llegada.

—Dígales que vuelvan a llamar.

—Dicen que es urgente.

Rudd se puso en pie, con un suspiro.

—Permítame presentarlas —dijo—. La señora Bantry. Ella Zielinsky, mi secretaria.

—Sírvase una taza de té, Ella —instó Marina en tanto Ella Zielinsky rubricaba la presentación con un sonriente «encantada de conocerla».

—Tomaré un bocadillo —decidió ésta—. No soy muy aficionada al té chino.

Ella Zielinsky aparentaba unos treinta y cinco años. Llevaba un traje sastre de excelente corte y una vaporosa blusa con chorrera, y parecía transpirar confianza en sí misma. Tenía la frente ancha y lucía una corta cabellera negra.

—Tengo entendido que antes vivía usted en esta casa —dijo a la señora Bantry.

—Sí, pero de eso hace muchos años —explicó la señora Bantry —. Tras la muerte de mi marido, la vendí y, desde entonces ha tenido varios dueños.

—La señora Bantry asegura que no le molestan las reformas que hemos hecho —intervino Marina.

—Al contrario, me habría llevado una gran desilusión si no las hubiesen llevado a cabo —afirmó la señora Bantry—. He venido aquí con verdadera curiosidad. Ni que decir tiene que han corrido toda clase de rumores por el pueblo.

—Nunca me imaginé que fuera tan difícil encontrar lampistas en este país —espetó miss Zielinsky mordiendo un bocadillo con aire profesional—. Claro está que, en realidad, yo no me ocupo de este asunto.

—Usted se ocupa de todo y a usted le consta, Ella —rectificó Marina—. Del servicio doméstico, de los lampistas y discutir con los contratistas.

—Al parecer, en este lugar nadie sabe lo que es una ventana artística.

Ella miró en dirección a la ventana.

—Una hermosa escena rural inglesa al estilo antiguo —comentó Marina—. Hay que reconocer que esta casa tiene ambiente.

—Si no fuera por los árboles, no parecería tan rural —observó Ella Zielinsky—. Esa urbanización crece por momentos.

—Todo eso es nuevo —masculló la señora Bantry.

—Así, pues, ¿sólo había el pueblo cuando usted vivía aquí?

La señora Bantry hizo un ademán de asentimiento.

—Debía de resultar muy difícil hacer la compra.

—No opino lo mismo —repuso la señora Bantry—. Considero que era facilísimo.

—Comprendo el gusto de tener un jardín —murmuró Ella Zielinsky—; pero, por lo visto, ustedes cultivan también hortalizas. ¿No resultaría mucho más fácil comprarlas en el supermercado?

—Probablemente la cosa acabará así —suspiró la señora Bantry —. Pero la verdura del supermercado no sabe igual.

—No estropee usted el ambiente, Ella —reconvino Marina.

En aquel momento, Jason asomó la cabeza por la puerta.

—Siento molestarte, querida —dijo a Marina—. Pero, por lo visto, quieren saber tu opinión sobre este punto.

Marina se levantó con un suspiro y dirigióse a la puerta, lánguidamente.

—Siempre hay algún problema —murmuró—. Lo siento en el alma, señora Bantry. De todos modos, no creo que me entretengan mucho.

—Ambiente —susurró Ella Zielinsky, en tanto Marina salía y cerraba la puerta—. ¿Cree que esta casa tiene ambiente?

—No sé —replicó la señora Bantry—. Nunca la he considerado así. Me parecía una casa con sus ventajas y sus inconvenientes, incómoda en algunos aspectos y muy confortable en otros.

—Eso me parece a mí —convino Ella Zielinsky.

Luego, lanzando una rápida ojeada a la visitante, agregó:

—Hablando de ambiente, ¿cuándo se cometió el crimen aquí?

—Aquí nunca se ha cometido ningún crimen —repuso la señora Bantry.

—Por favor, no disimule. He oído muchas historias sobre el caso. Siempre se sabe todo. Creo que fue sobre la alfombrilla del hogar, ¿no? ¿Allí, verdad? —insistió miss Zielinsky, señalando la chimenea con un ademán.

—Sí —asintió la señora Bantry—. Ese fue el lugar.

—Según esto, ¿hubo crimen?

—El asesinato no fue cometido aquí —replicó la señora Bantry, meneando la cabeza—. La muchacha asesinada fue traída aquí y

abandonada en esta habitación, pero no tenía nada que ver con nosotros.

Miss Zielinsky parecía interesada.

—A buen seguro debían pasar ustedes muchos apuros para convencer a la gente de que así era —contestó.

—Y que lo diga.

—¿Cuándo lo descubrieron?

—La criada entró en nuestra habitación por la mañana con él té del desayuno —explicó la señora Bantry—. Entonces teníamos criadas, ¿sabe usted?

—Sí —asintió miss Zielinsky—, con susurrantes vestidos estampados.

—No estoy segura de esto —repuso la señora Bantry—. Es posible que por entonces ya llevasen pantalones para hacer la limpieza. Sea como fuere, el caso es que irrumpió en la estancia diciendo que había un cadáver en la biblioteca. Yo repuse: «¡Bah, tonterías!», pero desperté a mi marido y bajamos los dos a verlo.

—Y allí estaba —coligió miss Zielinsky—. ¡Caramba! ¡Qué cosas pasan! —exclamó, volviendo vivamente la cabeza hacia la puerta.

Luego, mirando de nuevo a su interlocutora, rogó dulcemente:

—Si no le importa, no hable de esto a miss Gregg. No le conviene saberlo.

—No se preocupe, no diré una palabra —prometió la señora Bantry—. De hecho, nunca hablo de ello. Todo sucedió hace muchos años. ¿Pero no se enterará miss Gregg por otro conducto?

—No suele ponerse en contacto con la realidad —explicó Ella Zielinsky—. Las estrellas de cine llevan una vida muy aislada. A decir verdad, con frecuencia hay que procurar que así sea. Las cosas las trastornan. Ha estado gravemente enferma por espacio de uno o dos años. Sólo hace un año que reanudó parcialmente sus actividades.

—Parece ser que le gusta la casa y que cree que va a ser feliz aquí —comentó la señora Bantry.

—Espero que esa ilusión se prolongue uno o dos años —suspiró Ella Zielinsky.

—¿Sólo?

—Dudo que sea más. Marina es una de esas personas que

siempre creen haber hallado lo que anhela su corazón. Pero la vida no es tan fácil, ¿no le parece?

—En efecto, no lo es —convino la señora Bantry, con convicción.

—Sería una gran cosa para él que Marina se sintiera dichosa aquí —masculló miss Zielinsky, comiéndose otros dos bocadillos con la precipitación propia de una persona que tiene que tomar su tren—. Es un genio, ¿sabe usted? ¿Ha visto usted alguna película dirigida por él?

La señora Bantry sintióse algo confusa. Era una de esas mujeres que sólo van al cine por la película en sí. Las largas listas de repartos, directores, productores, fotógrafos y demás pasábanle por alto. A menudo, ni siquiera se fijaba en los nombres de las estrellas. Con todo, no le interesaba pregonar aquel defecto suyo a los cuatro vientos.

—¡Me confundo tanto con los nombres! —lamentóse.

—Naturalmente, ha tenido que luchar mucho —prosiguió Ella Zielinsky—. Se ha ganado a pulso a Marina, como todo lo demás, y Marina no es una persona fácil. Hay que mantenerla feliz y, a mi modo de ver, no resulta fácil mantener feliz a la gente. A menos que… que… sean…

Ella titubeó.

—A menos que sean fáciles de contentar —sugirió la señora Bantry—. Algunas personas —agregó, pensativa— gozan siendo desdichadas.

—No, Marina no es de ésas —repuso Ella Zielinsky, meneando la cabeza—. Lo que ocurre es que tiene altibajos muy violentos. A veces, se siente demasiado feliz, demasiado contenta y satisfecha de todo. Pero, de pronto, cualquier pequeñez la hace pasar al otro extremo.

—Me figuro que eso es temperamento —comentó la señora Bantry, vagamente.

—En efecto —convino Ella Zielinsky—. Temperamento. Todo el mundo lo tiene, más o menos, pero Marina Gregg lo posee en grado superlativo. ¡Si lo sabremos nosotros! ¡Qué de cosas podría contarle!

Y tras comerse el último bocadillo, añadió:

—A Dios gracias, sólo soy la secretaria.

Capitulo V

La apertura de los jardines de Gossington Hall a beneficio de la Asociación de Ambulancias de San Juan atrajo a una ingente cantidad de público. Las entradas de a chelín despachábanse con éxito inusitado. Además, hacía buen tiempo y el día estaba claro y soleado. Pero la máxima atracción constituía indudablemente lo que aquellos «cineastas» habían hecho con Gossington Hall. La gente aventuraba toda suerte de extravagantes suposiciones. La mayoría de la gente se imagina siempre a las estrellas de Hollywood tomando el sol junto a una piscina en un marco exótico y en igualmente exóticas compañías. El hecho de que el clima de Hollywood fuese más apropiado para construir piscinas que el de Saint Mary Mead no fue tomado en consideración. Al fin y al cabo, en Inglaterra siempre hacía una hermosa semana de calor en verano y una vez al año los periódicos dominicales publicaban artículos sobre cómo estar fresco, cómo preparar cenas frías y cómo preparar refrescos. La piscina correspondía casi exactamente la idea que de ella se había formado todo el mundo. Era grande, con las aguas azuladas y un exótico pabellón para cambiarse, y hallábase rodeada de una plantación de setos y arbustos en extremo artificial. La reacción de la multitud fue la que cabía esperar y suscitó infinidad de comentarios.

—¡Oh! ¡Qué bonita!

—¡Se puede pagar dinero por bañarse aquí!

—Me recuerda aquel camping a donde fui a pasar las vacaciones.

—Lo considero un derroche de lujo. No debiera estar permitido.

—Fijaos en este mármol de fantasía. ¡Debe de haber costado una fortuna!

—No sé a santo de qué esa gente se cree con derecho a venir

aquí a gastarse el dinero a espuertas.

—A lo mejor, esto sale en la televisión alguna vez. Será divertido.

Hasta el señor Simpson, el hombre más viejo de Saint Mary Mead, que alardeaba orgullosamente de tener noventa y seis años, aun cuando sus parientes aseguraban que sólo contaba ochenta y ocho, había acudido, tambaleándose sobre sus reumáticas piernas, con ayuda de un bastón, a ver la animación. Excuso decir que dedicó la más alta alabanza al lugar.

—¡Qué indecencia! —exclamó, chasqueando los labios—. Tengo la convicción de que esto será una pocilga. Hombres y mujeres desnudos bebiendo y fumando eso que en los periódicos llaman marihuana. Apostaría cualquier cosa a que será así. ¡Sí, señor! —agregó el señor Simpson con fruición—. ¡Una verdadera indecencia!

La aprobación general culminó por la tarde. Mediante el pago de otro chelín, el público pudo entrar en la casa y admirar la nueva sala de música, el salón, el desconocido comedor, al presente decorado a base de roble oscuro y cordobán español, y otras novedades.

—Nadie diría que esto es Gossington Hall —comentó la nuera del señor Simpson.

La señora Bantry dejóse caer a última hora y observó complacida que el dinero entraba a raudales y que la asistencia era fenomenal.

La gran tienda de campaña donde se servía el té estaba abarrotada de público. La señora Bantry esperaba que los bollos circularan debidamente entre el público. Afortunadamente, las mujeres encargadas de servir parecían muy competentes. Después, la ex propietaria de la casa dirigióse al arriate de plantas de floración perenne y lo contempló ávidamente, advirtiendo con alegría que no se habían escatimado gastos para su embellecimiento. Era un verdadero arriate perenne, bien trazado y provisto de costosas variedades. Estaba convencida de que no era obra de un esfuerzo personal, sino de alguna buena firma de jardinería, que, gracias a la benignidad del tiempo y a la libertad de acción, había conseguido un excelente resultado.

Mirando a su alrededor, la mujer tuvo la sensación de que la

escena evocaba vagamente una fiesta celebrada en los jardines de Buckingham Palace. Todo el mundo procuraba ver las más cosas posibles y, de vez en cuando, unas pocas personas escogidas eran conducidas a un lugar más recóndito de la casa. La propia señora Bantry fue abordada por un joven alto de largo cabello ondulado.

—¿Es usted la señora Bantry? —preguntó el desconocido.

—Sí, la misma.

—Yo soy Hailey Preston —presentóse el joven, estrechándole la mano—. Trabajo para el señor Rudd. ¿Quiere usted subir al piso? El señor y la señora Rudd han invitado a unos pocos amigos allí.

Muy honrada, la señora Bantry lo siguió. Ambos entraron en la casa por lo que antaño ella y su marido llamaban puerta del jardín. Un cordón encarnado acordonaba el pie de la escalera principal. Hailey Preston lo desenganchó para dar paso a su acompañante. Ésta observó que delante de ellos subían el concejal y la señora Allcock. Esta última, muy gruesa y robusta, resollaba sonoramente.

—Es maravilloso lo que han hecho, ¿verdad, señora Bantry? —jadeó la señora Allcock—. Me gustaría echar un vistazo a los cuartos de baño, pero temo no tener la oportunidad de hacerlo —añadió con voz anhelante.

En lo alto de la escalera, Marina Gregg y Jason Rudd procedían a recibir a aquella selección de sus invitados. Lo que en otro tiempo había sido dormitorio destinado a los huéspedes formaba parte del rellano, a la manera de espaciosa antesala. Giuseppe, el mayordomo, servía bebidas y refrescos.

Un corpulento hombretón de librea anunciaba a los invitados.

—El señor concejal y la señora Allcock —profirió, con voz sonora.

Marina Gregg mostrábase, según la señora Bantry había descrito a miss Marple, perfectamente natural y encantadora. Sin duda, más tarde la señora Allcock comentaría:

—Parece mentira que una persona tan famosa sea tan equilibrada.

Marina dio la bienvenida a la señora Allcock y al concejal y, tras agradecerles su presencia, les deseó una buena tarde.

—Por favor, Jason, atiende a la señora Allcock.

El concejal y la señora Allcock fueron confiados a Jason y

obsequiados con sendas bebidas.

—¡Oh, señora Bantry! ¡Le agradezco mucho su asistencia!

—No me hubiera perdido esta fiesta por nada del mundo —declaró la señora Bantry, dirigiéndose a los «martinis» con determinación.

El joven llamado Hailey Preston le sirvió con suma delicadeza y, tras consultar una pequeña lista que tenía en la mano, fue en busca de más escogidos. Todo estaba muy bien organizado, pensó la señora Bantry, volviéndose con el «martini» en la mano, a mirar a los que iban llegando. El vicario, un hombre enjuto de aspecto ascético, parecía confuso y un poco aturdido.

—Le agradezco mucho su atención —dijo a Marina Gregg, con gravedad—. Siento decirle que no tengo televisión; pero naturalmente… mis… mis jóvenes feligreses me tienen al corriente.

Nadie comprendió a qué se refería. Miss Zielinsky, que hacía también los honores, le sirvió una limonada con una amable sonrisa. A continuación, llegaron a lo alto de la escalera el señor y la señora Badcock. Heather Badcock, sofocada y triunfante, habíase adelantado un poco a su marido.

—El señor y la señora Badcock —anunció el criado de librea.

—La señora Badcock, la infatigable secretaria de la Asociación —presentó el vicario, volviéndose con la limonada en la mano—. Es uno de nuestros mejores puntales. De hecho, no sé en absoluto qué haría sin ella la Asociación de San Juan.

—Estoy segura de que es usted admirable —encomió Marina Gregg.

—¿No me recuerda usted? —preguntó Heather, picarescamente —. Sería un milagro con la infinidad de gente que conoce. Además, fue hace muchos años. Nada menos que en las Bermudas. Yo estaba allí con una de nuestras unidades de ambulancias. Naturalmente, ha transcurrido mucho tiempo.

—Ya me lo figuro —murmuró Marina, prodigando de nuevo las sonrisas.

—No obstante, lo recuerdo perfectamente —prosiguió la señora Badcock—. Estaba emocionada, lo que se dice emocionada. Entonces, yo era una adolescente. La idea de ver a Marina Gregg al natural me entusiasmaba. Siempre he sido una gran admiradora

suya.

—Es usted muy amable, realmente amable —musitó Marina, dulcemente, posando ya la mirada allende el hombro de Heather, para atisbar a los que iban llegando.

—No intento retenerla —insistió Heather—, pero debo…

—Pobre Marina Gregg —pensó la señora Bantry—. ¡Me figuro que estas cosas le suceden cada dos por tres! ¡Qué paciencia necesitan las estrellas!

Heather proseguía su historia con determinación.

La señora Allcock cuchicheó a la señora Bantry, con un fuerte jadeo:

—¡Qué cambios han hecho aquí! ¡Hay que verlo para creerlo! ¡Debe haber costado un dineral…!

—… en realidad no me sentía enferma, y me dije que debía…

—Esto es vodka —masculló la señora Allcock, mirando su vaso, recelosa—. El señor Rudd me ha preguntado si me gustaría probarlo. Es una bebida muy rusa. No creo que me guste.

—… y me dije: «¡No quiero darme por vencida!». Conque me maquillé a fondo la cara…

—Supongo que sería la mala educación dejar el vaso en algún sitio —barbotó la señora Allcock, desesperada.

La señora Bantry la tranquilizó amablemente.

—Nada de eso. En realidad, el vodka debe tomarse de modo que pase directamente a la garganta, pero eso requiere práctica —añadió, al ver que su interlocutora se sobrecogía—. Déjelo encima de la mesa y tome un «martini» de la bandeja del mayordomo.

Y, dicho esto, volvióse a oír la triunfante peroración de Heather Badcock.

—Nunca he olvidado lo maravillosa que estaba usted aquel día. Merecía la pena el esfuerzo.

Esta vez la respuesta de Marina no fue tan automática. Sus ojos, hasta entonces ocupados en atisbar por encima del hombro de Heather, parecieron posarse en la pared situada a media escalera. Marina miraba fijamente ante sí, y había algo tan terrible en su expresión que la señora Bantry sintió el impulso de dar un paso hacia ella ante el temor de que se desmayara. ¿Qué diablos estaría viendo aquella mujer y por qué lo que veía le confería aquel aspecto

de basilisco? Pero antes de que la señora Bantry pudiera llegar al lado de Marina, ésta habíase recuperado ya. Sus ojos, vagos e inexpresivos, miraban fijamente hacia Heather, y su encantadora cortesía brilló una vez más, si bien un tanto maquinalmente.

—¡Qué hermosa anécdota! Y ahora, ¿qué va usted a beber? ¡Jason! ¿Un combinado?

—Verá usted, por lo regular tomo limonada o naranjada.

—Pues hoy debe usted tomar algo mejor —objetó Marina—. Recuerde que es un día excepcional.

—Permítame sugerirle un daiquiri americano —propuso Jason, acudiendo con un par de botellas en la mano—. Es la bebida predilecta de Marina.

Y tendió uno a su esposa.

—No debiera beber más —suspiró Marina—. Ya he tomado tres.

No obstante, aceptó el vaso.

Heather tomó asimismo, la bebida que Jason le ofrecía, en tanto Marina se adelantaba a recibir al próximo invitado.

—Vamos a ver los cuartos de baño —dijo la señora Bantry a la señora Allcock.

—¿Usted cree que podemos? ¿No será una grosería?

—Estoy segura que no —repuso la señora Bantry.

Luego, dirigiéndose a Jason Rudd, manifestó:

—Deseamos explorar sus maravillosos cuartos de baño nuevos, señor Rudd. ¿Podemos satisfacer esta curiosidad puramente doméstica?

—No faltaba más —accedió Jason, sonriendo—. Vayan ustedes y pásenlo bien, muchachas. Y, si quieren, tómense un baño.

La señora Allcock siguió a la señora Bantry por el pasillo.

—Ha sido usted muy amable, señora Bantry. Reconozco que yo no me hubiera atrevido.

—Pues para conseguir algo hay que atreverse —aconsejó la señora Bantry.

Juntas recorrieron el pasillo, abriendo varias puertas. A poco, la señora Allcock y otras dos mujeres que se les habían agregado empezaron a prodigar una serie de interminables «¡Ahs!». «¡Ohs!».

—A mí me gusta el rosa —comentó la señora Allcock—. ¡Oh, sí! ¡Me encanta el rosa!

—Pues yo prefiero el de los azulejos con el delfín —saltó una de las otras dos mujeres.

La señora Bantry representaba el papel de anfitriona con verdadera fruición. Por un momento, había olvidado que la casa ya no le pertenecía.

—¡Cuántas duchas! —exclamó la señora Allcock, asustada—. En realidad, a mí me gustan poco las duchas. Nunca acierto con el secreto de no mojarme la cabeza.

—Sería delicioso echar una ojeada a los dormitorios —sugirió una de las otras dos mujeres, ansiosamente—. Pero temo que sería demasiado atrevimiento. ¿Qué les parece a ustedes?

—No sé, no creo que debamos —murmuró la señora Allcock.

Ambas miraron a la señora Bantry, esperanzadas.

—Pues, no —convino la señora Bantry—, no me parece muy bien. —De pronto, apiadándose de ellas, rectificó—: De todos modos… no creo que nadie se diera cuenta si echásemos una ojeada.

Y, sin más, manipulo la manija de una puerta.

Pero, por lo visto, alguien había previsto aquella intromisión porque los dormitorios estaban cerrados con llave. Todas se quedaron muy desilusionadas.

—Es natural que quieran mantener cierta reserva —disculpó la señora Bantry afablemente.

Las cuatro mujeres retrocedían por el pasillo en dirección a su punto de partida. La señora Bantry se asomó a una de las ventanas del rellano. Bajo ella, vio a la señora Meavy (residente en el Ensanche), increíblemente elegante con un vaporoso vestido de organdí. Advirtió, asimismo, que con la señora Meavy se hallaba Cherry, la asistenta de miss Marple, cuyo apellido no recordaba en aquel momento. Ambas parecían muy divertidas, riendo y charlando.

Súbitamente, la señora Bantry tuvo la impresión de que su antigua casa resultaba vieja, anticuada y tremendamente artificial. A pesar de su nueva y resplandeciente capa de pintura y de sus numerosas innovaciones, era, en esencia, una vieja y caduca mansión victoriana.

«Hice bien en desprenderme de ella —pensó la señora Bantry—.

Las casas son como todo lo demás. Llega un momento en que pasan de moda. Y ésta ha pasado de moda. La han remozado un poco, pero, en mi opinión, no han conseguido nada». De improviso, parecióle que el murmullo de voces ascendía ligeramente. Las dos mujeres que la acompañaban avanzaron unos pasos.

—¿Qué sucede? —preguntó una—. Parece que ocurre algo.

Al punto, echaron todas a andar por el pasillo, en dirección a la escalera. Ella Zielinsky cruzóse presurosamente con ellas y, probando a abrir la puerta de un dormitorio, farfulló:

—¡Maldita sea! ¡Las han cerrado todas con llave!

—¿Ocurre algo? —inquirió la señora Bantry.

—Alguien se ha puesto enfermo —contestó miss Zielinsky, sucintamente.

—¡Válgame Dios! Lo siento. ¿Puedo hacer algo?

—Supongo que hay algún médico por aquí.

—No he visto a ninguno de nuestros doctores locales —replicó la señora Bantry; pero probablemente hay alguno por aquí.

—Jason está telefoneando —declaró Ella Zielinsky—; pero la enferma parece grave.

—¿Quién es? —interrogó la señora Bantry.

—Creo que una tal señora Badcock.

—¿Heather Badcock? ¡Pero si estaba perfectamente hace un momento!

—Le ha dado una especie de ataque —explicó Ella Zielinsky, impacientemente—. ¿Sabe usted si padece del corazón o algo por el estilo?

—En realidad no sé nada de ella —contestó la señora Bantry—. Es nueva aquí. Reside en el Ensanche.

—¿En el Ensanche? ¡Ah! ¿Se refiere usted a esa urbanización? Ni siquiera sé dónde está su marido ni qué aspecto tiene.

—Es un hombre de edad madura, rubio, discreto —especificó la señora Bantry—. Vino aquí con su mujer, de modo que no debe andar lejos.

—La verdad es que no sé qué darle —murmuró Ella Zielinsky, entrando en un cuarto de baño—. ¿Qué le parece a usted? ¿Sal volátil o algo parecido?

—¿Se ha desmayado? —preguntó la señora Bantry.

—Es algo peor que eso —masculló Ella Zielinsky.

—Voy a ver si puedo ayudar en algo —decidió la señora Bantry.

Y dando media vuelta, encaminóse presurosamente hacia el rellano de la escalera. Al doblar una esquina, tropezó con Jason Rudd.

—¿Ha visto usted a Ella? —preguntó éste—. Me refiero a Ella Zielinsky, claro está.

—Ha entrado en uno de los cuartos de baño a buscar algo. Sal volátil… o algo similar.

—No es preciso que se moleste —murmuró Jason Rudd.

Había algo en el tono de su voz que sobrecogió a la señora Bantry.

—¿Tan grave es? —balbució ésta, irguiendo vivamente la cabeza.

—En efecto, usted lo ha dicho —respondió Jason Rudd—. La pobre mujer ha muerto.

—¿Cómo? —farfulló la señora Bantry realmente sorprendida—. ¿Que ha muerto? ¡Pero si estaba perfectamente hace un momento! —repitió con asombro.

—Sí, ya sé —gruñó Jason, enfurruñado—. ¡Qué accidente más inoportuno!

Capitulo VI

1

—Aquí tiene usted —dijo miss Knight, depositando una bandeja con el desayuno en la mesilla de noche de miss Marple—. ¿Cómo estamos esta mañana? Observo que hemos descorrido las cortinas —añadió con tono ligeramente reprobatorio.

—Me he despertado temprano —disculpóse miss Marple—. Probablemente le ocurrirá a usted lo mismo cuando tenga mi edad.

—La señora Bantry ha telefoneado hace cosa de media hora —informó miss Knight—. Deseaba hablar con usted, pero le he dicho que hiciera el favor de volver a telefonear después de que tomara usted el desayuno. No quise turbarla en aquella hora, antes de traerle una taza de té o algo para comer.

—Cuando telefonean mis amigos, prefiero ser informada —repuso miss Marple.

—Le aseguro que lo siento mucho —disculpóse miss Knight—; pero me pareció una falta de consideración llamarla. Cuando haya usted tomado su té calentito, su huevo pasado por agua y unas tostadas con mantequilla, la cosa variará mucho.

—¿Dice usted que ha llamado hace media hora? —inquirió miss Marple, pensativa—. Según eso, debían de ser… a ver, déjeme pensar… aproximadamente las ocho.

—Demasiado temprano —reiteró miss Knight.

—No creo que la señora Bantry me hubiese llamado a esas horas sin un motivo justificado —reflexionó miss Marple—. No suele telefonear a primera hora de la mañana.

—Vamos, querida, no se devane los sesos pensando —

tranquilizóla miss Knight con dulzura—. Supongo que no tardará en volver a telefonear. ¿O quiere usted que la llame yo?

—No, gracias —replicó miss Marple—. Prefiero tomar el desayuno caliente.

—Espero que no he olvidado nada —profirió miss Knight, jovialmente.

En efecto, no había olvidado ningún detalle. Había preparado esmeradamente el té con agua hirviendo, hervido el huevo exactamente tres minutos y tres cuartos, tostado el pan con la debida uniformidad y dispuesto en la bandeja una pequeña porción de mantequilla y una jarrita de miel. No cabía duda que, en muchos aspectos, miss Knight era un tesoro. Miss Marple desayunó verdaderamente a gusto. A poco, procedente de la planta baja, llegó el zumbido de un aspirador. Cherry había llegado ya.

Compitiendo con el zumbido del aspirador elevábase una voz fresca y armoniosa cantando una canción de moda. Al entrar a por la bandeja, miss Knight comentó contrariada:

—Daría cualquier cosa porque esa muchacha no alborotara toda la casa con sus cánticos. Me parece una falta de respeto.

Miss Marple esbozó una sonrisa:

—¡Cualquiera le mete en la cabeza a Cherry que sea respetuosa! —exclamó—. No lo comprendería.

—Muy al revés de antes —resopló miss Knight.

—Naturalmente. Los tiempos han cambiado. No hay más remedio que aceptar esta realidad. —Y, tras una pausa, añadió—: ¿Por qué no telefonea usted a la señora Bantry para averiguar qué deseaba?

Miss Knight salió precipitadamente. Unos instantes después alguien llamó a la puerta y Cherry entró en la habitación. La joven aparecía radiante, excitada y extraordinariamente bonita. Sobre el vestido azul marino lucía un delantal de plástico, profusamente estampado de marineros y emblemas navales.

—Lleva usted un pelo precioso —ensalzó miss Marple.

—Ayer me hice la permanente —declaró Cherry—. Todavía está un poco tieso; pero pronto se pondrá bien. He subido a ver si estaba usted enterada de la noticia.

—¿Qué noticia? —interrogó miss Marple.

—Sobre lo sucedido ayer en Gossington Hall. ¿Sabía usted que daban una gran fiesta a beneficio de la Ambulancia de San Juan?

—Sí —asintió miss Marple—. ¿Qué pasó?

—Alguien murió en plena celebración. Una tal señora Badcock. Vive en la esquina de nuestra calle. No creo que usted la conozca.

—¿Señora Badcock? —repitió miss Marple, vivamente—. ¡Pues, si, la conozco! Creo que… sí… ¡así se llamaba…! Es la señora que salió a recogerme cuando me caí el otro día. Fue muy amable conmigo.

—Desde luego, Heather Badcock era muy amable —convino Cherry—. Quizá demasiado, en opinión de algunos. A veces, resultaba entrometida. En fin, el caso es que murió. Así como suena.

—¿Pero de qué?

—No sé exactamente —repuso Cherry—. Había sido invitada a entrar en la casa por su condición de secretaria de la Ambulancia de San Juan. O al menos, eso creo. Ella, el alcalde y muchas personas más. Según mis informes, tomó un vaso de algo y, a los cinco minutos, se encontró mal y murió en un dos por tres.

—¡Qué suceso más espantoso! —exclamó miss Marple—. ¿Padecía del corazón?

—Dicen que vendía salud —aseguró Cherry—. Claro está que nunca se sabe. ¿No le parece? Me figuro que una persona puede padecer del corazón y no saberlo nadie. Sea como fuere, puedo decirle esto. No la han llevado a su casa.

—¿Qué quiere usted decir con esto? —barbotó miss Marple, desconcertada.

—Me refiero al cadáver —explicó Cherry, con inalterable jovialidad—. El doctor ha dicho que hay que hacerle la autopsia, ¿no se llama así? Alegó que como no la había asistido por nada, no podía determinar la causa de la muerte. ¡Qué cosa más rara!

—¿Por qué rara? —inquirió miss Marple.

—Pues, no sé —murmuró Cherry, reflexionando—. Porque me parece rara. Como si hubiera algo detrás de todo esto.

—¿Está muy afectado su marido?

—Sí… y más pálido que un muerto. Nunca había visto a un hombre tan abatido.

Los oídos de miss Marple, muy hechos a los matices delicados,

indujeron a su propietaria a ladear ligeramente la cabeza, como un pájaro curioso.

—¿Tanto amaba a su mujer?

—Hacía todo lo que ella le mandaba y la dejaba mangonear a su antojo —declaró Cherry—; pero eso no siempre significa amor. ¿No le parece? También puede significar que uno no tenga valor de imponerse.

—¿No simpatizaba usted con ella? —preguntó miss Marple.

—En realidad, apenas la conozco —contestó Cherry—. Mejor dicho, apenas la conocía. No me resulta… no me resultaba antipática. Pero no era mi tipo. Demasiado entrometida.

—¿Insinúa usted que era una mujer curiosa y metomentodo?

—No, nada de eso —repuso Cherry—. Era una persona muy amable, dispuesta en todo momento a ayudar a los demás. Pero estaba convencida de que sabía siempre lo que convenía hacer, sin contar para nada con la opinión ajena. Yo tenía una tía así. Recuerdo que le gustaba con delirio la torta de semillas aromáticas, tanto, que solía hacerlas para llevárselas a sus amistades, sin tomarse nunca la molestia de averiguar si les gustaban o no. Como usted sabe, hay personas que no pueden soportar el sabor de la alcaravea. Pues bien, Heather Badcock era un tipo así.

—Sí —convino miss Marple, pensativa—; probablemente, sí. Yo también conocí a una persona de esa laya. Esa clase de gente —añadió— vive en peligro… sin saberlo.

Cherry la miró, asombrada.

—¡Qué observación más rara! —exclamó, al fin—. No comprendo exactamente lo que quiere usted decir.

En aquel momento, entró miss Knight, anunciando:

—Al parecer, la señora Bantry ha salido sin decir a dónde iba.

—Ya me figuro a dónde ha ido —dijo miss Marple—. Viene para acá; voy a levantarme.

2

Apenas miss Marple se hubo acomodado en su silla favorita junto a la ventana, llegó la señora Bantry, un poco jadeante.

—Tengo mucho que contarle, Jane —farfulló.

—¿Sobre la fiesta? —preguntó miss Knight—. ¿Asistió usted a ella, verdad? Yo estuve un momento allí a primera hora de la tarde. La tienda donde servían el té estaba abarrotada. Había un gentío imponente. Lo cierto es que me llevé una desilusión, pues no conseguí ver a Marina Gregg.

Luego, sacudiendo un poco de polvo acumulado en una mesa, agregó, animadamente:

—Y, ahora, estoy segura de que ustedes dos desean charlar un poco a sus anchas, ¿me equivoco?

Dicho esto, salió de la habitación.

—Por lo visto, no sabe nada de lo ocurrido —coligió la señora Bantry.

Después, escrutando a su amiga con penetrante mirada, añadió:

—En cambio, creo que usted sí está enterada, Jane.

—¿Se refiere usted a la muerte de ayer?

—Usted siempre lo sabe todo —suspiró la señora Bantry—. No sé cómo se las arregla.

—Pues lo mismo que todo el mundo, querida —masculló miss Marple—. Me entero sin querer. Mi asistenta, Cherry Baker, me trajo la noticia. Supongo que dentro de un rato el carnicero se lo contará a Knight.

—¿Y qué opina usted? —inquirió la señora Bantry.

—¿Qué opino yo de qué? —preguntó miss Marple.

—Vamos, Jane, no se haga la tonta. Sabe usted perfectamente a qué me refiero. Se trata de esa mujer… no recuerdo su nombre…

—Heather Badcock —aclaró miss Marple.

—Llegó a la fiesta llena de vida y animación. Yo estaba allí a su llegada. Y un cuarto de hora más tarde, se sienta en una silla, dice que no se encuentra bien, da unas boqueadas y se muere. ¿Qué opina usted de eso?

—No se puede juzgar al buen tuntún —replicó miss Marple—. Ante todo, se requiere la opinión de un médico.

—Va a haber una investigación y una autopsia —declaró la señora Bantry, con un ademán de asentimiento—. Eso indica lo que opinan las autoridades sobre el caso, ¿no?

—No, no indica nada —replicó miss Marple—. Cualquiera puede sentirse mal y morir repentinamente. Y, en tal caso, hay obligación de hacer la autopsia para averiguar la causa de la muerte.

—Hay más que eso —inspiró la señora Bantry.

—¿Cómo lo sabe usted? —preguntó miss Marple.

—El doctor Sandford telefoneó a la policía de regreso a su casa.

—¿Quién se lo ha dicho? —inquirió miss Marple, con gran interés.

—El viejo Briggs —respondió la señora Bantry—. Mejor dicho, no fue él directamente. Como usted sabe, va a cuidar el jardín del doctor Sandford a última hora de la tarde, y mientras recortaba unos arbustos cerca del despacho, oyó telefonear al doctor al cuartelillo de policía de Much Benham. Briggs se lo dijo a su hija, ésta se lo contó a la mujer del cartero y ésta me lo ha dicho a mí —concluyó la señora Bantry.

—Según veo —contestó miss Marple, con una sonrisa— Saint Mary Mead no ha cambiado mucho desde antaño. Sigue siendo lo que era.

—En el fondo, nunca cambiará —convino la señora Bantry—. Bien, miss Marple, dígame, ¿qué opina usted ahora?

—Naturalmente, uno piensa en el marido —murmuró miss Marple, pensativa—. ¿Estaba él también en la fiesta?

—Sí. Ahora bien. ¿No cree usted en la posibilidad de un suicidio?

—No —repuso miss Marple, en tono terminante—. Heather Badcock no era mujer de suicidarse.

—¿Cómo la conoció usted, Jane?

—Un día fui a dar un paseo por el Ensanche y me caí cerca de su casa. Estuvo amabilísima conmigo. Era la personificación de la amabilidad.

—¿Vio usted al marido? ¿Tenía aspecto de ser capaz de envenenarla?

Y al ver que miss Marple esbozaba un ademán de protesta, apresuróse a añadir:

—Ya sabe usted a qué me refiero. ¿Le recordó a usted al mayor Smith o a Bartie Jones o algún antiguo conocido suyo que envenenase o intentase envenenar a su mujer?

—No, no me recordó a nadie. En cambió ella sí.

—¿Quién… la señora Badcock?

—Sí… Me recordó a cierta persona llamada Alison Wilde.

—¿Y cómo era Alison Wilde?

—No tenía idea de lo que era el mundo —murmuró miss Marple, pausadamente—. No conocía en absoluto a la gente. Nunca reflexionó sobre ella. Y, naturalmente, no podía protegerse contra posibles percances.

—Si quiere que le sea franca, no entiendo una sola palabra de lo que está usted diciendo —contestó la señora Bantry.

—Es muy difícil de explicar con exactitud —profirió miss Marple, con aire de disculpa—. En realidad, la cosa proviene de un excesivo egocentrismo, y conste que con esto no quiero significar egoísmo. Una persona puede ser amable, desinteresada e incluso precavida. Pero si es como Alison Wilde, nunca sabe a ciencia cierta lo que hace. Y, en consecuencia, nunca sabe lo que puede sucederle.

—¿Puede usted aclararlo un poco más? —instó la señora Bantry.

—Bien, tal vez lo entendería mejor con un ejemplo. Lo que voy a contarle no es real, sino invención mía.

—Soy toda oídos —murmuró la señora Bantry.

—Bien, suponga usted que un día entra en una tienda, pongamos por caso, y sabe que la propietaria tiene un hijo con propensión a la delincuencia juvenil. Imagine que éste se halla allí escuchando mientras usted cuenta a su madre que tiene algún dinero en su casa, o quien dice dinero, dice cubiertos de plata o una joya. La cosa la excita o satisface tanto, que experimenta usted la necesidad de comentarla. Y, por añadidura, a lo mejor también menciona el detalle de que piensa usted salir cierta noche, y agrega que nunca cierra la puerta con llave. Le interesa a usted tanto lo que está diciendo, lo que está contando a la mujer, porque lo tiene metido en la cabeza. Y luego sucede que aquella noche en cuestión vuelve usted a su casa porque ha olvidado algo, sorprende al

granujilla robando y éste se vuelve contra usted y la golpea.

—Esto puede suceder a casi todo el mundo hoy día —comentó la señora Bantry.

—A todo el mundo, no —replicó miss Marple—. La mayoría de la gente tiene el sentido de la protección. Comprende cuándo es imprudente decir o hacer algo en presencia de cierta persona o personas, debido al carácter de esas personas. Pero, como he dicho, Alison Wilde nunca pensó en nadie más que en sí misma… Era de esa clase de personas que le cuentan a una lo que han hecho, lo que han visto, lo que han experimentado y lo que han oído, sin aludir jamás a lo que dicen o hacen otras personas. Paro ellas la vida es una senda única, con una sola dirección: su avance por ella. Los demás les parecen… un cero a la izquierda.

Y tras una pausa, agregó:

—Creo que Heather Badcock pertenecía a esa clase de personas.

—¿Supone usted que podría haberse metido en algún lío sin darse cuenta? —interrogó la señora Bantry.

—Y sin percatarse del peligro que corría —corroboró miss Marple—. Es la única posible causa de su asesinato que se me ocurre. Es decir, sí, como suponemos, se trata efectivamente de un crimen.

—¿No cree usted que, a lo mejor, se dedicaba a hacer a alguien objeto de un chantaje? —sugirió la señora Bantry, intrigada.

—¡No, de ningún modo! —aseguróle miss Marple—. Era una buena mujer, incapaz de una cosa así. Lo cierto —añadió, algo contrariada—, es que todo se me antoja muy inverosímil. Supongo que no se trata de…

—Siga usted —apremió la señora Bantry.

—Me preguntaba si no podría haber sido uno de esos crímenes que se cometen por error —musitó miss Marple, pensativa.

En aquel momento, abrióse la puerta y el doctor Haydock entró presurosamente en la estancia, seguido de miss Knight.

—¡Vaya! —exclamó el doctor, mirando a las dos ancianas—. ¿Ya están ustedes comentando el caso? He venido a ver cómo seguía su salud —agregó, dirigiéndose a miss Marple—. Pero no necesito preguntarlo. Salta a la vista que ha adoptado usted el tratamiento que le sugerí el otro día. Ya me doy cuenta.

—¿Qué tratamiento, doctor?

El doctor Haydock señaló la labor de punto depositada en la mesa junto a miss Marple.

—Destejer —profirió—. Acierto, ¿verdad?

Miss Marple guiñó levemente un ojo, a la discreta manera de una anciana.

—Está usted muy de broma doctor Haydock —exclamó.

—No puede usted engañarme, mi querida paciente. La conozco hace muchos años. Sobreviene una muerte repentina en Gossington Hall y, al punto, se desatan todas las lenguas de Saint Mary Mead, ¿no es eso? Se sugiere la posibilidad de un crimen mucho antes de que nadie sepa el resultado de la encuesta judicial.

—¿Cuándo se efectuará esa indagación? —preguntó miss Marple.

—Pasado mañana —respondió el doctor Haydock—, aunque supongo que para entonces ustedes habrán revisado ya toda la historia y llegado a una conclusión. En fin —agregó—, no debo perder el tiempo. Es inútil entretenerse con una paciente que no necesita mis servicios. Tiene usted las mejillas sonrosadas, los ojos brillantes y la expresión animada. Empieza a encontrarse en su elemento. No hay nada como tener un interés en la vida. Me marcho.

Y, dicho esto, salió de la estancia.

—Preferiría que me atendiera él que Sandford en caso de apuro —murmuró la señora Bantry.

—Y yo también —convino miss Marple—. Además, es un buen amigo —añadió, pensativa—. Tengo la impresión de que ha venido a darme la señal de que puedo empezar a actuar.

—Según eso, se trata de un crimen —coligió la señora Bantry, cambiando una mirada con su interlocutora—. Al menos, eso creen los médicos.

Miss Knight trajo unas tazas de café. Por una vez en la vida, ambas damas sentíase demasiado impacientes para acoger con agrado aquella interrupción.

Apenas miss Knight se hubo retirado, miss Marple profirió:

—Vamos a ver, Dolly, usted estaba en la fiesta, ¿no?

—Prácticamente fui testigo del hecho —declaró la señora

Bantry, con modesto orgullo.

—Magnífico —celebró miss Marple—. Eso significa que podrá usted contarme exactamente lo que sucedió desde el momento de la llegada de Heather Badcock.

—Yo había sido invitada a entrar en la casa por orden de la superioridad —bromeó la señora Bantry.

—¿Quién la invitó a entrar?

—Un joven muy esbelto. Creo que es el secretario de Marina Gregg o algo por el estilo. Me condujo arriba. Los anfitriones estaban celebrando una especie de reunión en la escalera.

—¿En el rellano? —inquirió miss Marple, sorprendida.

—Verá usted, lo han transformado todo. Han derribado el dormitorio y la trasalcoba y ahora hay una especie de sala muy atractiva y espaciosa en su lugar.

—Comprendo. ¿Y quién estaba allí?

—Marina Gregg, muy atractiva y encantadora, con un precioso vestido gris verdoso. Y también el marido, naturalmente, y aquella mujer, Ella Zielinsky, de quien le hablé, la secretaria de la pareja. Había, asimismo, unas ocho o diez personas, unas conocidas y otras no. Estas últimas creo que eran la gente de cine. Vi al vicario y a la esposa del doctor Sandford. Éste no acudió hasta más tarde. Vi también al coronel, a la señora Clitering y al alguacil mayor. Además, creo que había algún representante de la prensa. Y una joven con una voluminosa cámara tomando fotografías.

—Prosiga usted —rogó miss Marple, con un ademán de asentimiento.

—Heather Badcock y su marido llegaron inmediatamente después de mí. Marina Gregg me acogió con frases muy amables, e hizo lo propio con… ¡ah, sí! con el vicario. Después, se presentaron Heather Badcock y su marido. Ella era la secretaria de las Ambulancias de San Juan. Alguien comentó este hecho y ensalzó su valía y su abnegada labor. Marina Gregg le dedicó unas palabras de elogio. Entonces la señora Badcock, que, por cierto, se me antojó una persona muy fastidiosa, empezó un largo discurso sobre su encuentro con Marina Gregg en algún sitio hace varios años. A decir verdad, no dio muestras de excesiva diplomacia, pues recalcó que había pasado mucho tiempo y hasta fijó la fecha en cuestión. Estoy

segura de que a las actrices y estrellas de cine, y a la gente en general, no les gusta que les recuerden la edad que tienen. Aunque, sin duda, Heather Badcock lo hizo sin pensar.

—Seguramente —convino miss Marple—. No era mujer capaz de tener en cuenta esos detalles. ¿Qué más sucedió?

—Bien, la cosa no tuvo mayor importancia, salvo por el hecho de que Marina Gregg no acusó su reacción habitual.

—¿Insinúa usted que se incomodó?

—No, no, nada de eso. En realidad, no estoy segura de que oyese una palabra de la perorata. Miraba fijamente ante sí, por encima del hombro de la señora Badcock, y cuando ésta terminó su estúpida historia de cómo se había levantado de la cama, a pesar de estar enferma, para ver a Marina y pedirle un autógrafo, sobrevino un extraño silencio. Entonces, vi su rostro.

—¿Qué rostro? ¿El de la señora Badcock?

—No, el de Marina Gregg. Era como si no hubiese oído nada de lo que había dicho la señora Badcock. Miraba fijamente la pared de enfrente, con una expresión… no sé cómo explicárselo…

—Inténtelo, Dolly —instó miss Marple—. Creo que, a lo mejor ese detalle pudiera resultar importante.

—Tenía una expresión petrificada —prosiguió la señora Bantry, bregando por dar con la frase adecuada—, como si hubiese visto algo que… ¡Cielos, qué difícil es describir las cosas! ¿Recuerda usted La Dama de Shalott? El espejo se rajó de parte a parte: «La condenación ha caído sobre mí», exclamó la Dama de Shalott. Pues bien, eso me pareció. Hoy día la gente se ríe de Tennyson, pero la Dama de Shalott siempre me impresionó en mi juventud y sigue impresionándome.

—Tenía una expresión petrificada —repitió miss Marple, pensativa—, y miraba la pared de enfrente por encima del hombro de la señora Badcock. ¿Qué había en aquella pared?

—Pues un cuadro, si no recuerdo mal —contestó la señora Bantry—. Un cuadro italiano. Creo que era una reproducción de una Madonna de Bellini, pero no estoy segura. Un cuadro de la Virgen sosteniendo un risueño Niño en brazos.

—No concibo que un cuadro pudiera provocar semejante expresión en su rostro —comentó miss Marple, frunciendo el ceño.

—Sobre todo teniendo en cuenta que lo ve todos los días —convino la señora Bantry.

—Supongo que, a la sazón, aún había gente subiendo por la escalera.

—Desde luego.

—¿Recuerda usted quiénes eran?

—¿Insinúa usted la posibilidad de que Marina pudiera estar mirando a una de las personas que subían por la escalera?

—Pues, sí, es posible, ¿no le parece? —sugirió miss Marple.

—Sí, naturalmente… Veamos. Había el alcalde, de veinticinco alfileres, con cadenas y demás, y su mujer. Había también un hombre con el pelo largo y una de esas barbas raras que se estilan hoy día. Era un chico muy joven. Por último, la muchacha con la cámara. Ésta habíase situado en un lugar estratégico de la escalera para tomar fotografías de la gente que subía y estrechaba la mano a Marina. ¡Ah! Y además había otras dos personas desconocidas, probablemente de los estudios, y los Grice de Lower Farm. Es posible que hubiera más gente, pero, de momento, no recuerdo a nadie más.

—En fin, la cosa no parece muy prometedora —gruñó miss Marple—. ¿Qué pasó después?

—Creo que Jason Rudd tocó con el codo a su mujer, Marina sonrió a la señora Badcock y empezó a prodigar de nuevo las frases amables, mostrando su habitual afabilidad, naturalidad y cortesía.

—¿Y luego?

—Jason Rudd les ofreció unas bebidas.

—¿Qué clase de bebidas?

—Creo que daiquiris. Dijo que era el cóctel favorito de su esposa. Les dio uno a cada una.

—Eso es muy interesante —musitó miss Marple—. Extraordinariamente interesante. ¿Y qué sucedió después?

—Lo ignoro, porque llevé a un grupo de mujeres a ver los cuartos de baño, y ya no supe nada más hasta que se presentó la secretaria con mucha precipitación, diciendo que alguien acababa de sufrir un síncope.

Capitulo VII

La encuesta fue breve y desalentadora. La prueba de identificación fue aportada por el marido. Las demás pruebas eran exclusivamente médicas. Heather Badcock había muerto a consecuencia de la ingestión de veinticuatro gramos de Bi-tildexil-barboquinde-loriteato, o algo parecido. No había pruebas relativas a la forma de administrar la droga.

La encuesta demoróse quince días.

Una vez concluida, el inspector de detectives Frank Cornish, reunióse con Arthur Badcock.

—¿Podría charlar un rato con usted?

—Naturalmente.

Arthur Badcock parecía más abatido que nunca.

—No lo comprendo —murmuró—. No puedo comprenderlo.

—Tengo un coche ahí —propuso Cornish—. Iremos a su casa, ¿le parece bien? Allí estaremos más cómodos e independientes.

—Gracias, señor. Sí, sí, creo que eso será mucho mejor.

Ambos se detuvieron ante el limpio portillo pintado de azul de la calle Arlington, número 3. Arthur Badcock abrió la marcha, seguido del inspector. Al llegar ante la puerta, Badcock sacó un llavín, más cuando se disponía a introducirlo en la cerradura, la puerta abrióse desde dentro. La mujer que apareció en su marco retrocedió algo turbada.

—¡Mary! —exclamó Arthur Badcock, sobresaltado.

—He venido únicamente a prepararle un poco de té, Arthur. He pensado que lo necesitaría de regreso de la encuesta.

—Es usted muy amable —agradeció Arthur Badcock.

Y tras una vacilación, agregó:

—Le… le presento al inspector Cornish, señora Bain… La señora es una vecina mía.

—Comprendo —murmuró el inspector Cornish.

—Voy a por otra taza —disculpóse la señora Bain.

Ésta desapareció. Entonces, Arthur Badcock, con un dudoso ademán, hizo pasar al inspector a una salita cubierta de vistosa cretona, situada a la derecha del vestíbulo.

—La señora Bain es muy amable —comentó Arthur Badcock—. Muy amable.

—¿La conoce usted hace mucho tiempo?

—No. Sólo desde que vinimos a vivir aquí.

—Tengo entendido que lleva usted dos años aquí. ¿Dos o tres?

—Unos tres años —precisó Arthur—. La señora Bain sólo hace seis meses que vive en este barrio. Su hijo trabaja cerca de aquí. Por eso tras el fallecimiento de su marido, la señora se vino a vivir aquí con él.

En aquel momento, apareció la aludida con una bandeja. Era una mujer morena y vehemente de unos cuarenta años de edad. Su agitanada tez convenía perfectamente con sus oscuros ojos y sus negros cabellos. Había algo raro en sus ojos, acaso su expresión vigilante. Al tiempo que la mujer depositaba la bandeja sobre la mesa, el inspector Cornish dijo algo agradable e intrascendente. Su instinto profesional le indujo a ponerse en guardia. La vigilante expresión de la mujer, el ligero sobresalto de ésta al proceder Arthur a la presentación, no habían pasado inadvertidos al inspector, acostumbrado a la leve inquietud que en ciertas personas motiva la presencia de la policía. Había dos clases de malestar. Uno era el natural recelo y sobresalto experimentados por las personas susceptibles de haber faltado inconscientemente a la ley. Pero había otra clase de desasosiego, precisamente el que, al presente, parecía producirse allí. Sin duda, pensó el inspector, la señora Bain había tenido alguna vez algo que ver con la policía. Algo que habíala dejado inquieta y recelosa. Por todo ello, el inspector prometióse mentalmente averiguar algo más con relación a Mary Bain. En cuanto a ésta, tras depositar la bandeja con el té y negarse a compartirlo con ellos, pretextando que debía volver a su casa, se despidió.

—Parece una buena mujer —comentó el inspector Cornish.

—Sí, en efecto —confirmó Arthur Badcock—. Es una vecina muy

amable, considerada y servicial.

—¿Era muy amiga de su esposa?

—No, yo no diría tanto. Se llevaban bien como vecinas y estaban en buenas relaciones. Pero eso es todo.

—Comprendo. Bien, señor Badcock. Queremos que nos facilite la máxima información posible. Me figuro que el desenlace de la indagación ha constituido una sorpresa para usted.

—Desde luego, inspector. Me he percatado de que usted no ve la cosa clara. En cierto modo, a mí me ocurre otro tanto, pues Heather siempre gozó de excelente salud. Prácticamente no la vi nunca enferma. Por eso me dije: «Debe de haber sucedido algo anormal». De todos modos parece increíble, inspector. Realmente increíble. ¿Qué clase de droga es ese Bi-til-ex…?

El hombre se interrumpió.

—Tiene otro nombre más fácil —declaró el inspector—. Se vende bajo un nombre registrado: Calmo. ¿Lo conoce usted?

Arthur Badcock meneó la cabeza, perplejo.

—Se gasta más en América que aquí —observó el inspector—. Según mis informes, allí lo recetan sin restricción.

—¿Para qué sirve?

—Al parecer, produce un estado de ánimo feliz y tranquilo —explicó Cornish—. Se receta a personas sujetas a estados de ansiedad, depresión, melancolía, insomnio y otras muchas afecciones. La dosis corriente no es peligrosa, pero su esposa tomó aproximadamente una dosis seis veces superior a lo normal.

—Heather no había tomado ese medicamento en su vida —replicó—. Puedo asegurarlo. No le gustaba tomar medicinas. Nunca estaba deprimida ni preocupada. Era una de las mujeres más alegres y decididas que pueda usted imaginar.

—Comprendo —murmuró el inspector, con un ademán de asentimiento—. ¿Y ningún médico le recetó nada parecido?

—No, en absoluto. Puedo asegurárselo.

—¿Quién era su médico?

—Figuraba en el seguro del doctor Soms, pero no creo que fuese a visitarle ni una vez desde que vinimos aquí.

—¿De modo que su esposa no era una persona susceptible de haber necesitado o tomado semejante medicamento? —infirió el

inspector Cornish, pensativo.

—No, inspector. Estoy seguro de ello. Sin duda, lo tomó por error.

—En todo caso, sería un error muy difícil de imaginar —repuso el inspector Cornish—. ¿Qué comió o bebió aquella tarde?

—Vamos a ver. Déjeme recordar. Para almorzar…

—No hace falta que se remonte usted al almuerzo —le atajó Cornish—. Suministrada en tal cantidad la droga actúa rápida e instantáneamente. Aténgase a la merienda.

—Bien, entramos en la tienda de campaña instalada en los jardines de Gossington Hall. El gentío allí concentrado andaba a la rebatiña, pero, al fin, logramos hacernos con sendos bollos y tazas de té. Como hacía mucho calor en la tienda, procuramos acabar cuanto antes y salir de nuevo al jardín.

—¿Y eso es todo lo que tomó, un bollo y una taza de té, verdad?

—Sí, señor.

—Y después entraron ustedes en la casa, ¿no es eso?

—En efecto. Una señorita se acercó a decirnos que miss Marina Gregg tendría mucho gusto en saludar a mi esposa si tenía la bondad de entrar en la casa. Naturalmente, mi mujer aceptó, encantada. Llevaba días hablando de Marina Gregg. Todo el mundo estaba excitado. En fin, inspector, ya sabe usted lo que ocurre en estos casos.

—Desde luego —asintió Cornish—. Mi mujer también estaba excitada. Toda la gente de los alrededores pagó un chelín para visitar Gossington Hall y ver las reformas allí efectuadas, con la esperanza de vislumbrar a Marina Gregg.

—La señorita nos condujo al interior de la casa —prosiguió Arthur Badcock—. Una vez allí, nos invitó a subir al piso. La fiesta se celebraba en el rellano de la escalera. Pero, por lo visto, aquel lugar de la casa estaba muy cambiado. Parecía más bien una sala, muy espaciosa, con sillas y mesas provistas de bebidas. Allí reunidas había unas diez o doce personas.

—¿Quién les recibió a ustedes?

—La propia Marina Gregg. Su marido estaba a su lado. En este momento no recuerdo su nombre.

—Jason Rudd —masculló el inspector Cornish.

—¡Ah, sí! A decir verdad, al principio no reparé en su presencia. Bien, sea como fuere, miss Gregg saludó a Heather muy amablemente, dando muestras de sentirse muy complacida de verla. Heather se puso a explicar la historia de su encuentro con miss Gregg en las Antillas, años atrás, y todo parecía discurrir normalmente.

—Todo parecía discurrir normalmente —repitió el inspector—. ¿Qué más?

—Luego, miss Gregg preguntó qué nos gustaría tomar. Y su marido, el señor Rudd, ofreció a Heather una especie de cóctel. Un daiquiri o algo por el estilo.

—Un daiquiri.

—Eso es, señor. Trajo dos. Uno para ella y otra para miss Gregg.

—Y usted, ¿qué tomó?

—Un jerez.

—Ajá. ¿Permanecieron ustedes los tres juntos tomando sus respectivas bebidas?

—Pues no, no fue exactamente así. Seguía subiendo gente por la escalera, como por ejemplo, el alcalde y otros invitados (un señor y una señora americanos, según creo), y, en vista de ello, nos apartamos a un lado.

—¿Y entonces su esposa bebió el daiquiri?

—No, en aquel momento, no.

Arthur Badcock frunció el ceño en un esfuerzo por recordar.

—Pues si no lo bebió entonces, ¿cuándo lo bebió?

—Creo que dejó el vaso sobre una de las mesas. Vio a unos amigos, al parecer relacionados con la Ambulancia de San Juan, procedentes de Much Benham. Y se puso a hablar con ellos.

—¿Y cuándo tomó la bebida?

Arthur Badcock frunció de nuevo el ceño.

—Un poco después —declaró—. A la sazón, la concurrencia era bastante más nutrida. Recuerdo que alguien empujó el codo de Heather, y el vaso se derramó.

—¿Cómo? —exclamó el inspector Cornish, levantando vivamente la vista—. ¿Dice usted que se le derramó el vaso?

—Sí, eso es… Antes, Heather había tomado un sorbito de la bebida y hecho una mueca de desagrado. En realidad, no le

gustaban los cócteles, pero, por lo visto, pensó que la cosa no tendría consecuencias por una vez. El caso es que, mientras estaba allí, alguien le dio en el codo y el vaso se le derramó por encima del vestido, alcanzando también al de miss Gregg. Con su amabilidad, ésta quitó importancia al hecho, asegurando que no quedaba mancha en el género y, tras dar su pañuelo a Heather para que se limpiara el vestido, ofrecióle el vaso que tenía en la mano diciendo: «Tome éste. Aún no lo he tocado».

—Así, pues, ¿le cedió su bebida? —interrogó el inspector—. ¿Está usted seguro de eso?

Arthur Badcock reflexionó unos instantes en silencio. Por último confirmó:

—Sí, completamente seguro.

—¿Y su esposa aceptó la bebida?

—Al principio se resistió a hacerlo, señor. Recuerdo que exclamó: «¡Oh, de ningún modo! ¡No puedo hacer eso!». A lo cual miss Gregg riendo, explicó: «Acéptelo. Yo ya he bebido demasiado».

—¿Qué hizo su mujer con aquel vaso?

—Se apartó un poco de la aglomeración y se lo bebió muy deprisa. Luego, paseamos un poco por el pasillo contemplando los cuadros y las cortinas. Éstas eran de un género muy bonito, nuevo para nosotros. Entonces encontré a un amigo mío, el concejal Allcock, y apenas cambié un saludo con él, eché una mirada circular y vi a Heather sentada en una silla con un aspecto un poco extraño, tanto, que, acercándome a ella, le pregunté: «¿Qué te pasa?». A lo cual ella respondió que se encontraba un poco rara.

—¿En qué sentido?

—Lo ignoro, señor. No tuve tiempo de preguntárselo. Tenía la voz tomada y cavernosa, y la cabeza algo oscilante. De pronto dio una fuerte boqueada e inclinó la cabeza hacía delante. Estaba muerta, señor.

Capitulo VIII

1

—¿Dice usted que en Saint Mary Mead? —preguntó el inspector jefe Craddock vivamente.

—Sí —respondió el subcomisario, un poco sorprendido. ¿Por qué?

—Por nada, en realidad —repuso Dermot Craddock.

—Tengo entendido que es un pueblo muy pequeño —prosiguió el otro—, si bien en plan de construir una gran urbanización, que, al parecer, se extiende desde Saint Mary Mead hasta Much Benham. Los Estudios Hellingforth —añadió— están al otro lado de Saint Mary Mead, hacia la Ronda del Mercado.

Al tiempo que hablaban, el subcomisario parecía aún un poco inquisitivo, dado lo cual Dermot Craddock juzgó oportuno explicarse.

—Conozco a una persona residente allí —manifestó—. En Saint Mary Mead, claro está. Se trata de una anciana. Al presente, ya debe ser muy vieja. A lo mejor, ya está muerta. Pero, en caso contrario…

El subcomisario captó la insinuación de su subordinado, o al menos creyó captarla.

—Sí —murmuró—, en cierto modo le proporcionaría una «ayuda». Siempre son necesarios los chismes locales. Nos hallamos ante un caso muy raro.

—¿Nos lo ha asignado la superioridad? —preguntó Dermot.

—Sí. Aquí tengo la carta del jefe de policía del Condado. Por lo visto, no creen que el suceso sea de índole necesariamente local. La

casa más grande de la vecindad, Gossington Hall, fue vendida recientemente a Marina Gregg, la artista cinematográfica, y a su marido. Al parecer, están filmando una película en sus nuevos estudios de Hellingforth, en la cual Marina actúa de primera estrella. Los propietarios de la finca ofrecieron una fiesta en el jardín a Beneficio de la Ambulancia de San Juan. La muerta, llamada señora Heather Badcock, era la secretaria local de dicha asociación y había sido una de las principales organizadoras de la fiesta. Según mis informes, era una persona sensata y competente que gozaba de muchas simpatías en el pueblo.

—¿Un tipo de mujer mandona? —sugirió Craddock.

—Es posible —respondió el subcomisario—. Aunque, a juzgar por mi experiencia, las mujeres mandonas rara vez mueren asesinadas. No comprendo por qué. Pensándolo bien, es una lástima. Por lo visto, la concurrencia a la fiesta fue nutridísima y el tiempo excelente. Todo marchaba sobre ruedas. Marina Gregg y su marido dieron una pequeña recepción privada en Gossington Hall, a la cual asistieron unas treinta o cuarenta personas: las autoridades locales, varios miembros de la Asociación de la Ambulancia de San Juan, algunos amigos de Marina Gregg y unas pocas personas relacionadas con los estudios. Todo discurría en un ambiente pacífico, feliz y agradable. Pero se da la fantástica e inverosímil circunstancia de que Heather Badcock fue envenenada allí.

—La elección del lugar se me antoja peregrina —comentó Dermot Craddock pensativo.

—Eso mismo opina el jefe. Si alguien deseaba envenenar a Heather Badcock, ¿por qué elegir precisamente aquella tarde y circunstancias? Había infinidad de medios más sencillos de realizarlo. Es arriesgadísimo introducir una dosis de veneno en un cóctel con treinta personas pululando alrededor. Forzosamente debió de verlo alguien.

—¿Estaba realmente el veneno en la bebida?

—Sin ningún género de duda. Aquí tenemos detalles sobre el particular. La droga ostenta uno de esos largos nombres jeroglíficos tan del gusto de los médicos, pero en América suele recetarse con frecuencia.

—Ajá. En América.

—No crea. También se conoce aquí en Inglaterra. Pero esos productos se suministran mucho más libremente al otro lado del Atlántico. Tomada una pequeña dosis, resulta muy beneficiosa.

—¿Se vende con receta o puede ser adquirida libremente?

—Con receta.

—Es muy raro —masculló Dermot—. ¿Tenía Heather Badcock alguna relación con esos cineastas?

—Ninguna.

—¿Asistió a la fiesta algún miembro de su familia?

—Su marido.

—¡Ah! —exclamó Dermot, pensativo—. Su marido.

—Sí —convino su superior—. Es lo primero que se piensa. Pero el policía local, Cornish (así creo que se llama, si no recuerdo mal), opina que el marido no tiene nada que ver, si bien informa de que Badcock parecía nervioso y molesto. No obstante, conviene en que con frecuencia las personas respetables reaccionan así cuando las interpela la policía. Al parecer, era una pareja muy bien avenida.

—En otras palabras, que la policía no cree que el marido sea el culpable. Bien, la cosa se presenta interesante. Colijo que debo ir para allá, ¿no es eso, señor?

—Sí. Es preferible llegar allí cuanto antes, Dermot. ¿Quién quiere que le acompañe?

Dermot reflexionó unos instantes. Por último, murmuró pensativo:

—Me inclino por Tiddler. Es un buen elemento y además, un gran aficionado al cine, cosa que puede resultarnos de gran utilidad.

El subcomisario asintió con un movimiento de cabeza.

—Buena suerte —masculló.

2

—¡Caramba! —exclamó miss Marple, sonrojándose de sorpresa y complacencia—. ¡Qué sorpresa! ¿Cómo está usted, querido muchacho? Conste que no es ya ningún muchacho. ¿Qué grado ostenta ahora, el de inspector jefe o el de capitán?

Dermot la sacó de dudas.

—Supongo que no necesito preguntarle el motivo de su presencia aquí —prosiguió miss Marple—. Nuestro crimen local se considera digno de la atención de Scotland Yard.

—Nos lo han encomendado —declaró Dermot— y, naturalmente, en cuanto he llegado aquí me he dirigido al cuartel general.

—¿Se refiere a…? —barbotó miss Marple, estremeciéndose ligeramente.

—Sí, tiíta —asintió Dermot, irrespetuosamente—. Me refiero a usted.

—Temo no estar muy al corriente de la vida del pueblo en la actualidad —repuso miss Marple, pesarosa—. Apenas salgo.

—Sale usted lo suficiente para caerse y ser asistida por una mujer que va a ser asesinada a los diez días —le espetó Dermot Craddock.

Miss Marple le impuso silencio con un enérgico «¡chist!».

—No sé dónde se entera usted de las cosas —gruñó.

—Pues debiera usted saberlo —replicó Dermot Craddock—. Usted misma me dijo que en su pueblo no se puede ocultar nada… Y ahora una pregunta extraoficial —agregó—. ¿Supuso usted que la mujer iba a ser asesinada en cuanto la miró?

—¡Por supuesto que no! —exclamó miss Marple—. ¡Qué ocurrencia!

—¿No sorprendió usted en la mirada del marido una expresión que le recordase a Harry Simpson, a David Jones o a algún conocido de antaño que, andando el tiempo, arrojase a su mujer por un precipicio?

—¡No, no, señor! —replicó miss Marple—. Estoy segura de que

el señor Badcock no sería capaz de cometer semejante iniquidad. Cuando menos —añadió, pensativa—, estoy casi segura.

—Sin embargo, dada la condición de la naturaleza humana… —murmuró Craddock picarescamente.

—En efecto —convino miss Marple.

Y tras una pausa, agregó:

—Aseguraría que, una vez sujetado el natural desconsuelo inicial, no la echará de menos…

—¿Por qué? ¿Lo tiranizaba?

—Tanto como eso, no —repuso miss Marple—. Pero no creo que… Verá usted, Heather no era una mujer considerada. Afectuosa, sí. Considerada, no. A buen seguro, lo apreciaba, lo cuidaba cuando estaba enfermo, le hacía buena comida y procuraba ser buena ama de casa, pero no creo que tuviera… en fin, que tuviera la más pequeña idea de lo que pensaba o sentía su marido. No cabe duda que eso crea una vida muy solitaria para un hombre.

—¡Ah! —profirió Dermot—. ¿Y existen probabilidades de que su vida resultase menos solitaria en el futuro?

—Supongo que se casará otra vez —declaró miss Marple—. Tal vez muy pronto. Y probablemente —eso es lo malo— con una mujer del mismo tipo, de personalidad más recia que la suya.

—¿Alguien en perspectiva? —inquirió Dermot.

—Que yo sepa, no —respondió miss Marple—. ¡Claro está que sé tan poco! —agregó con pesar.

—Bien, ¿qué opina usted? —apremió Dermot Craddock—. Conste que nunca se ha quedado atrás en cuestión de opinar.

—Opino —soltó miss Marple inesperadamente— que debiera usted ir a ver a la señora Bantry.

—¿Quién es esa señora? ¿Pertenece al mundillo cinematográfico?

—No —repuso miss Marple—. Vive en la antigua casa del guardia de Gossington Hall. Se hallaba en la fiesta aquel día. Antaño fue la propietaria de Gossington. Mejor dicho, ella y su marido, el coronel Bantry.

—¿Vio algo en la fiesta?

—Creo que es preferible que se lo cuente ella misma. Es posible que no lo considere usted relacionado con el caso, pero, a mi modo

de ver, pudiera ser… pudiera ser… sugestivo. Dígale que va usted de mi parte y… ¡ah, sí…!, como quien no quiere la cosa, aluda a la Dama de Shalott.

Dermot Craddock la miró con la cabeza ligeramente ladeada.

—La Dama de Shalott —repitió—. ¿Es ésa la clave?

—No me atrevería a decir tanto —repuso miss Marple—, pero cuando menos esas palabras le recordarán a qué me refiero.

Dermot Craddock se puso en pie.

—Volveré por aquí —advirtió a su interlocutora.

—Es usted muy amable —agradeció miss Marple—. Si tiene tiempo, venga a tomar el té conmigo cualquier día. Es decir, si todavía bebe usted té —agregó algo ansiosa—. Tengo entendido que hoy día mucha gente joven sólo toma cócteles y bebidas de todas clases. Consideran que el té de la tarde es una costumbre pasada de moda.

—No soy tan joven como eso —replicó Dermot Craddock—. Sí, un día vendré a tomar el té con usted. Charlaremos un poco sobre el pueblo. A propósito, ¿conoce usted a alguna de esas personas relacionadas con el cine o los estudios?

—En absoluto —dijo miss Marple—. Sólo de oídas.

—Ya es suficiente —profirió Dermot Craddock—. De ordinario oye usted muchas cosas. Adiós. He tenido mucho gusto en verla.

3

—¡Ah, tanto gusto! —exclamó la señora Bantry, algo desconcertada, una vez Dermot Craddock se hubo presentado— ¡Qué emoción me produce verlo! ¿No suelen ustedes ir acompañados de un sargento?

—Sí, me he traído uno a Saint Mary —asintió Craddock—. Pero en estos momentos está ocupado.

—¿En diligencias rutinarias?

—Algo así —respondió Dermot gravemente.

—De modo que Jane Marple le ha mandado aquí, ¿eh? —murmuró la señora Bantry haciéndolo pasar a su saloncito—. Estaba arreglando unas flores. Hoy es uno de esos días en que es imposible dominarlas. Se caen o se mantienen rígidas cuando no debieran o se resisten a inclinarse en el florero. Excuso decir que me alegra muchísimo tener una distracción, especialmente ésta tan excitante. Así, pues, fue un crimen, ¿verdad?

—¿Cree usted que no lo fue?

—Pues, no sé —replicó la señora Bantry—. Me figuro que también pudiera haber sido un accidente. Nadie ha dicho nada definitivo, oficialmente, se entiende. Sólo consta una estúpida nota en el expediente sobre la carencia de pruebas en lo tocante a la forma en que fue administrado el veneno o a la persona que lo administró. Pero, desde luego, todos lo consideramos un crimen.

—¿Se atribuye a alguna persona determinada?

—Eso es lo curioso del caso —murmuró la señora Bantry—. Nadie comenta este punto, acaso porque, en realidad, nadie tiene idea de quién pudo haberlo hecho. Es más, yo no comprendo quién podía tener interés en hacerlo.

—Según eso, ¿cree usted que nadie podía abrigar el deseo de matar a Heather Badcock?

—Pues, francamente, no acierto a imaginarme a nadie en este plan. Había coincidido con Heather Badcock en varias ocasiones con motivo de ciertas actividades locales, tales como reuniones de la Juventud Excursionista Femenina, de la Asociación de la Ambulancia de San Juan o juntas parroquiales. Me pareció una

mujer bastante pesada, un poco extremosa y dada a la exageración. Una de esas personas que se entusiasman por todo. Pero nadie mata a la gente por eso. Si antaño alguien la hubiese visto acercarse a la puerta de su casa, habríase apresurado a ordenar a la doncella (el servicio era una institución muy útil que teníamos en aquellos tiempos) que le dijera: «La señora no está en casa» o «No se recibe hoy», caso que la chica tuviera escrúpulos de conciencia por faltar a la verdad.

—Total que quiere usted dar a entender con esto que cabía tener empeño en esquivar a la señora Badcock, mas no abrigar el deseo de quitársela de encima para siempre.

—Muy bien expresado —ensalzó la señora Bantry con un ademán de aprobación.

—De hecho, no tenía dinero —reflexionó Dermot—. Por tanto, nadie podía beneficiarse con su muerte. Nadie parece haber sentido hacia ella una antipatía rayana en el odio. Supongo que Heather Badcock no practicaba el chantaje.

—Estoy segura que jamás se le ocurrió semejante cosa —repuso la señora Bantry—. Era una persona de principios.

—Y su marido, ¿no tenía ningún armario por ahí?

—No creo. Sólo le vi el día de la fiesta. Parece un hombre muy apagado. Amable, pero apático.

—Todo eso aporta muy pocas soluciones a nuestro problema —suspiró Dermot Craddock—. Sin querer, vuelve uno a caer en la tentación de suponer que Heather Badcock sabía algo.

—¿Qué?

—Algo en detrimento de otra persona.

—Lo dudo —reputó la señora Bantry, meneando la cabeza una vez más—. Lo dudo muchísimo. Aseguraría que era una de esas mujeres que, de haber sabido algo de alguien, no hubiera podido callárselo.

—En fin, eso descarta esta hipótesis —masculló Dermot Craddock—. De modo que ya no me resta más que exponer los motivos que me han traído a esta casa. Miss Marple, por quien siento una gran admiración y un profundo respeto, me dijo que le hablara a usted de la Dama de Shalott.

—¡Ah, eso! —profirió la señora Bantry.

—Sí —confirmó Craddock—. ¡Eso! Sea lo que fuere.

—La gente no lee mucho a Tennyson en nuestros días —lamentóse la señora Bantry.

—Me parece recordar unos versos suyos —murmuró Dermot Craddock—. La Dama de Shalott miró a Camelot, ¿no es eso?

Voló la telaraña y flotó lejos;
El espejo se rajó de parte a parte;
—La maldición ha caído sobre mí
—exclamó la dama de Shalott.

—Exactamente —asintió la señora Bantry—. Miraba así.

—Usted perdone. ¿Quién miraba qué?

—Marina Gregg. Me recordó a la Dama de Shalott.

—¡Ah, Marina Gregg! ¿Cuándo fue esto?

—¿No se lo ha contado Jane Marple?

—No me ha contado nada. Se ha limitado a mandarme aquí.

—Ha hecho mal —refunfuñó la señora Bantry—, porque ella tiene mejores explicaderas que yo. Mi marido solía decir que me expresaba con tanta precipitación que, a veces, no sabía de qué hablaba. En fin, es posible que sólo fuera mi imaginación. Pero cuando una ve a una persona con aquel aspecto, no puede sino recordar esos versos.

—Tenga la bondad de explicarse —instó Dermot Craddock.

—Bien, fue en la fiesta. Lo llamo fiesta por llamarlo de alguna manera. En realidad, se trataba de una especie de recepción ofrecida en lo alto de la escalera, en una especie de sala que han hecho allí. Marina Gregg y su marido hacían los honores y mandaron a por algunos de nosotros. Supongo que a mí me invitaron por ser la antigua propietaria de la casa, y a Heather Badcock y a su marido por su participación en la organización y los preparativos de la fiesta. Dio la casualidad que ambas subimos la escalera casi al mismo tiempo, de modo que yo estaba allí cuando ocurrió la cosa.

—De acuerdo. ¿Qué cosa?

—Verá usted. La señora Badcock soltó una larga perorata, como suele hacer la gente cuando habla con alguna celebridad. Primero

hizo los consabidos comentarios sobre la alegría y la emoción que le producía aquel maravilloso encuentro, y luego enzarzóse en una larga historia sobre la magnífica ocasión que había tenido de conocerla años atrás y la excitación experimentada ante semejante oportunidad. Yo pensé para mí lo pesado que debe ser para estas pobres gentes famosas contestar adecuadamente a tales demostraciones de admiración. Pero entonces observé que Marina Gregg no decía nada. En vez de ello, miraba ante sí con la expresión más fija.

—¿A quién, a la señora Badcock?

—No, no. Daba la impresión de haber olvidado por completo a su interlocutora. Creo que ni siquiera oía lo que le estaba diciendo. Se limitaba a mirar fijamente, con lo que se me antojó la expresión de la Dama de Shalott, como si hubiera visto algo espantoso. Algo horripilante, increíble, cuya presencia no pudiera soportar.

—«¿La maldición ha caído sobre mí?» —sugirió Dermot Craddock.

—Exactamente. Por eso me acordé de la Dama de Shalott.

—Pero ¿qué estaba mirando Marina Gregg, señora Bantry?

—No lo sé. Ojalá lo supiera.

—¿Dice usted que Marina se hallaba en lo alto de la escalera? —Miraba por encima de la cabeza de la señora Badcock, mejor dicho, por encima de su hombro.

—¿Hacia la parte media de la escalera?

—O quizá hacia un lado de la misma.

—¿Subía gente por la escalera?

—Por supuesto, unas cinco o seis personas.

—¿Miraba a alguna de ellas en particular?

—No puedo decirlo —repuso la señora Bantry—. Yo no estaba de cara a la escalera, sino de espaldas, mirándola a ella. Me dije que tal vez contemplaba uno de los cuadros.

—Pero, a buen seguro, debe de conocer todos los cuadros de la casa, puesto que vive en ella.

—Sí, claro, naturalmente. No, me figuro que debía de mirar a alguna persona, pero no sé a cuál.

—Tendremos que tratar de averiguarlo —murmuró Dermot Craddock—. ¿Recuerda usted quiénes eran aquellas personas?

—Lo intentaré. Una de ellas era el alcalde, con su mujer. Me parece recordar que otra de ellas era un periodista pelirrojo, al que fui presentada más tarde; pero no recuerdo su nombre. Nunca me entero de los nombres. Galbraith… o algo por el estilo. Había también un hombretón moreno, de aspecto muy forzudo. Le acompañaba una actriz rubia y afectada. Vi, asimismo, al viejo general Barnstaple, de Much Benham. Por cierto que el pobre está ya para el arrastre. No creo que pudiera constituir una maldición. ¡Ah! ¡Y los granjeros Grice!

—¿Son ésas todas las personas que recuerda?

—Es posible que hubiera otras, Pero la verdad es que no presté particular atención a nadie. Sé que el alcalde, el general Barnstaple y los americanos llegaron más o menos por entonces. Había gente tomando fotografías. Uno de los fotógrafos era un hombre del pueblo, otro una muchacha de Londres con aire de artista y una melena muy larga, armada con una gran cámara.

—¿Y usted cree que fue una de esas personas lo que impresionó a Marina Gregg?

—En realidad, no puedo decirlo —repuso la señora Bantry con absoluta franqueza—. Sólo me pregunté qué diablos podía conferirle aquella expresión y no pensé más en ello. Pero después recordé este detalle. Claro está —añadió la señora Bantry honradamente— que, a lo mejor, todo fueron imaginaciones mías. Al fin y al cabo, cabe la posibilidad de que le diera un súbito dolor de muelas o un cólico, o que notase que se clavaba un imperdible. En fin, uno de esos contratiempos inesperados que uno se esfuerza en disimular, pero se trasluce en el rostro.

—Me satisface comprobar que es usted una persona realista, señora Bantry —comentó Dermot Craddock, sonriéndose—. Como usted dice, es posible que fuera algo de ese tipo. Con todo, constituye un pequeño dato muy interesante, susceptible de proporcionarnos alguna pista.

Y estrechándole la mano, partió dispuesto a presentar sus credenciales en el cuartel de Much Benham.

Capitulo IX

1

—¿De modo que, por lo que respecta al pueblo, no ha encontrado usted ningún indicio revelador? —preguntó Craddock, ofreciendo su pitillera a Frank Cornish.

—En absoluto —respondió éste—. La muerta no tenía enemigos ni desavenencias con nadie, y estaba en buenas relaciones con su marido.

—¿No había ninguna otra mujer u hombre por medio?

—No, nada de eso. No existe el menor indicio de escándalo. Ella era una mujer muy moderada en este aspecto. Formaba parte de varias juntas y asociaciones y, naturalmente, existían algunas pequeñas rivalidades locales. Pero, aparte de eso, nada.

—¿No había alguna persona con quien deseara casarse el marido, por ejemplo, en la oficina donde éste trabajaba?

—Está empleado en Biddle & Russell, los corredores de fincas y tasadores de terrenos. Allí trabajaban Florrie West, aquejada de adenitis, y miss Grundle, que tiene al menos cincuenta años y un físico anodino. Poca cosa, pues, para excitar a un hombre. Con todo, no me sorprendería que volviera a casarse pronto.

Craddock mostróse interesado.

—Se trata de una vecina —explicó Cornish—, una viuda de buen ver. Cuando le acompañé a su casa, después de la encuesta, ella estaba dentro preparándole una taza de té y atendiendo a otros quehaceres. Él pareció sorprendido y agradecido. A decir verdad, creo que ella se ha propuesto casarse con él si bien el pobre no se ha dado cuenta todavía.

—¿Qué clase de mujer es?

—Guapetona —admitió el otro—. Madura pero agraciada y con aire agitanado. Tez bronceada. Ojos oscuros.

—¿Cómo se llama?

—Bain. Señora Bain. Mary Bain. Es viuda.

—¿A qué se dedicaba su marido?

—No tengo idea. Vive con un hijo que trabaja por aquí cerca. Parece una mujer pacífica y respetable. No obstante, tengo la sensación de haberla visto antes… Las doce menos diez —agregó, consultando su reloj—. He concertado una cita para usted en Gossington Hall a las doce en punto. Será mejor que salgamos para allá.

2

Los ojos de Dermot Craddock, cuya expresión habitual semejaba siempre un tanto distraída, escudriñaban al presente las características más palmarias de Gossington Hall, como para registrarlas mentalmente. El inspector Cornish le había acompañado y, tras confiarlo a un joven llamado Hailey Preston, habíase despedido discretamente. Desde entonces, Dermot Craddock asentía de vez en cuando en silencio a las profusas explicaciones del señor Preston. El policía coligió que su interlocutor era una especie de relaciones públicas, ayudante personal o secretario particular de Jason Rudd, o acaso las tres cosas a la vez. El joven hablaba por los codos con voz apenas modulada, logrando milagrosamente evitar las reiteraciones. Era un muchacho agradable, ansioso de que sus opiniones, reminiscencia de las del doctor Pangloss, según las cuales todo se ordenaba a lo mejor en el mejor de los muchos posibles, fueran compartidas por todo aquél que se hallaba en su compañía. Repitió varias veces, con frases distintas, cuan bochornoso había sido aquel suceso para todos, añadiendo que Marina estaba absolutamente postrada y el señor Rudd profundamente trastornado. ¿Cómo era posible que hubiese sucedido semejante cosa? A lo mejor, sugirió, la muerta era alérgica a alguna clase de sustancias contenidas en la bebida. Las alergias deparaban muchas sorpresas. Aseguró, además, que el inspector jefe Craddock podía contar con la incondicional colaboración de los Estudios Hellingforth y de todo su personal. Podía preguntarle todo lo que quisiera y ver lo que desease. Estaban dispuestos a ayudarle en lo posible. Todos sentían un gran respeto por la señora Badcock y apreciaban su profundo sentido social y su valiosa aportación a la Asociación caritativa de la Ambulancias de San Juan.

Después, empezó a hablar de nuevo, cambiando las palabras, si bien empleando los mismos motivos. Imposible encontrar a nadie más dispuesto a colaborar. Al propio tiempo, tenía empeño en recalcar cuan lejos estaba aquello del mundo artificioso de los estudios; el señor Jason Rudd y miss Marina Gregg, como asimismo

todas las personas empleadas en la casa, harían lo posible por prestar su cooperación. Dicho esto, dio una larga serie de suaves cabezazos de asentimiento. Dermot Craddock aprovechó la pausa para decir:

—Muchísimas gracias.

Su voz era pausada, pero el tono tan categórico que el señor Hailey Preston dio un respingo.

—Bien, usted dirá —farfulló, con expresión inquisitiva.

—Ha dicho usted que estaba usted dispuesto a responder a mis preguntas.

—Naturalmente. No faltaba más. Adelante.

—¿Es aquí donde murió?

—¿Se refiere usted a la señora Badcock?

—A la misma. ¿Es este lugar?

—Sí, señor. Aquí mismo. Incluso puedo mostrarle la silla donde expiró.

Ambos se hallaban de pie en el salón del rellano. Hailey Preston recorrió unos pocos metros del pasillo y, señalando una estilizada silla de roble, declaró:

—Tomó asiento ahí, diciendo que no se encontraba bien. Alguien fue a buscar algo para aliviarla y, entretanto, la infortunada falleció.

—Comprendido.

—Ignoro si había ido al médico recientemente, si estaba advertida de que padecía del corazón…

—La señora Badcock no padecía del corazón —replicó Dermot Craddock—. Gozaba de excelente salud. Murió a consecuencia de la ingestión de una dosis seis veces superior a la máxima de una sustancia cuyo nombre oficial no intentaré pronunciar, pero que, según mis informes, se conoce por el nombre de Calmo.

—Ya sé —murmuró Hailey Preston—. A veces la tomo yo también.

—¿De veras? Eso es muy interesante. ¿Y opina usted que da buen resultado?

—Espléndido, maravilloso. A un tiempo anima y tranquiliza, ¿me comprende usted? Naturalmente —agregó—, hay que tomar la dosis indicada.

—¿Hay provisión de esta sustancia en la casa?

Dermot sabía la respuesta a esta pregunta, pero la formuló como si la ignorase. Hailey Preston demostró ser la franqueza personificada.

—Casi diría que a montones. Apuesto a que hay un frasco en cada botiquín de los diversos cuartos de baño.

—Lo cual facilita nuestra tarea.

—Cabe la posibilidad de que la señora Badcock también tomara ese preparado y, como he dicho antes, fuese alérgica al mismo.

Craddock no parecía convencido.

—¿Está usted seguro de lo de la dosis? —inquirió Hailey Preston, con un suspiro.

—Completamente. Era una dosis letal, aparte de que la señora Badcock no tomaba esa clase de medicamentos. Según nuestras averiguaciones, lo único que tomó en su vida fue bicarbonato de sosa o aspirina.

—En este caso —murmuró Hailey Preston, meneando la cabeza —, tendremos problemas.

—¿Dónde recibieron a sus invitados el señor Rudd y miss Gregg?

—Aquí —respondió Hailey Preston, dirigiéndose a lo alto de la escalera.

El inspector jefe Craddock apostóse junto a él. Su mirada se posó en la pared de enfrente. En el centro de ésta había una madonna italiana con un niño. Sin duda, tratábase de una buena reproducción de una pintura famosa. La madonna, vestida con una túnica azul, sostenía en alto al Niño Jesús, y madre e hijo aparecían risueños. Pequeños grupos de gente permanecían a ambos lados, con los ojos levantados al Niño. Dermot Craddock se dijo que aquella era, sin disputa, una de las madonnas más bellas que había visto en su vida. A la izquierda y derecha del cuadro había dos angostas ventanas. El efecto del conjunto era encantador, pero el policía pensó para sus adentros que no había en él nada susceptible de provocar en una mujer la expresión de la Dama de Shalott al sentirse bajo el peso de la maldición.

—Me figuro que subía gente por la escalera —masculló.

—En efecto. Llegaban en pequeños grupos, no demasiados a la vez. Yo acompañé a algunos y Ella Zielinsky, esto es, la secretaria

del señor Rudd, se encargó de otros varios. Deseábamos que todo resultase agradable y familiar.

—¿Estaba aquí cuando subió la señora Badcock?

—Siento decirle, inspector jefe Craddock, que no lo recuerdo. Tenía una lista de nombres y todo mi interés se centraba en ir a buscar gente para traerla aquí. Tras proceder a las presentaciones de rigor y ofrecer bebidas a todos, volvía a por más. A la sazón, no conocía a la señora Badcock ni de vista, y su nombre no figuraba en la lista de los invitados a mi cargo.

—¿Qué me dice usted de una tal señora Bantry?

—¡Ah, sí! ¡La conozco! Es la antigua propietaria de esta casa, ¿no? Creo que ella y la señora Badcock y su marido subieron más o menos al mismo tiempo… Luego, vino el alcalde luciendo una gran cadena de oro, y su señora, rubia y ataviada con un vaporoso vestido azul noche. Los recuerdo perfectamente. No les serví las bebidas porque tenía que bajar en busca de otra tanda.

—¿Quién se las sirvió?

—No puedo decirlo con exactitud. Éramos tres o cuatro los encargados de atender a los invitados. Recuerdo que bajé la escalera en el preciso momento en que el alcalde la subía.

—¿Vio usted a alguna otra persona mientras bajaba?

—A Jim Galbraith, uno de los periodistas invitados para hacer una reseña de la fiesta, y otras tres o cuatro personas desconocidas. Había un par de fotógrafos, uno del pueblo (no recuerdo su nombre), y una muchacha de Londres, especialista en fotografiar ángulos originales. Dispuso su cámara en aquel rincón para dominar a miss Gregg recibiendo a sus invitados. ¡Un momento! ¡Déjeme pensar! Casi aseguraría que entonces llegó Ardwyck Fenn.

—¿Quién es?

—Un personaje, inspector jefe —contestó Hailey Preston, sorprendido de su ignorancia—. Un pez gordo del mundo del Cine y la Televisión. Ni siquiera sabíamos que estuviera en Inglaterra.

—¿Su aparición constituyó una sorpresa?

—Desde luego. Fue muy amable en acudir. Nadie esperaba que viniese.

—¿Es un viejo amigo de miss Gregg y del señor Rudd?

—Era muy amigo de Marina hace muchos años, cuando ella

estaba casada con su segundo marido. Ignoro el grado de amistad que le une con Jason.

—Sea como fuere, ¿constituyó su llegada una agradable sorpresa?

—Agradabilísima. Todos estuvieron encantados.

Craddock asintió en silencio y pasó a otros temas. Formuló meticulosas preguntas sobre las bebidas y sus ingredientes, sobre cómo fueron servidas, quién las sirvió, qué criados y camareros eventuales se hallaban de servicio. Las respuestas inclinaban a suponer, según había insinuado ya el inspector Cornish, que aún cuando cualquiera de las treinta personas asistentes al acto podría haber envenenado a Heather Badcock con suma facilidad, al propio tiempo cualquiera de los treinta pudiera haber sido sorprendida en el acto. Era pues, reflexionó Craddock, una acción muy expuesta.

—Gracias —murmuró, al fin, el policía—. Ahora, si fuera posible me gustaría hablar con miss Gregg.

—Lo siento —repuso Hailey Preston, con un ademán negativo—. Lo siento, pero eso es de todo punto imposible.

—¿De veras? —exclamó Craddock, arqueando las cejas.

—Está postrada, realmente, postrada. Ha requerido a su propio médico para cuidarla, y éste ha extendido un certificado. Aquí lo tiene usted.

Craddock lo tomó y, tras leerlo, murmuró:

—Me hago cargo. Una pregunta, ¿está siempre Marina Gregg en manos de un médico?

—Tenga usted en cuenta que todos estos actores y actrices viven en tensión. Por lo regular, se considera aconsejable, sobre todo en el caso de tratarse de grandes figuras, que tengan un médico conocedor de su constitución y de sus nervios. Maurice Gilchrist goza de una gran reputación. Lleva ya muchos años al cuidado de miss Gregg. Como habrá leído usted, ésta ha estado muy enferma en el curso de los últimos años. Estuvo mucho tiempo hospitalizada. Sólo hace un año que ha recuperado en parte la salud y las energías.

—Comprendo.

Hailey Preston parecía aliviado de que Craddock no hiciese más protestas.

—¿Quiere usted ver al señor Rudd? —sugirió—. Regresará… —

añadió consultando su reloj—, regresará de los estudios dentro de unos diez minutos. ¿Le acomoda a usted?

—Por supuesto, me parece admirable —convino Craddock—. Entretanto, ¿está el doctor Gilchrist en casa?

—Sí, señor.

—En este caso, me gustaría hablar con él.

—No hay inconveniente. Voy a buscarlo inmediatamente.

El joven desapareció. Dermot Craddock permaneció pensativo, en lo alto de la escalera. Sin duda, aquella mirada petrificada de Marina Gregg descrita por la señora Bantry pudiera haber sido producto de la imaginación de esta última. Probablemente, la señora Bantry era una de esas personas que se precipitan en sus juicios. Al propio tiempo, el policía juzgaba probable que su conclusión fuese justa. Sin llegar al extremo de parecer la Dama de Shalott al sentirse maldita, cabía la posibilidad de que Marina Gregg hubiese visto algo capaz de haberla molestado o contrariado, algo que la hubiese inducido a ser negligente con la invitada a quien estaba atendiendo en aquel momento. A lo mejor había visto subir por aquella escalera a un invitado inesperado o quizá poco grato.

A poco, oyó pasos a sus espaldas. Hailey Preston regresaba en compañía del doctor Maurice Gilchrist. Éste era muy distinto a como Dermot Craddock se lo había imaginado. No era uno de esos médicos almibarados y afectados, ni adolecía de una apariencia teatral. A primera vista semejaba un hombre brusco, sincero y positivista. Llevaba un traje de «tweed», acaso demasiado chillón para el gusto inglés. Tenía el cabello castaño y los ojos oscuros y penetrantes.

—¿El doctor Gilchrist? Soy el inspector jefe Dermot Craddock. ¿Puedo hablar un momento con usted privadamente?

El doctor asintió en silencio y, recorriendo casi todo el pasillo, empujó al fin una puerta e invitó a Craddock a entrar en el interior de un aposento.

—Aquí nadie nos molestará —dijo.

Era, evidentemente, la habitación del doctor, dotada de todas las comodidades. El doctor Gilchrist mostró una silla a su acompañante y, acto seguido, tomó asiento a su vez.

—Tengo entendido —empezó Craddock—, que, según usted, miss Marina Gregg no puede ser interpelada. ¿Qué le ocurre a su paciente, doctor?

—Nervios —respondió Gilchrist, encogiéndose ligeramente de hombros—. Si procediera usted a formularle preguntas ahora, a los diez minutos le daría un ataque de histerismo. Y no puedo consentirlo. Si considera usted necesario mandarme un médico de la policía, no tendré inconveniente en exponerle mi parecer. Mi paciente no pudo asistir a la encuesta por el mismo motivo.

—¿Cuánto tiempo supone usted que se prolongará este estado de cosas? —inquirió Craddock.

El doctor Gilchrist lo miró con una cordial sonrisa.

—Si quiere usted saber mi opinión —declaró—, una opinión humana, no médica, le diré que, en el curso de las próximas cuarenta y ocho horas, mi paciente no sólo estará dispuesta a hablar con usted, sino deseosa de verle. Querrá formularle preguntas y que usted se las formule. ¡Así son los enfermos! —agregó el médico, inclinándose hacia delante—. A ser posible, me gustaría hacerle comprender, inspector jefe, siquiera vagamente, lo que induce a esas personas a obrar así. La vida del cine supone un constante esfuerzo, tanto más grande cuanto mayor es la popularidad. Hay que vivir siempre, en todo momento, de cara al público. Cuando el actor o actriz trabajan deben pasar largas horas en el estudio, sometidos a una labor dura y monótona. Hay que estar allí por la mañana y aguantar a que llegue el turno de actuar, y entonces es preciso repetir una y otra vez el fragmento que se está filmando. Cuando uno ensaya en el teatro, generalmente ensaya todo un acto o, siquiera, parte del mismo. La cosa tiene ilación y resulta más o menos humana y verosímil. Pero cuando uno filma una película todo carece de ilusión. Domina la pesadez y la monotonía. Es un trabajo agotador. Naturalmente, los artistas cinematográficos viven lujosamente, disponen de drogas tranquilizadoras, toman baños, tienen cremas, polvos y asistencia médica, dan fiestas y reuniones y se toman temporadas de descanso, pero siempre están de cara al público. No pueden disfrutar a sus anchas. De hecho, nunca pueden sosegar.

—Me hago cargo —asintió Dermot—. Lo comprendo

perfectamente.

—Es más —prosiguió Gilchrist—. El que adopta esta profesión y sobresale en ella, adquiere una personalidad especial. Sé por experiencia que se torna una persona en extremo vulnerable, constantemente atormentada por la desconfianza. Vive sujeta a una terrible sensación de insuficiencia, de aprensión, de temor a no ser capaz de hacer lo que se exige. La gente dice que los actores y las actrices son vanidosos. Y eso no es cierto. No están engreídos; admito que están obsesionados consigo mismos, pero con todo, necesitan siempre una seguridad. Deben ser tranquilizados. Interpele a Jason Rudd. Le dirá lo mismo que yo. Hay que convencerles de que pueden hacerlo, asegurarles que pueden hacerlo, alentarles continuamente hasta lograr el efecto deseado. No obstante, siempre dudan de sí mismos. Y esto les confiere, para decirlo con una expresión vulgar humana y corriente, una especie de nerviosismo. ¡Un terrible nerviosismo! Se convierten en un manojo de nervios. Y cuando más fuerte es su nerviosismo, tanto mejor es su trabajo.

—Todo eso es interesante —profirió Craddock—. Muy interesante.

Y tras una pausa, añadió:

—Aunque, a decir verdad, no sé a dónde quiere usted ir a parar.

—Intento hacerle comprender a Marina Gregg —declaró Maurice Gilchrist—. Me figuro que ha visto usted películas suyas.

—Es una actriz admirable —comentó Dermot—, maravillosa. Posee belleza, personalidad, simpatía.

—En efecto —convino Gilchrist—, posee todo eso y ha tenido que trabajar endiabladamente para producir los efectos deseados. El proceso ha destrozado sus nervios. Para colmo, físicamente, no es una mujer fuerte. Cuando menos, no tan fuerte como sería de desear. Tiene uno de esos temperamentos que fluctúan entre el rapto y la desesperación. No puede evitarlo. Es así. Ha sufrido mucho en la vida. Gran parte de sus sufrimientos ha sido obra suya, pero a menudo no se los ha buscado. No ha sido afortunada en ninguno de sus matrimonios, excepto, a mi modo de ver, en este último. Ahora está casada con un hombre que la quiere entrañablemente y que la ama hace muchos años. Se refugia en ese

amor y se siente feliz en él. Al menos, por ahora. Imposible predecir cuánto tiempo durará la cosa. El problema de Marina Gregg es que tan pronto se imagina que, por fin, ha llegado el momento de su vida en que todo va a ser como un cuento de hadas convertido en realidad y nada se malogrará ni dará al traste con su felicidad, como la invade la melancolía y se considera una mujer con la vida deshecha que jamás ha conocido el amor y la felicidad, ni nunca los conocerá.

Y el doctor agregó secamente:

—Si pudiera adoptar una posición intermedia, saldría ganando con ello; pero el mundo perdería una buena actriz.

El doctor Gilchrist se calló. Pero Dermot Craddock no hizo ningún comentario. De hecho, se preguntaba por qué el doctor decía todo aquello. ¿A qué venía aquel detallado análisis de Marina Gregg? Gilchrist le miraba, como instándole a formular una determinada pregunta. Dermot preguntóse cuál sería aquella pregunta. Por último, pausadamente, como aquel que explora el terreno, preguntó:

—¿Se ha trastornado mucho con la tragedia sucedida aquí?

—Sí —afirmó Gilchrist—. Muchísimo.

—¿Casi con exageración?

—Eso depende —repuso el doctor Gilchrist.

—¿De qué?

—De sus motivos para trastornarse.

—Me figuro que la afectó mucho aquella inesperada muerte en plena fiesta.

Y al ver el inexpresivo rostro del doctor, aventuro:

—¿O fue algo más que eso?

—Nadie puede prever la reacción de las personas, por mucho que se las conozca. Siempre pueden sorprendernos. Marina pudiera habérselo tomado muy a pecho, dado su carácter susceptible, y exclamar: «¡Pobre, pobre mujer! ¡Qué tragedia! ¿Cómo habrá sucedido?». También pudiera haberse mostrado comprensiva sin darle importancia, en realidad. Al fin y al cabo, a veces sobrevienen muertes en las reuniones de los estudios. O, acaso que no hubiese nada interesante por medio, optar —si bien de un modo inconsciente— por dramatizar sobre ello y hacer una escena.

Asimismo, pudiera haber habido un motivo diferente.

Dermot decidió echar la capa al toro.

—Desearía —murmuró— que me dijese usted qué opina en realidad.

—No sé —replicó el doctor Gilchrist—. No estoy seguro. Además, como usted sabe, existe el secreto profesional, la relación entre médico y paciente.

—¿Le ha dicho ella algo?

—No me parece bien comentar este punto.

—¿Conocía Marina Gregg a Heather Badcock? ¿La había visto con anterioridad?

—No creo que la conociera de nada —repuso el doctor Gilchrist —. No, el problema no es éste. Si me apura, le diré que no tiene nada que ver con Heather Badcock.

—Ese tranquilizante Calmo, ¿lo toma Marina Gregg alguna vez?

—De hecho vive de él —asintió el doctor Gilchrist—; al igual que todos los habitantes de esta casa. Así por ejemplo, Ella Zielinsky, Hailey Preston y más de la mitad del servicio. Es la moda del momento. Todos estos productos son muy parecidos. La gente se cansa de uno y prueba otro recién salido al mercado, convencida de que es maravilloso y obra milagros.

—¿Los obra, en efecto?

—En cierto modo, sí. Cumple su cometido. Apacigua o estimula, da fuerzas para hacer cosas que, en otro caso, uno no se atrevería a realizar. No receto esos medicamentos más que cuando lo considero estrictamente necesario. Con todo, tomados en la dosis adecuada, no son peligrosos. Ayudan a la gente que no acierta a ayudarse a sí misma.

—Me gustaría saber qué intenta decirme con todo esto — masculló Dermot Craddock.

—Estoy tratando de determinar cuál es mi deber —declaró Gilchrist—. Existen dos deberes. El de un médico para con su paciente. Lo que le dice su paciente es confidencial y como tal debe tenerse. Pero hay otro punto de vista. Cabe imaginar que un paciente está en peligro. Entonces, hay que tomar medidas para evitar por completo ese peligro.

El doctor se interrumpió. Craddock lo miró, expectante.

—Sí —suspiró, al fin, el doctor Gilchrist—. Creo saber lo que he de hacer. Debo rogarle, inspector jefe Craddock que guarde el secreto de lo que voy a decirle. No con sus colegas, naturalmente, sino con el mundo exterior, particularmente con los habitantes de esta casa. ¿Está usted de acuerdo?

—No puedo comprometerme —objetó Craddock—. Ignoro lo que surgirá. En términos generales, sí, accedo, esto es, supongo que sea cual fuere la información que usted me facilite preferiré guardármela para mí y mis colegas.

—Ahora, atienda —instó Gilchrist—. Es posible que esto no signifique nada. Las mujeres son capaces de decir cualquier cosa cuando se hallan en el estado de nervios en que se encuentra ahora Marina Gregg. Voy a contarle algo que me dijo. Aunque, repito, es posible que carezca de importancia.

—¿Qué dijo? —inquirió Craddock.

—Después de lo sucedido, quedóse muy abatida. Me mandó llamar y yo le di un calmante. Permanecí junto a ella y, tomándola de la mano, le dije que se calmara porque todo se arreglaría. Entonces, un momento antes de caer en la inconsciencia. Marina musitó: «La cosa iba dirigida contra mí, doctor».

—¿De veras dijo esto? —exclamó Craddock, asombrado—. ¿Y después… al día siguiente?

—No volvió a aludir a la cuestión. Una vez la saqué a colación, pero ella la eludió, diciendo: «Sin duda, debe usted estar confundido. Estoy segura de no haber dicho nunca semejante cosa. Me figuro que estaba atontada bajo los efectos del calmante». —¿Pero usted cree que hubo tal insinuación?

—Por supuesto —afirmó Gilchrist—. Lo cual no equivale a afirmar nada —advirtió—. Ignoro si alguien se proponía envenenarla a ella o a Heather Badcock. Probablemente, usted lo sabrá mejor que yo. Todo cuanto digo es que Marina Gregg estaba convencida de que la dosis había sido preparada para ella.

Craddock guardó silencio unos instantes. Finalmente dijo:

—Gracias, doctor Gilchrist. Agradezco mucho lo que me ha contado y comprendo el motivo que le ha inducido a hacerlo. Si lo que le dijo Marina Gregg se basaba en los hechos, cabe suponer que, al presente, sigue estando en peligro.

—Esa es la cuestión —convino Gilchrist—. Esa es, ni más ni menos, la cuestión.

—¿Tiene usted alguna razón para creer que pudiera ser así?

—No, ninguna.

—¿Tampoco tiene idea de la razón que la impulsaba a pensar en eso?

—No.

—Una última pregunta, doctor —murmuró Craddock, levantándose—. ¿Sabe usted si su paciente dijo lo mismo a su marido?

—No, no le dijo nada —contestó Gilchrist, meneando la cabeza —. De eso estoy completamente seguro.

Por espacio de unos instantes, el doctor posó la mirada en Dermot. Luego, con un breve cabezazo interrogó:

—¿No me necesita usted más? De acuerdo. En este caso, voy a ver cómo sigue mi paciente. Hablará con ella en cuanto sea posible.

Dicho esto, el médico salió de la estancia. Entonces Craddock, frunciendo los labios, se puso a silbar quedamente.

Capitulo X

—Jason ya está de vuelta —anunció Hailey Preston—. ¿Tiene usted la bondad de acompañarme, inspector jefe? Le llevaré a su estudio.

La habitación que Jason Rudd utilizaba en parte como despacho y en parte como sala, hallábase en la planta baja. Su mobiliario era confortable, mas no lujoso. El conjunto carecía de personalidad y no presentaba el menor indicio de los gustos o predilecciones particulares de su usuario. Jason Rudd levantóse del escritorio donde estaba sentado para adelantarse a saludar a Dermot. En realidad, pensó éste, era absolutamente innecesario conferir personalidad a aquella habitación; su propietario la tenía por arrobas. Hailey Preston era un eficiente y voluble charlatán. Gilchrist poseía fuerza y magnetismo. Pero Dermot echó de ver inmediatamente que, al presente, se las había con un hombre difícil de captar. En el curso de su carrera, Craddock había conocido y tratado a mucha gente hasta el punto de que, a la sazón, era perito en clasificar a las personas, y en leer los pensamientos de la mayoría de ellas. No obstante, apenas vio a Jason Rudd, comprendió que sólo aprehendería sus pensamientos en la medida que el hombre lo permitiese. Los ojos, profundos y pensativos, percibían mas no revelaban fácilmente. La fea y tosca cabeza denotaba un excelente intelecto. El rostro de clown repelía y atraía a un tiempo. Todo ello indujo a pensar a Dermot Craddock que había llegado el momento de extremar la atención y tomar cuidadosa nota de sus impresiones.

—Siento, inspector jefe, que haya tenido que aguardarme. Me ha retenido una pequeña complicación surgida en los Estudios. ¿Me permite ofrecerle algo de beber?

—Gracias, señor Rudd. En este momento no me apetece beber nada.

El rostro de payaso esbozó una irónica y regocijada sonrisa.

—Me figuro que no considera usted esta casa la más apropiada para tomar una bebida, ¿verdad?

—De hecho, no era lo que pensaba.

—Ya me lo imagino. Bien, inspector jefe, ¿qué desea usted saber?

—El señor Preston ha respondido muy adecuadamente a todas mis preguntas.

—¿Y ha sacado algo en limpio?

Jason parecía interesado.

—He visto también el doctor Gilchrist. Me ha informado de que su esposa de usted no está en condiciones de ser interpelada.

—Marina es muy sensible —murmuró Jason Rudd—. A fuer de silencio, le diré que sufre grandes crisis nerviosas. Y no me negará usted que un asesinato de esta índole, cometido en la propia casa de uno, es como para provocar una conmoción nerviosa.

—En efecto, no es una experiencia agradable —convino Dermot Craddock, secamente.

—En todo caso, dudo que mi esposa pudiera contarle algo que no pueda contarle yo. Precisamente yo estaba a su lado cuando sucedió el hecho, y, francamente, me considero mejor observador que ella.

—La primera pregunta que deseo formularle, pese a que probablemente le ha sido formulada ya, es la siguiente —empezó Dermot—. ¿Conocían usted o su esposa a Heather Badcock antes de la recepción?

—No —repuso Jason Rudd, con un ademán negativo—. Por lo que a mí respecta, jamás había visto a aquella mujer. Recibí dos cartas suyas relacionadas con la Asociación de la Ambulancia de San Juan, pero no la conocí personalmente hasta unos cinco minutos antes de su muerte.

—Pero la señora Badcock pretendía haber conocido a su esposa, ¿verdad?

—Sí —asintió Jason Rudd—, creo que se conocieron hace doce o trece años en las Bermudas, en una gran fiesta al aire libre a beneficio de las ambulancias que, al parecer, inauguró mi esposa. Naturalmente, en cuanto la señora Badcock llegó a nuestra

recepción, soltó un largo discurso sobre aquel encuentro, explicando que, a la sazón, hallábase en cama con gripe y habíase levantado para asistir a la fiesta y pedir un autógrafo a mi mujer.

Una vez más, su rostro poblóse de arrugas al influjo de una irónica sonrisa.

—Excuso decir, inspector jefe, que casos como éste ocurren con harta frecuencia. Por lo regular, grandes concentraciones de público forman cola para obtener el autógrafo de mi esposa, momento que todos guardan en la memoria como un tesoro. Al fin y al cabo, es una cosa natural y comprensible, puesto que el hecho constituye un acontecimiento en sus vidas. Cabe suponer, asimismo, que probablemente mi esposa no recordaba a ninguno de aquellos innumerables cazadores de autógrafos. A decir verdad, no tenía idea de haber visto a la señora Badcock con anterioridad.

—Lo comprendo perfectamente —convino Dermot Craddock—. Ahora bien, señor Rudd, una persona presente en la recepción me ha contado que su esposa adoptó una expresión algo distraída durante los breves instantes que le estuvo hablando Heather Badcock. ¿Está usted conforme en que fue así?

—Lo considero muy posible —asintió Jason Rudd—. Marina no es muy fuerte. Está acostumbrada a tratar con el público y cumple sus deberes sociales casi maquinalmente. Pero a veces, al fin de una larga jornada, tiende a languidecer. Es posible que fuera eso lo sucedido en la recepción. Personalmente, no observé nada parecido. Es decir, aguarde un momento, eso no es del todo exacto. Recuerdo que se mostró un poco lenta al contestar a la señora Badcock. De hecho, que le di suavemente con el codo en las costillas.

—¿Supone usted que algo distrajo su atención? —sugirió Dermot.

—Tal vez, pero a buen seguro, fue un lapso momentáneo producido por la fatiga.

Dermot Craddock guardó silencio unos instantes. Su mirada se posó en la ventana que dominaba los sombríos bosques en torno a Gossington Hall. Luego, el policía contempló los cuadros de las paredes y, finalmente, miró a Jason Rudd. El rostro de éste estaba atento, mas no pasaba de ahí. No traslucía ningún sentimiento. Craddock se dijo que el hombre aparecía cortés y perfectamente

natural, aún cuando cabía la posibilidad de que, en realidad, no estuviese a sus anchas. Era persona de elevadísima capacidad mental. Resultaba imposible sacarle nada, a menos que uno decidiera poner las cartas boca arriba. Dermot tomó una determinación. Las pondría.

—¿No se le ha ocurrido pensar, señor Rudd, que el envenenamiento de Heather Badcock, pudiera haber sido enteramente accidental? ¿Qué acaso la verdadera víctima contra quien apuntaba la acción fuese su propia esposa?

Sobrevino un silencio. El semblante de Jason Rudd permaneció impasible. Dermot aguardó. Por último, Jason Rudd lanzando un profundo suspiro, murmuró, como aquél que experimenta un gran alivio:

—Sí, tiene usted razón, inspector jefe. Casi estoy seguro de ello.

—Sin embargo, no ha dicho usted nada al efecto al inspector Cornish, ni aludió a la cuestión en la encuesta.

—No.

—¿Por qué no, señor Rudd?

—Por la sencilla razón de tratarse de una simple creencia mía carente de toda prueba material. Los hechos que me indujeron a inferirlo eran igualmente accesibles a la ley, probablemente más idónea que yo para decidir sobre el particular. No sabía nada de la señora Badcock. Era posible que ésta tuviera enemigos y que alguno de ellos hubiese decidido administrarle una dosis mortal en aquella particular ocasión, aún cuando pudiera parecer una decisión en extremo rara y descabellada. De todos modos, cabe suponer que dicha ocasión fue elegida adrede, a fin de que los hechos resultasen más confusos y el considerable número de invitados dificultase la determinación del culpable. Todo esto es verdad, pero voy a ser franco con usted, inspector jefe. Eso no fue el motivo de mi silencio. Le diré cual fue la causa de éste, en realidad. No quería que mi esposa sospechase ni por un momento que, de hecho, era ella la que había escapado por milagro de morir envenenada.

—Gracias por su franqueza —masculló Dermot—. Con todo, no acabo de comprender el motivo que le indujo a guardar silencio.

—¿No? Tal vez resulta un poco difícil de explicar. Para comprenderlo, tendría usted que conocer a Marina. Su vida ha sido

sumamente afortunada en el sentido material. Ha logrado fama artística. Por el contrario, su vida personal ha sido profundamente desdichada. Repetidas veces, Marina ha creído haber hallado la felicidad, experimentando con ello una alegría insensata y desaforada. Y otras tantas sus esperanzas se han frustrado implacablemente. Es incapaz, señor Craddock, de adoptar una visión de la vida prudente y racional. En sus anteriores matrimonios concibió la esperanza, al igual que un niño aficionado a los relatos maravillosos de los cuentos de hadas, de vivir feliz por siempre jamás.

Nuevamente, una irónica sonrisa trocó la fealdad de la cara del payaso en una extraña e inusitada dulzura.

—Pero el matrimonio no es eso, inspector jefe. No puede crear un estado de éxtasis indefinido. Podemos considerarnos afortunados si logramos gozar de una vida pródiga en afecto, serena satisfacción y sobria felicidad.

Y tras una pausa, añadió:

—¿Acaso es usted casado, inspector?

—No —repuso Dermot Craddock—. Hasta el presente no he tenido esa buena, o mala, fortuna.

—En nuestro mundo, el mundo del cine, el matrimonio es un riesgo resultante de la misma profesión. Las estrellas de cine se casan con frecuencia. Unas veces, felizmente, otras veces, desastrosamente, pero pocas permanentemente. En ese aspecto, no creo que Marina haya tenido desmedidos motivos de queja; pero, dado su temperamento, ese aspecto de la vida ha adquirido a sus ojos una enorme trascendencia. Está obsesionada con la idea de que es desgraciada y todo le sale mal. Siempre ha buscado desesperadamente los mismos motivos: amor, felicidad, afecto, seguridad. Ardía en deseos de tener hijos. Según opinión médica, la propia fuerza de esa ansiedad frustraba su deseo. Un médico muy eminente le aconsejó que adoptase a un niño, diciendo que sucede a menudo que, cuando se mitiga el deseo de maternidad mediante la adopción de un niño, nace un hijo propio. Entonces, Marina adoptó nada menos que a tres niños. Por espacio de una temporada, gozó de bastante dicha y serenidad, pero, con todo, no estaba satisfecha. Imagínese usted su alegría cuando, once años atrás, descubrió que

iba a ser madre. Imposible describir su alborozo. Gozaba de buena salud y los médicos le aseguraron que, según todos los indicios, la cosa iría bien. Como usted probablemente sabe, el resultado fue una tragedia. El niño, un muchacho, nació mentalmente deficiente, imbécil. Un verdadero desastre. Marina sufrió una gran conmoción y estuvo muchos años enferma, recluida en un sanatorio. Su restablecimiento fue lento, pero se repuso. Poco después, nos casamos y ella empezó a sentir de nuevo interés por la vida y a abrigar esperanzas de felicidad. Al principio, resultóle difícil obtener un contrato cinematográfico de categoría. Todo el mundo dudaba de que su salud soportase el esfuerzo. Tuve que pelear mucho para conseguirlo —confesó Jason Rudd apretando fuertemente los labios—. Por fin, lo logré. Ya hemos empezado a filmar la película. Entretanto, compramos esta casa y procedimos a reformarla. Apenas hace quince días, Marina me dijo que era muy feliz y presentía que, al fin, iba a emprender una vida hogareña tranquila y feliz, al margen de sus pasadas tribulaciones. Me sentí algo nervioso, porque, como de costumbre, sus esperanzas eran demasiado optimistas. Con todo, no cabía duda de que era feliz. Sus síntomas nerviosos desaparecieron, dando paso a una calma y una serenidad inusitadas en ella. Todo marchó bien hasta…

El hombre se interrumpió. Por fin, con voz súbitamente amarga, exclamó:

—¡Hasta que sucedió esa desgracia! ¡Hasta que aquella mujer le dio por morir… aquí! Eso solo bastaba para producir una conmoción. No podía arriesgarme, y estaba resuelto a no arriesgarme, a que Marina supiese que alguien había atentado contra su vida. Eso hubiera provocado una segunda postración nerviosa, acaso fatal. Era de temer que produjese otro colapso mental. ¿Comprende usted… ahora?

—Respeto su punto de vista —convino Craddock—, pero permita que le haga una pregunta: ¿no pasa usted por alto un aspecto de la cuestión? Da usted la impresión de estar convencido de que hubo una tentativa de envenenar a su esposa. ¿No subsiste ese peligro? Si un envenenador fracasa, ¿no es posible que repita su intento?

—Naturalmente, he considerado esa posibilidad —admitió Jason

Rudd—; pero confío en que, puesto que, como quien dice, estoy prevenido, puedo tomar toda clase de precauciones para proteger a mi esposa. Velaré por ella y dispondré las cosas de manera que otras personas hagan lo propio. A mi modo de ver, lo importante es que ella ignore que la amenaza un gran peligro.

—¿Y usted cree —aventuró Dermot precavidamente— que lo ignora?

—Desde luego. No tiene ni idea.

—¿Está usted seguro de ello?

—Absolutamente seguro. ¿Cómo va a ocurrírsele semejante cosa?

—Sin embargo, se le ha ocurrido a usted —observó Dermot.

—Eso es diferente —repuso Jason Rudd—. Lógicamente, era la única solución. Pero mi mujer no es lógica, y por otra parte, no podría imaginar que hubiese alguien deseoso de quitarla de en medio. Semejante posibilidad no le cabría en la cabeza.

—Es posible que esté usted en lo cierto —dijo Dermot, pausadamente—; pero esa cuestión nos enfrenta con otras varias preguntas. Una vez más permítame preguntarle sin rodeos: ¿de quién sospecha usted?

—No puedo decírselo.

—Discúlpeme, señor Rudd, ¿qué quiere usted decir con eso, que no lo sabe o que no quiere decírmelo?

—Que no lo sé —apresuróse a declarar Jason Rudd—. Me parece tan imposible como, a buen seguro, se le antojaría a ella, que exista alguien capaz de detestarla hasta ese punto. Por otra parte, dada la evidencia de los hechos, eso es exactamente lo que cabe suponer.

—¿Tiene usted inconveniente en exponerme esos hechos?

—Ninguno. Las circunstancias son clarísimas. Yo llené dos vasos de daiquiri, preparado ya en un jarro, y se los llevé a Marina y a la señora Badcock. Ignoro lo que hizo esta última. Presumo que fue a hablar con algún conocido. Mi esposa mantenía su bebida en la mano. En aquel momento llegaron el alcalde y su señora. Marina depositó el vaso aún intacto sobre una mesa y saludó a los recién llegados. Siguiéronse más saludos. Un viejo amigo a quien no habíamos visto en años, varias personas del pueblo y una o dos de los estudios. Entretanto, el vaso con el combinado permaneció sobre

la mesa situada a la sazón a nuestras espaldas, pues ambos nos habíamos adelantado un poco a lo alto de la escalera. Los fotógrafos tomaron una o dos fotografías de mi esposa hablando con el alcalde, a petición de los representantes del periódico local, lo cual constituía sin duda una satisfacción para todo el pueblo. Entonces, yo serví unos refrescos a algunos de los recién llegados. El vaso de mi esposa debió de ser envenenado en aquel intervalo. No me pregunte cómo se realizó la cosa. No debió resultar tarea fácil. Por otra parte, es curioso comprobar cuan pocas personas se percatan de lo que sucede a su alrededor cuando alguien tiene la desfachatez de hacer algo abierta y fríamente. Me pregunta usted si abrigo sospecha; todo cuanto puedo decirle es que pudieran haberlo hecho al menos veinte personas. Los invitados iban de acá para allá, formando pequeños grupos, conversando o dirigiéndose de vez en cuando a echar un vistazo a las reformas efectuadas en la casa. Había, pues, movimiento, constante movimiento. He pensado mucho, me he devanado los sesos, pero no he dado con nada, absolutamente con nada, que enderece mis sospechas hacia una persona determinada.

Jason Rudd aprovechó la pausa para lanzar un exasperado suspiro.

—Comprendo —murmuró Dermot—. Prosiga usted, por favor.

—A buen seguro, ha oído usted ya referir lo que sigue.

—Da lo mismo. Me gustaría oírlo de nuevo de sus labios.

—Bien. Retrocedí hacia el rellano de la escalera. Mi esposa había vuelto junto a la mesa, y en aquel momento procedía a tomar su vaso. La señora Badcock lanzó una pequeña exclamación. Alguien acababa de empujarla provocando la caída del vaso que sostenía en las manos, el cual fue a romperse contra el suelo. Entonces, Marina hizo lo que hubiera hecho cualquier otra anfitriona. Aun cuando las salpicaduras del líquido alcanzaron la falda de su vestido, quitó importancia al hecho, secó la falda de la señora Badcock con su propio pañuelo e insistió en ofrecerle su bebida. Si no recuerdo mal, dijo: «Ya he bebido demasiado». Tal fue el proceso del hecho. Pero puedo asegurarle lo siguiente. La dosis fatal no pudo ser introducida en el vaso después de esta escena, porque la señora Badcock empezó a beber su contenido en cuanto lo

recibió de manos de mi esposa. Como usted sabe cuatro o cinco minutos más tarde, estaba muerta. Me pregunto qué sensación debía experimentar el envenenador al percatarse de que había fracasado su plan…

—Todo esto, ¿lo pensó usted entonces?

—No, naturalmente. Como es de suponer, a la sazón, llegué a la conclusión de que aquella mujer había sufrido algún ataque. Algo de corazón, una trombosis coronaria o un colapso de cualquier especie. No se me ocurrió pensar que se trataba de un envenenamiento. ¿Lo hubiera pensado usted? ¿Lo hubiera pensado alguien?

—Probablemente, no —convino Dermot—. En fin, su versión es bastante clara y, al parecer, está usted seguro de lo que dice. Lo único que no puedo aceptar es su declaración conforme no sospecha de persona determinada.

—Le aseguro que es la pura verdad.

—Vamos a ver, enfoquémoslo desde otro ángulo. ¿Quién cree usted que pudiera querer mal a su esposa? Expuesto de esta suerte, todo cobra un tono melodramático; pero dígame, ¿qué enemigos tiene su mujer?

—¿Enemigos? —exclamó Jason Rudd, con un expresivo gesto—. ¿Enemigos? Es difícil de definir el concepto de enemigo. En el mundo en que nos desenvolvemos mi esposa y yo hay mucha envidia y rivalidad. Abundan las personas que aventuran comentarios maliciosos e inician campañas de murmuración. Naturalmente, si surge la oportunidad, esas tales no vacilan en jugar una mala pasada a la persona objeto de su envidia. Pero eso no significa que tales envidiosos sean asesinos o asesinos en potencia. ¿No opina usted lo mismo?

—Desde luego. Sin duda, se trata de algo más fuerte que simples envidias o antipatías. ¿Hay alguien que pudiera sentirse ofendido por algún antiguo agravio?

Jason Rudd no respondió en seguida a esta pregunta. En vez de ello, frunció el ceño pensativo. Por fin dijo:

—Francamente, no lo creo, Y conste que he reflexionado mucho sobre ese punto.

—¿Algo, por ejemplo, relacionado con un amorío o aventura con

algún hombre?

—No cabe duda que ha habido asuntos de esa clase. No niego que, en alguna ocasión, Marina haya tratado mal a algún hombre. Pero me consta que no ha hecho nada susceptible de provocar una malquerencia perdurable. De eso estoy seguro.

—¿Y en lo tocante a mujeres? ¿Sabe usted de alguna mujer que tenga inquina a miss Gregg?

—Bien —murmuró Jason Rudd—, en cuestión de mujeres resulta aún más difícil precisar. Lo cierto es que así, de sopetón, no se me ocurre ninguna en particular.

—Desde el punto de vista económico, ¿quién se beneficiaría con la muerte de su esposa?

—Su testamento beneficiaría a varias personas, mas no en gran proporción. Supongo que las personas que más se beneficiarían, como usted dice, económicamente, sería yo, como su marido y, desde otro ángulo, la estrella que la sustituyera en la película en rodaje. Aunque, por supuesto, cabe la posibilidad de que dicha película no se continuase. Estas cosas son muy inciertas.

—En fin, no es preciso que ahondemos más en este asunto por ahora —suspiró Dermot.

—¿Cuento con su promesa de que Marina no sabrá que se halla en posible peligro?

—¿Ve usted? —masculló Dermot—. Respecto a este punto, cabe la discusión. Quiero convencerle de que en esto se arriesga usted demasiado. Con todo, la cuestión se pospondrá unos días en atención a que su esposa está todavía en tratamiento médico. Y ahora, le agradecería que me hiciera usted un favor. Me gustaría que me facilitase una lista lo más aproximada posible de todas las personas que se hallaban en la sala de lo alto de la escalera o que vio usted subir por ésta al producirse el crimen.

—Haré lo que pueda, pero tengo mis dudas respecto al particular. Le aconsejo que consulte a mi secretaria, Ella Zielinsky. Posee una excelente memoria y tiene listas de las personas del pueblo que asistieron a la recepción. Si desea usted verla ahora…

—Me encantaría hablar con miss Ella Zielinsky —aceptó Dermot Craddock.

Capitulo XI

1

Ella Zielinsky contempló a Dermot Craddock con aire indiferente a través de sus grandes gafas de concha. Con queda presteza, sacó del interior de un cajón una hoja mecanografiada y tendiósela al policía. ¿Era posible tanta suerte?, se dijo éste.

—Puedo asegurarle que no hay ninguna omisión —declaró la secretaria—. No obstante, es posible que yo incluyera en la lista uno o dos nombres (de personas locales, naturalmente) que no estuvieran presentes en la recepción. Esto es, que se hubieran marchado ya o que, por no haber sido halladas en el jardín, no figurasen entre los invitados. De hecho, estoy segura de que la lista es correcta.

—Y muy bien hecha, por cierto —ensalzó Dermot.

—Gracias.

—Supongo, y conste que soy muy ignorante en estas cosas, que se le exige a usted mucha eficiencia en su trabajo.

—Sí, hay que hacer las cosas con mucha pulcritud.

—¿En qué consiste exactamente su trabajo? ¿Es usted una especie de enlace, por así decirlo, entre los estudios y Gossington Hall?

—No. No tengo nada que ver con los estudios, aunque naturalmente tomo recados de ellos por teléfono o los envío a mi vez. Mi tarea consiste en atender a la vida social de miss Gregg, o sea a sus compromisos públicos y privados, y en llevar, hasta cierto punto, la casa.

—¿Le gusta su trabajo?

—Está magníficamente retribuido y a mí me parece bastante interesante. Sin embargo, no contaba con lo del asesinato —agregó secamente.

—¿Se le antojó algo increíble?

—Tanto que voy a preguntarle si cree usted realmente que fue un asesinato.

—Una dosis de Bi-etil-mexina, etcétera, etcétera, seis veces superior a lo normal no invita a creer otra cosa.

—Podría haber sido un accidente.

—¿Y cómo sugiere usted que pudiera haber sucedido semejante accidente?

—Más fácilmente de lo que usted imagina, puesto que no conoce el escenario donde sucedió. Esta casa está atestada de drogas de todas clases. Conste que no me refiero a drogas en sí sino a medicamentos recetados por los médicos. Pero, según tengo entendido, la dosis letal de la mayor parte de estos productos no se diferencia mucho de la dosis terapéutica.

Dermot asintió en silencio.

—Esta gente de teatro y de cine sufren curiosísimos lapsos de inteligencia. A veces, pienso que cuanto más talento artístico tiene una persona, tanto menos sentido común posee en la vida cotidiana.

—Es muy posible.

—Con toda esa serie de frascos, comprimidos, polvos, cápsulas y cajitas que llevan consigo, y su manía de tomar a todas horas tranquilizantes, tónicos y píldoras estimulantes, ¿no cree usted en las posibilidades de una confusión?

—No acierto a imaginármela en este caso concreto.

—En cambio, yo lo considero perfectamente posible. Alguien, cualquiera de los invitados, pudiera haber necesitado un sedante, o un estimulante, y echado mano del tubo o frasquito que tales personas suelen llevar encima. Entonces, sea porque estuviese distraído conversando con alguien o porque no se acordase de la dosis por no haber tomado el medicamento en algún tiempo, cabe la posibilidad de que echara en el vaso demasiada cantidad. Luego, se distrajo y fue a charlar con alguien, y entretanto, esa señora Fulana de Tal, pensando que era su vaso, lo tomó y bebió su contenido. ¿No cree usted que eso es lo más probable y verosímil?

—Supongo que no se figura usted que hemos pasado por alto todas esas posibilidades, ¿verdad?

—No, desde luego. Pero insisto en que había una porción de gente y una porción de vasos alrededor llenos de diversas bebidas. En tales casos, sucede a menudo que alguien se equivoca y bebe el de otra persona.

—Según creo, ¿usted no cree que Heather Badcock fuese envenenada deliberadamente? ¿Se figura que bebió el vaso de otra persona?

—No se me ocurre otra cosa. En mi opinión, es lo más verosímil.

—En este caso —murmuró Dermot, recalcando las palabras—, debió ser el vaso de Marina Gregg. ¿Se da usted cuenta? Marina le ofreció el suyo.

—O el que se figuraba que era el suyo —corrigióle Ella Zielinsky —. Usted no ha hablado todavía con Marina, ¿verdad? Es extremadamente vaga y distraída, capaz de tomar cualquier vaso parecido al suyo y bebérselo como si nada. Se lo he visto hacer muchas veces.

—¿Toma «Calmo»?

—Desde luego. Todos lo tomamos.

—¿Usted también, miss Zielinsky?

—A veces siento el impulso de hacerlo —declaró Ella Zielinsky —. Estas cosas se contagian, ¿sabe usted?

—Tengo verdaderos deseos de poder hablar con miss Gregg. Al parecer, está postrada y lo estará aún muchos días.

—Todo eso son nervios —profirió Ella Zielinsky—. Suele dramatizar por cualquier cosa, tanto más si se trata de un asesinato. Es incapaz de tomárselo con calma.

—En cambio, usted parece haber logrado encajar el golpe, miss Zielinsky.

—Cuando todas las personas que nos rodean se hallan en constante estado de agitación —repuso Ella, secamente—, experimentamos el deseo de adoptar la actitud contraria.

—¿Y aprendemos a enorgullecemos de no descomponernos cuando sobreviene alguna gran tragedia inesperada?

Ella Zielinsky reflexionó unos instantes.

—En realidad, no es una actitud agradable —dijo, al fin—. Pero

opino que si no nos esforzásemos en adoptarla, probablemente acabaríamos amilanándonos.

—¿Era, mejor dicho, es miss Gregg una persona difícil para una empleada como usted?

La pregunta era de carácter algo personal, pero Dermot Craddock considerábala una especie de prueba. Si Ella Zielinsky arqueaba las cejas y preguntaba tácitamente qué tenía que ver aquello con el asesinato de la señora Badcock, veríase obligado a reconocer que, en efecto, no tenía nada que ver con él. Pero, por otra parte, decíase que, a lo mejor, Ella Zielinsky se prestaría a explicarle qué pensaba de Marina Gregg.

—Es una gran artista —declaró la secretaria—. Posee un atractivo personal que se refleja en la pantalla de un modo maravilloso. Debido a eso, uno considera un privilegio trabajar a su lado. Ahora bien, desde el punto de vista meramente personal, es insoportable.

—¿Ah, sí? —exclamó Dermot.

—Carece de toda moderación. Tan pronto está alegre como triste, es terriblemente exagerada en todo y cambia de opinión a cada paso. Además, hay que evitar a toda costa mentarle o aludir a una porción de cosas, a fin de no trastornarla.

—¿Cómo, por ejemplo?

—Pues enfermedades mentales, sanatorios o casa de salud. En cierto modo, considero natural que sea sensible a eso. Y a todo lo relacionado con los niños.

—¿Con los niños? ¿En qué sentido?

—La trastorna ver niños o saber que otras personas son felices con ellos. Si se entera de que alguien espera un bebé o acaba de dar a la luz a un hijo, inmediatamente se pone desolada. Ella nunca podría tener otro hijo, ¿sabe usted?, y el único que tuvo es anormal. ¿Lo sabía usted?

—Sí, he oído hablar de ello. Es un caso muy triste y lamentable. Pero después de tantos años, cabía esperar que lo hubiese olvidado un poco.

—Pues no lo ha olvidado. Es una obsesión. Constantemente piensa en ello.

—¿Cómo se lo toma el señor Rudd?

—El niño no era hijo suyo. Era del último marido de Marina, Isidore Wright.

—¡Ah, sí! Su último marido. ¿Dónde para éste ahora?

—Se casó otra vez y vive en Florida —apresuróse a contestar Ella Zielinsky.

—¿Cree usted que Marina Gregg se ha atraído muchos enemigos en su vida?

—Pues, no. Lo mismo que la mayoría de los artistas. Siempre surgen cuestiones sobre otros hombres o mujeres, o sobre los contratos y demás.

—Que usted sepa, ¿no temía a nadie en particular?

—¿Quién, Marina? No creo. ¿Por qué? ¿Por qué había de temer a nadie?

—Lo ignoro —masculló Dermot.

Y tomando la lista con los nombres, añadió:

—Muchísimas gracias, miss Zielinsky. Si surge alguna otra cuestión de interés, volveré a interrogarla. ¿Tiene usted inconveniente?

—Ninguno. Mi deseo, nuestro deseo, es colaborar en lo posible con ustedes.

2

—Bien, Tom, ¿tiene usted algo para mí?

El sargento Tiddler sonrió, complacido, su nombre no era Tom, sino William, pero la combinación de Tom Tiddler había atraído siempre a sus colegas.

—¿Cuánto oro y plata ha recogido usted para mí? —insistió Dermot Craddock, Ambos se hallaban en «El Verraco Azul», y Tiddler acababa de regresar de una jornada en los estudios.

—La proporción de oro es muy pequeña —repuso Tiddler—. Nada de murmuraciones, ni rumores alarmantes. Sólo una o dos sugestiones de suicidio.

—¿Por qué suicidio?

—Suponen que tal vez se peleó con su marido y quiso que éste se arrepintiera, pero que, en realidad, ella no intentara ir tan lejos.

—No creo que eso nos reporte ninguna ayuda —murmuró Dermot.

—No, desde luego. Nadie sabe nada sobre el caso. Sólo se preocupan del trabajo que tienen entre manos. Allí domina la técnica y hay un ambiente de «el espectáculo debe continuar», o mejor dicho, la película o el rodaje deben continuar. Ignoro el término adecuado para el caso. Todo cuanto les preocupa es cuándo se reintegrará Marina Gregg a los estudios. Por lo visto, no es la primera vez que echa a perder una película a causa de una depresión nerviosa.

—¿Simpatizan con ella, en conjunto?

—Aseguraría que la consideran un verdadero engorro, no obstante lo cual no pueden menos de sentirse fascinados por ella cuando está de buenas. A propósito, su marido está chiflado por ella.

—¿En qué concepto lo tienen?

—Lo consideran el mejor director o productor o lo que sea que ha existido.

—¿Ningún rumor de que ande liado con alguna otra estrella o mujer en general?

—No —replicó Tom Tiddler, algo asombrado—. Ni la menor insinuación sobre semejante cosa. ¿Por qué? ¿Cree usted en esa posibilidad?

—No sé qué pensar —suspiró Dermot—. Marina Gregg está convencida de que aquella dosis letal había sido preparada para ella.

—¿De veras? ¿Y está en lo cierto?

—Casi lo aseguraría —contestó Dermot—. Ahora bien, lo curioso es que sólo se lo ha dicho a su médico. Ni una palabra a su marido.

—¿Cree usted que se lo hubiera dicho si…?

—Sólo me pregunto —interrumpió Craddock—, si no habrá considerado la idea de que su marido sea responsable. La actitud del doctor ha sido un poco peculiar. Es posible que me lo haya imaginado, pero no lo creo.

—En los estudios no corren rumores sobre esto —declaró Tom —. De lo contrario, los hubiese oído.

—Y ella, ¿tampoco está enredada con otro hombre?

—No; al parecer, vive consagrada a Rudd.

—¿Ningún detalle interesante sobre su pasado?

—Nada comparado con lo que se puede leer en las revistas de cine cualquier día de la semana —repuso Tiddler, sonriendo.

—Creo que tendré que leer algunas para ambientarme —declaró Dermot.

—¡Hay que ver las cosas que dicen e insinúan! —exclamó Tiddler.

—Me pregunto —murmuró Dermot, pensativo— si mi amiga miss Marple lee revistas de cine.

—¿Se refiere usted a la anciana que vive en la casa junto a la iglesia?

—A la misma que viste y calza.

—Tiene fama de perspicaz —contestó Tiddler—. Dicen que no ocurre nada aquí que no llegue a oído de miss Marple. Es posible que no sepa gran cosa de esos cineastas, pero probablemente podrá darle antecedentes de los Badcock.

—No es tan fácil como antes —repuso Dermot—. En este lugar está naciendo una nueva sociedad con la moderna urbanización. Los Badcock residían en ella desde su llegada al pueblo.

—No he oído apenas nada relativo a la gente del pueblo —masculló Tiddler—. Me he concentrado en la vida amorosa de las estrellas de cine y en varias cosas por el estilo.

—Conste que ha traído usted muy poca información —gruñó Dermot—. Y sobre el pasado de Marina Gregg. ¿Ha averiguado algo?

—En sus buenos tiempos, se casó varias veces, como la mayoría de las artistas. Dicen que a su primer marido no le gustó ser rechazado, pero lo cierto es que era un individuo muy vulgar. Se dedicaba a corredor de fincas o algo parecido.

—¿Qué más?

—El hombre en cuestión no brillaba por lo atractivo, de modo que ella se libró de él y contrajo nuevo matrimonio con un conde o príncipe extranjero. La cosa se deshizo pronto, pero, por lo visto, no llegó la sangre al río. Ella se limitó a desecharlo y a casarse con el número tres, un astro de cine llamado Robert Truscott. Esta boda fue calificada de apasionada y romántica. La esposa de él se resistía a soltarle, pero al fin no tuvo más remedio que resignarse. Al parecer, su ex marido tuvo que pasarle una cuantiosa asignación. Según mis informes, todos los divorciados están a la cuarta pregunta a consecuencia de tener que pagar tanto dinero a sus ex esposas.

—¿Pero la cosa fue mal?

—Sí. Colijo que la desengañada fue ella. No obstante, uno o dos años después, surgió un nuevo romance, esta vez con un tal Isidore no sé cuántos, un dramaturgo.

—Una vida muy exótica —comentó Dermot—. En fin, ésta ha sido nuestra jornada. Mañana tendremos que forzar la marcha.

—¿Qué hay que hacer?

—Comprobar una lista que tengo aquí. De los veinte nombres raros que figuran en ella deberemos eliminar unos cuantos y, de los que queden, buscar a X.

—¿Tiene usted idea de quién pueda ser ese X?

—Ni por asomo; es decir, cómo no sea Jason Rudd.

Y esbozando una aviesa e irónica sonrisa, añadió:

—Tendré que ir a ver a miss Marple para que me informe sobre los asuntos locales.

Capitulo XII

Miss Marple procedía a poner en práctica sus propios métodos de investigación.

—Es usted muy amable, señora Jameson, muy amable. No sabe cuánto se lo agradezco.

—¡Bah! No tiene importancia, miss Marple. Me encanta hacerle este favor. Me figuro que le interesan a usted las últimas.

—No especialmente —repuso miss Marple—. De hecho, creo que preferiría ojear algunos números atrasados.

—Bien, aquí los tiene —ofreció la señora Jameson—. Hay un buen montón y le aseguro que no las echaremos de menos. Puede tenerlas el tiempo que quiera. Lo malo es que pesan demasiado y no podrá usted llevarlas. Oye, Jenny, ¿cómo va esa permanente?

—Perfectamente, señora Jameson. La señora ya tiene el pelo aclarado y ahora está en el secador.

—En este caso, querida, deberías acompañar a miss Marple y llevarle estas revistas. No se preocupe, miss Marple, no es ninguna molestia. Siempre constituye una satisfacción para nosotras prestarle algún favor.

Miss Marple se dijo que la gente era, en verdad, muy amable, particularmente cuando conocía a una persona de toda la vida. Tras muchos años de regentar una peluquería, la señora Jameson había tomado la resolución de secundar la causa del progreso repintando la muestra de su tienda y adoptando el pomposo nombre de «Diana, Peluquera». Por lo demás, el establecimiento siguió como siempre, cubriendo con idéntica rutina las necesidades y acometía la tarea de cortar y modelar el pelo a la joven generación, que aceptaba sin grandes reconvenciones la medianía resultante. Pero el grueso de la clientela de la señora Jameson lo constituía un puñado de anticuadas damas maduras que sólo salían satisfechas de aquella

peluquería.

—¡Caramba! —exclamó Cherry a la mañana siguiente, mientras se disponía a pasar un ruidoso aspirador por la salita, como seguía llamándola mentalmente—. ¿Qué es todo esto?

—Estoy tratando de instruirme un poco sobre el mundo cinematográfico —declaró miss Marple, dejando a un lado Novedades de la pantalla y tomando un Entre las estrellas—. Es interesantísimo. ¡Me recuerda tantas cosas!

—¡Qué vidas más fantásticas llevan esos artistas! —exclamó Cherry.

—Vidas muy peculiares —comentó miss Marple—. Peculiarísimas. Todo esto me recuerda muchísimo las cosas que solía contarme una amiga mía. Era enfermera de un hospital. Idéntica simplicidad de perspectiva, e infinidad de chismes y rumores. Y apuestos doctores produciendo estragos al por mayor.

—Parece que le ha entrado a usted muy de repente ese interés —observó Cherry.

—Hoy me resulta difícil hacer media —murmuró miss Marple—. Tengo la vista muy cansada. Claro está que la letra de estas revistas es pequeñísima, pero siempre me cabe el recurso de echar mano de una lupa.

Cherry la miró curiosamente.

—Es usted una persona sorprendente —dijo, al fin, la muchacha —. ¡Cuántas cosas le interesan!

—A mí me interesa todo —afirmó miss Marple.

—¿Es posible que emprenda usted el estudio de temas nuevos a su edad?

—En realidad, no son temas nuevos —repuso miss Marple, meneando la cabeza—. Lo que me interesa es la naturaleza humana, ¿sabe usted?, y la naturaleza humana abarca por igual a las estrellas de cine, a las enfermeras de hospital, a los vecinos de Saint Mary Mead y a los habitantes del Ensanche —añadió, pensativa.

—No acierto a ver la semejanza existente entre una estrella de cine y yo —replicó Cherry, riendo—. ¡Por desgracia! Me figuro que lo que la ha inducido a usted a emprender ese estudio es la presencia de Marina Gregg y su marido en Gossington Hall.

—Eso y el triste acontecimiento ocurrido allí —masculló miss

Marple.

—¿Se refiere usted a lo de la señora Badcock? Fue una desgracia muy grande.

—¿Qué opinan de ello en el…?

Miss Marple se interrumpió con la «E» de Ensanche a flor de labios, Por último, rectificando la pregunta, inquirió:

—¿Qué opinan de ello usted y sus amigos?

—Es difícil precisarlo —contestó Cherry—. Parece un crimen, ¿no cree usted?, aunque la policía, con su habitual astucia, no lo diga abiertamente. Con todo, tiene todo el aire de un asesinato.

—Yo tampoco acierto a clasificarlo de otro modo —convino miss Marple.

—Tratándose de Heather Badcock no puede ser suicidio —declaró Cherry.

—¿La conocía a fondo?

—No, nada de eso. Muy superficialmente. Era bastante entrometida, siempre en plan de obligarla a una a asociarse a esto o a lo otro, a asistir a reuniones, etcétera, etcétera. Demasiada energía. Creo que a veces, su marido estaba un poco harto de su carácter.

—Al parecer, la señora Badcock no tenía verdaderos enemigos.

—La gente solía cansarse un poco de ella en ocasiones. Pero el caso es que no tengo idea de quién pueda haberla asesinado, excepto el marido. Y éste es un individuo muy pacífico. Claro está que las apariencias engañan, como dice el refrán. He oído decir que Crippen era un hombre muy simpático y que Haigh, aquel que conservaba a sus víctimas en ácido, era encantador. De modo que cualquiera sabe lo que hay detrás de las personas, ¿no le parece?

—¡Pobre señor Badcock! —murmuró miss Marple.

—La gente dice que estaba muy nervioso y trastornado en la fiesta aquel día antes de sobrevenir la desgracia, pero la gente siempre habla por hablar en estos casos. A mi modo de ver, ahora tiene mucho mejor aspecto que en el curso de los últimos años. Parece más activo y animado.

—¿De veras? —interrogó miss Marple.

—En realidad, nadie lo considera culpable —aseguró Cherry—. Ahora bien, si no fue él el autor del hecho, ¿a quién cabe

imputárselo? A veces, no puedo menos de pensar que acaso fue un accidente. Ocurren muchos accidentes. Hay quien se figura una autoridad en setas, sale a coger algunas, las mezcla con un hongo venenoso y se pone a morir apenas lo come. ¡Y menos mal si el médico llega a tiempo!

—Los combinados y las copas de jerez no se prestan tanto a causar accidentes —repuso miss Marple.

—No sé qué decirle —insistió Cherry—. Es posible que alguien tomase una botella por otra y echase su contenido en la coctelera. Una vez, unos conocidos míos tomaron una dosis de D. D. T. concentrado. Estuvieron a las puertas de la muerte.

—¿Accidente? —repitió miss Marple, pensativa—. Sí, no cabe duda que parece la mejor solución. Confieso que, en el caso de Heather Badcock, no puedo creer que se tratase de un crimen premeditado. No digo que sea imposible. No hay nada imposible. Pero no lo parece. No, opino que la verdad se halla oculta aquí —concluyó, manipulando las revistas y tomando otra de ellas.

—¿Insinúa usted que está buscando una anécdota curiosa sobre alguien?

—No —replicó miss Marple—. Me limito a buscar alusiones a personas o a su manera de vivir, en una palabra: algún detalle revelador.

Y enfrascóse de nuevo en la lectura de las revistas, en tanto Cherry se llevaba el aspirador al piso. Miss Marple leía con semblante atento y arrebolado, mas, a causa de su ligera sordera, no oyó los pasos que hollaban el sendero del jardín en dirección a la ventana del salón. De hecho, no levantó la vista hasta que se cernió una leve sombra sobre la página que estaba leyendo. Dermot Craddock la miraba, sonriente, desde el exterior.

—Entregada a sus quehaceres domésticos, ¿eh? —bromeó el policía.

—¡Cuánto me alegra verle, inspector Craddock! Es usted muy amable en dedicar parte de su precioso tiempo a venir a visitarme. ¿Le apetece una taza de café, o prefiere una copa de jerez?

—Lo de la copa de jerez me parece de perlas —decidió Dermot —. No se mueva. La pediré al entrar.

Y dirigiéndose a la puerta lateral, no tardó en reunirse con mis

Marple.

—Dígame —murmuró—. ¿Le sugiere alguna idea todo ese material?

—Demasiadas —respondió miss Marple—. No suelo sorprenderme a menudo, pero esto me sorprende un poco.

—¿A qué se refiere usted? ¿A la vida privada de las estrellas?

—¡Oh, no! —repuso miss Marple—. ¡De ningún modo! Todo eso se me antoja muy natural, dadas las circunstancias, el dinero y las oportunidades brindadas por la promiscuidad. No, eso es, en cierto modo, natural. Me refiero a la forma en que se divulgan esas vidas. Yo soy algo chapada a la antigua, ¿sabe usted?, y, francamente, creo que eso no debiera permitirse.

—Son noticias —dijo Dermot Craddock—, y, por tanto, muchas obscenidades pueden presentarse so capa de simples comentarios.

—Ya sé —refunfuñó miss Marple—. Y a veces eso me saca de mis casillas. Supongo que me considera usted una estúpida por leer todas estas revistas. Pero hay que ambientarse, y naturalmente, aquí encerrada en casa, no puedo enterarme de todo cuanto quisiera.

—Eso es precisamente lo que he pensado —sonrió Dermot Craddock—. Por eso he venido a informarla.

—¡Pero, muchacho! ¡Disculpe usted lo que voy a decirle! ¿Cree usted que sus superiores aprobarían su proceder?

—¿Y por qué no? —profirió Dermot—. Aquí tengo una lista. La lista de las personas que estaban en el rellano durante el corto intervalo transcurrido entre la llegada de Heather Badcock y su fallecimiento. Hemos eliminado a algunas de ellas, acaso precipitadamente, aunque no lo creo. Entre los eliminados figura el alcalde y señora, el regidor no sé cuántos y señora, y otros muchos habitantes de la localidad. Con todo, hemos retenido al marido. Me parece recordar que siempre ha sospechado usted de los maridos.

—Con frecuencia, son manifiestamente sospechosos —corroboró miss Marple, con aire de disculpa—, y lo manifiesto suele ser cierto.

—Estoy completamente de acuerdo con usted —convino Craddock.

—¿Pero a qué marido se refiere, querido muchacho?

—¿A cuál se figura usted? —inquirió Dermot, observándola atentamente.

Miss Marple lo miró, a su vez.

—¿A Jason Rudd? —aventuró la anciana.

—¡Ajajá! —afirmó Craddock—. Advierto que nuestras mentes trabajan al unísono. No creo que fuese Arthur Badcock, porque no creo que Heather Badcock fuese la presunta víctima. Opino que ésta era Marina Gregg.

—Es muy posible —asintió miss Marple.

—Por consiguiente —prosiguió Craddock—, como ambos estamos de acuerdo sobre este punto, resulta que el campo de la investigación se expande considerablemente. Decirle a usted quiénes estaban allí aquel día, lo que vieron, o dicen haber visto, y dónde se hallaban, o dicen haberse hallado, es algo que podría haber observado usted personalmente si hubiese asistido a la recepción. En consecuencia, mis superiores, como usted los llama, no podrían oponerse a que discutiera este asunto con usted. ¿Está usted de acuerdo?

—Se expresa usted admirablemente, querido muchacho —encomió miss Marple.

—Voy a darle un pequeño resumen de lo que han dicho, y, luego, examinaremos la lista.

En efecto, tras hacer un pequeño sumario de sus informaciones, sacó la lista en cuestión y dijo a su interlocutora:

—Debe de ser uno de éstos. Mi padrino, sir Henry Clitering, me contó que antaño tenía usted un club aquí, llamado el Club del Martes por la Noche. Cenaban ustedes juntos y luego alguien explicaba una historia sobre algún suceso real de índole misteriosa. El misterio sólo lo conocía el narrador del relato, e, indefectiblemente, a decir de mi abuelo, usted lo adivinaba. Ello me ha inducido a venir a verla esta mañana, con la esperanza de que adivine usted algo por mí.

—Estimo que es una manera muy frívola de expresarlo —reprobó miss Marple—. Pero, ante todo, quisiera formularle una pregunta.

—Adelante.

—¿Qué sabe usted de los niños?

—¿Niños? Sólo hay uno. Un niño anormal internado en un sanatorio de América. ¿Se refiere usted a él?

—No —replicó miss Marple—. No me refiero a él. Desde luego, es un caso muy triste, una de esas tragedias de quien nadie es responsable. No, me refiero a los niños que menciona uno de estos artículos —añadió, dando unas palmaditas a las revistas esparcidas ante ella—. A los chiquillos que adoptó Marina Gregg, dos niños y una niña, según tengo entendido. En uno de los casos, una madre con muchos hijos y poco dinero para mantenerlos, residente en nuestro país, la escribió preguntando si podía hacerse cargo de uno de ellos. El hecho originó una oleada de falso sentimentalismo y abundaron los comentarios sobre la abnegación de la madre y el maravilloso hogar, educación y porvenir que iba a tener el niño. En cuanto a los otros dos, apenas he averiguado nada. Creo que uno de ellos era un refugiado extranjero y el otro niño, un niño americano. Marina Gregg los adoptó en diferentes épocas. Me gustaría saber qué ha sido de ellos.

—Es raro que haya pensado usted en eso —comentó Dermot Craddock mirándola curiosamente—. Yo también me he preguntado por ellos. ¿Pero cómo los relaciona…?

—Bien, según mis informes, ya no viven con ella ahora, ¿verdad?

—Me figuro que quedaron debidamente atendidos —murmuró Craddock—. De hecho, creo que las leyes de adopción exigen ese requisito. Probablemente, tenían asignada alguna dote, como garantía.

—De modo que cuando Marina se… cansó de ellos —musitó miss Marple, marcando una pequeña pausa antes de la palabra «cansó»—, los despachó. Y ellos tuvieron que marcharse después de haber sido educados en un ambiente lujoso con todas las comodidades, ¿no es eso?

—Probablemente —asintió Craddock—. No lo sé con exactitud —agregó, sin cesar de mirarla con curiosidad.

—Los niños sienten profundamente, ¿sabe usted? —prosiguió miss Marple—. Mucho más profundamente de lo que se imagina la gente que los rodea. La sensación de ser herido, rechazado, es algo que no se supera por el mero hecho de gozar de unas ventajas. La educación, una vida confortable, una asignación segura o una iniciación en alguna profesión no compensan esa falta. Tales casos

pueden engendrar un resentimiento.

—Sí, pero, a pesar de todo, ¿no le parece un poco descabellado pensar…? Bien, ¿qué cree usted exactamente?

—No he ido tan lejos como se figura —aseguró miss Marple—. Sólo me pregunto dónde estarán ahora y qué edad tendrán. A juzgar por lo que he leído, ya deben ser mayores.

—Yo puedo averiguarlo —dijo Dermot Craddock, pausadamente.

—¡Oh! No quisiera molestarle en ningún sentido. Tampoco sugiero que mi pequeña idea sea digna de ser tenida en cuenta.

—No cuesta nada comprobar ese punto —insistió Dermot Craddock, tomando su agenda—. Y ahora, ¿desea usted consultar mi pequeña lista?

—En realidad no creo que eso me proporcione ninguna pista. No conozco a toda esa gente.

—Pero puedo darle algún detalle sobre ella —objetó Craddock —. Veamos. En primer lugar, Jason Rudd, el marido. (Los maridos son siempre sumamente sospechosos). Todo el mundo dice que Jason Rudd adora a su mujer. Esto, en sí, resulta sospechoso, ¿no cree usted?

—No veo por qué —repuso miss Marple con dignidad.

—Ha procurado por todos los medios ocultar el hecho de que su mujer fuera objeto de un ataque. No hizo la menor alusión de esta sospecha a la policía. No comprendo por qué nos tiene por tan lerdos. Hemos considerado esa posibilidad desde el principio. De todos modos, ha dado la excusa de que la cosa podía llegar a oídos de su mujer y sobrecogerla de terror.

—¿Es Marina capaz de sentir pánico?

—Sí, está neurasténica, tiene lunas y estados de ánimo muy dispares y sufre depresiones nerviosas.

—Eso significa falta de valor —objetó miss Marple.

—Por otra parte —prosiguió Craddock—. Si sabe que fue objeto de un ataque, también es posible que sepa quién fue el autor del mismo.

—¿Insinúa usted que sabe quién lo hizo, pero no quiere revelar lo sucedido?

—Me limito a insinuar la posibilidad. Ahora bien; si así es, ¿a qué viene su silencio? Da la sensación de que no quiere que el

motivo, la raíz de todo esto, llegue a oídos de su marido.

—No cabe duda que su razonamiento es muy interesante —comentó miss Marple.

—Aquí hay otros pocos nombres. Entre ellos, el de Ella Zielinsky, una joven extremadamente lista y competente.

—¿Enamorada del marido? —inquirió miss Marple.

—Casi lo aseguraría —respondió Craddock—. Pero ¿qué la induce a pensar en eso?

—Nada. Es lo corriente. Según esto, me figuro que esa señorita no siente mucha simpatía por la pobre Marina Gregg.

—De lo que se infiere un posible móvil de asesinato —coligió Craddock.

—La mayoría de las secretarias y empleadas están enamoradas del marido de su patrona —declaró miss Marple—; pero pocas, muy pocas, intentan envenenarla.

—Con todo, debemos tener en cuenta las excepciones —insistió Craddock—. Había también dos fotógrafos locales y uno de Londres, amén de dos representantes de la prensa. Ninguno de ellos parece culpable, pero, con todo, nos cercioramos. Estaba asimismo presente la ex esposa del segundo o tercer marido de Marina Gregg. Según referencias, no le gustó que Marina le quitase el marido. No obstante, de eso hace ya once años, y por tanto, es improbable que la mujer hiciese una visita a este lugar en aquella coyuntura con el propósito de envenenar a Marina. Figura también en la lista un hombre llamado Ardwyck Fenn, en otro tiempo íntimo amigo de Marina. Llevaba años sin verla. Nadie sabía que se hallase en Inglaterra y su aparición en la fiesta constituyó una gran sorpresa.

—A buen seguro, Marina tuvo un sobresalto al verlo.

—Es posible…

—Un sobresalto… y acaso un susto.

—«La condenación ha caído sobre mí» —reiteró Craddock—. Ésa es la idea. Había también el joven Hailey Preston, yendo de acá para allá para atender a los invitados. Habla por los codos, pero en resumidas cuentas, resulta que no vio ni oyó nada, ni tampoco sabe nada. Y así lo ha declarado, acaso con excesiva ansiedad. En fin, ¿le sugiere algo la lista?

—Pues, no —repuso miss Marple—. Aunque lo cierto es que

aporta una serie de interesantes posibilidades. De todos modos, sigo interesada en saber algo más acerca de los niños.

De nuevo el policía la miró curiosamente.

—Parece que no ceja usted en su empeño, ¿eh? —bromeó—. De acuerdo, lo averiguaré.

Capitulo XIII

1

—Supongo que no cabe la posibilidad de que fuera el alcalde, ¿verdad? —preguntó el inspector Cornish, ávidamente, golpeando ligeramente la lista con el lápiz.

—Le gustaría, ¿eh? —exclamó Dermot Craddock, sonriendo.

—Confieso que sí —suspiró Cornish—. Es un viejo hipócrita y presumido. Tiene embaucado a todo el mundo. Va por ahí dándoselas de santo y lleva años entregado al robo y al soborno.

—¿Y no ha podido usted desenmascararle?

—No —replicó Cornish—. Es demasiado hábil para dejarse atrapar. Está siempre del lado derecho de la ley.

—Convengo en que la idea es muy tentadora —sonrió Dermot—; pero temo que tendrá usted que apartar esa agradable perspectiva de su pensamiento, Frank.

—Ya sé, ya sé —gruñó Cornish—. Es un posible sospechoso, pero con muy pocas probabilidades de ser el verdadero culpable. ¿Qué otros sospechosos hay?

Ambos hombres examinaron la lista una vez más. Figuraban en ella otros ocho nombres.

—¿Estamos completamente de acuerdo en que no falta nadie aquí? —interrogó Craddock, en tono inquisitivo.

—Creo que puede usted estar seguro de que no se ha omitido a nadie —contestó Cornish—. Después de la señora Bantry, llegó el vicario, seguido de los Badcock. A la sazón, había ocho personas en la escalera. El alcalde y su mujer, Joshua Grice y señora, procedentes de Lower Farm, Donald McNeil, del Herald & Argus, de

Much Benham, Ardwyck Fenn, de los Estados Unidos, miss Lola Brewster, estrella cinematográfica de idéntica procedencia. Además, había una fotógrafo de Londres con la cámara dispuesta en un ángulo de la escalera. Si, como usted sugiere, esa «mirada petrificada» fue motivada por alguien que subía la escalera, debe usted limitarse a escoger entre ese grupo. El alcalde queda descartado, por desgracia. Lo mismo digo de los Grice; creo que nunca se han ausentado de Saint Mary Mead. Eso reduce el número a cuatro. El periodista local, nada. La fotógrafo de Londres llevaba ya media hora allí. No se comprende, pues, que Marina reaccionase tan tarde al verla. Tras esa eliminación, ¿quién queda en la lista?

—Los siniestros forasteros de América —dijo Craddock, esbozando una sonrisa.

—Usted lo ha dicho.

—Convengo en que son, con mucho, nuestros mejores sospechosos —murmuró Craddock—. Se presentaron inesperadamente. Ardwyck Fenn era un antiguo amor de Marina Gregg, el cual a la sazón, venía acompañado de Lola Brewster, que había estado casada con el tercer marido de Marina Gregg, el cual se divorció de ella para casarse con la estrella. Sin embargo, colijo que no fue un divorcio en extremo amistoso.

—Me inclino a considerarla la sospechosa número uno —dijo Cornish.

—¿De veras, Frank? ¿Después de un lapso de quince años y de haberse vuelto a casar dos veces desde entonces?

Cornish replicó que nunca sabe uno a qué atenerse con las mujeres. Dermot aceptó la observación como frase proverbial, pero declaró que no la consideraba ni mucho menos infalible.

—No obstante, ¿conviene usted en que el culpable pudiera ser uno de los dos?

—Es posible. Con todo, no estoy del todo convencido. ¿Qué me dice usted del personal contratado para servir las bebidas?

—Según esto, ¿desearía usted la famosa «mirada petrificada»? Bien, hemos comprobado por encima esa cuestión. Una firma abastecedora de la Ronda del Mercado tuvo a su cargo el refrigerio servido en el jardín. Por lo que respecta a la recepción ofrecida en la casa, el encargado del servicio era Giuseppe, el mayordomo,

juntamente con dos muchachas del pueblo empleadas en la cantina de los estudios. Las conozco a ambas. No brillan por su inteligencia, pero son inofensivas.

—Total que rebate usted mi hipótesis, ¿no es eso? En fin, iré a interpelar al periodista. Es posible que él viera algo revelador. Luego, en Londres, a ver a Ardwyck Fenn, Lola Brewster y la fotógrafo…, ¿cómo se llamaba? ¡Ah, sí! Margot Bence. También cabe la posibilidad de que ella reparase en algo.

Cornish asintió en silencio. Luego, mirando a Craddock con curiosidad, masculló:

—Lola Brewster es mi sospechosa preferida. Sin embargo, usted no parece tan convencido como yo de su presunta culpabilidad.

—Considero las dificultades —repuso Dermot, pausadamente.

—¿Qué dificultades?

—Las que supone echar veneno en el vaso de Marina sin que nadie la viese.

—Eso vale para todos los presentes, ¿no cree? Era una temeridad.

—Convengo en que era una locura, pero lo habría sido más por parte de Lola que por parte de los demás.

—¿Por qué? —inquirió Cornish.

—Porque era una invitada importante. Lola es una figura muy conocida. Sin duda, todo el mundo estaba pendiente de ella.

—Tiene usted razón —admitió Cornish.

—A buen seguro, los del pueblo se tocaron con el codo al verla, y cabe suponer que, tras saludar a Marina Gregg y a Jason Rudd, Lola Brewster pasó al cuidado de los secretarios. No, Frank, no hubiera sido fácil. Por hábil que hubiera sido, alguien la habría visto. Ése es el escollo, el gran escollo.

—No obstante, permítame insistir. ¿No existía ese escollo por igual para todo el mundo?

—No —replicó Craddock—. De ningún modo. Tomemos, por ejemplo, a Giuseppe, el mayordomo, ocupado en servir las bebidas y ofrecerlas a los invitados. Hubiera podido echar un pellizco o una o dos tabletas de «Calmo» en el vaso con suma facilidad.

—¿Giuseppe? —reflexionó Frank Cornish—. ¿Usted cree que lo hizo?

—No tengo motivos para creerlo —dijo Craddock—; pero quizá podríamos hallar un móvil, una razón sólida que le hubiese impedido hacerlo. Sí, podría ser el culpable. Lo mismo digo de cualquiera de los miembros del servicio. Desgraciadamente, no se hallaban en el lugar, aunque cabe la posibilidad de que alguien se hubiese incorporado deliberadamente a la firma abastecedora para llevar a cabo ese designio.

—¿Cree usted que fue un hecho tan premeditado como eso?

—Todavía no sabemos nada concreto —masculló Craddock, contrariado—. Ignoramos por completo el punto de partida, y seguiremos ignorándolo hasta que sonsaquemos a Marina Gregg o a su marido. Sin duda, ellos saben o sospechan, pero no quieren decirlo. Tenemos mucho camino por recorrer.

Y tras una pausa, Dermot Craddock prosiguió:

—Prescindiendo de la «mirada petrificada», que podría haber sido pura coincidencia, hay otras personas que pudieran haberlo hecho fácilmente. Por ejemplo, Ella Zielinsky, la secretaria, ocupada, asimismo, en llenar vasos y en servírselos a los invitados. A buen seguro, nadie la miraba con particular interés. Lo mismo cabe decir de aquel joven larguirucho llamado… ¡caramba! ¡Ahora resulta que no recuerdo su nombre! Vamos a ver, ¿Hailey… Hailey Preston? Sí, eso es. La recepción pudiera haber representado una magnífica oportunidad para ambos. De hecho, si uno de los dos hubiese querido eliminar a Marina Gregg, habría podido hacerlo con mucha más impunidad en el curso de una recepción pública.

—¿Alguna otra persona?

—Bien, siempre queda el recurso del marido —contestó Craddock.

—Otra vez los maridos —murmuró Cornish con una leve sonrisa —. Al principio, antes de percatarnos de que Marina era la presunta víctima, pensamos que el culpable era ese pobre diablo de Badcock. Ahora hemos transferido nuestras sospechas a Jason Rudd. Sin embargo, hay que reconocer que parece un marido bastante adicto.

—Tiene fama de serlo —convino Craddock—; pero vaya usted a saber.

—Si deseaba librarse de ella, ¿no hubiera sido mucho más fácil solicitar el divorcio?

—Cuando menos, más normal —convino Dermot—; pero es posible que este asunto tenga algún intríngulis ignorado.

Sonó el teléfono. Cornish tomó el receptor.

—¿Cómo? Sí, póngame. Sí, aquí está.

El policía escuchó unos instantes. Luego, protegiendo con la mano el receptor, dijo a Dermot:

—Miss Marina Gregg se encuentra mucho mejor y está dispuesta a ser interrogada.

—Salgo para allá inmediatamente —masculló Dermot Craddock —. No sea que cambie de parecer.

2

En Gossington Hall, Dermot Craddock fue recibido por Ella Zielinsky. Como de costumbre, ésta mostróse activa y eficiente.

—Miss Gregg le está esperando, señor Craddock —le dijo.

Dermot la observaba con interés. Desde el principio considerábala dotada de una intrigante personalidad. Habíase dicho para sus adentros: «Jamás he visto un rostro tan impasible». La joven había contestado a sus preguntas con suma prontitud, sin dar muestras de silenciar nada. Pero el policía aún no tenía idea de lo que en realidad pensaba, sentía o sabía del asunto aquella mujer. Su coraza de brillante competencia parecía exenta del menor resquicio. Cabían dos posibilidades: que no supiera más que lo que decía o que supiera mucho más de lo que pretendía. De lo único que estaba seguro el inspector, pese a reconocer que no tenía pruebas para aducir respecto a la seguridad, era que la joven estaba enamorada de Jason Rudd. A su modo de ver, ésa era una enfermedad propia de las secretarias, resultante de la misma profesión. Probablemente, la cosa no pasaba de aquí, Pero, cuando menos, el hecho sugería un móvil, aparte de que Dermot tenía la absoluta certeza de que la muchacha ocultaba algo, ya fuese amor, odio o simplemente culpabilidad. Pudiera haber aprovechado la ocasión aquella tarde, o bien planeado deliberadamente lo que pensaba hacer. Dermot se la imaginaba fácilmente en aquel cometido, yendo de acá para allá, con sus rápidos y, al propio tiempo, reposados movimientos, atendiendo a los invitados, sirviéndoles bebidas, retirando vasos, atenta al lugar donde Marina había depositado el suyo sobre la mesa. Y luego, acaso en el momento en que Marina saludaba a los recién llegados de los Estados Unidos, con exclamaciones de alegría y de sorpresa, y las miradas de todos los presentes se volvían hacia ellos, Ella Zielinsky hubiera podido echar la dosis fatal en el vaso, discretamente. La tarea requería audacia, aplomo, celeridad. Y ella estaba en posesión de aquellas tres cualidades. Aunque lo hubiese hecho, no habría aparecido culpable en el momento de efectuarlo. Su crimen prometía ser sencillo, brillante, con pocas probabilidades

de fracasar. Pero el azar había dispuesto las cosas de otra suerte. En la atestada sala alguien había empujado el brazo de Heather Badcock y derramado su bebida, motivando con ello que Marina, con su impulsiva gracia natural, se hubiese apresurado a ofrecer a su invitada su propio vaso, lo cual ocasionó la muerte de otra persona en su lugar.

No obstante, todo aquello eran simples teorías, probablemente disparatadas. Ésa fue la conclusión a que llegó Dermot Craddock mientras hacía corteses observaciones a Ella Zielinsky.

—¿Me permite una pregunta, miss Zielinsky? ¿El refrigerio corrió a cargo de una firma abastecedora de la Ronda de Mercado?

—Sí.

—¿Por qué fue elegida esa firma particular?

—En realidad, no puedo decírselo —repuso Ella—. Eso no entra en mis obligaciones. Creo que el señor Rudd juzgó más oportuno contratar a una casa local que a una de Londres. De hecho, desde nuestro punto de vista, la fiesta no revestía ninguna envergadura.

—Entendido —masculló Dermot, observándola.

La joven permanecía con la mirada baja y la expresión algo ceñuda. Tenía la frente armoniosa, el mentón enérgico, la boca dura y dominante, y una figura susceptible de aparecer voluptuosa en determinadas circunstancias. ¿Los ojos? Dermot los miró con cierta sorpresa. Los párpados estaban enrojecidos. ¿Habría estado llorando? Al menos, eso parecía. Con todo, Dermot habría jurado que Ella Zielinsky no era una mujer capaz de llorar. Entonces, la joven lo miró, a su vez, y como si adivinase sus pensamientos, sacó un pañuelo y sonóse con fuerza.

—Parece usted resfriada —comentó Dermot.

—No es un resfriado. Es un romadizo. En realidad, una especie de alergia. Siempre me da en esta época del año.

Percibióse un quedo zumbido. En la estancia había dos teléfonos, uno en la mesa y otro en una rinconera. El zumbido procedía de este último. Ella Zielinsky acudió a descolgar el receptor.

—Sí —dijo—, ya está aquí. Ahora mismo lo acompañaré arriba.

Y colgando el receptor, declaró:

—Marina está a su disposición.

3

Marina Gregg recibió a Craddock en una habitación del piso que, según todos los indicios, era una salita particular contigua al dormitorio. Tras los relatos de su postración y su estado nervioso. Dermot Craddock esperaba encontrar a una agitada inválida. Pero aunque Marina hallábase recostada en un sofá, tenía la voz recia y los ojos brillantes. Llevaba muy poco maquillaje, pero, pese a ello, Marina no aparentaba la edad que tenía, y Dermot sintióse vivamente impresionado por el suave resplandor de su belleza. Era el exquisito contorno de las mejillas y las mandíbulas, la forma en que el cabello caía libre y naturalmente sobre sus hombros, prestando un bello marco a su rostro, los almendrados ojos verdemar, las perfiladas cejas, cuyo trazo debía algo al arte, pero infinitamente más a la Naturaleza, la dulzura y calidez de su sonrisa. Todo emanaba una magia sutil.

—¿Es usted el inspector jefe Craddock? —preguntó Marina—. Me he portado muy mal. Le pido disculpas. Me dejé abatir miserablemente después del horrible suceso. Podría haber hecho un esfuerzo para sobreponerme, pero no lo hice. Estoy avergonzada de mí misma.

Las comisuras de sus labios esbozaron una triste y dulce sonrisa.

—Es muy natural que sufriera usted ese trastorno —comentó Dermot, tomando la mano que ella le tendía.

—En realidad, todo el mundo se afectó. No tenía motivos para tomarlo peor que los demás.

—¿De veras?

Marina le miró unos instantes. Por fin dijo con un ademán de asentimiento:

—Sí, los tenía. Es usted muy perspicaz.

Dicho esto, bajó los ojos y con su largo índice acarició suavemente el brazo del sofá. Dermot había sorprendido aquel ademán en una de sus películas. Era un gesto sin importancia y, no obstante, parecía pletórico de significación. Denotaba una especie de reflexiva suavidad.

—Soy una cobarde —murmuró Marina, sin levantar la vista—. Alguien quiso matarme y yo no quise morir.

—¿Por qué cree usted que alguien abrigaba esa intención?

—Porque el veneno fue introducido precisamente en mi vaso, en mi bebida… Y aquella estúpida la tomó por equivocación, sin sospechar lo que hacía. Por eso se me antoja todo tan horrible y tan trágico. Además…

—Prosiga usted, miss Gregg.

Ella parecía titubear, como si se resistiera a decir nada más.

—¿Tenía usted otras razones para creer que era la presunta víctima?

La estrella asintió en silencio.

—¿Qué razones, miss Gregg?

Tras una nueva pausa, Marina musitó:

—Jason dice que debo contárselo a usted todo.

—Así, pues, ¿se lo ha confiado usted a su marido?

—Sí…, al principio no quería. Pero el doctor Gilchrist me aconsejó que lo hiciera. Entonces descubrí que él también pensaba lo mismo. Había llegado a la misma conclusión, pero aunque parezca curioso, no quiso decírmelo para no alarmarme —agregó, esbozando otra triste sonrisa.

E incorporándose con un súbito movimiento, exclamó:

—¡Querido Jinks! ¿Es que se figura que soy tonta de capirote?

—Todavía no me ha dicho usted, miss Gregg, por qué cree usted que alguien quería matarla.

Marina guardó silencio unos instantes. Luego, con un brusco ademán, tendió el brazo para tomar su bolso y, sacando un papel de su interior, entregóselo al policía. Éste leyó su contenido. Sobre el papel figuraba la siguiente línea mecanografiada:

«No se haga ilusiones. La próxima vez no se escapará».

—¿Cuándo recibió usted eso? —inquirió Craddock vivamente.

—Lo encontré en mi tocador al volver del baño.

—Eso significa que se trata de alguna persona de la casa.

—¿Y por qué precisamente de la casa? Alguien podría haber escalado el balcón de mi cuarto y dejado la nota allí. Opino que con ello intentaban asustarme aún más, pero, de hecho, no lo consiguieron. Por el contrario, me puse furiosa y mandé a por usted.

—Con lo cual la persona que lo mandó ha obtenido un resultado inesperado. ¿Es éste el primer mensaje de esta clase que recibe?

Una vez más, Marina titubeó. Por fin, dijo:

—No, no es el primero.

—¿Quiere usted ponerme en antecedentes de los demás?

—El primero llegó hace tres semanas, apenas nos instalamos aquí. Lo recibí en el estudio. Se me antojó ridículo. En aquella ocasión el mensaje no estaba mecanografiado, sino escrito con letras mayúsculas. Decía: «Prepárate a morir». Marina echóse a reír. Su sonrisa tenía un dejo de histerismo, pero denotaba un alborozo bastante sincero.

—Me pareció una bobada —prosiguió la estrella—. Naturalmente, los artistas recibimos a menudo mensajes tontos, amenazas. Me figuré que aquel en cuestión procedía de algún puritano enemigo de las artistas de cine. Así, pues, me limité a romperlo y echarlo a la papelera.

—¿Lo mentó usted a alguien, miss Gregg?

—No —repuso Marina con un ademán negativo—. No dije una palabra a nadie. De hecho, a la sazón andábamos un poco preocupados con la escena de rodaje. Yo no acertaba a pensar en nada más. Por otra parte, ya le he dicho que me limité a considerarlo una simple forma de mal gusto o un exabrupto de uno de esos chiflados moralistas que escriben a las artistas censurando la profesión de actor.

—¿Recibió usted alguno más?

—Sí. El día de la fiesta. Si mal no recuerdo, me lo trajo uno de los jardineros. Éste manifestó que alguien había dejado una nota para mí y me preguntó si había contestación. Pensando que tal vez tenía algo que ver con los preparativos de la fiesta, abrí la misiva. Decía: «Hoy será su último día en la tierra». Apañusqué el papel entre los dedos y dije al hombre: «No hay respuesta». Y, mientras el jardinero se alejaba, lo llamé para preguntarle quién le había entregado aquel mensaje. Me contestó que un individuo con gafas que iba en bicicleta. Bien, ¿qué hacer en semejante caso? Me figuré que se trataba de otra simpleza. No imaginé que fuese una verdadera amenaza.

—¿Dónde está esa nota ahora, miss Gregg?

—No tengo idea. Yo llevaba una chaqueta de seda italiana y creo recordar que la metí en el bolsillo, toda arrugada. Pero ahora no está allí. Con toda probabilidad se cayó.

—¿Y no tiene usted idea de quién escribió o inspiró esas notas, miss Gregg? ¿Ni siquiera ahora?

Marina abrió desmesuradamente los ojos, confiriéndoles una expresión de inocente asombro. Craddock admiró el esfuerzo, pero no creyó en la sinceridad de aquella mirada.

—¿Cómo quiere que lo sepa?

—Creí que tenía alguna sospecha, miss Gregg.

—Pues no. Se lo aseguro. No tengo la menor idea.

—Usted es una persona muy famosa —murmuró Dermot—. Ha obtenido grandes éxitos. Éxitos en su profesión y éxitos personales. Muchos hombres se han enamorado de usted y algunos han conseguido hacerla su esposa. Las mujeres la han envidiado. Algunos hombres se han sentido desairados por usted. Reconozco que el campo es muy amplio, pero opino que debiera usted tener alguna idea de quién pudo escribir esas notas.

—Podría haber sido cualquiera.

—No, miss Gregg, no podría haber sido cualquiera. Convengo en que podría haber sido una persona entre mil, acaso un modesto empleado del vestuario, un electricista o un sirviente; o bien alguno de sus amigos o supuestos amigos. Pero usted debe tener alguna idea, algún nombre, o tal vez más de uno, que sugerir.

En aquel momento abrióse la puerta, dando paso a Jason Rudd. Marina volvióse hacia él, y tendiéndole un brazo con aire suplicante, profirió:

—Jinks, querido. El señor Craddock insiste en que debo de saber quién escribió esas horribles notas. Y el caso es que lo ignoro. Tú sabes perfectamente que así es. Es más, ninguno de los dos sabemos nada.

Craddock advirtió que la estrella hablaba en tono apremiante, demasiado apremiante. ¿Acaso temía lo que pudiera decir su marido?

Jason Rudd, con los ojos turbios de fatiga y el ceño más fruncido que de costumbre, acudió a reunirse con ellos y, tomando la mano de Marina, declaró:

—Comprendo que le parezca increíble, inspector. Pero lo cierto es que ni Marina ni yo sabemos nada de este asunto.

—¿De modo que tienen ustedes la suerte de carecer de enemigos, eh? —comentó Dermot con manifiesta ironía.

—¿Enemigos? —replicó Jason Rudd, sonrojándose ligeramente —. Ésa es una expresión muy bíblica, inspector. En ese sentido, puedo asegurarle que no tenemos enemigos. Hay personas que nos detestan, que nos envidian, que nos harían una mala pasada si pudieran, por malicia y falta de caridad. Pero de eso a echar una dosis excesiva de veneno en nuestro vaso, media un abismo.

—Hace un momento, hablando con su esposa, le he preguntado quién podría haber escrito o inspirado esas misivas, a lo cual ella me ha contestado que lo ignora. Pero ante la evidencia del hecho, la cosa se restringe. No cabe duda de que alguien introdujo el veneno en aquel vaso. Nos hallamos, pues, en un campo muy limitado.

—Yo no vi nada —declaró Jason Rudd.

—Ni yo tampoco —aseguró Marina—. Como usted comprenderá si hubiese visto alguien echando algo en mi vaso, no habría bebido su contenido.

—¿Saben lo que les digo? —murmuró Dermot Craddock—. Que no puedo menos de pensar que saben ustedes más de lo que pretenden.

—Eso no es cierto —protestó Marina—. ¡Dile que no es cierto, Jason!

—Le aseguro —intervino Jason Rudd— que estoy realmente perplejo. Todo ese asunto se me antoja fantástico. A veces lo considero una broma, una broma con pésimos resultados, puesta en práctica por una persona que no se imaginaba que entrañase tanto peligro…

El tono de su voz era ligeramente interrogante. Tras una pausa, el hombre, musitó, meneando la cabeza:

—No. Ya veo que esa idea no le convence.

—Me interesa formular otra pregunta —masculló Dermot Craddock—. Supongo que recuerdan la llegada del señor y la señora Badcock. Éstos se presentaron inmediatamente después del vicario. Tengo entendido, miss Gregg, que usted les dispensó la misma cordial acogida que a los demás invitados. Pero, según informes de

un testigo ocular, apenas saludó a la pareja, usted miró por encima del hombro a la señora Badcock y vio algo que pareció alarmarla, ¿es verdad eso? Y en caso afirmativo, ¿qué era lo que vio?

—Eso no es cierto —apresuróse a replicar Marina—. ¿Por qué iba a alarmarme?

—Eso es lo que desearíamos saber —suspiró Dermot Craddock pacientemente—. Mi testigo insiste mucho sobre ese punto, ¿sabe usted?

—¿Quién es su testigo? ¿Qué dice haber visto?

—Miraba usted hacia la escalera —explicó el policía—. En aquel momento subían por ella un periodista, los señores Grice, antiguos vecinos de este lugar, el señor Ardwyck Fenn, recién llegado de los Estados Unidos, y miss Lola Brewster. ¿Fue la vista de algunas de estas personas lo que la alteró, miss Gregg?

—Le aseguro que no estaba alterada —espetó Marina casi a voz en grito.

—Y, no obstante, olvidó usted momentáneamente a la señora Badcock. Ésta le dijo algo a lo cual usted no respondió por hallarse abstraída en la contemplación de otra persona o cosa.

Entonces Marina, sobreponiéndose, declaró en tono rápido y convincente:

—Me explicaré: en realidad, esto tiene explicación. Si supiese usted algo del arte interpretativo, lo comprendería sin dificultad. Llega un momento, incluso cuando se sabe uno muy bien el papel (de hecho suele suceder precisamente cuando uno se sabe muy bien el papel) en que se actúa maquinalmente, Sonríe, hace los gestos y ademanes adecuados, pronuncia las palabras con las habituales inflexiones. Pero su pensamiento está ausente. Y, de improviso, sobreviene un horrible lapso en que uno no sabe dónde se halla ni recuerda las frases que debe pronunciar. Lo que, en nuestro lenguaje denominamos quedarse en blanco. Pues bien, eso es lo que me sucedió. No soy muy fuerte. Mi marido puede decírselo. Llevo una temporada muy activa, desplegando un gran esfuerzo de nervios con esta nueva película. Mi deseo era que la fiesta constituyese un éxito y tuve empeño en mostrarme amable, acogedora y cordial con todo el mundo. Pero una acaba repitiendo las mismas cosas mecánicamente, por la sencilla razón de que la

gente siempre dice lo mismo, a saber, los grandes deseos que tenían de conocernos, o lo afortunados que fueron una vez por el mero hecho de vernos a la entrada de un teatro de San Francisco o de viajar en el mismo avión. Total, majaderías. Pero hay que mostrarse amable y contestar adecuadamente. Pues bien, como le decía, acaba uno haciéndolo automáticamente. No necesita pensar lo que va a decir porque lo ha repetido ya infinidad de veces con anterioridad. Creo recordar que, de pronto, me invadió una oleada de cansancio. En una palabra, tuve un lapso. Luego, advertí que la señora Badcock había estado contándome una larga historia, de la cual no me enteré, y que, al presente, me miraba ávidamente al ver que yo no respondía ni hacía los comentarios de rigor. Mi actitud obedeció a simple fatiga.

—Simple fatiga —repitió Dermot Craddock pausadamente—. ¿Insiste usted en eso, miss Gregg?

—Sí. No comprendo por qué no me cree usted.

—Señor Rudd —profirió el policía, volviéndose al aludido—. Tengo para mí que usted me confiará la seguridad de su esposa. Alguien ha atentado contra su vida y enviado una serie de cartas amenazadoras. Eso significa que existe una persona culpable que estuvo aquí el día de la fiesta y probablemente sigue entre ustedes, alguien en estrecho contacto con esta casa y con sus costumbres. Esa persona quienquiera que sea, puede estar algo desequilibrada. No se trata ya de una mera cuestión de amenazas. Los hombres amenazados viven muchos años, dice el dicho. Lo mismo vale para las mujeres. Pero, en este caso, la citada persona no se limitó a amenazar, sino que llevó una tentativa deliberada de envenenar a miss Gregg. ¿No comprende usted que, dadas las circunstancias, esta tentativa se repetirá? Sólo hay un modo de contar con cierta seguridad. Facilitarme todas las pistas posibles. No pretendo que sepa usted quién es esa persona, pero estimo que, sin duda, puede usted aventurar una suposición, o tiene una vaga idea de su posible identidad. ¿No quiere usted decirme la verdad? O si, como es muy posible, ignora usted la verdad, ¿por qué no induce a su esposa a contarme lo que sepa? Se lo pido con mi mejor intención, por su propia seguridad.

—Ya has oído lo que ha dicho el inspector —murmuró Jason

Rudd, volviendo lentamente la cabeza hacia su mujer—. Es posible que tú sepas algo que yo ignoro. Si así es, déjate de tonterías, por amor de Dios. Si abrigas la menor sospecha respecto a alguien, dínoslo ahora.

—¡Te repito que no sospecho de nadie! —gimió Marina levantando la voz—. Debes creerme.

—¿De quién tenía usted miedo aquel día? —inquirió Dermot.

—Insisto en que no tenía miedo de nadie.

—Atienda, miss Gregg. Entre las personas que se hallaban en lo alto de la escalera o subiéndola en aquel momento, figuraban dos amigos cuya presencia la sorprendió a usted, pues llevaba mucho tiempo sin verlos y no esperaba su visita en aquella ocasión. Dichos amigos eran el señor Ardwyck Fenn y miss Brewster. ¿Sintió usted algo especial cuando, inesperadamente, los vio subir la escalera? Usted no los esperaba, ¿verdad?

—No, ni siquiera teníamos idea de que estuviesen en Inglaterra —intervino Jason Rudd.

—Estuve encantada —declaró Marina—, realmente encantada.

—¿Encantada de ver a miss Brewster?

—Bien… —vaciló la estrella, lanzándole una ojeada algo recelosa.

—Según mis informes —insistió Craddock—, Lola Brewster estuvo casada con su tercer marido, Robert Truscott, ¿no es eso?

—En efecto.

—Él se divorció de ella para casarse con usted.

—¡Sí, eso lo sabe todo el mundo! —soltó Marina con impaciencia—. ¡No pretenderá haberlo descubierto usted! La cosa trajo bastante cola a la sazón, pero no llegó la sangre al río.

—¿Formuló miss Brewster amenazas contra usted?

—Pues en cierto modo, sí. Pero un momento, a ver si sé explicarme. Nadie toma en serio esa clase de amenazas. Fueron en una fiesta. Lola había bebido mucho. De haber tenido una pistola probablemente me hubiera disparado un tiro a quemarropa. Afortunadamente, no la tenía. ¡Pero todo eso ocurrió hace muchos años! ¡Esos sentimientos no perduran! Son arrebatos pasajeros, ¿verdad, Jason?

—Por supuesto —convino Jason Rudd—. Además, puedo

asegurarle, señor Craddock, que el día de la fiesta, Lola Brewster no tuvo oportunidad de envenenar la bebida de mi esposa. Estuve casi todo el tiempo a su lado. La idea de que Lola viniera inopinadamente a Inglaterra, después de un largo período de amistad, y se presentara en nuestra casa con ánimo de envenenar a mi esposa, es completamente absurda.

—Aprecio su punto de vista —masculló Craddock.

—Y no es eso sólo. Además, hay un hecho positivo. Lola no anduvo cerca del vaso de Marina en ningún momento.

—¿Y su otro visitante, Ardwyck Fenn?

Esa vez Dermot creyó advertir una leve vacilación por parte de su interlocutor. Finalmente, éste respondió:

—Es un viejo amigo nuestro. No le habíamos visto en muchos años, aunque de vez en cuando mantenemos correspondencia. Es una gran figura de la televisión americana.

—¿Era también un viejo amigo suyo? —preguntó Dermot Craddock a Marina.

—Sí, desde luego —farfulló ésta, algo agitada—. Siempre… siempre ha sido un buen amigo mío, pero hemos tenido muy pocas ocasiones de vernos en los últimos años.

Luego, casi atropelladamente, prosiguió:

—Si se figura usted que al ver a Ardwyck me asusté, se equivoca de medio a medio. ¿Por qué había de asustarme de él? ¿Qué motivos podía tener para temerle? Éramos grandes amigos. En realidad, tuve una agradabilísima sorpresa al verle aparecer. Sí, una gratísima sorpresa —corroboró levantando la cabeza y mirándole con expresión vehemente y retadora.

—Gracias, miss Gregg —profirió Craddock quedamente—. Si en cualquier momento se siente usted inclinada a sincerarse más conmigo, le aconsejo encarecidamente lo haga.

Capitulo XIV

1

La señora Bantry estaba arrodillada. El día se prestaba como pocos para cavar, gracias a que la tierra hallábase seca y en excelente estado. Pero no bastaba con cavar. Había muchos cardos y amargones que era preciso eliminar. Y la señora Bantry entregóse con denuedo a este menester.

Por fin, se puso en pie, sin aliento pero triunfante, y, por encima del seto, miró hacia la calle. Le aguardaba una pequeña sorpresa: la secretaria de cabello oscuro, cuyo nombre no recordaba en aquel momento, salía a la sazón de la cabina telefónica pública situada junto a la parada del autobús de la otra acera.

¿Cómo se llamaba aquella mujer? ¿Su nombre empezaba con B o con R? No, empezaba con Z. Sí. Zielinsky, era el apellido. La señora Bantry lo recordó en el preciso momento en que Ella atravesó la calle y entró en la calzada para coches inmediata a East Lodge.

—Buenos días miss Zielinsky —saludó la anciana con voz cordial.

Ella Zielinsky tuvo un sobresalto. De hecho, más que un sobresalto semejó un respingo, el respingo de un caballo asustado. Aquella reacción sorprendió a la señora Bantry.

—Buenos días —respondió Ella.

Y apresuróse a añadir:

—He venido a telefonear. Parece que en nuestra línea hay avería. La sorpresa de la anciana fue en aumento. ¿Qué necesidad tenía Ella Zielinsky de dar explicaciones?

—¡Qué contratiempo! —comentó la señora Bantry, cortésmente

—. Excuso decir que pueden ustedes venir a telefonear a mi casa a cualquiera hora que gusten.

—¡Oh… muchísimas gracias…!

Ella se interrumpió, acometida por un acceso de estornudos.

—Tiene usted un romadizo —diagnosticó la señora Bantry al punto—. Pruebe a tomar un poco de bicarbonato de sosa con agua.

—¡Bah! No es nada. Tengo un preparado muy bueno que se aplica con pulverizador. De todos modos, gracias.

Y, estornudando de nuevo, alejóse a buen paso por la calzada.

La señora Bantry la siguió con la mirada. Luego, sus ojos paráronse de nuevo en su jardín. La anciana lo contempló con aire contrariado. No se veía ninguna hierba por ninguna parte.

—Se acabó esta ocupación —murmuró la señora Bantry para sí —. No cabe duda que soy una vieja entrometida, pero me gustaría saber si…

Y tras unos instantes de vacilación la señora Bantry sucumbió a la tentación. ¡Estaba dispuesta a actuar como una vieja entrometida, aunque se hundiera el universo! Entró, pues, en la casa, tomó el receptor telefónico y marcó un número. Una dinámica voz trasatlántica respondió a la llamada, diciendo:

—Aquí Gossington Hall.

—Soy la señora Bantry, de East Lodge.

—¡Ah! ¡Buenos días, señora Bantry! Al habla Hailey Preston. Nos conocimos el día de la fiesta. ¿En qué puedo servirla?

—He pensado que acaso pueda hacerles a ustedes un favor. Si tienen el teléfono estropeado.

La sorprendida voz del joven la interrumpió.

—¿Nuestro teléfono estropeado? No, está perfectamente. ¿Quién ha dicho que no funciona?

—Debo haber cometido un error —disculpóse la anciana—. A veces entiendo las cosas mal —explicó sin inmutarse.

Y tras colgar el receptor y aguardar unos instantes, marcó otro número.

—¿Jane? Aquí Dolly.

—Hola, Dolly. ¿Qué ocurre?

—Una cosa algo rara. La secretaria de los cineastas ha telefoneado desde el teléfono público de la calle. Se ha tomado la

molestia de explicarme, sin necesidad, que telefoneaba desde allí porque la línea de Gossington Hall estaba averiada. Pero yo he llamado allí, y resulta que no lo esta…

La anciana hizo una pausa en espera del comentario de su sagaz amiga.

—Realmente, es muy interesante —murmuró miss Marple, pensativa.

—¿Por qué cree usted que lo ha hecho?

—Salta a la vista… Porque no quería que la oyesen…

—Exactamente.

—Y es posible que tuviese una serie de motivos para ello.

—Sí.

—Muy interesante —repitió miss Marple.

2

Donald McNeil era de los que no tenían inconveniente en ser interrogados. El simpático joven pelirrojo saludó a Dermot Craddock con complacencia y curiosidad.

—¿Cómo le va? —inquirió, jovialmente—. ¿Tiene usted alguna pequeña información especial para mí?

—Todavía no. Más adelante, quizá.

—¡Siempre con evasivas! Son ustedes todos iguales. Afables pero cerrados como ostras. ¿Aún no considera usted llegado el momento de invitar a alguien a «ayudarle en sus investigaciones»?

—He venido a verle a usted —sonrió Dermot.

—Su observación encierra un avieso doble sentido. ¿Sospecha usted realmente que yo asesiné a Heather Badcock? ¿Se figura que la maté en lugar de Marina Gregg o que en efecto me proponía matarla a ella?

—Conste que yo no he sugerido nada —dijo Craddock.

—No, no, usted sería incapaz de semejante cosa. Ante todo, la corrección. De acuerdo. Vayamos al grano. Yo estaba allí. Tuve ocasión de hacerlo, pero ¿tenía algún móvil? ¡Ah! ¡Eso es lo que desearía usted saber! ¿Qué móvil me impulsaba?

—Hasta ahora no me ha sido posible descubrir ninguno —repuso Craddock.

—Eso es muy consolador. Me siento más seguro.

—Sólo me interesa saber lo que vio usted aquel día.

—Eso ya lo sabe usted. La policía local tomó nota de todo ello. Es humillante. Estuve en el escenario de un crimen. Prácticamente lo vi cometer y, con todo, no tengo idea de quién lo perpetró. Me avergüenza confesar que el primer indicio que tuve de él fue la vista de la pobre mujer sentada en una silla dando las boqueadas. Reconozco que el hecho constituyó un magnífico relato de testigo ocular y me brindó las primicias de una noticia sensacional, etcétera. Pero le confieso que me humilla la circunstancia de no saber más. Debiera saber más. Eso sí. Estoy convencido de que la dosis no iba destinada a Heather Badcock. Ésta era una buena mujer

muy charlatana, pero nadie es asesinado por eso a menos que revele secretos. Y no creo que nadie confiase secretos a Heather Badcock. No era mujer capaz de interesarse en los secretos de los demás. A mi modo de ver, era una persona que invariablemente hablaba de sí misma.

—Ésa parece ser la opinión más comúnmente aceptada —convino Craddock.

—Pasemos, pues, a la famosa Marina Gregg. Estoy seguro de que existen infinidad de estupendos motivos para asesinar a Marina. Envidia, intrigas amorosas… en fin, todos los requisitos esenciales que engendran un drama. ¿Pero quién lo hizo? Supongo que algún chiflado con algún tornillo suelto. ¡Ea! ¡Ya tiene usted mi valiosa opinión! ¿Eso es lo que quería saber?

—No, falta algo más. Según mis informes llegó usted a la recepción al mismo tiempo que el vicario y el alcalde.

—Efectivamente. Pero no era mi primera aparición en la fiesta. Había estado allí antes.

—Ignoraba este detalle.

—Sí. Mi cometido era ir de acá para allá. Me acompañaba un fotógrafo. Bajé a tomar unas instantáneas de la llegada del alcalde y demás zarandajas. Luego, volví a subir, no ya en plan profesional, sino para tomarme un par de copas. Las bebidas eran estupendas.

—Comprendo. Vamos a ver, ¿recuerda usted quién más había en la escalera cuando usted subió?

—Margot Bence, de Londres, con su cámara.

—¿La conoce usted a fondo?

—Coincido con ella a menudo. Es una chica muy lista, muy ducha en su profesión. Se dedica a fotografiar reuniones mundanas, puestas de largo, funciones de gala, etc. y se ha especializado en fotografías tomadas desde ángulos raros. ¡Fotografía artística! Estaba en un rincón del rellano, muy bien situada para retratar a los que subían por la escalera y captar la escena de los subsiguientes saludos en lo alto. Lola Brewster me precedía en la escalera. Al principio, no la reconocí. Ha cambiado de peinado. Ahora lo lleva al estilo de una isleña de Fijí, teñido en un tono cobrizo. La última vez que la vi, lucía una cascada de ondas en un bello tono castaño rojizo. En esta ocasión le acompañaba un americano moreno y

corpulento. No sé quién era, pero parecía un hombre importante.

—¿Miró usted a Marina Gregg mientras subía?

—Naturalmente.

—¿No tuvo usted la impresión de que estaba trastornada, sorprendida o asustada?

—Es curioso que pregunte usted eso. Lo cierto es que, por un momento creí que Marina iba a desmayarse.

—Entendido —murmuró Craddock, pensativo—. Gracias. ¿Recuerda usted algún otro detalle?

McNeil lo miró con aire inocente.

—¿Qué quiere que recuerde?

—No me fío de usted —masculló Craddock.

—No obstante, parece usted convencido de que no fui yo el culpable. ¡Qué desilusión! Suponga que resulto ser su primer marido. Nadie sabe nada de él, salvo que era un tipo insignificante que hasta su nombre ha caído en el olvido.

—En este caso, cabe suponer que se casó usted siendo alumno de la escuela elemental, con pantaloncitos cortos —bromeó Dermot, sonriendo—. En fin. Debo darme prisa, Tengo que coger un tren.

3

Sobre el escritorio de Craddock en el nuevo Scotland Yard había un montón de papeles primorosamente dispuestos. Tras leerlos por encima, el inspector volvió la cabeza para preguntar:

—¿Dónde se hospeda Lola Brewster?

—En el Hotel Savoy, señor. Habitación 180. Le está esperando.

—¿Y Ardwyck Fenn?

—En el Dorchester. Primer piso, 190.

—De acuerdo.

Dermot tomó unos cablegramas y leyólos por segunda vez antes de metérselos en el bolsillo. Al llegar al último, sonrió para sí, murmurando:

—No dirá usted que no cumplo con mi obligación, tía Jane.

Y salió en dirección al Savoy.

En el juego de habitaciones correspondientes al número 180, Lola Brewster dispensóle una efusiva acogida. Con el informe que acababa de leer en el pensamiento, el inspector observóla atentamente. Lola era aún una belleza de aspecto algo voluptuoso, acaso un poquillo ajada, pero todavía de buen ver. Resultaba, desde luego, un tipo completamente opuesto a Marina Gregg. Cambiadas las amables frases de rigor, Lola echó hacia atrás su cabello a lo isleña de Fijí, frunció sus pintados labios con un provocativo mohín y, agitando sus azules párpados sobre sus grandes ojos castaños, preguntó:

—¿Ha venido usted a formularme otra tanda de preguntas desagradables como aquel inspector local?

—Confío en que no resulten demasiado desagradables, miss Brewster.

—Estoy segura de lo que serán, como asimismo de que todo este asunto ha sido un lamentable error.

—¿De veras lo cree usted así?

—Sí. Me parece una tontería. ¿Es posible que opinen ustedes que alguien intentó envenenar a Marina? ¿Por qué diablos había de hacerlo? Marina es encantadora. Todo el mundo la quiere.

—¿Incluso usted?

—Siempre he sido muy adicta a Marina.

—¡Vamos, miss Brewster! ¡Sea usted sincera! ¿No hubo ciertas pequeñas diferencias entre ustedes hace once o doce años?

—¡Ah, aquello! —exclamó Lola, con un ademán despectivo—. Yo estaba terriblemente nerviosa y desquiciada. Rob y yo habíamos tenido unas peloteras tremendas. Ninguno de los dos estábamos cabales por entonces. Marina se enamoró perdidamente de él y lo trastornó al pobrecillo.

—¿Y usted lo sintió mucho?

—Pues verá usted, inspector. Entonces creí sentirlo, pero ahora me doy cuenta de que fue una de las mejores cosas que podían sucederme y que, de hecho, me han sucedido en la vida. Estaba preocupadísima con los niños, ¿sabe usted? Aquello equivalía a destruir nuestro hogar. Pero temo que, a la sazón, yo ya estaba convencida de que Rob y yo éramos incompatibles. Supongo que está usted enterado de que me casé con Eddie Groves en cuanto obtuve el divorcio. Creo que en realidad estaba enamorada de Eddie hacía tiempo, pero naturalmente no quería deshacer mi matrimonio a causa de los niños. ¡Es tan importante!

—No obstante, la gente dice que usted se lo tomó muy a mal.

—¡Bah! —exclamó Lola vagamente—. ¡La gente siempre habla por hablar!

—Pero usted dijo muchas cosas, ¿no es eso, miss Brewster? Fue por ahí amenazando con pegar un tiro a Marina Gregg, o, al menos, eso tengo entendido.

—Ya le he dicho que, a veces, uno habla por hablar. Es de cajón que, en tales circunstancias, se profieran amenazas. Pero, naturalmente, no abrigaba la intención de disparar contra nadie.

—No obstante, disparó usted a quemarropa contra Eddie Groves unos años más tarde.

—Eso fue porque habíamos tenido una discusión —replicó Lola —. Perdí los estribos.

—Sé de buena tinta, miss Brewster, que usted dijo y éstas fueron sus palabras textuales, según mis informes —agregó, disponiéndose a leer unas notas escritas en su agenda—: «Esa pájara no se saldrá con la suya. Si no la mato ahora, aguardaré a darle su merecido en

otra ocasión. No me importa esperar años si es preciso, pero, un día u otro, me las pagará».

—¡Bah! —exclamó Lola, riéndose—. Estoy segura de no haber dicho nunca semejante cosa.

—En cambio, miss Brewster, yo estoy seguro de lo contrario.

—La gente es muy exagerada —declaró Lola, esbozando una encantadora sonrisa—. En aquellos momentos yo estaba furiosa —murmuró, en tono confidencial—. Y cuando una se halla en ese estado, dice toda clase de tonterías. Supongo que no se figura usted que he aguardado catorce años para venir a Inglaterra, a buscar a Marina y echarle una fuerte dosis de veneno en su vaso de cóctel a los tres minutos de verla.

En efecto, Dermot Craddock no creía esa historia. Es más, se le antojaba inverosímil.

—Me limito a indicarle, miss Brewster —suspiró el inspector—, que hubo amenaza en el pasado y que aquel día Marina Gregg mostróse visiblemente sobrecogida y alarmada al ver subir a cierta persona por la escalera. Así, uno se inclina a creer que esa persona era usted.

—¡Pero si Marina estuvo encantada de verme! Recuerdo que me besó y expresó su contento por la sorpresa que le deparaba mi visita. Perdone que le diga, inspector, que su actitud resulta disparatada.

—¿Así, que de hecho, formaban ustedes una gran familia bien avenida?

—Esto se acerca más a la verdad que todas las cosas que ha estado usted pensando.

—¿Y no se le ocurre a usted nada que pudiera ayudarnos en algo? ¿No tiene ni la menor idea de quién quería matarla?

—Le repito que nadie deseaba matar a Marina. Es una mujer muy boba y caprichosa, siempre en plan de dramatizar con su salud y de cambiar de parecer a cada instante, desechando todas las cosas apetecidas apenas obtenidas. No comprendo por qué la gente la contempla tanto. Jason ha estado siempre loco por ella. ¡Hay que ver lo que tiene que aguantar ese hombre! Pero así es. Todo el mundo soporta a Marina y se sacrifica por ella. Después, ella les da las gracias con una dulce y triste sonrisa. Y, al parecer, con eso la

gente se da por satisfecha y considera justificado el sacrificio. La verdad es que no sé cómo se las arregla esa mujer. Pero, créame, inspector. Lo mejor que puede hacer es desechar la idea de que alguien intentaba asesinarla.

—Me gustaría poder hacerlo —masculló Dermot Craddock—. Desgraciadamente, no puedo desecharla porque la cosa ha sucedido.

—¿Qué es lo que ha sucedido? Hasta ahora, nadie ha matado a Marina.

—No. Pero hubo una tentativa.

—¡No lo creo ni por un momento! Opino que, quienquiera que fuese el criminal, su intención fue siempre matar a otra mujer, es decir, a la que, de hecho, fue asesinada. Probablemente alguien deseaba beneficiarse económicamente con su muerte.

—La muerta no tenía dinero, miss Brewster.

—En ese caso, hubo otro motivo. Sea como fuere, en su lugar no me preocuparía por Marina, inspector. Marina está siempre tranquila y bien servida.

—¿De veras? No tiene aspecto de ser muy feliz.

—¡Bah! Eso es porque de todo hace una tragedia. Amores desgraciados. Imposibilidad de ser madre.

—¿Adoptó varios niños, no? —inquirió Dermot, impulsado por el vivido recuerdo de la apremiante voz de miss Marple.

—Creo que sí. Pero tengo entendido que la cosa fracasó. Marina se deja llevar por los impulsos y luego se arrepiente de sus actos.

—¿Qué fue de los niños adoptados?

—No tengo idea. Al poco tiempo desaparecieron. Supongo que Marina se cansó de ellos como de todo lo demás.

—Comprendo —murmuró Dermot Craddock.

4

La próxima visita fue al Dochester, habitación 190.

—Bien, inspector jefe… —balbució Ardwyck Fenn, mirando la tarjeta que acababan de entregarle.

—Craddock —completó el policía.

—¿En qué puedo servirle?

—Supongo que no le molestará contestar a unas preguntas.

—En absoluto. ¿Se trata de ese asunto de Much Benham? Mejor dicho, ¿cómo se llama ese pueblo? ¿Saint Mary Mead?

—Eso es, en efecto, Gossington Hall.

—No comprendo por qué Jason Rudd adquirió una casa como ésa. En Inglaterra abundan magníficas villas georgianas e incluso Reina Ana. En cambio, Gossington Hall es una casa victoriana. ¿Qué atractivo tiene este estilo?

—Verá usted, ciertas personas consideran atractiva la estabilidad victoriana.

—¿Estabilidad? Sí, es posible que haya algo de eso. Marina ansiaba estabilidad. Es algo que la pobrecilla no ha tenido nunca y me figuro que ésta es la razón que la mueve a anhelarla. Tal vez esa casa la satisfará una temporada algo larga.

—¿La conoce usted a fondo?

Ardwyck Fenn encogióse de hombros.

—¿A fondo? Pues, no sé, creo que no diría tanto. La conozco hace muchos años, pero no la he tratado con continuidad.

Craddock lo observó con mirada inquisitiva. Era un hombre moreno, corpulento, de ojos sagaces, provistos de gruesas gafas y recio mentón.

—Por lo que he leído en los periódicos —prosiguió Ardwyck Fenn— colijo que esa señora Fulana de Tal fue envenenada por error ya que la dosis iba destinada a Marina, ¿no es eso?

—En efecto. La dosis se hallaba en el cóctel de Marina Gregg. La señora Badcock derramó el suyo y Marina le ofreció su bebida.

—Bien. Eso parece concluyente. Sin embargo, no acierto a imaginarme quién podría tener interés en envenenar a Marina,

mayormente dándose la circunstancia de que Lynette Brown no se hallaba allí.

—¿Lynette Brown? —repitió el inspector Craddock, algo perplejo.

—Si Marina rompiese ese contrato, renunciando a su papel —explicó Ardwyck Fenn, sonriendo—, Lynette lo ocuparía; con todo, no creo que enviase un emisario con el veneno. La idea me parece excesivamente melodramática.

—Sí, un poco descabellada —convino Dermot, secamente.

—No obstante, le sorprendería a usted saber de qué son capaces las mujeres por ambición —suspiró Ardwyck Fenn—. Tenga en cuenta que es posible que el objetivo principal no fuese la muerte. Tal vez, el único propósito era darle un susto… sin ánimo de matarla.

—No era una dosis media —repuso Craddock, meneando la cabeza, negativamente.

—La gente suele cometer grandes errores en lo tocante a dosis.

—¿De veras es ésta su teoría?

—No, de ningún modo. Se trata de una simple sugerencia. No tengo teorías. Yo sólo fui un inocente espectador.

—¿Se sorprendió mucho Marina Gregg al verle?

—Sí, muchísimo —asintió el otro, riéndose, regocijado—. Se quedó viendo visiones cuando me presenté. Por cierto que me hizo objeto de un cariñoso recibimiento.

—¿Llevaba usted mucho tiempo sin verla?

—Unos cuatro o cinco años, si no recuerdo mal.

—Y unos años antes de eso hubo una época en que fueron ustedes grandes amigos, ¿no es eso?

—¿Insinúa usted algo en particular con esta observación, inspector Craddock?

El tono de su voz era casi idéntico, mas, con todo, había experimentado un ligero cambio, revistiéndose de un dejillo duro, amenazador. Dermot comprendió de pronto que aquel hombre podía ser, llegado el caso, un adversario extremadamente despiadado.

—Considero que no estaría de más —insistió Ardwyck Fenn— que dijera usted exactamente lo que quiere significar.

—No tengo inconveniente en hacerlo, señor Fenn. Tengo que indagar las antiguas relaciones existentes entre Marina Gregg y todas las personas que se hallaban presentes en su casa aquel día. Al parecer, es del dominio público que en la época en que acabo de referirme usted estaba locamente enamorado de Marina.

Ardwyck Fenn encogióse de hombros.

—A veces, a las personas nos dan estos arrebatos, inspector. Afortunadamente, luego pasan.

—Se dice que ella lo alentó y luego lo rechazó, provocando en usted el natural resentimiento.

—¡Se dice… se dice! Supongo que ha leído usted todo esto en la revista Confidencial, ¿no?

—Me lo han dicho personas sensatas y muy bien informadas.

Ardwyck Fenn echó la cabeza hacia atrás mostrando el recio contorno de su cuello.

—Sí —admitió—, hubo un tiempo en que estuve muy entusiasmado por ella. Era una mujer hermosa y atractiva, y continúa siéndolo. Decir que la amenacé alguna vez es ir un poco más lejos. Ahora bien. La verdad es que nunca me ha gustado ser contrariado, inspector jefe, y la mayoría de las personas que lo hacen tienden a arrepentirse de ello. Pero ese principio se ordena principalmente a mis negocios, al margen de mi vida privada.

—Tengo entendido que utilizó usted su influencia para que la desecharan como primera actriz de una película en rodaje, ¿no?

—No le iba el papel —respondió Fenn, con aire indiferente—. Surgieron conflictos entre ella y el director. Yo había invertido dinero en aquella película y no me interesaba arriesgarme. Le aseguro que todo fue una mera transacción comercial.

—Pero acaso Marina Gregg no lo creyó así.

—¡Naturalmente que no! Ella lo atribuyó a una cuestión personal.

—Creo que llegó al extremo de decir a unos amigos que tenía miedo de usted.

—¿De veras? ¡Qué puerilidad! Supongo que se gozó en esa sensación.

—¿Qué opina usted, que no tenía por qué temerle?

—¡Claro está que no! Por muy grande que fuera mi desilusión,

no tardé en sobreponerme. Siempre me he basado en el principio de que, en cuestión de mujeres, un clavo saca otro clavo.

—Una forma muy satisfactoria de navegar por la vida, señor Fenn.

—Sí, eso creo yo.

—¿Posee usted amplios conocimientos del mundo cinematográfico?

—Tengo intereses financieros en él.

—¿Y, por ende, está usted obligado a conocerlo a fondo?

—Tal vez.

—Usted es un hombre cuya opinión merece ser escuchada. ¿Podría sugerirme a alguna persona susceptible de aborrecer a Marina Gregg hasta el punto de abrigar el deseo de matarla?

—Probablemente, una docena habrá —respondió Ardwyck Fenn —, es decir, con tal de no comprometerse personalmente. Si sólo se tratara de oprimir un botón en la pared, apuesto a que habría una porción de dedos dispuestos a hacerlo.

—Acabo de decir que su opinión merece ser escuchada. ¿Cree usted que entre las personas que se hallaban a su alrededor en el breve intervalo de tiempo transcurrido entre la llegada de usted y el momento en que murió Heather Badcock, había alguna —y conste que sólo le pido una sugerencia, no una afirmación— capaz de envenenar a Marina Gregg?

—No me atrevería a decir tanto —repuso Ardwyck Fenn.

—¿Eso significa que tiene usted alguna idea?

—Esto significa que no tengo nada que decir sobre este asunto. Es más, inspector Craddock, eso es todo cuanto tengo que añadir.

Capitulo XV

Dermot Craddock leyó el último nombre y domicilio que figuraba en su agenda. Había marcado dos veces el número del teléfono correspondiente a aquellas señas sin obtener respuesta. Al presente, intentó por tercera vez y, en vista de su nuevo fracaso, encogióse de hombros y decidió ir personalmente.

El estudio de Margot Bence hallábase en un callejón de la calle Tottenham Court. Aparte del nombre inscrito en una placa junto a la puerta, no había gran cosa para identificarlo, ni siquiera unas frases de propaganda. Dermot subió a tientas al primer piso. Allí entrevió un gran cartel pintado de negro sobre fondo blanco, con el siguiente texto: «Margot Bence. Fotografía de Figura. Sírvase entrar». Craddock pasó al interior. Había una pequeña sala de espera, mas ninguna persona encargada de atenderla. Tras unos instantes de vacilación, el inspector carraspeó sonoramente de un modo algo teatral. Y en vista de que no acudía nadie, preguntó, levantando la voz:

—¿Hay alguien ahí?

Al punto, percibió el rumor de unas zapatillas detrás de una cortina de terciopelo. Ésta se entreabrió y un joven de abundante cabellera y cara sonrosada atisbo por la abertura.

—Lo siento en el alma, señor —disculpóse el muchacho—. No le he oído entrar. Acababa de ocurrírseme una nueva idea y la estaba poniendo en práctica —añadió, apartando a un lado la cortina.

Craddock lo siguió a una sala interior, inesperadamente espaciosa. Saltaba a la vista que era el estudio de trabajo. En ella había cámaras, focos, luces de arco voltaico, montones de tapicería y pantallas sobre ruedas.

—Le ruego disculpe este desorden —excusóse el joven, casi tan espigado como Hailey Preston—. Pero resulta muy difícil trabajar

sin armar un revoltillo. Veamos, ¿qué se le ofrece, caballero?

—Deseo ver a miss Margot Bence.

—¡Ah! ¿A Margot? ¡Qué lástima! Si hubiese usted venido un cuarto de hora antes, la habría encontrado aquí. Ha salido a hacer unas fotografías de modelos para el Fashion Dream. Debiera usted haber telefoneado para concertar una cita. Margot está terriblemente ocupada estos días.

—Ya he telefoneado, pero no me han contestado.

—¡Ah, claro! —exclamó el joven—. Habíamos descolgado el teléfono. ¡Ahora recuerdo! Lo descolgamos para que no nos molesten —explicó, alisándose el blusón lila que lucía—. ¿En qué puedo servirle? ¿Le interesa concertar una cita? Suelo tomar nota de los encargos para Margot. ¿Desea usted alguna fotografía a domicilio? ¿Cómo la quiere, personal o comercial?

—De ninguna manera —sonrió Dermot Craddock, tendiéndole su tarjeta.

—¡Qué emocionante sorpresa! —exclamó el joven—. ¡Un agente del Departamento de Investigación Criminal! Me parece recordar que he visto fotografías suyas. ¿Es usted uno de los «Cuatro Grandes» o de los «Cinco Grandes»? ¿O acaso son ya seis en la actualidad? Hay tantos crímenes por ahí que las autoridades tendrán que aumentar el número de detectives; ¿no cree? Pero, perdone usted, agente, temo haber sido irrespetuoso, y no era esa mi intención. En fin, ¿para qué quiere ver usted a Margot? Supongo que no será para arrestarla, ¿verdad?

—Sólo deseaba formularle una o dos preguntas.

—Margot no se dedica a hacer fotografías indecentes ni indecorosas —espetó el joven, ansiosamente—. Supongo que nadie le ha contado a usted historias de esta clase, porque no es verdad. Margot es muy artista. Se dedica preferentemente a la fotografía teatral y cinematográfica. Pero sus estudios son extremadamente puros, casi mojigatos.

—No tengo inconveniente en decirle el motivo de mi visita a miss Bence —tranquilizó Dermot—. Recientemente, ésta fue testigo de un crimen perpetrado cerca de Much Benham, en un pueblo llamado Saint Mary Mead.

—¡Ah, caramba! ¡Naturalmente! ¡Ahora recuerdo! Ya estoy

enterado del caso. Margot me lo contó a su regreso. Cicuta en los cócteles, ¿no es eso? O algo por el estilo. Me pareció muy lúgubre. Creo que tenía algo que ver la Ambulancia de San Juan, que, dicho sea de paso, no resulta tan lúgubre. Pero ¿no había interrogado usted ya a Margot sobre el asunto? ¿O fue otra persona?

—Siempre surgen nuevas preguntas que formular mientras se investiga un caso —declaró Dermot.

—Sí, lo comprendo perfectamente. La investigación de un crimen es una especie de proceso, algo así como el revelado de una fotografía, ¿no es eso?

—En efecto —convino Dermot—, excelente comparación.

—Es usted muy amable. Y a propósito de Margot, ¿le gustaría localizarla en seguida?

—Si usted puede ayudarme a conseguirlo, con mucho gusto.

—Bien, en estos momentos —murmuró el joven, consultando su reloj—, debe de estar ante la casa de Keats en Hampstead Heath. Tengo el coche afuera. ¿Quiere que lo lleve allí?

—Esto sería magnífico, señor…

—Jethroe —declaró el joven—, Johnny Jethroe.

Mientras bajaban la escalera, Dermot preguntó a su compañero:

—¿Por qué ha ido miss Bence a la casa de Keats?

—Verá usted. Actualmente ya no hacemos fotografías de modelos en el estudio. Nos gusta que las chicas aparezcan naturales, con los vestidos agitados por el viento, y, a ser posible en un marco original. Por ejemplo, un traje para las carreras de Ascot sobre el fondo de la prisión de Yandsworth o un frívolo conjunto ante la casa de un poeta.

El señor Jethroe condujo su coche con rapidez y habilidad por la calle Tottenham Court, por Camden Town y, finalmente, en dirección a la vecindad de Hampstead Heath. En la acera, cerca de la casa de Keats, se desarrollaba una encantadora escena. Una esbelta muchacha ataviada con un diáfano vestido de organdí, permanecía de pie sujetándose un inmenso sombrero negro. A sus espaldas había otra muchacha arrodillada tirando de la falda de la primera, de forma que el vuelo de la misma se adhiriese a sus piernas y rodillas; una joven provista de una cámara fotográfica dirigía las operaciones con voz bronca y cavernosa.

—Por amor de Dios, Jane, recógete la parte posterior del vestido. Se ve detrás de la rodilla derecha. Ponte más baja. Eso es. No, más a la izquierda. Muy bien. Así te oculta el arbusto. Magnífico. ¡Quietas! Tomaremos otra. Ahora pon las dos manos en la copa del sombrero. Levanta la cabeza. Bien. Ahora, revuélvete, Elsie. Inclínate. ¡Más! Tienes que recoger esa pitillera. Muy bien. ¡Maravilloso! ¡Ya está! Ahora ponte más a la izquierda. La misma pose, pero con la cabeza vuelta hacia acá. ¡Ya está!

—No comprendo por qué me tomas tantas fotografías por la espalda —refunfuñó la muchacha llamada Elsie, algo mohína.

—Porque ese vestido te queda precioso por detrás, querida —dijo la fotógrafo—. Y, cuando vuelves la cabeza, tu barbilla surge como la Luna sobre una montaña. En fin, creo que ya estamos listos por ahora.

—¡Eh, Margot! —gritó el señor Jethroe.

—¡Ah! —exclamó la joven, volviendo la cabeza—. ¿Eres tú? ¿Qué haces aquí?

—Te he traído a alguien que desea verte. El inspector jefe Craddock, del Departamento de Investigación Criminal.

Los ojos de la muchacha volviéronse rápidamente hacia Dermot. Éste se dijo que la expresión de aquella mirada resultaba un tanto precavida y escrutadora, cosa, al fin y al cabo, perfectamente natural. Era la reacción corriente de la gente en presencia de un detective. A pesar de su delgadez y de sus angulosos contornos, la muchacha poseía una atractiva figura. Una espesa cortina de cabellos negros caía a ambos lados de su rostro. Presentaba un aspecto algo desaliñado y parecía adusta y poco simpática.

Pero el policía comprendió que era una persona de carácter.

—¿En qué puedo servirle, inspector Craddock? —preguntó la joven, arqueando sus ya elevadas cejas, de trazo artificial.

—Mucho gusto en saludarla, miss Bence. Deseaba rogarle que tuviera la amabilidad de contestar a unas cuantas preguntas sobre aquel desagradable suceso ocurrido en Gossington Hall, cerca de Much Benham. Si no recuerdo mal, fue usted allí a tomar unas fotografías.

—En efecto —asintió la muchacha—. Lo recuerdo perfectamente.

Y lanzándole una rápida y penetrante mirada, agregó:

—Pero a usted no le vi allí. Seguramente, era otra persona. El inspector, inspector…

—¿El inspector Cornish? —sugirió Dermot.

—Eso es.

—Nosotros fuimos requeridos más tarde.

—¿Pertenece usted a Scotland Yard?

—Sí.

—¿De modo que ahora intervienen ustedes también, comisionados por la policía local?

—Bien, no se trata exactamente de una intervención. En estos casos es el jefe de policía del condado correspondiente el que debe decidir si puede arreglarse solo o prefiere que nos encarguemos nosotros de la investigación.

—¿Qué influye en su decisión?

—Por lo regular, ésta depende de que el caso sea de índole puramente local o de que presente un cariz más… pongamos universal. Y hasta, en ocasiones, internacional.

—¿Y esta vez el jefe decidió que se trataba de un caso internacional?

—Quizá resultara más adecuado el vocablo «transatlántico».

—Tal es lo que han insinuado los periódicos, ¿verdad? Dicen que el asesino fracasó en su intento de asesinar a Marina Gregg y envenenó a una pobre mujer del pueblo por error. ¿Es verdad eso o se trata de un truco publicitario para su próxima película?

—Temo que existen pocas dudas respecto al particular, miss Bence.

—¿Qué quiere usted preguntarme? ¿Debo acompañarle a Scotland Yard?

—No —repuso el inspector—. A menos que usted lo desee. Si lo prefiere, volveremos a su estudio.

—De acuerdo. Mi coche está en esta misma calle —agregó, echando a andar presurosamente por la acera.

Dermot la siguió, en tanto que Jethroe gritaba a sus espaldas:

—Hasta luego, querida. No quiero inmiscuirme. Estoy seguro de que tú y el inspector vais a ventilar grandes secretos.

Y reuniéndose con las dos modelos, entabló una animada

discusión con ambas.

Margot subió al coche y abrió la portezuela del otro lado para que subiera Dermot Craddock. Luego, procedió a conducir sin despegar los labios en todo el trayecto de regreso a la calle Tottenham Court. Al llegar a ésta, viró hacia el callejón y, al final del mismo, metióse por una puerta abierta.

—Aquí tengo mi aparcamiento —dijo entonces la muchacha—. En realidad, es un almacén de muebles, pero los dueños me han alquilado un pequeño espacio para el auto. Aparcar un coche es una de las grandes pesadillas de Londres, como usted, sin duda, sabe, aunque no creo que intervenga usted en cuestiones de tráfico, ¿verdad?

—No, esa preocupación no me incumbe.

—Aseguraría que es infinitamente preferible desentrañar crímenes —comentó Margot Bence.

Tras conducirle al estudio, la joven le indicó una silla, ofrecióle un cigarrillo y hundióse en un gran canapé redondo, situado enfrente de él. Luego, a través de la cortina de cabello oscuro, observó a su interlocutor con expresión sombría e inquisitiva.

—Estoy a su disposición, inspector —masculló al fin.

—Según mis informes estuvo usted tomando fotografías el día de aquella muerte.

—Sí.

—¿Fue usted contratada profesionalmente?

—Sí. Deseaban que alguien tomase unas cuantas fotos fuera de serie. Yo me dedico preferentemente a esta especialidad. En ocasiones, trabajo para los estudios cinematográficos, pero aquella vez me limité a tomar fotografías de la fiesta y varias instantáneas de personas relevantes en el momento de saludar a Marina Gregg y Jason Rudd. Personajes locales y otras personalidades. Ya sabe usted a qué me refiero.

—¿Permaneció allí mucho tiempo?

—Si, estuve un buen rato allí, aprovechando el magnífico ángulo que me proporcionaba aquel lugar. Podía tomar a la gente que subía por la escalera y, al propio tiempo, girar la cámara y retratar a Marina estrechando la mano a sus invitados. Desde allí se dominaban muchos ángulos sin apenas cambiar de posición.

—Me consta que contestó usted a algunas preguntas a la sazón sobre si había visto algo insólito o susceptible de facilitar alguna pista. Eran preguntas de carácter general.

—Y las de ahora, ¿son más especiales?

—Sí, un poco más concretas. ¿Veía usted bien a Marina Gregg desde su rincón?

—Perfectamente —afirmó la joven, con un ademán de asentimiento.

—¿Y a Jason Rudd?

—Sólo a ratos, porque él se movía más, ofreciendo bebidas y presentando a los invitados entre sí: las personas del pueblo a las celebridades, y viceversa. No vi a aquella señora Baddley.

—Badcock.

—Lo siento… Badcock. Como iba diciendo, no la vi tomar el brebaje fatal. De hecho, no sé exactamente quién era esa señora.

—¿Recuerda usted la llegada del alcalde?

—Por supuesto, recuerdo perfectamente al alcalde. Llevaba su cadena y su indumentaria oficial. Le tomé una fotografía mientras subía la escalera, un primer plano, por cierto que tiene un perfil muy cruel, y después otra estrechando la mano a Marina.

—En este caso, cuando menos puede usted fijar en su mente aquel momento. La señora Badcock y su marido subieron justamente delante de él.

—Lo siento —murmuró la joven, meneando la cabeza—. Sigo sin recordarla.

—Eso importa poco. Presumo que veía usted perfectamente a Marina Gregg y que a menudo la enfocaba con su cámara.

—Desde luego. Casi todo el tiempo. Aguardaba el momento oportuno para fotografiarla.

—¿Conoce usted de vista a un hombre llamado Ardwyck Fenn?

—¡Oh, sí! Perfectamente. Trabajaba para el cine y también para la red de televisión americana.

—¿Lo retrató usted?

—Sí, en el momento en que subía con Lola Brewster.

—¿Iban detrás del alcalde?

—Sí, creo que sí —convino la muchacha tras unos instantes de reflexión.

—¿Se fijó usted si por entonces Marina Gregg pareció sentirse súbitamente indispuesta? ¿Observó algo extraño en la expresión de su rostro?

Margot Bence inclinóse hacia delante, y abriendo una cigarrera, tomó un pitillo y procedió a encenderlo. Aun cuando no había contestado a la pregunta, Dermot se abstuvo de apremiarla. En vez de ello, aguardó, preguntándose en qué estaba pensando la muchacha. Por último, ésta inquirió bruscamente:

—¿Por qué me pregunta eso?

—Porque me interesa grandemente obtener una respuesta veraz a esta pregunta.

—¿Y cree usted que la mía lo será?

—Sí, estoy seguro. Usted está habituada a observar muy de cerca los rostros de las personas, en espera de sorprender determinadas expresiones y aprovechar momentos propicios.

La joven esbozó un ademán de asentimiento.

—¿Vio usted algo de particular?

—Sí. ¿Lo vio también alguna otra persona? —Sí, más de una, pero hay distintas versiones.

—Por ejemplo.

—Una persona me ha dicho que tuvo la impresión de que Marina Gregg iba a desmayarse.

Margot Bence meneó la cabeza, lentamente.

—Otra asegura que estaba asustada.

Y tras una pausa, Dermot concluyó:

—Y otra ha dicho que pareció quedarse petrificada.

—¿Petrificada? —repitió Margot Bence, pensativa.

—¿Comparte usted esta última apreciación?

—No sé. Tal vez.

—Fue expresada de forma aún más imaginativa —prosiguió Dermot—, utilizando las palabras del desaparecido poeta Tennyson: *«El espejo se rajó de parte a parte. La condenación ha caído sobre mí, exclamó la Dama de Shalott*.»

—No había ningún espejo —repuso Margot Bence—; pero, de haberlo habido, es posible que se hubiera roto.

Luego, levantándose bruscamente, añadió:

—Aguarde un momento. Haré algo mejor que describírselo. Se

lo mostraré.

Y, apartando la cortina del fondo de la estancia, desapareció tras ella unos instantes. El inspector oyóla murmurar impacientemente por lo bajo. Por fin, regresó, refunfuñando:

—¿Por qué será que nunca encuentra una las cosas cuando las necesita? Menos mal que esta vez he dado con ello. Ha sido una suerte.

Y acercándose al policía, le tendió un brillante positivo. Dermot lo examinó. Era una excelente fotografía de Marina Gregg. En ella aparecía estrechando la mano a una mujer situada de espaldas a la cámara. Pero Marina Gregg no la miraba. Sus ojos hallábanse ligeramente desviados hacia la izquierda. Lo que llamó la atención a Dermot Craddock fue que aquel rostro no expresaba nada definido. Semejaba exento de angustia y de temor. La mujer de la fotografía contemplaba algo, y la emoción que le producía aquella contemplación era tan grande que veíase en la imposibilidad física de expresarla con ninguna expresión facial. Dermot Craddock había visto una vez aquella mirada en el rostro de un hombre, un hombre que un segundo más tarde había muerto de un tiro…

—¿Satisfecho? —interrogó Margot Bence.

—Sí, gracias —afirmó Craddock, lanzando un profundo suspiro —. ¿Sabe usted? Es difícil determinar si los testigos exageran o imaginan haber visto cosas raras. Pero en este caso no ha sido así. Había, en efecto, algo que ver y la testigo lo captó. ¿Puedo guardarme este retrato? —preguntó.

—Desde luego. Quédese el positivo. Yo ya tengo el negativo.

—¿No lo envió usted a la prensa?

Margot Bence meneó la cabeza, negativamente.

—Me sorprende que no lo haya hecho. Al fin y al cabo, es una fotografía muy dramática. Probablemente, algún periódico hubiera pagado un buen pico por ella.

—No me gusta hacer eso —replicó Margot Bence—. Si por casualidad, sorprendo la intimidad del alma de una persona, no quiero aprovechar la ocasión para lucrarme.

—¿Conocía usted a Marina Gregg?

—No.

—Procede usted de los Estados Unidos, ¿verdad?

—Nací en Inglaterra, pero me eduqué en América. Regresé a este país hace cosa de tres años.

Dermot Craddock asintió en silencio. Sabía de antemano las respuestas a sus preguntas, pues tales respuestas figuraban entre las listas de información que habíanle estado aguardando sobre la mesa de su despacho. La muchacha parecía bastante sincera.

—¿Dónde se formó usted profesionalmente? —inquirió el inspector.

—En los Estudios Reingarden. Estuve una temporada con Andrew Quilp. Con éste aprendí mucho.

—«Estudios Reingarden y Andrew Quilp», —repitió Dermot Craddock, súbitamente interesado.

De hecho, aquellos nombres le recordaban algo.

—Vivió usted en Seven Springs, ¿no es eso?

—Parece ser que usted sabe muchas cosas de mí —comentó la joven, con aire divertido—. ¿Ha hecho usted indagaciones?

—Es usted una fotógrafo muy conocida, miss Bence. Se han escrito muchos artículos sobre usted, ¿no es eso? Vamos a ver. ¿Por qué vino usted a Inglaterra?

—No sé —respondió ella, encogiéndose de hombros—. Me gusta variar. Además ya le he dicho que nací en Inglaterra, aun cuando partí a los Estados Unidos siendo niña.

—Y, por cierto, una niña muy chiquitina, según tengo entendido.

—A los cinco años, si le interesa a usted saberlo con seguridad.

—Me interesa muchísimo. Creo, miss Bence, que podría usted contarme algo más de lo que ha dicho hasta ahora.

El rostro de la muchacha se endureció.

—¿Qué insinúa usted con eso? —preguntó, mirándole de hito en hito.

Dermot Craddock sostuvo la mirada y decidió aventurarse. Tenía poco en qué fundarse: Los Estudios Reingarden, Andrew Quilp y el nombre de una ciudad. Pero tuvo la sensación de qué la vieja miss Marple se hallaba a su espalda, apremiándole.

—Creo que conoce usted a Marina Gregg mejor de lo que pretende.

—Demuéstrelo —exclamó ella, riendo—. Está usted imaginando

cosas raras.

—¿De veras? No comparto su opinión. De hecho, podría demostrarlo con un poco de tiempo y paciencia. Vamos, miss Bence, ¿por qué no confiesa la verdad? Confiese que Marina Gregg la adoptó en su infancia y que vivió con ella cuatro años.

La joven aspiró el aliento, produciendo una especie de siseo.

—¡Es usted un despreciable entrometido! —soltó.

La salida sorprendió un poco al policía, por el contraste que suponía con los modales hasta entonces observados por la muchacha. Ésta se puso en pie, y, sacudiendo su negra cabellera, exclamó:

—¡Está bien, está bien! ¡Es verdad! Marina Gregg me llevó consigo a América. Mi madre tenía ocho hijos. Vivía en un barrio bajo. Me figuro que fue una de las muchas personas que escriben a las artistas de cine contando historias tristes e instándolas a adoptar una criatura sin medios. ¡Oh, qué asunto más repugnante!

—Eran ustedes tres —prosiguió Dermot—. Tres niños adoptados en distintas épocas, de diversas procedencias.

—En efecto. Rod, Angus y yo. Angus era mayor que yo y Rod casi un bebé. Lo pasábamos divinamente y gozábamos de todas las ventajas —agregó levantando la voz con sorna—. Vestidos, coches, una casa maravillosa, excelentes maestros y preceptores, y magníficos alimentos. ¡Todo en grande! Y, entretanto, nuestra «mamá» —mamá entre comillas— representaba a maravilla su papel, cantándonos nanas y retratándose con nosotros. Total, un cuadro de lo más sentimental.

—Pero el caso es que ella deseaba hijos —repuso Dermot Craddock—. ¿No es cierto? No sólo se trataba de un alarde publicitario.

—Es posible que no. Sí, creo que, en realidad, no fingía. Quería hijos. Pero no nos quería a nosotros. Todo fue una comedia. «Mi familia». «¡Es tan hermoso tener una familia!». E Izzy se lo consintió. Debiera haber sido más precavido.

—¿Izzy era Isidore Wright?

—Sí, su tercer o cuarto marido. No recuerdo exactamente cuál. Era un hombre admirable. Creo que la comprendía, y únicamente en ocasiones se preocupaba por nosotros. Nos trataba con afecto,

pero no pretendía ser un padre. De hecho, no se sentía padre. Lo único que le interesaban eran sus escritos. He leído algunas de sus cosas. Son sórdidas y algo crueles, pero intensas. Opino que algún día la gente le considerará un gran escritor.

—¿Y hasta cuándo duró la cosa?

—Hasta que Marina se cansó de representar aquel papel —contestó Margot Bence, esbozando una súbita sonrisa—. Mejor dicho, eso no es del todo exacto… Lo cierto es que contribuyó a ello el hecho de su futura maternidad.

—¿Y luego?

—Luego, ¡se acabó! —exclamó la muchacha, riéndose con repentina amargura—. No nos quiso más. Habíamos satisfecho una necesidad pasajera, pero, en realidad, le importábamos un bledo. Con todo, nos dotó magníficamente. Nos proporcionó un hogar, una madre adoptiva, dinero para nuestra educación y una bonita suma para dar los primeros pasos por la vida. No se puede negar que se portó correcta y generosamente. Pero nunca nos quiso. Lo único que deseaba era un hijo propio.

—Eso nadie puede reprochárselo —murmuró Dermot con voz suave.

—Ni yo sé lo reprocho. Es natural que quisiera un hijo propio. Pero ¿y nosotros? Nos alejó de nuestros padres y de nuestros hogares. Mi madre me vendió para tener una boca menos, mas no en provecho personal. Me vendió porque era una pobre estúpida que se figuraba que su hija iba a darse la gran vida, con toda clase de «comodidades» y una excelente «educación». Pensó que todo sería para mi bien. ¡Mi bien! ¡Si supiera!

—Al parecer, aun tiene usted mucha amargura.

—No, ya no. Todo está superado. Si la demuestro es por el mero hecho de evocar aquellos tiempos, todos la experimentamos entonces.

—¿Los tres?

—Bien, Rod, no. Rod nunca se inmutaba por nada. Además, era muy chiquitín. Pero Angus sintió lo mismo que yo. Si bien mostróse más vengativo. Dijo que, cuando fuera mayor, mataría a aquel niño que esperaba Marina.

—¿Supo usted algo de ese niño?

—Naturalmente. Todo el mundo sabe lo sucedido. Marina estaba loca de contento ante la idea de ser madre, pero el niño nació idiota. Le estuvo bien empleado. De todos modos, no volvió a reclamarnos.

—¿La detesta usted mucho?

—¿Cómo quiere usted que no la deteste? Me hizo lo peor que puede hacerse a una persona. Inducirla a creerse amada y luego darle a entender que todo ha sido una farsa.

—¿Qué fue de sus dos… hermanos?, permítame llamarlos así para abreviar.

—Todos hemos seguido caminos distintos. Rod se dedica a la labranza en un lugar del Oeste Medio. Tiene muy buen carácter, y siempre lo ha tenido. En cuanto a Angus, no sé qué ha sido de él. Lo perdí de vista.

—¿Siguió mostrándose vengativo?

—No, no creo —repuso Margot—. Esas cosas pasan. La última vez que lo vi, me dijo que pensaba dedicarse al teatro. Ignoro si llevó a cabo su proyecto.

—No obstante, usted sí recuerda todavía —murmuró Dermot.

—Sí, no lo he olvidado —masculló Margot Bence.

—¿Se sorprendió Marina Gregg al verla aquel día o había solicitado sus servicios para complacerla?

—¿Quién, ella? —profirió la joven, sonriendo desdeñosamente —. Ella no intervino para nada en la organización de la fiesta. Yo sentía curiosidad por verla y, en consecuencia, me las arreglé para conseguir el puesto. Ya le he dicho que gozo de cierta influencia en los estudios. Me interesaba ver qué aspecto tenía actualmente — añadió, acariciando la superficie de la mesa—. Ni siquiera me reconoció. ¿Qué le parece a usted eso? Viví con ella cuatro años, desde los cinco a los nueve, y no me reconoció.

—Los niños cambian mucho —objetó Dermot Craddock—; tanto, que a veces están desconocidos. El otro día encontré a una sobrina mía por la calle, y le aseguro que, si no me llama ella, habría pasado por su lado sin reconocerla.

—¿Dice usted eso para consolarme? En realidad, no me importa. Mejor dicho, seamos sinceros. Sí me importa, como me importó entonces. Marina tenía un atractivo personal que hechizaba a todo

el mundo. Es perfectamente posible odiar a una persona y, no obstante, sentir interés por ella.

—¿No se dio usted a conocer?

—No. Eso es lo último que haría.

—¿Intentó usted envenenarla, miss Bence?

Al oír esta pregunta, la joven cambió de talante, inmediatamente se puso en pie y exclamó, riendo:

—¡Qué preguntas más ridículas hace usted! Claro está que me figuro que se ve usted obligado a hacerla. Es parte de su profesión. Puedo asegurarle en absoluto que no la maté.

—Eso no es lo que le he preguntado, miss Bence.

La joven lo miró, desconcertada.

—Marina Gregg aún está viva —masculló el policía.

—¿Por cuánto tiempo?

—¿Qué insinúa usted con eso?

—¿No considera usted probable, inspector, que alguien intente de nuevo envenenarla y logre su intento… esta vez?

—Se tomaron precauciones.

—De eso no me cabe duda. El amante esposo velará por ella y no consentirá que le suceda nada malo.

Dermot la escuchaba atentamente, pendiente del burlón tono de su voz.

—¿Qué ha querido usted insinuar al decir que no era ésa su pregunta? —inquirió Margot, reanudando de pronto el hilo de la conversación.

—Le he preguntado si intentó usted matarla. Y usted me ha respondido que usted no la mató. Eso es cierto, no cabe duda, pero alguien murió, alguien fue asesinado.

—¿Sugiere usted que intenté matar a Marina y en su lugar maté a la señora no sé cuántos? Pues si quiere que le diga la verdad, ni intenté envenenar a Marina, ni envenené a la señora Badcock.

—¿Pero sabe usted, acaso, quién lo hizo?

—No sé nada, inspector, se lo aseguro.

—¿No tiene usted alguna idea?

—¡Bah! —exclamó la joven sonriendo con expresión burlona—. Ideas nunca faltan. Entre tantas personas pudiera haber sido aquella especie de robot de pelo negro que tienen por secretaria, el elegante

Hailey Preston, los criados, las doncellas, una masajista, la peluquera, un empleado de los estudios, infinidad de gente. Cualquiera de esas personas podría haber fingido lo que no era.

Luego, al ver que su interlocutor daba inconscientemente un paso hacia ella, la muchacha meneó la cabeza con vehemencia, agregando:

—Tranquilícese, inspector. Todo esto es hablar por hablar. No cabe duda que hay alguien deseoso de acabar con Marina, pero no tengo la menor idea de quién puede ser esa persona.

Capitulo XVI

1

En el número 16 de la calle Aubrey Close, la joven señora Baker hablaba con su marido, Jim Baker, un apuesto gigantón rubio entregado a la tarea de acoplar las piezas de un juego de construcciones.

—¡Bah, vecinos! —exclamó Cherry, meneando su rizada cabeza —. ¡Vecinos! —repitió con rencor.

Luego, levantando cuidadosamente la sartén del hornillo, vertió con destreza su contenido en dos platos y colocó el más lleno ante su marido.

—Guisado de carne —anunció.

—Eso parece —murmuró Jim Baker, olfateando el plato con fruición—. ¿Qué día es hoy? ¿Mi cumpleaños?

—Tienes que alimentarte —replicó Cherry.

La joven aparecía muy bonita con volantitos. Jim Baker apartó a un lado las piezas componentes de un crucero para hacer sitio a su comida.

—¿Quién ha dicho eso? —preguntó a su mujer, con una sonrisa.

—¡Miss Marple! —declaró Cherry—. Claro está —añadió sentándose frente a Jim y atrayendo su plato hacia sí—, que, pensándolo bien, podría dar el ejemplo empezando por alimentarse mejor ella. Esa vieja gata maula que la cuida sólo le da hidratos de carbono. ¡No se le ocurre nada más! Un «buen flan», un «rico budín de pan y mantequilla», «un sabroso plato de macarrones a la italiana». Total, cosas sin consistencia con salsa rosada. Y cháchara todo el día. Hay que ver lo que charla ésa mujer durante todo el

día.

—¡Bien! —exclamó Jim, vagamente—. Me figuro que la somete a una dieta de inválida.

—¿Inválida? —resopló Cherry—. Miss Marple no es ninguna inválida. Es vieja, eso es todo. Además, siempre se mete en lo que no le importa.

—¿Quién, miss Marple?

—No. Miss Knight. ¡Decirme a mí cómo se hacen las cosas! ¡Incluso pretende enseñarme a guisar! ¡Pero si sé mucho más de cocina que ella!

—Eres un as guisando, Cherry —reconoció Jim.

—La cocina tiene un secreto —murmuró Cherry—. Y no todo el mundo puede hincarle el diente a ese secreto.

—En cambio, yo se lo estoy hincando a esta carne con verdadero gusto —rióse Jim—. ¿Por qué dice miss Marple que necesito alimentarme? ¿Me encontró desmejorado el otro día cuando fui a colocar aquel estante del cuarto de baño?

—¿Quieres saber lo que me dijo? —exclamó Cherry, ríendo a su vez—. Me dijo: «Tiene usted un marido muy apuesto, querida». Un marido muy apuesto. Parece una frase de esos seriales que leen por televisión.

—Supongo que le diste la razón —sonrió Jim.

—Dije que no estabas mal.

—Eso revela muy poco entusiasmo.

—Y luego miss Marple añadió: «Debe usted cuidar mucho a su marido, querida. Procure alimentarle debidamente. Los hombres necesitan buenos platos de carne bien guisada».

—¡Aprende, aprende!

—Y me aconsejó que te diera alimentos frescos y no comprase pasteles de carne ni ninguna de esas zarandajas preparadas que se meten en el horno a calentar. Conste que no abuso de ese sistema —añadió Cherry con dignidad.

—Y yo te lo agradezco —masculló Jim—. No saben igual.

—¡Bah! Reconoce que a veces, ni siquiera te fijas en lo que comes, enfrascado en tus cruceros y construcciones. Y no me salgas con que compraste ese juego para regalárselo a tu sobrino Michael por Navidad. Lo compraste para entretenerte tú.

—Michael todavía no tiene edad de utilizarlo —profirió Jim con aire de disculpa.

—Y me figuro que vas a pasar toda la noche manipulándolo. ¿Por qué no pones un poco de música? ¿Has comprado aquel nuevo disco de que me hablaste?

—Sí. «1812», de Tchaikowski.

—¿Ese tan ruidoso que representa una batalla? —identificó Cherry, con una mueca—. A la señora Hartwell no le gustará. ¡Dichosos vecinos! Estoy harta de vecinos. Siempre quejándose y refunfuñando. No sé cuál es peor, si los Hartwell o los Barnaby. A veces los Hartwell empiezan a dar golpes a la pared a las once menos veinte de la noche. ¡Qué exageración! Al fin y al cabo, tanto la «tele» como la B. B. C, acaban sus programas más tarde. ¿Por qué no podemos oír un poco de música si queremos? ¡Para colmo, siempre nos dicen que rebajemos!

—Lo cual es imposible —comentó Jim, con autoridad—. Esas cosas hay que oírlas con volumen. Eso lo sabe todo el mundo. Incluso lo reconocen en los círculos musicales. ¿Y su gato? ¡Pensar que a todas horas viene a nuestro jardín a escarbar los macizos que tanto nos han costado!

—¿Sabes una cosa, Jim? Estoy harta de este lugar.

—En cambio, en Huddersfield no te importaban los vecinos —observó Jim.

—Allí era diferente —replicó Cherry—. Allí tenía uno independencia. Si alguien pasaba un apuro, los vecinos le ayudaban y viceversa. Pero nadie se metía en nada. En cambio, en una urbanización como ésta hay algo que induce a la gente a mirarse de reojo, acaso porque son todos nuevos en el barrio. Es aterradora la cantidad de chismes, murmuraciones, criticas y quejas por escrito al ayuntamiento que hay aquí. La gente que vive en ciudades como Dios manda, no puede perder el tiempo en esas jerigonzas.

—Es posible que tengas razón, muchacha.

—¿Te gusta este sitio, Jim?

—Tengo un buen empleo y al fin y al cabo, vivimos en una casa nueva y recién construida. Lástima que no sea un poco más grande. Sería maravilloso tener un taller.

—Al principio, me gustó mucho —confesó Cherry—, pero ahora

no estoy tan segura. La casa está bien y me encanta el cuarto de baño y la pintura azul de las paredes, pero no me gusta la gente ni el ambiente de este barrio, aunque reconozco que hay alguna que otra persona agradable. ¿Te dije que Lily Price y su novio Harry habían terminado? Por lo visto, ocurrió algo raro el día que fueron a ver aquella casa. Al parecer, ella estuvo a punto de caerse por una ventana y más tarde dijo que Harry ni siquiera había hecho ademán de sujetarla.

—Me alegro de que haya roto con él —suspiró Jim—. Es uno de los tipos más atravesados que conozco.

—No es aconsejable casarse con un hombre por el mero hecho de que haya un bebé en camino —opinó Cherry—. Por lo visto, él no quería casarse con ella. Es un individuo poco recomendable. Al menos, así dijo miss Marple —agregó pensativa—. Advirtió a Lily que no se casara con él, Lily la tomó por loca.

—¿A quién, a miss Marple? No sabía que miss Marple conociese a Harry.

—Pues, sí. Miss Marple estuvo paseando por aquí el día que se cayó y fue atendida por la señora Badcock. ¿Tú crees que Arthur y la señora Bain acabarán casándose?

Jim tomó una pieza del crucero y, frunciendo el entrecejo, consultó el diagrama con las instrucciones.

—Me fastidia que no atiendas cuando hablo —protestó Cherry.

—¿Qué decías?

—Hablaba de Arthur Badcock y Mary Bain.

—¡Por amor de Dios, Cherry! ¡Su mujer acaba de morir! ¡Cómo sois las mujeres! Me han dicho que el pobre aún está en un estado de nervios tremendo. ¡Con decirte que se sobresalta si alguien le dirige la palabra!

—No me explico por qué… Nunca sospeché que se lo tomara de ese modo, ¿y tú?

—¿Podrías desembarazar un poco este extremo de la mesa? —instó Jim, sin mostrar el menor interés por los asuntos de sus vecinos—. Así tendré más espacio para disponer estas piezas.

Cherry lanzó un suspiro de exasperación.

—¡No hay manera! —exclamó, amargamente—. ¡Como no me convierta en un «superjet» o en uno de esos chismes de propulsión a

chorro no espero conseguir que me prestes atención! ¡A paseo tú y tus construcciones!

Dicho esto, llenó la bandeja con las sobras de la cena y la llevó al fregadero. Pero en vez de lavar la vajilla, necesidad de la vida diaria que Cherry siempre posponía en lo posible, la joven apiló todos los cacharros en el fregadero, sin orden ni concierto, y poniéndose una chaqueta de pana, se dispuso a salir de la casa, no sin antes volverse a decir a su marido:

—Voy a llegarme a ver a Gladys Dixon. Quiero pedirle que me preste un patrón del Vogue.

—Está bien, muchacha —murmuró Jim, inclinándose sobre el modelo.

Cherry salió a la calle. Al pasar ante la casa vecina, echó una mala mirada a la puerta anterior. Luego, dobló la esquina para internarse en Blenheim Close y, por último, se detuvo en el número 16. Al ver la puerta abierta, Cherry llamó con los nudillos y entró en el vestíbulo, gritando:

—¿Está Gladys?

—¿Es usted, Cherry? —preguntó la señora Dixon, asomándose por la puerta de la cocina—. Gladys está arriba, cortándose un vestido en su habitación.

—Gracias. ¿Puedo subir?

Cherry subió a un pequeño aposento, en el cual Gladys, una muchacha rolliza, de rostro vulgar, procedía a prender un patrón de papel sobre un género, arrodillada en el suelo, con las mejillas arreboladas y varios alfileres en la boca.

—Hola, Cherry. Mira qué trozo más bonito que he comprado en las rebajas de casa «Harper», de Much Benham. Voy a hacerme otra vez aquel modelo que me hice en «terylene».

—Quedará precioso —ensalzó Cherry.

Gladys se puso en pie, algo jadeante.

—Creo que me he indigestado —balbució.

—No deberías agacharte así después de cenar —amonestó Cherry.

—Lo que me conviene es adelgazar un poco —suspiró Gladys, sentándose en la cama.

—¿Alguna novedad en los estudios? —inquirió Cherry, siempre

ávida de saber noticias del mundo cinematográfico.

—Poca cosa. Siguen haciéndose muchos comentarios. Marina Gregg reapareció ayer en el «set» y armó una zaragata espantosa.

—¿Por qué?

—No le gustó el sabor de su café. Verás. A media mañana, todos suelen tomar una taza de café. Ella bebió un sorbo y salió con que tenía un gusto raro, lo cual, naturalmente, era una majadería, pues el café se sirve directamente de un jarro procedente de la cantina. Claro está que yo siempre vierto el suyo en una taza especial de porcelana, muy elegante y diferente de los demás, pero el café es el mismo. De modo que era imposible que tuviera mal sabor, ¿no te parece?

—¡Bah! —exclamó Cherry—. ¡Nervios! ¿Y qué sucedió?

—Nada de particular. El señor Rudd tranquilizó a todo el mundo con su habitual acierto y tomando el café de su esposa, lo echó por el fregadero.

—Eso me parece una estupidez —comentó Cherry, pausadamente.

—¿Por qué?

—Porque sí, en efecto, el café tenía algo malo, ahora nadie podrá comprobarlo.

—¿Tú crees que pudiera haber contenido algo sospechoso? —inquirió Gladys, alarmada.

—Bien —masculló Cherry, encogiéndose de hombros—. Puesto que había algo en su combinado el día de la fiesta, no sería raro que lo hubiera habido también en el café. Puesto que falló el primer intento, lo lógico es que el asesino pruebe otra vez.

—No me gusta este asunto, Cherry —barbotó Gladys, estremeciéndose—. No cabe duda que alguien se las tiene juradas. Ha recibido más cartas, amenazándola. Para colmo, el otro día pasó lo del busto.

—¿Qué busto?

—Un busto de mármol instalado en el «set», en un rincón del aposento de no sé qué palacio austríaco, llamado Shotbrown o un nombre raro por el estilo. En él abundan los cuadros, la porcelana y los bustos de mármol. Aquel en cuestión estaba sobre una repisa, sin duda mal colocado porque, al pasar un camión de gran tonelaje

por la carretera, el chisme se vino abajo, trepidando, y se desplomó precisamente sobre la silla donde se sienta Marina para su gran escena con el conde no sé cuántos. ¡La hizo astillas! Por fortuna, no estaban rodando en aquel momento. El señor Rudd dio orden de no decir una palabra a Marina de lo ocurrido, y puso otra silla en sustitución de la rota. Y ayer, cuando Marina se presentó y preguntó por qué le habían cambiado la silla, él dijo que habían mandado cambiarla porque resultaba un poco anacrónica y no quedaba tan bien encajada como la segunda. Pero puedo asegurarte que a él tampoco le gustó ni pizca el incidente.

Las dos muchachas cambiaron una mirada.

—En cierto modo, es emocionante —murmuró Cherry—. Sin embargo…

—Creo que voy a dejar de trabajar en la cantina de los estudios —declaró Gladys.

—¿Por qué? ¡Nadie quiere envenenarte ni echarte bustos de mármol por la cabeza!

—No. Pero no siempre sale perjudicada la persona contra quien atenta el agresor. A veces, se la carga el que menos culpa tiene. Como Heather Badcock aquel día.

—Tienes razón —convino Cherry.

—¿Sabes? —farfulló Gladys—. He estado pensando. El día de la fiesta yo estaba en Gossington Hall, ayudando a servir. Me hallaba muy cerca de ellas en aquel momento.

—¿Cuándo murió Heather?

—No, cuando derramó el combinado sobre su vestido. Por cierto que era un vestido precioso, de tafetán de nilón azul noche. Lo estrenaba aquel día, con ocasión de la fiesta. Y fue muy raro.

—¿Qué es lo que fue raro?

—Entonces no se me ocurrió pensarlo. Pero después, al reflexionar sobre ello, se me antoja raro.

Cherry la miró con expectación.

—¡Por amor de Dios! —apremió—. ¿Qué fue lo raro?

—Estoy casi segura de que lo hizo adrede.

—¿El qué? ¿Derramar el combinado?

—Sí. Y me parece raro, ¿no crees?

—Sí, sobre todo tratándose de un vestido nuevo.

—Me pregunto qué hará Arthur Badcock con los vestidos de Heather —murmuró Gladys—. Aquél quedaría muy bien una vez limpio. De lo contrario, como tenía mucho vuelo, podría estrechar la falda y quitarle la parte manchada. ¿Tú crees que Arthur Badcock se molestaría mucho si le pidiese que me lo vendiera? Apenas tendría que tocarlo… y el género es precioso.

—¿No te… daría reparo? —preguntó Cherry, con un titubeo.

—¿Qué?

—Tener un vestido que llevaba una mujer al morir en esas circunstancias.

Gladys se la quedó mirando, asombrada.

—No había pensado en eso —confesó.

Y tras reflexionar unos instantes, exclamó con renovada animación:

—No creo que importe. Al fin y al cabo, toda la ropa que se compra de segunda mano suele pertenecer a personas difuntas, ¿no es eso?

—Sí, pero no es lo mismo.

—Eres demasiado quisquillosa —repuso Gladys—. Es un azul maravilloso y un género de muy buena calidad. En cuanto a ese detalle raro —prosiguió, pensativa—, creo que mañana por la mañana entraré en Gossington Hall, de paso para mi trabajo, para comentarlo con el señor Giuseppe.

—¿El mayordomo italiano?

—Sí. Es guapísimo, con unos ojos centelleantes que enamoran. Tiene un genio terrible. Cuando vamos a ayudarle unas pocas de nosotras, nos regaña de lo lindo. Pero, en realidad, ninguna se molesta, aparte de que, cuando quiere, es simpatiquísimo… —agregó con una risita—. En fin, de todos modos, pienso decírselo y preguntarle qué debo hacer.

—No veo la necesidad —objetó Cherry.

—Bien…, fue muy raro —insistió Gladys, aferrándose a su adjetivo favorito con aire retador.

—Creo —espetó Cherry— que lo que quieres es una excusa para ir a hablar con el señor Giuseppe… Y te aconsejo que seas prudente, muchacha. ¡Ya sabes cómo son estos latinos! ¡Ardientes y apasionados como pocos!

Gladys suspiró, embelesada.

Cherry contempló la rolliza y pecosa cara de su amiga y llegó a la conclusión de que sus advertencias eran innecesarias. A buen seguro, el señor Giuseppe tenía mejor carne que echar al asador.

2

—¡Ajá! —exclamó el doctor Haydock—. ¿Conque destejiendo, eh? —agregó, mirando alternativamente a miss Marple y a un montón de esponjosa lana blanca.

—Me aconsejó usted que destejiera si no podía tejer —alegó miss Marple.

—Y, al parecer, ha tomado usted el consejo al pie de la letra.

—Me equivoqué en la medida al empezar la prenda y, en consecuencia, me he visto obligada a deshacerla toda. Es un patrón muy complicado, ¿sabe usted?

—¿Qué son para usted los patrones complicados? Nada en absoluto.

—Supongo que, dada mi mala vista, debiera atenerme a labores sencillas.

—Se aburriría usted mucho. Bien, me satisface que siguiera usted mi consejo.

—¿Acaso no lo hago siempre, doctor Haydock?

—Siempre que le conviene —repuso el médico.

—Dígame, doctor, ¿eran realmente las labores de punto lo que tenía usted en el magín cuando me dio ese consejo? —inquirió miss Marple, guiñando un ojo.

—¿Cómo le va el desentrañamiento del crimen? —soltó el médico, devolviéndole el guiño.

—Temo que estoy perdiendo facultades —lamentóse miss Marple, meneando la cabeza con un suspiro.

—Tonterías —replicó el doctor Haydock—. No pretenderá usted hacerme creer que no ha sacado conclusiones.

—Por supuesto. Y muy categóricas.

—¿Cómo, por ejemplo?

—Si el vaso de combinado fue envenenado aquel día, y conste que no acabo de comprender cómo pudo llevarse a cabo semejante cosa…

—A lo mejor, el asesino tenía el veneno preparado en un cuentagotas —sugirió Haydock.

—¡Qué profesional es usted! —exclamó miss Marple, con admiración—. Pero, aun así, me parece muy raro que nadie lo viera.

—Según eso, el crimen no sólo fue cometido, sino visto cometer, ¿no es eso?

—Sabe usted perfectamente lo que quiero significar —masculló miss Marple.

—Por consiguiente, el asesino tenía que correr ese albur —infirió Haydock.

—Desde luego. Eso es incuestionable. Pero, según mis informes, obtenidos preguntando a éste y al de más allá, calculo que había por lo menos dieciocho o veinte personas en el lugar. Y tengo para mí que entre veinte personas, alguna debió percatarse del acto del asesino.

—Eso me parece a mí también —asintió Haydock—. Pero, evidentemente, ninguna lo vio.

—No estoy tan segura —musitó miss Marple, pensativa.

—¿Qué cree usted exactamente?

—Verá usted. Hay tres posibilidades. Parto de la base de que al menos una persona vio algo, una de las veinte. Considero razonable mi suposición.

—Opino que se está usted precipitando —repuso Haydock—. Sospecho que va usted a salirme con uno de esos horribles problemas de probabilidades en que, por ejemplo, seis hombres tienen sombreros blancos y otros seis sombreros negros, y hay que averiguar, por cálculo matemático, cuántas probabilidades hay que se mezclen los sombreros y en qué proporción. Si empieza a pensar cosas de este estilo, está usted perdida. ¡Téngalo por seguro!

—No pensaba nada semejante —replicó miss Marple—. Me limitaba a pensar que es posible…

—Sí —interrumpió Haydock, pensativo—, se da usted mucha maña en hacer suposiciones. Siempre se la ha dado.

—Como iba diciendo —prosiguió miss Marple—, es posible que, entre veinte personas, cuando menos, una fuera observadora.

—Me doy por vencido —suspiró Haydock—. Veamos esas tres posibilidades.

—Temo que tendré que exponerlas algo esquemáticamente —advirtió miss Marple—. Todavía no lo he pensado bien. Sin duda, el

inspector Craddock y, probablemente, Frank Cornish antes que él, habrán interrogado a todos los presentes en la recepción, de modo que lo natural, habría sido que quienquiera que vio algo, lo hubiese dicho en seguida.

—¿Es ésa una de las posibilidades?

—No, de ningún modo —repuso miss Marple—, por la sencilla razón de que no ha sucedido. Lo que debe usted tener en cuenta es lo siguiente: Si alguien vio algo, ¿por qué no ha dicho nada?

—Soy todo oídos.

—Posibilidad número uno —empezó miss Marple con las mejillas arreboladas de animación—. La persona que lo vio no se dio cuenta de lo que veía. Eso significa, naturalmente, que era una persona estúpida, alguien capaz de utilizar los ojos, mas no el cerebro. Una de esas personas que si les preguntasen: «¿Vio usted a alguien echar algo en el vaso de Marina?», contentaría: «No»; pero si les dijesen: «¿Vio a alguien poner la mano sobre el vaso de Marina?», responderían: «¡Sí, desde luego!».

—Reconozco —comentó Haydock, echándose a reír— que nunca tomamos en consideración la posibilidad de que haya un retrasado mental entre nosotros. De acuerdo, acepto la posibilidad Número Uno. El necio vio el acto, pero no captó su significado. Vamos por la segunda.

—Ésta es muy descabellada, pero opino que también es una posibilidad. Y consiste en que el autor del hecho pudiera haber sido una persona cuya acción de echar algo en un vaso hubiese parecido natural.

—¡Eh, aguarde un momento! Explíquese con más claridad.

—Me da la impresión de que hoy día —declaró miss Marple—, la gente siempre añade cosas a lo que come y bebe; En mis tiempos se consideraba de muy mala educación tomar medicinas con las comidas, casi tanto como sonarse la nariz en la mesa. Por eso se evitaba. Si uno tenía que tomar píldoras o comprimidos, o bien una cucharada de algo, salía del comedor para hacerlo. Ahora es muy frecuente. Cuando estuve en casa de mi sobrino Raymond, observé que algunos de sus invitados traían consigo una porción de tubos y frasquitos con píldoras y tabletas. Las toman entre comidas, o antes o después de las mismas. Llevan aspirinas y otras zarandajas en el

bolso de sobremesa. ¿Comprende usted a qué me refiero?

—¡Oh, sí! —exclamó el doctor Haydock—. Ahora la entiendo perfectamente y su razonamiento me parece muy interesante. Insinúa que alguien…

Pero, interrumpiéndose, instó:

—Por favor, expóngalo usted a su modo.

—Insinúo —accedió miss Marple—, que sería muy posible, audaz pero posible, que alguien hubiese cogido aquel vaso como si fuera el suyo y echado en su interior la droga abiertamente, en cuyo caso la gente no hubiera dado importancia al hecho.

—Con todo, el culpable o la culpable no tenía la certeza de que su proceder iba a ser acogido con semejante indiferencia —objetó Haydock.

—No —convino miss Marple—; existía un riesgo, un peligro, pero cabía la posibilidad de soslayarlo. Y, finalmente —prosiguió la anciana—, pasemos a la tercera posibilidad.

—Así, pues —resumió el doctor—, quedamos en que la posibilidad Número Uno es un retrasado mental y la Número Dos, un temerario. Ahora vayamos por la Número Tres.

—Alguien vio lo sucedido, pero se lo ha callado.

—¿Por qué razón? —preguntó Haydock, frunciendo el ceño—. ¿Sugiere usted algún chantaje? En este caso…

—En este caso —atajó miss Marple—, ese proceder es muy peligroso.

—Ciertamente —convino el doctor, escrutando a la plácida anciana, sentada con la blanca prenda de lana en el regazo—. Y dicho sea de paso, ¿considera esta tercera posibilidad la más probable?

—No —replicó miss Marple—. No me atrevería a decir tanto. De momento no tengo suficientes elementos de juicio. A menos —agregó, cautelosamente—, que se cometa otro asesinato.

—¿Cree usted que va a morir otra persona?

—Espero que no —repuso miss Marple—. Dios quiera que no. ¡Pero sucede tantas veces, doctor Haydock! Eso es lo malo. ¡Sucede tantas veces!

Capitulo XVII

Ella Zielinsky colgó el receptor y, sonriendo para sus adentros, salió de la cabina de teléfono público, muy satisfecha de sí misma.

—¡Caramba con el sabelotodo del inspector Craddock! —pensó —. ¡Le doy quince y raya en su profesión! Variaciones sobre el tema: «¡Hurra, todo ha sido descubierto!». Con profundo deleite, imaginóse las reacciones recientemente experimentadas por la persona al otro lado del hilo, ¿qué impresión le habría producido aquel débil susurro amenazador: «Yo lo vi todo…», percibido a través del receptor telefónico?

La secretaria rióse en silencio, con las comisuras de los labios formando una cruel curva felina. Un estudiante de psicología hubiérase sentido atraído por su actitud. Jamás había experimentado aquella sensación de poder, Apenas se daba cuenta del grado de intensidad que alcanzaba en ella aquel sentimiento…

Al pasar ante East Lodge, advirtió que la señora Bantry, trabajando como de costumbre en el jardín, le agitaba la mano.

—¡Diablos de vieja! —se dijo Ella, consciente de que la señora Bantry la seguía con la mirada mientras ascendía por la calzada.

Sin ningún motivo determinado, le vino a la memoria una frase muy conocida:

Tanto va el cántaro a la fuente…

Tonterías. Nadie sospecharía que era ella la persona que había susurrado aquellas palabras amenazadoras…

De pronto, Ella Zielinsky estornudó.

—¡Maldito romadizo! —gruñó la joven.

Al entrar en su despacho, vio a Jason Rudd de pie junto a la ventana.

—¿Dónde se había metido usted? —inquirió su jefe, volviéndose a mirarla.

—Tenía que hablar con el jardinero. Había… —mas, al ver el rostro de su interlocutor, Ella se interrumpió bruscamente. Luego, tras un titubeo, interrogó con viveza—: ¿Qué ocurre?

Los ojos de Jason Rudd parecían más hundidos que nunca. Toda la jovialidad de su rostro de clown había desaparecido. Saltaba a la vista que estaba en tensión. Ella Zielinsky lo había visto tenso en otras ocasiones, mas nunca como entonces.

—¿Qué ocurre? —repitió.

—Vea usted el análisis de aquel café —farfulló él hombre, tendiéndole una hoja de papel—. El café que Marina no quiso tomar porque, según ella, tenía un gusto raro.

—¿Lo mandó usted analizar? —preguntó la joven, sobrecogida —. ¡Pero si lo echó usted al fregadero! ¡Lo vi con mis propios ojos!

La ancha boca de Rudd esbozó una sonrisa.

—Soy muy hábil en los juegos de manos, Ella, ¿no lo sabía usted? Pues, sí. Tiré casi todo el contenido de la taza, pero guardé un poco para llevarlo a analizar.

Ella Zielinsky leyó el papel que tenía en la mano.

—¿Arsénico? —musitó, con incredulidad.

—Sí, arsénico.

—¿De modo que Marina tenía razón en asegurar que notaba un gusto amargo?

—No. El arsénico no sabe a nada. Pero su instinto no se equivocaba.

—¡Pensar que nosotros la tomamos por histérica!

—¡Y lo está, no cabe duda! ¿Quién no lo estaría en su lugar? Como aquel que dice vio caer muerta a una mujer a sus plantas. Por añadidura recibe una serie de notas amenazadoras, una tras otra… Hoy no ha llegado ninguna, ¿verdad?

Ella Zielinsky hizo un ademán negativo.

—¿Quién introduce en la casa esos mensajes? En realidad, no creo que resulte difícil hacerlo con tantas ventanas abiertas. Cualquiera podría colarse.

—¿Insinúa usted que deberíamos tener la casa cerrada a piedra y lodo? ¡Nos asaríamos de calor! Al fin y al cabo, hay un hombre apostado en el jardín.

—Sí, y, por otra parte, no quiero asustar a Marina más de lo que

está. Las notas amenazadoras carecen de importancia. Pero el arsénico, Ella, el arsénico, es diferente.

—Aquí en la casa nadie puede envenenar la comida.

—¿Está usted segura, Ella?

—Si alguien lo hiciera, sería descubierto. Ninguna persona sin autoridad para…

—La gente es capaz de todo por dinero, Ella —interrumpió Jason Rudd.

—¡Menos asesinar!

—Incluso eso. A lo mejor sin darse cuenta de lo que hace… Los criados…

—Estoy segura de que el servicio es de nuestra total confianza.

—Giuseppe, por ejemplo. No sé si me fiaría mucho de él en cuestión de dinero… Lleva bastante tiempo con nosotros, pero…

—¿Por qué se atormenta usted de ese modo, Jason?

Éste desplomóse en el sillón e, inclinándose hacia delante, dejó pender sus largos brazos entre las rodillas.

—¿Qué quiere usted que haga? —murmuró, pausadamente—. ¡Dios mío! ¡Qué desgracia!

Ella Zielinsky guardó silencio, mirándole desde su silla.

—Marina era feliz aquí —prosiguió Jason, como hablando consigo mismo, al tiempo que contemplaba fijamente la alfombra a través del espacio que mediaba entre sus rodillas.

De haber levantado la vista, tal vez le hubiera sorprendido la expresión que asomaba al rostro de su secretaria.

—Era feliz —repitió—. Confiaba en ser feliz y era feliz. Así dijo aquel día, el día que la señora no sé cuántos…

—¿Bantry?

—Eso es. El día que la señora Bantry vino a tomar el té. Dijo que éste era un lugar muy «tranquilo» y que, por fin, había encontrado un sitio donde podría sentirse segura y feliz. ¡Segura! ¡Cielos! ¡Si eso es seguridad!

—¿Feliz por siempre jamás? —murmuró Ella, con un dejo de ironía—. Sí, dicho así, parece un cuento de hadas.

—Sea como fuere, ella lo creía.

—Pero usted, no —replicó Ella—. Usted nunca se hizo ilusiones.

—No —asintió Jason Rudd, con una sonrisa—. No llegué a ese

extremo. Pero pensé que, por espacio de una temporada, unos dos años, gozaríamos de paz y tranquilidad. Es posible que Marina se hubiese convertido en otra mujer, una mujer con confianza en sí misma. Marina puede ser feliz, ¿sabe usted? Cuando es feliz, parece una niña, una chiquilla. ¿Por qué ha tenido que sucederle esto?

—A todos nos suceden cosas —soltó Ella, meneándose inquietamente—. Así es la vida. Y hay que tomarla como es. Unos lo consiguen y otros no. Marina es de estos últimos.

Dicho esto, la joven estornudó.

—¿Otra vez su romadizo?

—Sí. A propósito, Giuseppe ha ido a Londres.

—¿A Londres? —exclamó Jason, algo sorprendido—. ¿Para qué?

—Al parecer, está pasando una tribulación familiar. Tiene parientes en Soho, y uno de ellos está gravemente enfermo. Ha expuesto el caso a Marina y, en vista de que ésta ha dado su consentimiento, le he dejado salir. Regresará esta noche. Supongo que no le importa, ¿verdad?

—No —respondió Jason—, en absoluto…

Luego, poniéndose en pie, murmuró, al tiempo que procedía a pasearse de un lado a otro de la estancia:

—¡Si pudiera llevármela lejos… ahora mismo!

—¿E interrumpir la película? Tenga usted en cuenta que…

—Lo único que me interesa es Marina —atajó él levantando la voz—. ¿No lo comprende usted? Está en peligro, y eso es todo cuanto me preocupa.

La joven abrió la boca, impulsivamente, mas volvió a cerrarla, sin decir nada. Luego, ahogando otro estornudo, se puso en pie, dispuesta a retirarse.

—Será mejor que vaya a darme una pulverización —declaró.

Y dirigióse a su habitación con una palabra resonando en su pensamiento. Marina… Marina… Marina… Siempre Marina. Una oleada de cólera invadió todo su ser. Pugnando por dominarla. Ella Zielinsky entró en su dormitorio y tomó el pulverizador reservado para las curas de su catarro nasal. Luego, tras introducir el pitón del recipiente en una ventana de su nariz, oprimió el pequeño fuelle de goma.

La advertencia llegó un segundo demasiado tarde… Su cerebro

reconoció el insólito olor a almendras amargas… mas no a tiempo de paralizar la presión de sus dedos…

Capitulo XVIII

1

Frank Cornish colgó el receptor.

—Miss Brewster ha salido a pasar el día fuera de Londres —murmuró.

—¿No ha vuelto todavía? —inquirió Craddock.

—¿Cree usted que…?

—No sé. Tal vez, no, pero no estoy seguro. ¿Y Ardwyck Fenn?

—También ha salido. He dejado recado de que le telefonee a usted a su regreso. En cuanto a Margot Bence, la fotógrafo, está cumpliendo un encargo relacionado con su profesión en algún punto de la provincia. El lechuguino de su socio no sabe dónde… o no ha querido decirlo. Y el mayordomo se ha largado a Londres.

—Me pregunto si este último no habrá tomado definitivamente las de Villadiego —masculló Craddock, pensativo—. Siempre he sospechado de los parientes moribundos ¿Por qué le ha dado por ir a Londres hoy, con estas prisas?

—A lo mejor, metió el cianuro en el pulverizador antes de marcharse.

—Cualquiera podría haber hecho otro tanto.

—Pero opino que él tenía más ocasión que nadie. Dudo que pudiera hacerlo una persona ajena a la casa.

—Pues es perfectamente posible. Bastábale con elegir el momento oportuno, dejar el coche en una de las calzadas laterales, aguardar a que todo el mundo estuviese en el comedor, deslizarse por una ventana y subir al piso. Los arbustos llegan hasta la casa.

—Se me antoja muy arriesgado.

—Este criminal no vacila en arriesgarse. Tenemos buena prueba de ello desde el principio.

—Pero apostamos un hombre en el jardín.

—Ya sé. Con todo, un hombre no bastaba. La cuestión de los anónimos no me preocupaba mayormente. Marina Gregg estaba bien guardada. Pero nunca se me ocurrió pensar que hubiese otra persona en peligro. Lo cierto es que…

Sonó el teléfono, Cornish atendió inmediatamente a la llamada.

—Es del Dorchester. El señor Ardwyck Fenn está al aparato —añadió el policía, pasando el receptor a su compañero.

—¿El señor Fenn? —preguntó éste—. Aquí, Craddock.

—¡Ah, sí! Me han dicho que había usted llamado. He estado fuera todo el día.

—Siento comunicarle, señor Fenn, que miss Zielinsky ha muerto esta mañana… Envenenada con cianuro.

—¿De veras? Me sorprende la noticia. ¿Ha sido un accidente o algo provocado?

—No, no ha sido accidente. Alguien introdujo ácido prúsico en un pulverizador que solía usar la víctima.

—¡Ah! Ya comprendo…

Y tras una breve pausa. Ardwyck Fenn preguntó:

—¿Y se puede saber por qué me telefonea usted dándome cuenta de este doloroso suceso?

—Usted conocía a miss Zielinsky, señor Fenn.

—En efecto. La conocí hace años. Pero nuestra amistad era muy superficial.

—Hemos supuesto que acaso podría usted ayudarnos.

—¿En qué sentido?

—Tal vez pudiera sugerirnos algún posible motivo de su muerte. Era extranjera en este país. Sabemos muy poco de sus amigos y relaciones, como asimismo de las circunstancias de su vida.

—Estimo que Jason Rudd es la persona más indicada para informarles.

—Naturalmente. Y ya le hemos interpelado. Pero podría dar la casualidad de que usted supiera algo acerca de ella que él ignorase.

—Temo que no sea así. No sé casi nada de Ella Zielinsky, excepto que era una joven muy competente en su profesión, una

secretaria de primera categoría. De su vida privada, no sé una palabra.

—¿Así, pues, no tiene usted nada que sugerir?

Craddock estaba ya preparado a oír la negativa decisiva, pero, para su sorpresa, dicha negativa no llegó a sus oídos. En su lugar, sobrevino una pausa, durante la cual percibió el fuerte resuello de Ardwyck Fenn al otro lado del hilo.

—¿Sigue usted al aparato, inspector?

—Sí, señor Fenn. Aquí estoy.

—He decidido decirle algo que tal vez resulte de alguna utilidad, Cuando sepa usted de qué se trata, comprenderá que tengo sobrados motivos para silenciarlo. Pero opino que, a la larga, mi silencio podría resultar imprudente. Los hechos son los siguientes. Hace un par de días, recibí una llamada telefónica. Una voz cuchicheó textualmente estas palabras: Le vi a usted, le vi echar las tabletas en el vaso…, ignoraba usted que hubiese habido testigos, ¿verdad? Eso es todo, por ahora… Muy pronto recibirá usted instrucciones de lo que debe hacer.

Craddock lanzó una exclamación de asombro.

—Sorprendente, ¿verdad, señor Craddock? Le doy mi palabra de que la acusación era completamente infundada. Yo no eché tabletas en el vaso de nadie. Desafío a quien sea a demostrar que lo hice. La sugestión es totalmente absurda. Pero, al parecer, la cosa indica que miss Zielinsky se proponía practicar el chantaje.

—¿Reconoció usted su voz?

—Es imposible reconocer un murmullo, pero no cabe duda que era Ella Zielinsky.

—¿Cómo lo sabe usted?

—La persona en cuestión estornudó sonoramente antes de colgar. Y me consta que miss Zielinsky padecía de catarro nasal crónico.

—¿Y qué opina usted de todo esto?

—Opino que miss Zielinsky no acertó con la persona en cuestión a la primera tentativa. Pero considero muy posible que fuese más afortunada después. Y el chantaje es un juego peligroso.

—Le agradezco muchísimo su declaración, señor Fenn —profirió Craddock, reaccionando, al fin, de su sorpresa—. De todos modos,

por pura fórmula, me veré obligado a comprobar sus movimientos en el día de hoy.

—Naturalmente. Mi chófer podrá informarle sobre el particular.

Tras colgar el receptor, Craddock repitió todo cuanto acababa de decirle su comunicante.

—Una de dos —comentó Cornish emitiendo un fuerte silbido—. O ese hombre no tiene realmente nada que ver con este asunto o bien…

—O bien se trata de una magnífica baladronada. En realidad, pudiera serlo. Fenn es de los que no se paran en barras. Contando con que Ella Zielinsky hubiese dejado algún indicio de sus sospechas, esta forma de echar la capa al toro constituiría una estupenda baladronada.

—¿Y su coartada?

—No sería la primera vez que tropezamos con una falsa coartada excelentemente preparada —suspiró Craddock—. Y Ardwyck Fenn dispone de recursos suficientes para pagar una elevada suma por una de ellas.

2

Giuseppe regresó a Gossington Hall poco después de medianoche. De hecho, tuvo que tomar un taxi en Much Benham, pues había salido ya el último tren de la línea que empalmaba con Saint Mary Mead.

El mayordomo estaba de muy buen humor. Despidió el taxi ante la puerta del jardín y tomó un atajo entre los arbustos. Abrió la puerta trasera con su llave. La casa estaba oscura y silenciosa. Giuseppe cerró la puerta y echó el pestillo. Al volverse hacia la escalera que conducía a su confortable apartamento compuesto de habitación y cuarto de baño, notó una corriente de aire. Sin duda, había alguna ventana abierta. Con todo, el italiano decidió no molestarse en comprobarlo. Subió arriba, sonriente, e introdujo una llave en la cerradura de su puerta. Tenía la costumbre de dejar siempre su habitación cerrada con llave. Pero, al tiempo que abría y empujaba la puerta, notó en la espalda la presión de una especie de anillo duro y redondo. Una voz susurró:

—Levante las manos y no grite.

Giuseppe apresuróse a obedecer. No quería arriesgarse. Aunque, de hecho, de nada le valió la precaución.

El gatillo fue oprimido una, dos veces.

Giuseppe cayó boca abajo…

Blanca, levantó la cabeza de la almohada.

¿Qué era aquello, un tiro…? Estaba casi segura de haber oído un tiro… Aguardó unos instantes. Luego, convencida de que había sufrido un error, tendióse otra vez.

Capitulo XIX

1

—Es espantoso —farfulló miss Knight, tomando aliento, al tiempo que depositaba sus paquetes en la mesa.

—¿Qué ha sucedido? —inquirió miss Marple.

—No quisiera decírselo, querida. Temo que se impresione usted.

—Si no me lo dice, lo hará otra persona —le advirtió miss Marple.

—¡Caramba, pues es verdad! —dijo miss Knight—. ¡Qué pena! No cabe duda de que la gente habla demasiado. Yo nunca repito nada. Soy muy prudente en este aspecto.

—¿Decía usted que ha sucedido algo grave? —insistió miss Marple.

—Tanto, que me ha trastornado —miss Knight le aseguró—. ¿Está usted segura de que no le molesta la corriente de aire que viene de esa ventana, querida?

—Me gusta respirar un poco de aire fresco —repuso miss Marple.

—Sí. pero no debemos enfriarnos, ¿oye? —le advirtió miss Knight, con expresión picaresca—. Le diré lo que pienso hacer. Voy a prepararle una yema batida. Apuesto a que nos apetecerá mucho.

—Ignoro si a usted le apetece tomarla —gruñó miss Marple—. Pero si así es, me encantaría que lo hiciera.

—Vamos, vamos —sonrió miss Knight, agitando el índice—, no sea usted bromista.

—De acuerdo, pero, antes de marcharse, dígame qué ha pasado.

—Bien —accedió miss Knight—, pero con la condición de que

no debe usted preocuparse ni ponerse nerviosa por ello, ya que estoy segura de que no nos atañe para nada. Claro está que, acostumbrados a oír hablar de todos esos «gangsters» americanos y demás facinerosos, ya no nos sorprende nada.

—¿Ha habido otro asesinato, no es eso? —coligió miss Marple.

—¡Caramba! ¡Qué perspicaz es usted, querida! ¡No me explico cómo lo ha adivinado!

—A decir verdad —murmuró miss Marple, pensativa—, me lo esperaba.

—¿Es posible? —exclamó miss Knight.

—En estos casos —explicó miss Marple—, siempre hay alguien que ve algo, sólo que a veces la gente necesita tiempo para percatarse de lo que ha visto. ¿Quién es el muerto?

—El mayordomo italiano. Alguien lo mató de un tiro anoche.

—¡Ah, caramba! —profirió miss Marple, sin cesar de reflexionar —. Sí, es muy verosímil, pero me sorprende que ese hombre no se diera cuenta antes de la importancia de lo que vio.

—¡Habla usted como si estuviese enterada de todo lo sucedido! ¿Por qué habían de matarle?

—Porque supongo que intentó hacer chantaje a alguien.

—Dicen que ayer fue a Londres.

—¿De veras? —exclamó miss Marple—. Eso es muy interesante, y hasta me atrevería a decir que sugestivo.

Miss Knight se fue a la cocina con ánimo de preparar sus anunciadas bebidas nutritivas. Miss Marple permaneció sentada en su sillón, sumida en sus pensamientos, hasta que le distrajo de ellos el sonoro y agresivo zumbido del aspirador, acompañado de la voz de Cherry cantando la última canción de moda favorita de los públicos, titulada: «Yo te dije y tú me dijiste».

—Por favor, Cherry —instó miss Knight, asomando la cabeza por la puerta de la cocina—, no haga tanto ruido, ¿no ve que molesta a nuestra querida miss Marple? Procure ser considerada.

Y, dicho esto, miss Knight cerró de nuevo la puerta de la cocina, en tanto Cherry gruñía:

—¿Quién le ha dado permiso de llamarme Cherry a esa vieja gelatinosa?

Luego, cantando en voz más baja, volvió a conectar el aspirador.

Miss Marple llamó con su clara voz:

—¡Cherry! Venga acá un momento.

Cherry apagó el aspirador y, abriendo la puerta del salón, disculpóse:

—No quisiera haberla molestado con mis cantos, miss Marple.

—Sus cantos resultan mucho más agradables que el ruido del aspirador —sonrió miss Marple—. Pero, en fin, hay que amoldarse a los tiempos. Sería inútil pedirles a ustedes, la gente joven, que volviesen al uso del cepillo y la pala de antaño.

—¿Cómo? —exclamó Cherry, alarmada y sorprendida—. ¿Yo arrodillarme con una pala y un cepillo?

—Comprendo que le parezca a usted inaudito —suspiró miss Marple—. Entre y cierre la puerta. La he llamado porque quiero hablar con usted.

Cherry obedeció y acercóse a miss Marple, mirándola con expresión inquisitiva.

—Disponemos de poco tiempo —lamentóse miss Marple—. Esa vieja (me refiero a miss Knight) se presentará de un momento a otro con un batido de huevo.

—Eso le sentará a usted de maravilla —comentó Cherry en tono alentador.

—¿Se ha enterado usted de que el mayordomo de Gossington Hall fue muerto de un tiro anoche? —preguntó miss Marple.

—¿Quién, el italiano? —farfulló Cherry.

—Sí, creo que se llamaba Giuseppe.

—Pues, no —repuso Cherry—. No sabía eso. He oído decir que ayer la secretaria del señor Rudd tuvo un ataque al corazón. Aseguran que ha muerto, pero sospecho que es sólo un rumor. ¿Quién le ha dicho lo del mayordomo?

—Miss Knight, de regreso de la compra.

—Claro está que yo no he visto a nadie esta mañana antes de venir aquí —declaró Cherry—. Me figuro que la noticia se habrá divulgado hace poco. ¿Se trata de un asesinato?

—Eso dice la gente, aunque no sé si con razón o sin ella.

—En este pueblo se habla demasiado —refunfuñó Cherry—. Me pregunto si Gladys se decidió a ir a verlo al fin —agregó pensativa.

—¿Quién es Gladys?

—Una amiga mía. Vive cerca de casa y trabaja en la cantina de los estudios.

—¿Y le habló de Giuseppe?

—Verá usted, había algo que se le antojaba un poco raro y tenía intención de ir a preguntarle qué opinaba de ello. Pero, si quiere usted que le sea franca, creo que se trataba de una mera excusa para verle, pues andaba un poco enamoriscada de él. A decir verdad, es un hombre muy apuesto y los italianos tienen mucho ángel. Con todo, yo le aconsejé que tuviera cuidado con él. Ya sabe usted cómo son los italianos.

—Tengo entendido que ayer ese hombre fue a Londres y no regresó hasta la noche.

—A lo mejor Gladys se las arregló para verlo antes de su marcha.

—¿Por qué quería verlo su amiga, Cherry?

—Porque había algo que le parecía un poco raro —le respondió Cherry.

Miss Marple la miró con aire interrogante.

—Gladys fue una de las muchachas que ayudaron a servir el día de la fiesta —explicó Cherry—, esto es, el día que la señora Badcock la diñó.

—¿Ah, sí? —exclamó miss Marple, más alerta que un «fox-terrier» al acecho de una rata.

—Y, al parecer, vio algo que le llamó un poco la atención.

—¿Por qué no fue a decírselo a la policía?

—Porque no consideraba que mereciese la pena —contestó Cherry—. Antes quería comentarlo con el señor Giuseppe.

—¿Qué fue lo que vio aquel día?

—Francamente —masculló Cherry—, lo que me dijo se me antojó una tontería. Aunque he pensado que tal vez era otra cosa.

—¿Qué fue lo que le dijo? —inquirió miss Marple, haciendo alarde de su habitual paciencia y obstinación.

—Habló de la señora Badcock y el cóctel, y dijo que estaba muy cerca de ella en aquel momento —explicó Cherry, frunciendo el entrecejo—. Añadió que ella misma lo hizo.

—¿Hizo qué?

—Derramar el coctel sobre su vestido y echárselo a perder.

—¿Por torpeza?

—No, nada de torpeza. Gladys aseguró que lo hizo aposta, con toda intención. Pero la verdad es que, por más vueltas que le doy, no le veo el sentido.

—No —balbuceó miss Marple, meneando la cabeza con expresión perpleja—. Ni yo tampoco se lo veo.

—Además, era un vestido nuevo —prosiguió Cherry—. De eso vino la conversación. Gladys tenía intención de comprarlo. Dijo que habría que lavarlo, pero que no se atrevía a dirigirse personalmente al señor Badcock para adquirirlo. Gladys es muy mañosa para coser y aseguró que era un género precioso, de tafetán artificial azul noche, y que, como la falda tenía mucho vuelo, podría quitarle la parte manchada por el coctel y aprovechar el resto.

Miss Marple consideró un momento aquel problema de modistería.

Luego, dejándolo a un lado interrogó:

—¿Y usted cree que su amiga Gladys Dixon le ocultó algo?

—No he podido menos de pensarlo porque no comprendo qué es lo que tenía que preguntar al señor Giuseppe si lo que vio fue tan sólo a Heather Badcock derramándose deliberadamente el coctel sobre el vestido.

—Ni yo tampoco —convino miss Marple, suspirando—. Pero el hecho de no comprender resulta siempre interesante. Cuando uno no comprende una cosa es porque la enfoca mal o porque no esté debidamente informado sobre ella. Probablemente nos encontraremos en este último caso. En fin, es una lástima que esa chica no fuera directamente a la policía.

En aquel momento abrióse la puerta y apareció miss Knight con un vaso alto coronado por una deliciosa espuma amarillenta.

—Aquí tiene usted querida —dijo la recién llegada—. Verá qué rico está. ¡Con qué gusto lo saborearemos!

Y, tirando de una mesita, la dispuso delante de su patrona. Luego, volviéndose a mirar a Cherry, añadió fríamente.

—Ha dejado usted el aspirador atravesado en el pasillo. Por poco me caigo sobre él. Si no lo quita de allí, alguien se lastimará.

—En seguida voy —barbotó Cherry—. Con su permiso.

Y salió de la estancia.

—¡Caramba con la tal señora Baker! —gruñó miss Knight—. Constantemente tengo que estar llamándole la atención sobre algo. ¿A quién se le ocurre dejar el aspirador en medio del paso y entrar a charlar con usted sin tener en cuenta que lo que usted quiere es que la dejen tranquila?

—Conste que la he llamado yo —replicó miss Marple—. Deseaba hablar con ella.

—Supongo que le habrá echado en cara lo mal que hace las camas —refunfuñó miss Knight—. Anoche me quedé patitiesa al abrir la de usted. Tuve que volver a hacerla otra vez.

—Fue usted muy amable —agradeció miss Marple.

—Nunca me duele hacer un favor —declaró miss Knight—. Al fin y al cabo, para esto estoy aquí, para cuidar y atender en lo posible a cierta persona que todos conocemos. ¡Ah, caramba, caramba! —agregó—. ¿Y ha vuelto a deshacer su labor?

Miss Marple recostóse en su sillón.

—Voy a descansar un poco —dijo, cerrando los ojos—. Ponga el vaso aquí… Eso es, gracias. Y tenga la bondad de no entrar a molestarme al menos en tres cuartos de hora.

—Pierda usted cuidado, querida —dijo miss Knight—. No la molestaré. Y advertiré a la señora Baker que no meta ruido.

Dicho esto, se retiró directamente.

2

El apuesto joven americano miró a su alrededor con aire desconfiado.

Las ramificaciones de la urbanización le aturrullaban.

En vista de ello dirigióse cortésmente a una anciana de cabello blanco y mejillas sonrosadas que parecía ser el único ser humano visible en aquel lugar.

—Disculpe usted, señora. ¿Podría decirme dónde está la Blenheim Close?

La anciana lo examinó unos instantes. Mas he ahí que cuando el joven, tomándola por sorda, se disponía a repetir la pregunta en voz más alta, la desconocida contestó:

—Siga por aquí, a la derecha. Luego doble a la izquierda y, a la segunda travesía, doble otra vez a la derecha y siga recto. ¿Qué número busca usted?

—El 16 —respondió el joven, consultando un papel—. Gladys Dixon.

—Eso es —murmuró la anciana—. Pero creo que esa muchacha trabaja en la cantina de los Estudios Hellingforth. Probablemente la encontrará usted allí, si desea hablar con ella.

—Esta mañana no se ha presentado —explicó el joven—. Quería localizarla para decirle que venga a Gossington Hall. Andamos muy escasos de personal hoy.

—Ya me lo figuro —profirió la anciana—. Creo que anoche alguien disparó contra el mayordomo, ¿no?

La salida dejó al joven un poco sorprendido. Por último, éste acertó a contestar:

—Al parecer, las noticias vuelan en este pueblo.

—Efectivamente —asintió la anciana—. También tengo entendido que la secretaria del señor Rudd murió ayer a consecuencia de una especie de ataque… Es terrible —comentó meneando la cabeza—, realmente terrible. Si seguimos así, ¿adónde iremos a parar?

Capitulo XX

1

Un poco más avanzado el día, otro visitante encaminóse a Blenheim Close número 16. Era el sargento de detectives William (Tom) Tiddler. En respuesta a su enérgica llamada a la puerta, elegantemente pintada de amarillo, acudió a abrirle una muchacha de unos quince años, con una larga melena rubia, jersey de color naranja y ceñidos pantalones negros.

—¿Vive aquí la señorita Gladys Dixon?

—¿Desea usted verla? Lo siento, no está en casa.

—¿Dónde está? ¿Pasará la noche fuera?

—Se ha ausentado del pueblo para tomarse unas pequeñas vacaciones.

—¿A dónde ha ido?

—Eso es mucho preguntar —repuso la muchacha.

—¿Puedo entrar? —preguntó Tom Tiddler, sonriendo a la chica con la más expresiva de las sonrisas—. ¿Está en casa su madre?

—Mamá ha ido a trabajar y no regresará hasta las siete y media. Pero, de todos modos, tampoco podrá informarle. Gladys se ha ido de vacaciones.

—Comprendo. ¿Cuándo se marchó?

—Esta mañana. Ha sido todo de improviso. Nos ha dicho que tenía la oportunidad de viajar gratis.

—¿Le importaría darme sus señas?

—No las tengo —replicó la muchacha rubia con un ademán negativo—. Gladys ha prometido mandar sus señas en cuanto se instale. Pero dudo que lo haga —añadió—. El verano pasado fue a

Newquay y ni siquiera nos mandó una postal. Es muy perezosa y además siempre dice que las madres se preocupan demasiado.

—¿Le ha pagado alguien esas vacaciones?

—Seguramente —contestó la chica—. Me consta que estos días anda muy mal de fondos. La semana pasada gastó mucho en las rebajas.

—¿Y no tiene usted idea de quién le ha regalado este viaje o dado dinero para que lo realizase?

Al oír esta pregunta, la muchacha rubia replicó, muy tiesa:

—Por favor, no piense usted cosas raras. Nuestra Gladys no es de esa calaña. En agosto le gusta pasar las vacaciones en el mismo sitio que su novio, pero eso no es ningún pecado. Ella se paga lo suyo. Conque no sea usted mal pensado, caballero.

Tiddler aseguró humildemente que distaba mucho de abrigar tales suposiciones, pero que le gustaría saber la dirección de Gladys Dixon si ésta enviaba una postal.

Luego volvió al cuartel con el resultado de sus diversas gestiones. En los estudios le habían informado de que Gladys Dixon había telefoneado aquella mañana diciendo que no podría ir a trabajar en una semana. Habíase enterado también de otros detalles.

—Parece que últimamente los ánimos están muy excitados allí —exclamó el sargento—. Marina Gregg hace una escena casi todos los días. Hace poco salió con que el café que le servían estaba envenenado porque tenía un sabor muy amargo. Se puso en un terrible estado de nervios. Su marido tomó la taza y echó el café por un fregadero, aconsejándola que no armase tanta bulla.

—¿Y qué más? —masculló Craddock, seguro de que la cosa no terminaba ahí.

—Pero, por lo visto, el señor Rudd no lo tiró todo, sino que guardó un poco y lo hizo analizar, con el resultado de que el café estaba, en efecto, envenenado.

—Todo esto se me antoja muy inverosímil —comentó Craddock —. Tendré que interpelar a Jason Rudd sobre el particular.

2

Jason Rudd estaba nervioso, irritable.

—Estimo, inspector Craddock, que tenía perfecto derecho a hacer lo que hice —gruñó.

—Si sospechaba usted de aquel café tenía algo malo, señor Rudd, ¿por qué no nos lo confiaba a nosotros para su análisis?

—Lo cierto es que no sospeché ni por un momento que estuviera envenenado.

—¿A pesar de que su esposa aseguraba que tenía un sabor raro?

—¡Bah! —exclamó Rudd, esbozando una triste sonrisa—. Desde el día de la fiesta, todo lo que come o bebe mi mujer tiene, según ella, un gusto raro. Entre eso y las notas amenazadoras que han llegado…

—¿Todavía más?

—Sí, otras dos. Una fue echada por esa ventana. Otra, por el buzón. Aquí están, si le interesa verlas.

Craddock las examinó. Estaban mecanografiadas, al igual que la primera. Una decía:

Ya falta poco. Prepárese usted.

La otra ostentaba un tosco dibujo con una calavera y dos huesos en aspa, bajo la cual figuraban las siguientes palabras: Ésa es la suerte que le espera, Marina.

—Muy pueril —comentó Craddock, arqueando las cejas.

—¿Quiere usted decir con esto que no las considera peligrosas?

—De ningún modo —repuso Craddock—. La mentalidad de un asesino suele ser pueril. ¿De veras no tiene usted idea, señor Rudd, de quién envió esas notas?

—En absoluto —aseguró Jason—. No puedo menos de pensar que, más que nada, se trata de una broma macabra. Tengo la impresión de que tal vez…

El hombre titubeó.

—Siga usted, señor Rudd.

—De que tal vez es una persona del pueblo, excitada por el envenenamiento del día de la fiesta. Algún enemigo de la profesión

de actor. En ciertos medios rurales el arte dramático es considerado un arma diabólica y desde luego intolerable.

—¿Quiere usted significar con eso que no se cree que miss Gregg esté amenazada? ¿Cómo explica entonces lo del café?

—No comprendo cómo ha llegado eso a sus oídos —masculló Rudd, algo enojado.

—Todo se comenta —murmuró Craddock—. Tarde o temprano se entera todo el mundo. Pero debiera usted haber acudido a nosotros. Ni siquiera nos avisó cuando supo el resultado del análisis.

—No, no lo hice —farfulló Jason—. Tenía otras cosas en qué pensar. Por un lado, la muerte de la pobre Ella. Y luego el caso de Giuseppe. Inspector Craddock, ¿cuándo podré llevarme a mi esposa de aquí? Está frenética, irresistible.

—Me hago cargo. Pero no puede ser. La investigación debe proseguir.

—¿Se da usted cuenta de que su vida continúa en peligro?

—Confío en que no será así. Tomaremos toda clase de precauciones…

—¡Bah! ¡Precauciones! ¿Para qué sirven las precauciones? Debo llevármela de aquí. Craddock, debo llevármela cuanto antes.

3

Marina estaba echada en el diván de su dormitorio, con los ojos cerrados. Su tez aparecía muy pálida, debido a la tensión y a la fatiga.

Su marido permaneció unos instantes de pie ante ella, observándola.

—¿Era Craddock? —inquirió Marina, abriendo los ojos.

—Sí.

—¿Por qué ha venido, por lo de Ella?

—Por lo de Ella… y por lo de Giuseppe.

—¿Giuseppe? —repitió Marina, frunciendo el ceño—. ¿Han averiguado quién disparó contra él?

—Todavía no.

—Parece una pesadilla. ¿Nos ha dado permiso para marcharnos?

—Ha dicho que… debemos aguardar.

—¿Por qué? Debemos marcharnos. ¿No le has dado a entender que no puedo seguir aguardando, día tras día, a que alguien me mate? Es grotesco.

—Tomarán toda clase de precauciones.

—Eso dijeron antes. ¿Y evitaron con ello la muerte de Ella y Giuseppe? ¿No te das cuenta? Al fin, conseguirán liquidarme… Estoy segura de que aquél día había algo en mi café en el estudio… ¡Ojalá no lo hubieses tirado! Si lo hubiéramos guardado, podríamos haberlo hecho analizar y ahora sabríamos a qué atenernos…

—¿Y qué habríamos conseguido con eso?

Marina lo miró de hito en hito, con las pupilas extremadamente dilatadas.

—No te comprendo —dijo al fin—. Si la policía hubiese sabido a ciencia cierta que alguien intentaba envenenarme, nos habría dejado marchar.

—No lo creas.

—¡No puedo continuar así! No puedo… No puedo… Debes ayudarme, Jason. Debes hacer algo. Estoy asustada, terriblemente asustada… Tengo un enemigo aquí. Y no sé quién es… Podría ser…

cualquiera. Alguien de los estudios… o de la casa. Alguien que desea mi muerte… Pero ¿quién? ¿Quién? Primero pensé que era Ella. Es más: estaba casi segura. Pero ahora…

—¿Pensaste que era Ella? —interrogó Jason, pasmado—. Pero ¿por qué?

—Porque me odiaba… sí, me odiaba. ¿A qué se debe que los hombres nunca os dais cuenta de esas cosas? Estaba locamente enamorada de ti. No obstante, apuesto a que tú jamás te percataste de sus sentimientos. Pero no pudo ser Ella, porque Ella está muerta. ¡Oh, Jinks, Jinks! ¡Ayúdame…! ¡Sácame de aquí! ¡Llévame a un sitio seguro… seguro!

Desesperada, se puso en pie y procedió a pasearse de un lado a otro de la estancia, nerviosa y retorciendo las manos.

Como buen director cinematográfico, Jason contemplaba con admiración aquellos apasionados y torturados ademanes. Debía recordarlos. ¿Para Hedda Gabler quizá? De pronto, con un sobresalto, recordó que aquella a quien observaba era su mujer.

—No te preocupes, Marina —musitó acercándose a ella y rodeándola con sus brazos—. Velaré por ti.

—Debemos marcharnos de esta horrible casa… ahora mismo. La detesto… la detesto…

—Atiende, querida. No podemos marcharnos inmediatamente.

—¿Por qué? ¿Por qué?

—Porque —susurró Jason Rudd— las muertes traen complicaciones… Y hay que obrar con sensatez. ¿Qué conseguiríamos huyendo?

—Mucho. Alejarnos de esta persona que me aborrece.

—Si existe esa persona, puede seguirte a cualquier parte.

—¿Insinúas… insinúas… que nunca me libraré de ella, que nunca volveré a estar segura?

—Amor mío… todo se arreglará. Yo cuidaré de ti. Yo velaré por ti.

—¿De veras, Jinks? —balbució Marina, abrazándose a él—. ¿Procurarás que no me pase nada?

Al tiempo que hablaba, la estrella abandonóse a sus brazos y él la tendió suavemente en el diván.

—Soy una cobarde —murmuró Marina—, una cobarde… ¡Si

supiera quién es esa persona… y por qué intenta asesinarme!… Dame las píldoras, las amarillas… no las pardas. Debo tomar algo para calmarme…

—Por amor de Dios, Marina, no abuses de ellas.

—Está bien… está bien… A veces ya no me hacen efecto…

Sus ojos posáronse en el rostro de Jason.

—¿Velarás por mí, Jinks? —inquirió con una tierna y exquisita sonrisa—. Júrame que lo harás…

—Siempre —declaró Jason Rudd—. Hasta el fin.

Marina miróle sorprendida.

—Lo dices con una expresión tan rara…

—¿Rara? ¿Cómo quieres decir?

—No puedo explicártelo. Como… como un clown sonriendo a algo terriblemente triste o invisible a los ojos de los demás.

Capitulo XXI

Al día siguiente, el inspector Craddock acudió a ver a miss Marple con aire muy fatigado y deprimido.

—Tome asiento y póngase cómodo —insistió la anciana—. Salta a la vista que ha pasado usted horas muy duras.

—No me gustaría ser derrotado —gruñó el inspector Craddock —. Dos asesinatos en veinticuatro horas es un poco exagerado. ¡En fin! ¡Eso significa que soy más inútil que lo que imaginaba! Déme una taza de té, tía Jane, con una rebanadita de pan con mantequilla, y apacigüe mi ánimo con esos viejos recuerdos de Saint Mary Mead.

—Vamos, mi querido muchacho —instó miss Marple, emitiendo un compasivo ruidillo con la lengua—, no se ponga así. Además, no creo que sólo quiera té con pan y mantequilla. Cuando tienen una desilusión, los caballeros prefieren algo más fuerte que el té.

Como de costumbre, miss Marple pronunció la palabra «caballero» como el que describe una especie extraña.

—Yo le aconsejaría un buen vaso de whisky con soda —propuso la anciana.

—¿De veras, tía Jane? Bien, no digo que no.

—Y se lo prepararé yo misma —declaró miss Marple, levantándose.

—¡Oh, no! ¡De ningún modo! ¡Déjemelo hacer a mí! ¡O bien llame usted a esa miss no sé cuántos!

—No me interesa que miss Knight venga a estorbarnos aquí —replicó miss Marple—. No traerá el té hasta dentro de veinte minutos. Disponemos, pues, de un rato de paz y tranquilidad. Ha sido usted muy listo de venir por la ventana y no por la puerta anterior. Así podremos estar un ratito a nuestras anchas.

La anciana dirigióse a un aparador instalado en una esquina de

la sala y sacó de su interior una botella, un sifón de agua de soda y un vaso.

—Está usted llena de sorpresas —exclamó Dermot Craddock—. No tenía idea de lo que guardaba usted en este armario. ¿Está usted segura de no tener una secreta afición a la bebida, tía Jane?

—Vamos, vamos —amonestóle miss Marple—. Jamás he sido partidaria de la abstinencia absoluta de bebidas alcohólicas. Una bebida fuerte es siempre aconsejable en caso de susto o accidente. Resulta inapreciable en tales ocasiones. Y también cuando se presenta de improviso un caballero. ¡Aquí tiene usted! —exclamó la anciana, tendiéndole su remedio con aire de sereno triunfo—. Y no se tome la molestia de bromear más. Tome asiento ahí y descanse un poco.

—Apuesto a que en sus tiempos debía de haber magníficas esposas —suspiró Dermot Craddock.

—Estoy segura, querido muchacho, que hoy día consideraría usted el tipo de joven a que acaba de referirse poco adecuado para compañera. Las muchachas de antaño no eran intelectuales y muy pocas de ellas poseían títulos universitarios o distinciones académicas.

—Hay cosas preferibles a las distinciones académicas —repuso Dermot—. Una de ellas saber cuándo un hombre desea tomar un whisky con soda y ofrecérselo.

Miss Marple sonrióle afectuosamente.

—Vamos —instó—, cuéntemelo todo. Mejor dicho, todo, cuanto le permita el secreto profesional.

—Probablemente sabe usted tanto como yo. Y no me sorprendería que se guardase usted algo para su capote. ¿Qué me dice usted de su guardiana, su querida miss Knight? ¿No sería posible que fuese ella la autora del crimen?

—¿Y por qué iba a hacer miss Knight semejante cosa? —inquirió miss Marple, sorprendida.

—Porque es la persona menos sospechosa —contestó Dermot—. Con frecuencia suele cumplirse esa máxima.

—De ningún modo —repuso miss Marple con vehemencia—. He sostenido una y mil veces (y no sólo ante usted, mi querido Dermot, si me permite llamarlo así), que el criminal es siempre la persona

más sospechosa. A menudo pensamos en la esposa o el marido y, en efecto, el culpable suele ser el uno o el otro.

—¿Se refiere usted a Jason Rudd? —preguntó el policía meneando la cabeza—. No, ese hombre adora a Marina Gregg.

—Hablaba en general —replicó miss Marple con dignidad—. Primero, la persona aparentemente asesinada fue la señora Badcock. No bien se preguntaba uno quién podía ser el culpable, la primera respuesta que se le ocurría era, naturalmente, el marido. Por consiguiente, era preciso considerar esa posibilidad. Después decidimos que el verdadero blanco del crimen era Marina Gregg, y una vez más, tuvimos que buscar la persona más íntimamente relacionada con Marina, esto es, el marido. Porque no cabe duda que con mucha frecuencia los maridos ansían deshacerse de sus esposas, aunque a veces, por supuesto, se contentan con desearlo sin pasar a los hechos. Pero convengo con usted, mi querido muchacho, en que Jason Rudd quiere realmente, con todo su corazón, a Marina Gregg. Pudiera ser una hábil ficción, pero no lo creo. Aparte de que no parece tener ningún motivo para deshacerse de ella, si quisiera casarse con otra mujer, no tendría problema. Al parecer, el divorcio es la cosa más natural entre las estrellas de cine. Tampoco parece existir la posibilidad de un beneficio práctico. Jason Rudd no es ningún pobre. Tiene una carrera propia y, según mis informes, triunfa en ella en toda la línea. Por tanto, debemos ir más lejos. No obstante, reconozco que es difícil, sumamente difícil.

—En efecto —convino Craddock—. Y sospecho que debe entrañar particulares dificultades para usted porque el mundo cinematográfico le es absolutamente desconocido. Ignora los escándalos y las animosidades locales.

—Sé algo más de lo que usted se figura —replicó miss Marple—. He estudiado con mucha atención varios números de Confidencial, Vida Cinematográfica, Ecos del Cine, y Tópicos Cinematográficos.

Dermot Craddock no pudo menos de echarse a reír.

—No sabe usted —declaró— cuánto me divierte verla ahí sentada contándome en qué ha consistido su curso de literatura.

—Me pareció interesantísima —aseguró miss Marple—. Esas revistas no están muy bien escritas, que digamos, pero son distraídas. Con todo, me ha desilusionado el hecho de que sean tan

parecidas a las de mis tiempos. Moderna Sociedad, Páginas escogidas y otras. Chismografía al por mayor. Escándalos a granel. Una gran preocupación por quién está enamorado de quién y otras zarandajas por el estilo. Prácticamente, lo mismo que se estila en Saint Mary Mead y en el Ensanche. La naturaleza humana es igual en todas partes. A mi modo de ver, con ello volvemos a la cuestión de quién pudo desear la muerte de Marina Gregg hasta el punto de haber seguido mandando cartas amenazadoras y realizando nuevas tentativas de asesinato tras fracasar en la primera. Tal vez alguien un poco chiflado… —añadió golpeándose suavemente la frente.

—Si —convino Craddock—, eso parece muy indicado. Y, por supuesto, no siempre es ostensible.

—Eso me consta —asintió miss Marple con calor—. El segundo hijo de la vieja señora Pike, Alfred, parecía perfectamente cuerdo y normal. Casi en exceso prosaico, ¿comprende usted? Pero de hecho, parece ser que tenía una psicología francamente anormal, positivamente peligrosa. La señora Pike me dijo que ahora su hijo se siente absolutamente feliz y satisfecho en la Clínica Mental de Fairways. Allí lo comprenden, y los doctores lo consideran un caso interesantísimo, cosa que a él le complace en grado sumo. Si todo acabó felizmente, pero, por una vez, la buena señora estuvo a punto de ser víctima de aquella locura.

Craddock se devanaba los sesos buscando mentalmente la posibilidad de un paralelo entre alguna persona allegada a Marina Gregg y el hijo segundo de la señora Pike.

—Ahora pasemos al mayordomo italiano —prosiguió miss Marple—, el que fue asesinado. Según mis informes, estuvo en Londres el día de su muerte. ¿Sabe alguien qué hizo el italiano en la ciudad? Insisto, no hable usted más que en caso de considerarse autorizado a hacerlo —agregó la anciana razonablemente.

—El mayordomo llegó a Londres a las once y media de la mañana —explicó Craddock—, y nadie sabe qué hizo en la ciudad hasta que, a las dos menos cuarto, se presentó en su Banco para ingresar quinientas libras en efectivo. Puedo añadir que no hubo confirmación de su historia según la cual fue a Londres a visitar a un pariente enfermo o en apuros. Ninguno de sus parientes lo vio.

—Quinientas libras es una respetable cantidad —comentó miss

Marple con un cabezazo apreciativo—. Me figuro que era la primera imposición de una serie de otras muchas, ¿no?

—Eso parece —afirmó Craddock.

—Probablemente fue todo el dinero que pudo entregarle de momento la persona por él amenazada. Es posible que el italiano fingiese darse por satisfecho con él o bien lo aceptase a cuenta de otras entregas posteriores prometidas por la víctima en un inmediato futuro. Eso parece dar al traste con la idea de que el frustrado asesino de Marina Gregg pudiera haber sido una persona de condición humilde con un secreto agravio contra ella. Como, asimismo, descartar la hipótesis de que el dicho asesino fuese algún empleado de los estudios, o un criado, o jardinero. A menos —observó miss Marple— que la citada persona fuese el instrumento de alguien ajeno a esta vecindad. De ahí la visita a Londres.

—Exactamente. En Londres tenemos a Ardwyck Fenn, Lola Brewster y Margot Bence. Los tres asistieron a la fiesta. Los tres podrían haberse reunido con Giuseppe en Londres en un lugar convenido de antemano, entre las once y las dos menos cuarto. Ardwyck Fenn no estaba en su despacho durante esas horas; Lola Brewster había salido de compras y Margot Bence no se hallaba en su estudio. A propósito…

—Siga usted —instó miss Marple—. ¿Tiene algo que decirme?

—Me preguntó usted por los niños —masculló Dermot—, por los niños que Marina Gregg adoptó antes de saber que podía tener un hijo propio.

—En efecto.

Craddock le contó lo que había averiguado.

—Margot Bence —musitó miss Marple—. No sé por qué tenía el presentimiento de que la cosa tenía algo que ver con niños…

—No puedo creerlo, después de tantos años…

—Ya sé, ya sé. Es difícil creerlo. Pero, mi querido Dermot, ¿conoce usted realmente la psicología de los niños? Evoque su infancia. ¿Recuerda usted algún incidente, algún suceso que le causara a usted dolor, o una cólera desesperada, o fuese objeto de acciones que le dejaran mal sabor o apasionado resentimiento nunca igualado desde entonces? Una vez leí un libro muy sagaz, escrito por un gran escritor, el señor Richard Hughes. No recuerdo

el título, pero sé que versaba sobre unos niños que habían presenciado un huracán. ¡Ah, sí, el huracán en Jamaica! Lo que más les impresionó fue su gato corriendo enloquecido por la casa. Era lo único que recordaban. Pero todo el horror, la excitación y el miedo que habían experimentado condensábanse en aquel incidente.

—Es curioso que diga usted esto —murmuró Craddock, pensativo.

—¿Por qué? ¿Le ha hecho recordar algo?

—He pensado en cuando murió mi madre. Yo tenía cinco o seis años. Estaba en el cuarto de los niños comiendo un pedazo de budín de compota de frutas. Entonces, una de las sirvientas entró en el aposento y dijo a mi niñera: «Es horrible. La señora Craddock ha muerto en un accidente». Y siempre que pienso en la muerte de mi madre, ¿sabe usted qué veo?

—¿Qué?

—Un plato con budín de compota de frutas. Puedo verlo tan perfectamente como entonces, con la mermelada escurriéndose por un lado. No lloré, ni dije nada. Recuerdo que me quedé allí sentado como petrificado, mirando fijamente el budín. ¿Y sabe usted? Aún ahora, si en una tienda, restaurante o casa particular, veo un pedazo de budín de compota de frutas, me invade una oleada de horror, tristeza y desesperación. A veces, por un momento, no recuerdo el motivo. ¿Le parece a usted muy exagerado?

—No —repuso miss Marple—, y me parece perfectamente natural. Todo eso es muy interesante y me ha dado una especie de idea…

Abrióse la puerta y apareció miss Knight con la bandeja del té.

—¡Caramba, caramba! —exclamó la recién llegada—. ¿Conque tenemos un visitante, eh? ¡Qué agradable sorpresa! ¿Cómo está usted, inspector Craddock? Voy a buscar otra taza.

—No se moleste —le gritó Dermot—. Ya he tomado otra cosa.

Miss Knight asomó la cabeza por la puerta.

—Oiga, señor Craddock, ¿podría usted venir un momento?

Dermot reunióse con ella en el pasillo.

Miss Knight lo condujo al comedor y, cerrando la puerta, suplicó:

—¿Será usted muy prudente, verdad?

—¿Prudente? ¿En qué sentido, miss Knight?

—Con nuestra querida viejecita. Ella se interesa por todo, pero no le conviene excitarse con crímenes y cosas desagradables. No queremos que se preocupe ni tenga malos sueños. Es muy vieja y débil, y debe llevar una vida muy tranquila como ha hecho siempre. Estoy segura de que todas estas conversaciones de crímenes, «gangsters» y cosas de este estilo le sientan como un tiro.

Dermot Craddock la miró algo regocijado.

—No creo —repuso suavemente— que lo que podamos decir usted o yo sobre este punto, excite o sobresalte indebidamente a miss Marple. Le aseguro, querida miss Knight, que nuestra amiga puede enfrentarse con el crimen, la muerte repentina y delitos de todas clases con absoluta ecuanimidad.

Dicho esto, el policía volvió al salón. Miss Knight siguióle, indignada, cloqueando por lo bajo. Durante el té, la mujer habló animadamente de los comentarios políticos de los periódicos y de los temas más risueños que se le ocurrieron. Cuando, por fin, se llevó la bandeja y cerró la puerta, su patrona exclamó, con un profundo suspiro:

—¡Gracias a Dios que se ha ido! Pido al cielo que algún día no me den tentaciones de asesinar a esa mujer. Y ahora, atienda, Dermot, quisiera saber varias cosas.

—¿De veras? ¿Cuáles?

—Quisiera reconstruir exactamente lo sucedido el día de la fiesta. Veamos. Llegó la señora Bantry, y poco después el vicario. Luego se presentaron el señor y la señora Badcock. A la sazón, en la escalera estaban el alcalde y su señora, Ardwyck Fenn, Lola Brewster, un periodista del Herald & Argus, de Much Benham, y la fotógrafo Margot Bence. Dijo usted que esta última había instalado su cámara en un ángulo de la escalera y tomaba fotografías de la recepción. ¿Ha visto alguna de esas fotografías?

—De hecho, he traído una para mostrársela.

Dermot sacóse del bolsillo una copia fotográfica y miss Marple procedió a contemplarla detenidamente. En ella aparecía Marina Gregg, con Jason Rudd a un lado, un poco detrás de ella, Arthur Badcock hallábase algo rezagado, con la mano en la cara y la expresión ligeramente turbada, en tanto su mujer conservaba la

mano de Marina Gregg en la suya y hablaba con ella, de espaldas a la cámara. Pero Marina no miraba a la señora Badcock, sino hacia la cámara, o mejor dicho, ligeramente a la izquierda de ésta.

—Muy interesante —comentó miss Marple—. Me habían descrito esta expresión, calificándola de petrificada. Sí, no está mal la descripción. En cambio, no estoy tan segura respecto a lo de la condenación. Más que condenación esa mirada expresa una especie de parálisis de la sensibilidad, ¿no le parece? No creo que fuese miedo, pese a que el miedo puede paralizar a una persona. Más bien creo que fuese sorpresa. Oiga, Dermot, querido muchacho, quiero que me diga si tiene usted notas de lo que dijo exactamente Heather Badcock a Marina Gregg en aquella ocasión. Más o menos lo más aproximadamente posible las palabras exactas. Supongo que oyó usted versiones de varias personas.

—Sí —asintió Dermot—. Déjeme recordar. Esas personas fueron su amiga, la señora Bantry, Jason Rudd y Arthur Badcock. Como usted dice, los tres variaron un poco las palabras, pero el contenido era el mismo.

—Ya sé. Lo que quiero son las variantes. Creo que podrían ayudarnos.

—No sé cómo —murmuró Dermot—, aunque tal vez usted tiene ya alguna idea. Su amiga, la señora Bantry, fue acaso la más terminante sobre el particular. Si mal no recuerdo… Pero, aguarde… Llevo encima parte de mis notas.

El inspector sacóse una pequeña libreta del bolsillo y, tras consultarla para refrescar la memoria, declaró:

—No tengo las palabras exactas aquí, pero más o menos, anoté el sentido de las mismas. Al parecer, la señora Badcock mostróse muy jovial, animada y satisfecha de sí misma. Dijo algo así como: «No puede usted figurarse lo maravilloso que resulta esto para mí. Es posible que no lo recuerde usted, pero hace unos años, en las Bermudas, me levanté de la cama con varicela para ir a verla. Usted me dio un autógrafo, y aquél fue uno de los días más memorables de mi vida. Jamás he podido olvidarlo».

—Según eso, mentó el sitio mas no la fecha, ¿no es eso?

—Sí.

—¿Y qué dijo Rudd?

—¿Jason Rudd? Pues que la señora Badcock había dicho a su esposa que se había levantado de la cama con gripe para ir a saludarla y que aún conservaba su autógrafo. Su relato fue más sucinto que el de su amiga, pero venía a decir lo mismo.

—¿Mencionó Rudd el lugar y el tiempo?

—No, creo que no. Se limitó a decir que la cosa había sucedido unos diez o doce años atrás.

—Entiendo. ¿Y el señor Badcock?

—El señor Badcock declaró que Heather estaba extremadamente excitada y deseosa de ver a miss Gregg, de la cual era una gran admiradora. Su mujer le había contado que una vez, siendo muchacha, se levantó de la cama para ir a ver a miss Gregg y pedirle un autógrafo. Con todo, el señor Badcock no entró en detalles, ya que, evidentemente, la cosa sucedió antes de casarse con su mujer. Tuve la impresión de que no daba gran importancia al incidente.

—Comprendo —masculló miss Marple—. Sí, comprendo…

—¿Qué es lo que comprende usted? —inquirió Craddock.

—No todo lo que desearía todavía —respondió miss Marple, honestamente—, pero tengo una especie de presentimiento que acaso se perfilaría si supiera por qué echó a perder su vestido nuevo…

—¿Quién, la señora Badcock?

—Sí. Me parece una cosa tan rara… ¡tan inexplicable! A menos… naturalmente… ¡Cielos! ¡Me imagino que debo ser muy estúpida!

En aquel momento entró miss Knight en la habitación y dio la luz.

—Creo que necesitamos un poco de luz aquí —dijo alborozadamente.

—Sí —asintió miss Marple—, tiene usted razón, miss Knight. Eso es exactamente lo que necesitábamos. Un poco de luz. Creo, que, por fin, nos hemos podido hacer con ella.

La entrevista parecía terminada y, en consecuencia Craddock se puso en pie, diciendo:

—Sólo falta una cosa. Que me diga usted qué particular recuerdo de su pasado se agita en su mente en este momento.

—Todo el mundo me toma el pelo en ese sentido —suspiró miss Marple—, pero no tengo inconveniente en decirle que, por un momento, me he acordado de la doncella de los Lauriston.

—¿La doncella de los Lauriston? —repitió Craddock, con expresión completamente desconcertada.

—Como es de suponer —prosiguió miss Marple—, la chica tenía que tomar recados por teléfono, y no se daba mucha maña en ese cometido. Solía captar correctamente el sentido general del mensaje, pero lo escribía de forma que resultaba un verdadero galimatías. Me figuro que, en realidad, ello obedecía a que no estaba muy fuerte en gramática. De resultas de esta deficiencia, surgieron incidentes muy desafortunados. Recuerdo uno en particular. Un tal señor Borriught —así creo que se apellidaba— telefoneó diciendo que había ido a ver al señor Elvaston por el asunto de la valla rota, pero que había dicho que la reparación de dicha valla no le incumbía para nada. Dicha valla estaba al otro extremo de la finca y el hombre dijo que le gustaría cerciorarse sobre el caso antes de llevar las cosas adelante, pues todo dependía de que estuviera obligado o no y le interesaba saber exactamente a qué atenerse antes de dar instrucciones a los procuradores. Como usted ve, el mensaje no podía ser más vago y, naturalmente, se prestaba a confusiones.

—A juzgar por lo de la doncella —contestó miss Knight, con una risita—, eso debió suceder hace mucho tiempo. Llevo muchos años sin oír hablar de una doncella.

—Sí, hace una porción de años —asintió miss Marple—. No obstante, la naturaleza humana no ha cambiado desde entonces. Se cometían errores por las mismas razones que ahora. ¡Dios mío! —añadió—. ¡Cuánto me alegro de que la chica esté a salvo en Bournemouth!

—¿La chica? —exclamó Dermot—. ¿Qué chica?

—Esa aficionada al corte que fue a ver a Giuseppe aquel día. ¿Cómo se llamaba? Gladys no sé cuántos.

—¿Gladys Dixon?

—Sí, eso es.

—¿Y dice usted que está en Bournemouth? ¿Cómo diablos lo sabe usted?

—Lo sé porque yo la envié allí —dijo miss Marple.

—¿Qué? —farfulló Dermot, mirándola, asombrado—. ¿Usted? ¿Por qué?

—Fui a verla —explicó la anciana—, le di un poco de dinero y le dije que se tomara unas vacaciones y no escribiera a su casa.

—¿Por qué demonios hizo usted eso?

—Porque no me interesaba que la asesinasen —declaró miss Marple, parpadeando plácidamente.

Capitulo XXII

—He recibido una carta muy cariñosa de lady Conway —dijo miss Knight dos días más tarde, al tiempo que depositaba en la mesa la bandeja con el desayuno de miss Marple—. ¿Recuerda usted que le hablé de ella? Está un poco… —añadió, dándose unos golpecitos en la frente—, ¿sabe usted? A veces, divaga, y tiene muy mala memoria. A menudo no reconoce a sus parientes y les dice que se vayan.

—A lo mejor eso es un truco —comentó miss Marple—, un truco que no tiene nada que ver con la pérdida de la memoria.

—Vamos, vamos —reconvino miss Knight—, no seamos mal pensadas. Lady Conway está pasando el invierno en el Hotel Belgrave de Landudno. Es un hotel residencial precioso, con un espléndido jardín y una magnífica terraza cerrada con vidrieras. Está deseando que vaya a reunirme con ella —agregó, suspirando.

Miss Marple se incorporó en la cama.

—Por favor —apresuróse a replicar—, si la requiere esa señora, si la necesita a su lado y desea usted acudir…

—No, no —exclamó miss Knight—, ni hablar. No he querido decir eso. ¿Qué pensaría el señor Raymond West? Me explicó que posiblemente mi estancia aquí se convertiría en permanente. Nunca se me ocurriría faltar a mis obligaciones. Sólo he mencionado el hecho de pasada. De modo que no se preocupe, querida —añadió, dando unas palmaditas en el hombro de miss Marple—. ¡Nadie va a abandonarnos! ¡De ninguna manera! Al contrario, nos cuidarán y mimarán, procurando siempre nuestra conveniencia y comodidad.

Dicho esto, la mujer salió de la estancia. Miss Marple sentóse en la cama con aire resuelto. Luego, contempló la bandeja, sin decidirse a tocar nada. Por último, tomando el receptor telefónico, marcó un número con determinación.

—¿El doctor Haydock?

—Sí, al aparato.

—Soy Jane Marple.

—¿Qué le ocurre? ¿Necesita usted mis servicios profesionales?

—No —repuso la anciana—. Pero deseo verle cuanto antes.

A su llegada, el doctor Haydock encontró a miss Marple aún en cama, aguardándole.

—Parece usted la imagen de la salud —lamentóse el médico.

—Por eso precisamente deseaba verle —espetó miss Marple—. Para decirle que me encuentro perfectamente.

—Razón de más para que no llame al médico.

—Estoy muy fuerte, en perfectas condiciones de salud, y es absurdo que tenga que compartir mi techo con otra persona. Con tal que tenga una asistenta todos los días a hacer la limpieza y demás, no considero necesario tener a nadie en casa con carácter permanente.

—Usted no lo considera necesario, pero yo sí —replicó el doctor Haydock.

—Tengo la impresión de que se está usted convirtiendo en un viejo remilgado —soltó miss Marple, ásperamente.

—¡Eh, no me insulte! —protestó el doctor Haydock—. Es usted una mujer muy saludable, para su edad; sólo la fastidió un poco la bronquitis, que, dicho sea de paso, es muy mala para los viejos. Pero estar sola en una casa a su edad, es un peligro. Suponga que una noche se cae usted por la escalera, o bien se cae de la cama o resbala en el baño. Allí se quedaría y nadie se enteraría.

—Puedo imaginarme muchas cosas —replicó miss Marple—. Puestos a hacer suposiciones, podría suceder que miss Knight se cayera por la escalera y yo me cayera encima de ella al precipitarme a ver qué ocurría.

—Es inútil que se encocore —barbotó el doctor Haydock—. Es usted una anciana y debe ser cuidada adecuadamente. Si no le gusta esta mujer que tiene ahora, cámbiela por otra persona.

—Eso no siempre resulta tan fácil —repuso miss Marple.

—Búsquese alguna antigua sirvienta, alguien que le guste y haya convivido antes con usted. Sospecho que esa vieja gallina la exaspera, y no me sorprende. A mí también me exasperaría. Debe

de haber alguna vieja sirvienta disponible. Su sobrino es uno de los escritores más cotizados del momento. No dudo que se prestaría a pagar los gastos si encontrara usted a la persona adecuada.

—Desde luego. Mi querido Raymond no tendría inconveniente en hacerlo. Es muy generoso. Pero no es fácil encontrar a esa persona. La gente joven tiene que vivir su vida y, desgraciadamente, muchas de mis fieles sirvientas de antaño han muerto ya.

—Pero usted vive todavía —insistió el doctor Haydock—, y, si se cuida como es debido, vivirá mucho tiempo más.

Luego, poniéndose en pie, suspiró:

—Bien. Aquí no tengo nada que hacer. Parece que vende usted salud. No pienso perder el tiempo tomándole la presión ni el pulso, o formulándole preguntas. Está usted progresando en todo ese jaleo local a pesar de no poder ir por ahí a meter las narices tanto como quisiera. Adiós, tengo que ir a hacer de médico de verdad. Tengo ocho o diez casos de sarampión, media docena de tos ferina y unas presuntas escarlatinas, además de mis enfermos habituales.

El doctor Haydock se marchó presurosamente. Pero miss Marple quedó pensativa, con el entrecejo fruncido en su esfuerzo por reflexionar… Habíale llamado la atención algo que acababa de decir el doctor… ¿Pero qué era? Había hablado de que tenía que ir a ver a unos pacientes… de las afecciones habituales en el pueblo… ¿Serían éstas? Miss Marple apartó a un lado la bandeja del desayuno con un resuelto ademán y, acto seguido, telefoneó a la señora Bantry.

—¿Es usted, Dolly? Aquí Jane. Deseo preguntarle una cosa. ¿Es cierto que dijo usted al inspector Craddock que Heather Badcock había contado a Marina Gregg una larga e insulsa historia sobre una vez que había tenido varicela y, con todo, habíale levantado de la cama para ir a pedir un autógrafo a Marina?

—Sí, eso fue, más o menos.

—¿Dijo varicela?

—Sí, algo así. En aquel momento, la señora Allcock estaba háblándome de vodka y, naturalmente, no escuchaba con atención.

—¿Está usted segura de que no dijo tos ferina? —insistió miss Marple, tomando aliento.

—¿Tos ferina? —repitió la señora Bantry, asombrada—. Pues,

no. De haber sido tos ferina no habría tenido que empolvarse la cara, ni maquillársela.

—Comprendo. Se atiene usted, para afirmarlo, a su especial mención del maquillaje, ¿no?

—En efecto. Recalcó mucho este punto. No era una de esas mujeres que se pintan tanto. De todos modos, creo que tiene usted, razón; no era varicela… Tal vez dijo urticaria.

—Acaso se lo figura usted —objetó miss Marple, fríamente—, porque una vez tuvo urticaria y no pudo ir a una boda. Es una calamidad, Dolly, una calamidad.

Y colgó bruscamente el receptor, cortando la sorprendida protesta de la señora Bantry: «¡Por favor, Jane!». Miss Marple emitió un gruñido de contrariedad, semejante al estornudo de un gato. Una vez más, le vino al pensamiento el problema de su comodidad doméstica. ¿La fiel Florencia? ¿Se avendría la fiel Florencia, aquella excelente sirvienta, a abandonar su confortable casita para volver a Saint Mary Mead a cuidar de su antigua señora? La fiel Florencia siempre había sido muy adicta a ella. Pero la fiel Florencia estaba muy a gusto en su casita.

Miss Marple meneó la cabeza, con desaliento. De pronto, llamaron jovialmente a la puerta. Y al «adelante» de la anciana, entró Cherry en la estancia.

—Vengo a por la bandeja —declaró la joven—. ¿Ocurre algo? Parecía usted un poco trastornada.

—¡Me siento tan desvalida! —suspiró miss Marple—. Vieja y desvalida.

—No se preocupe —consolóla Cherry, tomando la bandeja—. Dista usted mucho de estar desvalida, ¡no sabe los comentarios que oigo sobre usted en este pueblo! En el Ensanche la conoce prácticamente todo el mundo. Ha hecho usted infinidad de cosas extraordinarias. Nadie se la imagina vieja y desvalida. Eso se lo mete ella en la cabeza.

—¿Ella?

Cherry indicó con un fuerte cabezazo la puerta a sus espaldas, acompañando su ademán con estas palabras:

—Sí, me refiero a miss Knight. No permita que la desanime.

—Es muy agradable —ensalzó miss Marple—, muy cariñosa —

agregó para convencerse a sí misma.

—Los mimos matan al gato, dice el dicho —repuso Cherry—. Supongo que no quiere que la fastidien ni la empalaguen, ¿verdad?

—Desde luego que no —convino miss Marple, suspirando—. Pero me figuro que todos tenemos nuestras preocupaciones.

—Desde luego —asintió Cherry—. No debiera quejarme, pero a veces temo que, si sigo viviendo al lado de la casa de la señora Hartwell por más tiempo, algún día sobrevendrá un lamentable incidente. Es una vieja avinagrada y chismosa, y, para colmo, siempre se está quejando. Jim también está hasta la coronilla. Anoche se peleó con ella de mala manera. ¡Todo porque teníamos El Mesías un poco alto! ¡Nadie puede decir nada en contra de El Mesías! Es música religiosa.

—¿Y ella puso reparos?

—Armó la de San Quintín —lamentóse Cherry—. Empezó a dar voces y golpes en la pared.

—¿Era necesario escuchar la música tan alto?

—A Jim le gusta así —respondió Cherry—. Asegura que no se oye bien, si no se pone a todo volumen.

—Es posible que resulte un poco molesto para las personas poco aficionadas a la música —sugirió miss Marple.

—Lo malo son esas casas con dos viviendas. Las paredes parecen de papel. Pensándolo bien, soy poco partidaria de esas urbanizaciones modernas. Todo tiene un aspecto muy limpio y pulido, pero no puede uno expresar su personalidad sin que se le eche alguien encima como una tonelada de ladrillos.

—Y usted tiene la personalidad por arrobas, Cherry —comentó miss Marple, sonriendo.

—¿Usted cree? —exclamó la joven, muy complacida, echándose a reír—. No sé si…

De pronto, se turbó. Tras depositar de nuevo la bandeja sobre la mesa, retrocedió a la cama, diciendo:

—No sé si le parecerá a usted mucho atrevimiento que le haga una pregunta. Pero, si así es, basta con que diga usted «no me interesa» y en paz.

—¿Desea usted que haga algo?

—No, no es eso. Se trata de esas habitaciones que hay encima de

la cocina. Actualmente, nadie las usa, ¿verdad?

—No.

—Tengo entendido que una vez las habitaron un jardinero y su mujer. Pero hoy día eso ya no se estila. Lo que me interesa —lo que a Jim y a mí nos interesa—, es saber si podríamos alquilarlas, esto es, si podríamos venirnos a vivir aquí.

Miss Marple la miró estupefacta.

—Pero ¿y su hermosa casa nueva del Ensanche? ¿Qué hacen?

—Los dos estamos hartos de ella. Nos gustan los trastos, pero podemos tenerlos en todas partes. Los compraríamos a plazos y aquí tendríamos sitio de sobra, especialmente si Jim pudiera disponer de la habitación sobre los establos. La dejaría como nueva y pondría en ella todos sus modelos de construcción, sin tener que recogerlos a cada momento. Y si además instalásemos nuestra gramola estereofónica allí, usted apenas la oiría.

—¿Habla usted en serio, Cherry?

—Completamente en serio. Jim y yo hemos hablado mucho de ello. Jim podría componer cosas de la casa como por ejemplo todo lo que sea trabajo de lampistería y un poco de carpintería. Y yo le cuidaría a usted por lo menos tan bien como miss Knight. Ya sé que me considera usted un poco chapucera, pero me esforzaría en hacer las camas como es debido y en lavar a fondo la vajilla, aparte de que estoy adquiriendo mucha mano en la cocina. Anoche hice «Buey a la Stroganoff». En realidad, es muy fácil.

Miss Marple la contempló. Cherry semejaba un gatito ansioso, y toda su persona irradiaba vitalidad y alegría de vivir. Una vez más, miss Marple acordóse de la fiel Florencia. Sin duda, ésta llevaría mejor la casa. (Miss Marple no confiaba en la promesa de Cherry). Pero Florencia tenía por lo menos, sesenta y cinco años, o acaso más. Por otra parte, ¿accedería a dejar su casa? Tal vez lo haría por afecto a su antigua señora. ¿Pero consentiría ésta que nadie se sacrificase por ella? ¿No la contrariaba ya el escrupuloso sentido del deber mostrado por miss Knight?

En cambio, Cherry, prescindiendo de sus deficiencias domésticas, quería ir a vivir con ella. Además, tenía cualidades que a miss Marple se le antojaban, en aquellos momentos, de suprema importancia.

Cherry era afectuosa, poseía vitalidad y sentía un profundo interés en todo.

—Naturalmente, no quisiera perjudicar a miss Knight en absoluto —declaró Cherry.

—No se preocupe de miss Knight —replicó miss Marple, tomando una decisión—. Irá a cuidar a una tal lady Conway a un hotel de Landudno, y lo pasará divinamente. Tendremos que arreglar una serie de detalles, Cherry. Dígale a su marido que quiero hablar con él. Si de veras cree usted que va a gustarles.

—Nos encantará —interrumpió Cherry—. Y puede usted confiar en que le haré las cosas bien. Si usted quiere, hasta echaré mano con muchísimo gusto de la pala y el cepillo.

Miss Marple echóse a reír ante ese supremo ofrecimiento.

—Debo darme prisa —murmuró Cherry, tomando de nuevo la bandeja—. Esta mañana he llegado tarde. Me he entretenido oyendo lo que cuentan del pobre Arthur Badcock.

—¿De Arthur Badcock? ¿Qué le ha sucedido?

—¿No se ha enterado usted? Ahora está en el cuartel de policía. Le han rogado que vaya para «ayudarles en sus investigaciones», y ya sabe usted lo que significa esto en lenguaje policíaco.

—¿Cuándo ha sido eso? —inquirió miss Marple.

—Esta mañana —respondió Cherry—, supongo que todo ha sido debido a lo que se cuenta de que una vez estuvo casado con Marina Gregg.

—¿Cómo?

—Así dicen —confirmó Cherry—. Nadie tenía idea de semejante cosa. Se ha sabido a través del señor Upshaw. Éste ha ido una o dos veces a los Estados Unidos, en viaje de negocios para la empresa donde trabaja, y sabe muchos chismes de aquel país. La cosa sucedió hace mucho tiempo, antes de que Marina empezase su carrera. Sólo estuvieron casados uno o dos años y luego ella ganó un premio cinematográfico. Naturalmente, entonces su marido le pareció poco y la cosa se acabó. Se divorciaron a la americana, y él desapareció, como si se lo hubiese tragado la tierra. De hecho, Arthur Badcock es de los que se evaporan. No quiso armar jaleo. Se cambió de nombre y regresó a Inglaterra. Todo pasó hace mucho tiempo. ¿Quién iba a pensar que tenía que salir a relucir ahora? No

obstante, así es. Y supongo que eso basta para que la policía obre en consecuencia.

—¡Oh, no! —protestó miss Marple—. ¡No puede ser! ¡Si al menos se me ocurriera algo…! Veamos, déjeme pensar.

Luego, haciendo una seña a Cherry, ordenó:

—Llévese esa bandeja, Cherry, y diga a miss Knight que venga. Voy a levantarme.

La joven obedeció. Miss Marple procedía a vestirse con manos algo temblorosas. La contrariaba profundamente sentirse afectada por cualquier clase de excitación. En el momento en que se abrochaba el vestido, entró miss Knight, preguntando:

—¿Me necesita usted? Cherry me ha dicho…

—Llame a Inch —interrumpió miss Marple, en tono tajante.

—Perdone, ¿cómo dice usted? —balbució miss Knight, desconcertada.

—Inch, que avise a Inch —repitió miss Marple—. Telefonéele que venga en seguida.

—¡Ah, ya comprendo! Se refiere usted a los de los taxis, ¿no es eso? Pero el dueño es Roberts, ¿verdad?

—Para mí —repuso miss Marple—. Es Inch y siempre lo será. Vamos, llámele. Debe venir aquí inmediatamente.

—¿Desea usted dar un pequeño paseo en coche?

—Haga lo que le digo, ¿quiere? —le atajó miss Marple—. Y dése prisa, por favor.

Miss Knight la miró con expresión perpleja y procedió a hacer lo que le mandaban.

—Supongo que nos encontramos bien, ¿verdad, querida? —preguntó con ansiedad.

—Las dos estamos perfectamente —ironizó miss Marple—, y yo me siento particularmente bien. La inercia no me conviene, ni nunca me ha convenido. Lo que necesitaba hace tiempo era un curso práctico de acción.

—¿No la habrá trastornado algo lo que le ha dicho esa señora Baker?

—No estoy trastornada —replicó miss Marple—. Me siento magníficamente, lo que estoy es enojada conmigo misma por haber sido tan estúpida. Pero, en realidad, hasta que el doctor Haydock

me ha dado una idea esta mañana… No sé si recuerdo exactamente lo que ha dicho. ¿Dónde está mi libro de medicina?

Y apartando a un lado a miss Knight, bajó la escalera con aire resuelto. Encontró el libro que buscaba en un estante del salón. Tras consultar el índice del volumen, murmuró:

—Página 210.

Y una vez buscada la hoja correspondiente, leyó unos instantes e hizo un ademán de asentimiento, con expresión satisfecha.

—Es muy curioso —musitó—, curiosísimo. No creo que a nadie se le hubiese ocurrido nunca. Yo tampoco caí en la cuenta de ello hasta que, como aquel que dice, se encadenaron las dos cosas.

Luego, meneó la cabeza, y, entre sus ojos, apareció una pequeña arruga.

—Si al menos hubiese alguien…

Mentalmente, pasó revista a los diversos relatos que había escuchado de aquella particular escena…

Sus ojos se dilataron bajo el esfuerzo de la reflexión. Sí, había alguien…, ¿pero la sacaría del apuro? Tratándose del vicario, era imposible predecir nada.

No obstante, la anciana dirigióse al teléfono y marcó un número.

—Buenos días, señor vicario. Soy miss Marple.

—¡Ah, sí, miss Marple! ¿En qué puedo servirla?

—No sé si podrá usted ayudarme en un pequeño pormenor. Concierne al día de la fiesta en Gossington Hall en que murió la pobre señora Badcock. Creo que estaba usted muy cerca de miss Gregg cuando llegaron los señores Badcock.

—Sí, en efecto. Me hallaba junto a ellos. ¡Qué día más trágico!

—Verdaderamente. Tengo entendido que la señora Badcock recordó a Marina Gregg que ambas habíanse conocido antes en las Bermudas. La señora Badcock estaba enferma y se levantó ex profeso para ir a saludarla con la mayor amabilidad.

—Sí, sí, lo recuerdo.

—¿Y recuerda usted si la señora Badcock mencionó la enfermedad que sufría a la sazón?

—A ver, déjeme hacer memoria. Dijo sarampión pero mucho menos grave que el anterior. Algunas personas ni siquiera tienen que guardar cama cuando lo pasan. Recuerdo que mi prima

Carolina…

Pero miss Marple cortó los recuerdos de la prima Carolina, diciendo con firmeza:

—Muchas gracias, señor vicario.

Y colgó el receptor, con expresión aterrada. Uno de los grandes misterios de Saint Mary Mead era el hecho de que inducía al vicario a recordar ciertas cosas, sólo aventajado por el misterio, todavía mayor, de cómo se las arreglaba para olvidar otras muchas.

—Ya está el taxi aquí, querida —anunció miss Knight, irrumpiendo en el aposento—. Es muy viejo y no parece muy limpio. No me gusta que viaje usted en él. Puede coger algún microbio.

—Tonterías —gruñó miss Marple, encasquetándose el sombrero.

Luego, tras abrocharse el abrigo de verano, salió a instalarse en el taxi que la guardaba.

—Buenos días, Roberts —saludó.

—Buenos días, miss Marple. Ha madrugado usted mucho esta mañana. ¿A dónde quiere ir?

—A Gossington Hall, por favor —contestó miss Marple, con amabilidad.

—Será mejor que la acompañe, ¿verdad, querida? —le sugirió miss Knight—. No tardaré ni un minuto en ponerme los zapatos.

—No, gracias —replicó miss Marple, con firmeza—. Iré sola. En marcha, Inch, mejor dicho, Roberts.

El señor Roberts obedeció, limitándose a comentar:

—¡Ah, Gossington Hall! ¡Cómo ha cambiado aquello en poco tiempo! Lo mismo que todo. Sólo hay que ver esa nueva urbanización. Nunca creí que Saint Mary Mead evolucionase tanto.

Al llegar a Gossington Hall, miss Marple llamó al timbre y solicitó ver al señor Jason Rudd.

El sucesor de Giuseppe, un hombre de edad, de aspecto tembloroso, mostróse algo indeciso.

—El señor Rudd no recibe a nadie sin previa cita, señora —objetó—. Especialmente hoy…

—No estoy citada con él, pero aguardaré —declaró miss Marple.

Y entrando en el vestíbulo con un brusco ademán, tomó asiento en una silla.

—Temo que esta mañana será imposible que la reciba, señora.

—En ese caso, aguardaré hasta la tarde —insistió miss Marple.

El nuevo mayordomo se retiró contrariado. A poco, presentóse un joven de agradables modales y acento ligeramente americano.

—Nos hemos visto antes, ¿verdad? —exclamó miss Marple—. En el Ensanche. Me preguntó usted el camino a la Blenheim Close.

Hailey Preston sonrió afablemente.

—Supongo que hizo usted lo que pudo, pero no me orientó bien.

—¡Cielos! ¿De veras? ¡Hay tantas calles allí! ¿Puedo ver al señor Rudd?

—Ahora es un mal momento —repuso Hailey Preston—. El señor Rudd está siempre muy ocupado… y… especialmente esta mañana no puede ser molestado.

—Ya me figuro que está muy ocupado. Por ese mismo motivo, he venido aquí dispuesta a aguardar todo el tiempo que sea necesario.

—Permítame sugerirle —profirió Hailey Preston— que es preferible que me diga usted cuál es el motivo de su visita. Yo soy el encargado de atender a todos los visitantes del señor Rudd, ¿sabe usted? Antes deben hablar conmigo.

—Temo que con el que deseo hablar es con el señor Rudd personalmente —instó miss Marple—. Y aguardaré aquí hasta que lo consiga —agregó, arrellanándose más a su gusto en la gran silla de roble.

Hailey Preston titubeó, murmuró unas palabras y, dando media vuelta, subió la escalera.

A los pocos minutos, apareció con un hombre alto y robusto, vestido con un traje de «tweed».

—Le presento al doctor Gilchrist, miss…

—Miss Marple.

—¡Ah! —exclamó el doctor Gilchrist, observándola con visible interés—. ¿Es usted miss Marple?

Hailey Preston retiróse discretamente.

—El doctor Haydock me ha hablado de usted —declaró el doctor Gilchrist.

—El doctor Haydock es un viejo amigo mío.

—En efecto. Me han dicho que desea usted ver al señor Rudd.

¿Por qué razón?

—Porque es absolutamente necesario que le vea —respondió miss Marple.

—¿Y piensa usted acampar aquí hasta que lo consiga? —interrogó el doctor Gilchrist, escrutándola con la mirada.

—Ni más ni menos.

—La creo perfectamente capaz de hacerlo —suspiró el doctor Gilchrist—. En este caso, le diré por qué no puede usted ver al señor Rudd. Su esposa murió anoche durante el sueño.

—¿Que murió? —farfulló miss Marple, asombrada—. ¿Cómo?

—A consecuencia de una dosis excesiva de soporífero. No queremos que la noticia trascienda a la Prensa en unas horas. Por eso le pido que se la reserve usted por el momento.

—Descuide. ¿Fue un accidente?

—Ésa es, definitivamente, mi opinión —declaró Gilchrist.

—Podría ser suicidio.

—Sí… pero es improbable.

—O que alguien le hubiese administrado la droga.

Gilchrist encogióse de hombros.

—Eso constituye una remotísima contingencia, y en todo caso —agregó con firmeza—, algo absolutamente imposible de probar.

—Comprendo —murmuró miss Marple, lanzando un profundo suspiro—. Lo siento, pero ahora es más necesario que nunca que vea al señor Rudd.

Gilchrist la miró atentamente.

—Aguarde aquí un momento —dijo, al fin.

Capitulo XXIII

Jason Rudd levantó los ojos al oír entrar al doctor.

—Hay una anciana abajo —anunció éste—. Parece centenaria. Desea verle a usted. Se niega a marcharse sin ser recibida y afirma que aguardará. No me sorprendería que esperase hasta la noche, y creo que es muy capaz de pasar la noche aquí. Según ella, tiene algo muy importante que decirle. En su lugar, la recibiría.

Jason Rudd levantó la vista del escritorio. Tenía el semblante pálido y tenso.

—¿Está excitada?

—No, en lo más mínimo.

—No comprendo por qué he de… En fin, está bien. Mándela subir. ¿Qué importa ya?

Gilchrist asintió en silencio. Luego, saliendo del despacho, llamó a Hailey Preston. A poco, éste reapareció en el vestíbulo, diciendo:

—El señor Rudd puede concederle unos minutos, miss Marple.

—Gracias —murmuró la anciana, poniéndose en pie—. El señor Rudd es muy amable. ¿Lleva usted mucho tiempo con él?

—Hace dos años y medio que trabajo con el señor Rudd. Por lo regular, mi cargo es el de relaciones públicas.

—¡Ah, caramba! —exclamó miss Marple, mirándole, pensativa —. Me recuerda usted mucho a un antiguo conocido mío llamado Gerald French.

—¿De veras? ¿Y qué hizo Gerald French?

—Poca cosa —respondió miss Marple—, pero era un excelente conversador. Había tenido un pasado muy desgraciado —añadió, suspirando.

—No me diga —masculló Hailey Preston, algo molesto—. ¿Qué clase de pasado?

—No quisiera repetirlo —repuso miss Marple—. A él no le

gustaba que se comentara.

Jason Rudd levantóse de su escritorio y miró sorprendido a la enjuta viejecita que avanzaba hacia él.

—¿Deseaba usted verme? —preguntó—. ¿En qué puedo servirla?

—Siento muchísimo la muerte de su esposa —profirió miss Marple—. Comprendo que habrá sido un duro golpe para usted y tengo empeño en manifestarle que no me hubiese atrevido a molestarle ni a darle mi condolencia en estos momentos a no ser absolutamente necesario. Pero hay cosas que deben ser aclaradas cuanto antes para evitar que un hombre inocente pague las consecuencias.

—¿Un hombre inocente? No la comprendo.

—Me refiero a Arthur Badcock —le explicó miss Marple—. Ahora está en la policía, sometido a interrogatorio.

—¿Interrogado en relación a la muerte de mi esposa? ¡Pero eso es absurdo, completamente absurdo! Nunca ha venido aquí para nada. Ni siquiera la conocía.

—Sí la conocía —replicó miss Marple—. Tiempo atrás estuvo casado con ella.

—¿Quién? ¿Arthur Badcock! ¡Pero si… si era el marido de Heather Badcock! ¿No estará usted equivocada? —agregó amablemente con aire de disculpa.

—Estuvo casado con las dos —aseguró miss Marple—. Primero con su esposa Marina Gregg, cuando ésta era muy joven y no trabajaba aún en el cine.

—El primer marido de mi esposa fue un individuo llamado Alfred Beadle —replicó Jason Rudd, con un ademán negativo—. Era corredor de fincas. No se avenían y se separaron casi inmediatamente.

—Pero luego Alfred Beadle se cambió de nombre y se puso Badcock —declaró miss Marple—. Aquí también ejerce la misma profesión. Es curioso que ciertas personas no quieran cambiar de oficio y sigan trabajando en lo mismo. Me figuro que ésta fue la razón por la cual Marina Gregg comprendió que nunca se avendría. Él era incapaz de ponerse a la altura.

—Es realmente sorprendente lo que acaba usted de decirme.

—Le aseguro que no miento ni imagino novelas. Lo que pasa con

estas cosas extrañas es que nadie las ignora en un pueblo como éste, ¿sabe usted?, aunque tarden un poco más en llegar a Gossington Hall.

—Bien —balbució Jason Rudd, sin saber qué decir.

Luego, aceptando la evidencia, preguntó:

—¿Y qué quiere usted de mí, miss Marple?

—Si no es pedir demasiado, quisiera que me llevase al lugar de la escalera donde usted y su esposa recibieron a sus invitados el día de la fiesta.

Rudd lanzóle una rápida y recelosa mirada. ¿No sería su visitante una de aquellas personas siempre a la caza de sensaciones? Pero el rostro de miss Marple denotaba gravedad y compostura.

—No tengo inconveniente, si tal es su deseo —accedió, al fin, el dueño de la casa—. Acompáñeme, por favor.

Acto seguido, la condujo a lo alto de la escalera y se detuvo en la sala improvisada allí.

—Han hecho ustedes muchas reformas en esta casa desde que la habitaban los Bantry —comentó miss Marple—. Me gusta eso. Veamos. Supongo que las mesas estaban aquí, y usted y su esposa…

—Mi esposa estaba aquí —especificó Jean Rudd, mostrando el lugar—. Subía gente por la escalera, ella les estrechaba la mano y luego me los pasaba a mí.

—De modo que ella estaba aquí —susurró miss Marple adelantándose a colocarse en el punto indicado.

Por espacio de unos instantes, permaneció allí inmóvil. Jason Rudd la observaba, perplejo pero interesado. La anciana levantó ligeramente la diestra como si estrechase la mano a alguien y miró hacia la parte baja de la escalera como para ver a la gente imaginaria que ascendía por ella.

Luego levantó la vista, miró ante sí. En la pared que se alzaba a media escalera había un gran cuadro, reproducción de un antiguo maestro italiano. A ambos lados de él abríanse dos estrechas ventanas, de las cuales una daba al jardín y otra al tejado de los establos y a la veleta. Pero miss Marple no miraba a ninguna de las dos. Sus ojos permanecían fijos en el cuadro.

—No cabe duda que la primera versión es siempre la más fidedigna —profirió la anciana—. La señora Bantry me contó que su

esposa clavó la vista en ese cuadro y que su rostro quedóse como «petrificado», según expresión de mi amiga. Contemplaba el suntuoso atavío azul y rojo de la Madonna, una Madonna con la cabeza ligeramente inclinada hacia atrás, sonriendo al Niño que sostenía en sus brazos. La Madonna risueña, de Giacomo Bellini —declaró—. Una pintura religiosa, mas también la representación de una feliz madre con su hijito. ¿No es eso, señor Rudd?

—Aseguraría que sí.

—Ahora lo comprendo todo, absolutamente todo —murmuró miss Marple—. La cosa es muy sencilla, ¿no le parece? —preguntó, mirando a Jason Rudd.

—¿Sencilla?

—Creo que usted sabe perfectamente hasta qué punto es sencilla —musitó miss Marple.

En aquel momento, alguien llamó a la puerta de la planta baja.

—No estoy seguro de comprenderla a usted —masculló Jason Rudd, mirando hacia el fondo de la escalera.

Procedente de abajo, llegaba un murmullo de voces.

—Conozco esa voz —exclamó miss Marple—. Es la del inspector Craddock, ¿verdad?

—Si, parece el inspector Craddock.

—Él también quiere verle a usted. ¿Le importaría que se reuniese con nosotros?

—No. Si él está de acuerdo…

—Creo que lo estará —dijo la anciana—. Ya no hay mucho tiempo que perder. Hemos llegado al momento en que podemos comprender cómo sucedió todo.

—Pensé que decía usted que era sencillo —repuso Jason Rudd.

—Tan sencillo —corroboró miss Marple—, que resultaba difícil verlo.

El enfermizo mayordomo se presentó en lo alto de la escalera.

—El inspector Craddock está abajo, señor —anunció el mayordomo pausada y respetuosamente, con expresión interrogante.

—Dígale que se reúna con nosotros aquí, por favor —ordenó Jason Rudd.

El mayordomo desapareció y, a los pocos instantes subió Dermot

Craddock.

—¿Usted aquí? —exclamó al ver a miss Marple—. ¿Cómo ha venido?

—En Inch —respondió miss Marple, creando el habitual efecto desorientador que producía esa palabra—. Decía al señor Rudd… —prosiguió miss Marple—. Por cierto, ¿se ha ido ya ese mayordomo…?

—Sí —contestó Dermot Craddock, echando una ojeada al fondo de la escalera—. No tema usted, no escucha. El sargento Tiddler se encargará de evitarlo.

—En ese caso, podemos continuar —decidió miss Marple—. Naturalmente, podríamos haber ido a hablar a una habitación, pero prefiero hacerlo aquí. Nos hallamos en el mismo lugar donde sucedió la cosa y eso nos ayudará a comprenderla mejor.

—¿Se refiere usted el día de la fiesta, al día en que Heather Badcock fue envenenada? —interrogó Jason Rudd.

—En efecto —confirmó miss Marple—, y decía que todo es muy sencillo si se considera desde el debido ángulo. Todo empezó a raíz del peculiar carácter de Heather Badcock. De hecho, era inevitable que algún día le sucediera una desgracia así.

—No comprendo lo que quiere usted significar —replicó Jason Rudd—. No comprendo una palabra.

—Es natural. La cosa requiere una pequeña explicación. Verá usted. Cuando mi amiga la señora Bantry me describió la escena del día de la recepción, citó un fragmento de un poema que me gustaba horrores en mi juventud, un poema de mi admirado lord Tennyson, titulado La Dama de Shalott.

Y levantando un poco la voz recitó:

Voló la telaraña y flotó lejos.
El espejo se rajó de parte a parte;
—La maldición ha caído sobre mí
—exclamó la Dama de Shalott.

—Eso es lo que vio, o creyó ver, la señora Bantry —prosiguió miss Marple—, aunque, de hecho, cambió una palabra diciendo «condenación» en lugar de «maldición», vocablo quizá más ajustado

a las circunstancias. Vio a su esposa hablando con Heather Badcock y oyó a Heather Badcock hablando con su esposa, y sorprendió esa expresión trágica en el rostro de esta última.

—¿No cree usted que ya hemos insistido bastante sobre este punto? —objetó Jason Rudd.

—Sí —convino miss Marple—; pero debemos tenerlo en cuenta una vez más. Como iba diciendo, su esposa adoptó esa expresión y no miraba a Heather Badcock, sino a ese cuadro de ahí enfrente. A un cuadro representando a una madre feliz y risueña con su alborozado niño en sus brazos. El error de apreciación consistió en que, aun cuando el semblante de Marina Gregg expresaba condenación, ésta no recaía en su persona, sino en la de Heather. Heather quedó condenada desde el primer momento que empezó a hablar y alardear de un incidente acaecido en el pasado.

—¿No podría usted expresarse con más claridad? —le instó Dermot Craddock.

—Naturalmente —asintió miss Marple, volviéndose hacia él—. En realidad, no sabe usted nada de esto. No puede saberlo porque nadie le ha contado lo que dijo Heather Badcock en realidad.

—¡Pues claro que me lo han contado! —protestó Dermot—. ¡Infinidad de veces y en diferentes versiones!

—Sí —convino miss Marple—; pero usted no lo sabe porque Heather Badcock no se lo contó.

—¿Cómo iba a contármelo si estaba muerta cuando llegué aquí? —arguyó Dermot.

—Por supuesto, no podía hacerlo —suspiró miss Marple—. Todo cuanto sabe usted es que, estando enferma, se levantó de la cama para ir a una fiesta en que tomaba parte Marina Gregg, con intención de hablar con ella y pedirle un autógrafo que, en efecto, consiguió.

—Ya sé —replicó Craddock, algo impaciente—. Ya estoy enterado de todo eso.

—Pero no está enterado de la frase clave, porque nadie la juzgó importante —prosiguió miss Marple—. Heather Badcock estaba enferma en cama… con el sarampión.

—¿Con el sarampión? ¿Qué diablos tiene que ver el sarampión con este asunto?

—En realidad, el sarampión benigno es una enfermedad muy leve —explicó miss Marple—. Apenas produce trastornos en el enfermo. Sólo un sarpullido en la piel, que es fácil de disimular con una capa de polvos, y un poco de fiebre, pero muy baja. El paciente se siente con ánimos de salir a la calle y alternar con la gente, si lo desea. Y, por ende, al repetir la conversación de las dos mujeres, los testigos no dieron particular importancia al hecho de que la enfermedad sufrida por Heather fuera el sarampión. La señora Bantry, por ejemplo, limitóse a decir que Heather había estado enferma en cama, y mencionó la varicela y la urticaria. El señor Rudd, aquí presente, dijo que era gripe, aunque, naturalmente, lo hizo adrede. Pero, personalmente, creo que lo que Heather Badcock dijo a Marina Gregg fue que había tenido el sarampión y que, no obstante, se levantó de la cama para ir a verla. Y esto explica, de hecho, todo lo sucedido, porque el sarampión es extremadamente contagioso. La gente lo coge con extraordinaria facilidad. Además, esa enfermedad posee una particularidad digna de tenerse en cuenta. Si una mujer lo contrae durante los cuatro primeros meses de… de… embarazo —titubeó miss Marple, pronunciando la palabra con un leve recato victoriano—, puede tener funestas consecuencias. Puede condicionar que el niño nazca ciego o afectado de alguna dolencia mental.

Luego, volviéndose a Jason Rudd, la anciana continuó:

—Creo, señor Rudd, que su esposa tuvo un niño nacido en esas condiciones, desgracia de la que Marina jamás se recobró. Siempre había deseado un hijo y, cuando éste vino al fin, ocurrió esta tragedia, una tragedia que ella nunca logró olvidar, ni se permitió olvidar, pasando a constituir en ella una especie de profunda y dolorosa espina, una obsesión.

—Esa es la pura verdad —corroboró Jason Rudd—, Marina contrajo el sarampión en los primeros meses de su embarazo y el médico le dijo que la afección mental de su hijo obedecía a esa causa. No era en modo alguno un caso de locura heredada ni nada por el estilo. Con eso el doctor intentó consolarla, mas no creo que sus palabras contribuyeran mucho a animarla. Lo cierto es que Marina nunca supo cómo, dónde ni cuándo había contraído aquella enfermedad.

—Efectivamente —convino miss Marple—, nunca lo supo hasta que una tarde una mujer desconocida subió por esa escalera y le contó lo sucedido; y lo que es más; ¡lo hizo con profunda complacencia, con aire de sentirse orgullosa de su hazaña! Considerábase decidida, valiente y animosa por haberse levantado de la cama y maquillado la cara para ir a saludar a su estrella preferida y pedirle un autógrafo. Habíase jactado de ello toda la vida. Heather Badcock no tenía mala intención, ni nunca la tuvo. Pero no cabe duda que las personas como ella (y como mi vieja amiga Alison Wilde), son capaces de hacer mucho daño porque carecen, no ya de amabilidad, que, de hecho, poseen, sino de consideración hacia las demás personas, en lo concerniente a la posible reacción de éstas ante sus actos. Heather pensaba siempre en lo que sus acciones representaban para ella, sin detenerse a reflexionar cómo las tomarían las demás.

Miss Marple asintió suavemente con la cabeza antes de proseguir:

—En resumidas cuentas, que murió por un simple suceso de su pasado. Es de suponer lo que significó aquel momento para Marina Gregg. Apuesto a que el señor Rudd lo comprende perfectamente. Me figuro que durante todos aquellos años subsiguientes al nacimiento de su hijo alimentó un profundo odio contra la persona desconocida causante de su tragedia. Y de ahí que, de pronto, encontróse cara a cara con aquella persona, una persona jovial, alegre y satisfecha de sí misma. Fue demasiado para ella. Si hubiera tenido tiempo de reflexionar, de apaciguarse, de calmar sus nervios, probablemente no habría ido tan lejos. Pero no se tomó tiempo. Allí estaba aquella mujer, la mujer que había destruido su felicidad y la salud mental de su hijo. Y decidió castigarla, decidió matarla. Desgraciadamente, tenía a mano el medio para poner en práctica su decisión, pues llevaba consigo el conocido específico «Calmo», un medicamento algo peligroso por requerir muchas precauciones en su dosificación. Fue todo facilísimo. Echó la droga en su propio vaso, diciéndose que, si por casualidad alguien la veía, no daría importancia al hecho, pues quien más quien menos estaba acostumbrado a verla tomar potingues para animarse o para calmarse. Es posible que alguien la viera, pero lo dudo. Creo que

miss Zielinsky se limitó a adivinarlo. Marina Gregg depositó el vaso sobre la mesa y, luego, empujó a Heather Badcock, debido a lo cual la bebida de ésta derramóse sobre su vestido nuevo. Y aquí es donde el elemento «confusión» se inmiscuyó en el asunto, por la sencilla razón de que la gente no siempre acierta completamente a emplear los pronombres en forma correcta.

—¡Todo esto me recuerda tanto a aquella doncella de que le hablé! —agregó, dirigiéndose a Dermot—. Sólo contaba con el relato de lo que Gladys Dixon había dicho a Cherry, el cual se reducía a la preocupación de Gladys por el derramamiento del combinado sobre el vestido de Heather Badcock y el consiguiente deterioro de éste. Lo que le parecía raro a la muchacha era que lo hubiera hecho adrede. Pero la «persona» a que se refería Gladys no era Heather Badcock, sino Marina Gregg. Como dijo Gladys: «¡Lo hizo aposta! Empujó a Heather, mas no sin querer, sino con toda la intención». Sabemos que se hallaba muy cerca de Heather porque nos han contado que secó el vestido de ésta y el suyo propio antes de instarla a aceptar su combinado. En realidad —murmuró miss Marple, pensativa—, fue un crimen perfecto, porque se cometió de improviso, sin previa reflexión. Marina quería que Heather Badcock muriese y, en efecto, a los pocos minutos Heather Badcock estaba muerta. Probablemente, Marina no se dio cuenta de la gravedad de su acción ni del peligro que entrañaba hasta después de consumarla. Pero entonces se percató. Tuvo miedo, un miedo espantoso. Miedo de que alguien la hubiese visto echar la droga en su vaso o empujar deliberadamente a Heather, miedo de que alguien la acusara de haber envenenado a su invitada. Sólo entrevió una salida. Insistir en que el asesinato iba dirigido contra ella, esto es que ella era la presunta víctima. Primero, probó esta idea con su médico. Negóse a que el doctor se lo dijera a su marido acaso por considerar que éste no se dejaría engañar. Hizo cosas fantásticas. Se escribió notas a sí misma y arreglóselas para encontrarlas en los sitios más peregrinos y en los momentos más insospechados. Un día, en los estudios, adulteró su propio café. Hizo cosas susceptibles de comprometerla fácilmente caso que alguien hubiese estado en antecedentes. Pero sólo las comprendía una persona —concluyó, mirando a Jason Rudd.

—Eso es una simple teoría suya exclusivamente —replicó éste.

—Llámelo así, si quiere —profirió miss Marple—; pero sabe usted perfectamente que estoy diciendo la verdad. Le consta que así es, porque lo sabía todo desde el principio. Lo sabía porque oyó usted aquella alusión al sarampión. Lo sabía y le entró un verdadero frenesí por protegerla. Mas no se percató de hasta qué punto tendría que protegerla. No se percató de que no sólo sería cuestión de silenciar una muerte, la muerte de una mujer que, al fin y al cabo, habíase buscado su triste fin. Hubo además otras muertes, la muerte de Giuseppe, un chantajista, es cierto, pero, al cabo, un ser humano. Y la muerte de Ella Zielinsky, a la que supongo apreciaba usted bastante. Estaba frenético por proteger a Marina y, al propio tiempo, por evitar que hiciera más daño. Todo cuanto deseaba era llevársela lejos, a un lugar seguro. E intentó vigilarla constantemente, para asegurarse absolutamente de que no sucediera nada más.

La anciana hizo una pausa. Luego, acercándose más a Jason Rudd, posó la mano en su brazo, con un suave ademán, al tiempo que murmuraba:

—Lo compadezco mucho, de todo corazón. Me hago cargo de la angustia que habrá usted experimentado. La quería mucho, ¿verdad?

—Eso —musitó Jason Rudd, volviéndose ligeramente—, lo sabe todo el mundo.

—¡Era una criatura tan hermosa! —exclamó miss Marple, dulcemente—. Tenía un don maravilloso. Poseía una gran capacidad de amar y de odiar, pero le faltaba estabilidad. Es lo más triste que puede sucederle a una persona: haber nacido sin estabilidad. No podía olvidar el pasado ni ver el futuro tal cual era en realidad, sino tan sólo como ella se lo imaginaba. Era una gran actriz y una mujer hermosa y muy desdichada. ¡Qué maravillosa «María» reina de Escocia, encarnó! Jamás la olvidaré.

El sargento Tiddler apareció de pronto en el rellano de la escalera.

—¿Puedo hablar un momento con usted, señor? —preguntó a su jefe.

Craddock volvióse a Jason Rudd.

—Volveré en seguida —dijo el policía, dirigiéndose a la escalera.

—Recuerde usted —le gritó miss Marple— que el pobre Arthur Badcock no tenía nada que ver con esto. Fue a la fiesta con el único fin de vislumbrar a la muchacha con quién se había casado tiempo atrás. Aseguraría que ella ni siquiera lo reconoció, ¿verdad? —preguntó a Jason Rudd.

—No lo creo —masculló éste, meneando la cabeza—. Marina no me dijo nada sobre el particular. No creo que lo reconociese —agregó, pensativo.

—Probablemente, no —convino miss Marple—. Sea como fuere, él es inocente, no lo olvide usted —insistió dirigiéndose de nuevo a Dermot Craddock, que en aquel momento procedía ya a bajar la escalera.

—Puedo asegurarle —tranquilizóla Craddock— que no ha estado en peligro ni un solo instante. Pero, naturalmente, cuando averiguamos que había sido el primer marido de Marina Gregg, nos vimos obligados a interrogarle sobre la cuestión. No se preocupe por él, tía Jane —le dijo en voz baja.

Luego, en silencio, apresuróse a reanudar el descenso de la escalera.

Miss Marple volvióse a Jason Rudd. Éste permanecía en pie con aspecto profundamente abatido y la mirada ausente.

—¿Me permite usted verla? —inquirió con interés miss Marple.

El hombre reflexionó unos instantes. Por fin, esbozando un ademán de asentimiento, murmuró:

—Sí, miss Marple, puede verla. Parece usted… comprenderla muy bien.

Y echó a andar, seguido de miss Marple. A poco, precedióla en un espacioso dormitorio y descorrió ligeramente las cortinas.

Marina Gregg yacía sobre el gran lecho blanco, con los ojos cerrados y las manos enlazadas.

Tal, se dijo miss Marple, pudiera haber yacido la Dama de Shalott en la barca que la llevó a Camelot. Y allí de pie, meditabundo, hallábase un hombre de rostro rugoso y mal parecido, que hubiera podido pasar por un Lancelot de los tiempos modernos.

—Dentro de todo, fue una suerte que… tomase una dosis

excesiva. En realidad la muerte era la única forma de evasión que le restaba. Sí… fue una suerte que tomase esa dosis… o… ¿alguien se la administró?

Los ojos del hombre cruzáronse con los de la anciana, pero sus labios no pronunciaron una palabra. Finalmente, Jason Rudd murmuró con voz entrecortada:

—¡Era tan… hermosa… y había sufrido tanto!

Miss Marple posó de nuevo la mirada en la inmóvil figura. Y, muy quedamente, recitó los últimos versos del poema:

Él dijo: Tiene una hermosa faz; Dios, en Su misericordia, se apiade de la Dama de Shalott.

AGATHA CHRISTIE. Torquay, Reino Unido, 1891 - Wallingford, id., 1976. Fue una autora inglesa del género policíaco, sin duda una de las más prolíficas y leídas del siglo XX. Hija de un próspero rentista de Nueva York que murió cuando ella tenía once años de edad, recibió educación privada hasta la adolescencia y después estudió canto en París. Se dio a conocer en 1920 con *El misterioso caso de Styles*. En este primer relato, escrito mientras trabajaba como enfermera durante la Primera Guerra Mundial, aparece el famoso investigador Hércules Poirot, al que pronto combinó en otras obras con Miss Marple, una perspicaz señora de edad avanzada.

En 1914 se había casado con Archibald Christie, de quien se divorció en 1928. Sumida en una larga depresión, protagonizó una

desaparición enigmática: una noche de diciembre de 1937 su coche apareció abandonado cerca de la carretera, sin rastros de la escritora. Once días más tarde se registró en un hotel con el nombre de una amante de su marido. Fue encontrada por su familia y se recuperó tras un tratamiento psiquiátrico. Dos años después se casó con el arqueólogo Max Mallowan, a quien acompañó en todos sus viajes a Irak y Siria. Llegó a pasar largas temporadas en estos países; esas estancias inspiraron varios de sus centenares de novelas posteriores, como *Asesinato en la Mesopotamia* (1930), *Muerte en el Nilo* (1936) y *Cita con la muerte* (1938).

La estructura de la trama de sus narraciones, basada en la tradición del enigma por descubrir, es siempre similar, y su desarrollo está en función de la observación psicológica. Algunas de sus novelas fueron adaptadas al teatro por la propia autora, y diversas de ellas han sido llevadas al cine. Entre sus títulos más populares se encuentran *Asesinato en el Orient-Express* (1934), *Muerte en el Nilo* (1937) y *Diez negritos* (1939). En su última novela, *Telón* (1974), la muerte del personaje Hércules Poirot concluye una carrera ficticia de casi sesenta años.

Agatha Christie ha tenido admiradores y detractores entre escritores y críticos. Se le acusa de conservadurismo y de exaltación patriótica de la superioridad británica. Pero se reconoce también su habilidad para la recreación de ambientes rurales y urbanos de la primera mitad del siglo XX de la isla inglesa, su oído para el diálogo, la verosimilitud de las motivaciones psicológicas de sus asesinos, e incluso su radical escepticismo respecto de la naturaleza humana: cualquiera puede ser un asesino, hasta la más apacible dama de un cuidado jardín de rosas de Kent.

Agatha Christie fue también autora teatral de éxito, con obras como *La ratonera* (1952) o *Testigo de cargo* (1953). Utilizó un seudónimo, Mary Westmacott, cuando escribió algunas novelas de corte sentimental, sin demasiado éxito. En 1971 fue nombrada Dama del Imperio Británico.